CONFESIONES

San Agustín





Filosofía y Teoría Social

Confesiones

San Agustín

Colección
Filosofía y Teoría Social



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de cubierta: Daniela Ferrán
Diagramación de interiores: Julieta Lara Mariatti

Primera edición en español en versión digital

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Libro I

Confiesa San Agustín los vicios y pecados de su infancia y de su puericia, y da gracias a Dios por los beneficios que recibió de su mano en una y otra edad

Capítulo I

1. Grande eres, Señor, e inmensamente digno de alabanza; grande es tu poder y tu inteligencia no tiene límites.

Y ahora hay aquí un hombre que te quiere alabar. Un hombre que es parte de tu creación y que, como todos, lleva siempre consigo por todas partes su mortalidad y el testimonio de su pecado, el testimonio de que tú siempre te resistes a la soberbia humana. Así pues, no obstante su miseria, ese hombre te quiere alabar. Y tú lo estimulas para que encuentre deleite en tu alabanza; nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti.

Y ahora, Señor, concédeme saber qué es primero: si invocarte o alabarte; o si antes de invocarte es todavía preciso conocerte.

2. Pues, ¿quién te podría invocar cuando no te conoce? Si no te conoce bien podría invocar a alguien que no eres tú.

¿O será, acaso, que nadie te puede conocer si no te invoca primero? Mas por otra parte: ¿Cómo te podría invocar quien todavía no cree en ti; y cómo podría creer en ti si nadie te predica?

Alabarán al Señor quienes lo buscan; pues si lo buscan lo habrán de encontrar; y si lo encuentran lo habrán de alabar.

Haz pues, Señor, que yo te busque y te invoque; y que te invoque creyendo en ti, pues ya he escuchado tu predicación. Te invoca mi fe. Esa fe que tú me has dado, que infundiste en mi alma por la humanidad de tu Hijo, por el ministerio de aquel que tú nos enviaste para que nos hablara de ti.

Capítulo II

1. ¿Y cómo habré de invocar a mi Dios y Señor? Porque si lo invoco será ciertamente para que venga a mí. Pero, ¿qué lugar hay en mí para que a mí venga Dios, ese Dios que hizo el cielo y la tierra? ¡Señor santo! ¿Cómo es posible que haya en mí algo capaz de ti?

Porque a ti no pueden contenerte ni el cielo ni la tierra que tú creaste, y yo en ella me encuentro, porque en ella me creaste.

2. Acaso porque sin ti no existiría nada de cuanto existe, resulta posible que lo que existe te contenga. ¡Y yo existo! Por eso deseo que vengas a mí, pues sin ti yo no existiría. Yo no estoy en los abismos, pero tú estás también allí. Y yo no sería, absolutamente no podría ser, si tú no estuvieras en mi. O, para decirlo mejor, yo no existiría si no existiera en ti, de quien todo procede, por el cual y en el cual existe todo. Así es, Señor, así es. ¿Y cómo, entonces, invocarte, si estoy en ti? ¿Y cómo podrías tú venir si ya estás en mí? ¿Cómo podría yo salirme del cielo y de la tierra para que viniera a mí mi Señor pues El dijo: yo lleno los cielos y la tierra?

Capítulo III

1. Entonces, Señor: ¿Te contienen el cielo y la tierra porque tú los llenas; o los llenas pero queda algo de ti que no cabe en ellos? ¿Y en dónde pones lo que, llenados el cielo y la tierra, sobra de ti? ¿O, más bien, tú no necesitas que nada te contenga porque tú lo contienes todo; porque lo que tú llenas lo llenas conteniéndolo?

Porque los vasos que están llenos de ti no te dan tu estabilidad; aunque ellos se rompieran tú no te derramarías. Y cuando te derramas en nosotros no te rebajas, sino que nos levantas; no te desparramas, sino que nos recoges.

Pero tú, que todo lo llenas, ¿lo llenas con la totalidad de ti?

2. Las cosas no te pueden contener todo entero. ¿Diremos que sólo captan una parte de ti y que todas toman esa misma parte? ¿O que una cosa toma una parte de ti y otra, otra; unas una parte mayor y otras una menor? Habría que decir, entonces, que tú tienes partes, y unas mayores que otras. Pero esto no puede ser. Tú estás en todas las cosas, estás en ellas de una manera total; y la creación entera no te puede abarcar.

Capítulo IV

1. ¿Quién eres pues tú, Dios mío, y a quién dirijo mis ruegos sino a mi Dios y Señor? ¡Y qué otro Dios fuera del Señor nuestro Dios!

Tú eres Sumo y Óptimo y tu poder no tiene límites. Infinitamente misericordioso y justo, al mismo tiempo inaccesiblemente secreto y vivamente presente, de inmensa fuerza y hermosura, estable e incomprensible, un inmutable que todo lo mueve.

Nunca nuevo, nunca viejo; todo lo renuevas, pero haces envejecer a los soberbios sin que ellos se den cuenta. Siempre activo, pero siempre quieto; todo lo recoges, pero nada te hace falta. Todo lo creas, lo sustentas y lo llevas a perfección. Eres un Dios que busca, pero nada necesita.

2. Ardes de amor, pero no te quemas; eres celoso, pero también seguro; cuando de algo te arrepientes, no te duele, te enojas, pero siempre estás tranquilo; cambias lo que haces fuera de ti, pero no cambias consejo. Nunca eres pobre, pero te alegra lo que de nosotros ganas.

No eres avaro, pero buscas ganancias; nos haces darte más de lo que nos mandas para convertirte en deudor nuestro. Pero, ¿quién tiene algo que no sea tuyo? Y nos pagas tus deudas cuando nada nos debes; y nos perdonas lo que te debemos sin perder lo que nos perdonas.

¿Qué diremos pues de ti, Dios mío, vida mía y santa dulzura? Aunque bien poco es en realidad lo que dice quien de ti habla. Pero, ¡ay de aquellos que callan de ti! Porque teniendo el don de la palabra se han vuelto mudos.

Capítulo V

1. ¿Quién me dará reposar en ti, que vengas a mi corazón y lo embriagues hasta hacerme olvidar mis males y abrazarme a ti, mi único bien?

¿Qué eres tú para mí? Hazme la misericordia de que pueda decirlo. ¿Y quién soy yo para ti, pues me mandas que te ame; y si ni lo hago te irritas contra mí y me amenazas con grandes miserias? ¡Pero, qué! ¿No es ya muchísima miseria simplemente el no amarte?

Dime pues, Señor, por tu misericordia, quién eres tú para mí. Dile a mi alma: "Yo soy tu salud" (Sal. 34, 3). Y dímelo en forma que te oiga; ábreme los oídos del corazón, y dime: "Yo soy tu salud". Y corra yo detrás de esa voz, hasta alcanzarte. No escondas de mí tu rostro, y muera yo, si es preciso, para no morir y contemplarlo.

2. Angosta morada es mi alma; ensánchamela, para que puedas venir a ella. Está en ruinas: repárala. Sé bien y lo confieso, que tiene cosas que ofenden tus ojos. ¿A quién más que a ti puedo clamar para que me la limpie? "Límpiame, Señor, de mis pecados ocultos y líbrame de las culpas ajenas. Creo, y por eso hablo". Tú, Señor, lo sabes bien. Ya te he confesado mis culpas, Señor, y tú me las perdonaste (Sal. 18, 13-14). No voy a entrar en pleito contigo, que eres la Verdad; no quiero engañarme, para que "mi iniquidad no se mienta a sí misma" (Sal. 26, 12). No entraré, pues, en contienda contigo, pues "si te pones a observar nuestros pecados, ¿quién podrá resistir?" (Sal. 129, 3)

Capítulo VI

1. Permíteme sin embargo hablar ante tu misericordia a mí, que soy polvo y ceniza. Déjame hablar, pues hablo a tu misericordia, y no a un hombre burlón que pueda mofarse de mí.

Quizás aparezco risible ante tus ojos, pero tú te volverás hacia mí lleno de misericordia.

¿Qué es lo que pretendo decir, Dios y Señor mío, sino que ignoro cómo vine a dar a ésta que no sé si llamar vida mortal o muerte vital? Y me recibieron los consuelos de tu misericordia según lo oí de los que me engendraron en la carne, esta carne en la cual tú me formaste en el tiempo; cosa de la cual no puedo guardar recuerdo alguno.

Recibieronme pues las consolaciones de la leche humana. Ni mi madre ni sus nodrizas llenaban sus pechos, eras tú quien por ellas me dabas el alimento de la infancia, según el orden y las riquezas que pusiste en el fondo de las cosas. Don tuyo era también el que yo no deseara más de lo que me dabas; y que las que me nutrían quisieran darme lo que les dabas a ellas. Porque lo que me daban, me lo daban llevadas del afecto natural en que tú las hacías abundar; el bien que me daban lo consideraban su propio bien. Bien que me venía no de ellas, sino por ellas, ya que todo bien procede de ti, mi Dios y toda mi salud. Todo esto lo entendí más tarde por la voz con que me hablabas, por dentro y por fuera de mí, a través de las cosas buenas que me concedías. Porque en ese entonces yo no sabía otra cosa que mamar, dejarme ir en los deleites y llorar las molestias de mi carne. No sabía otra cosa. Más tarde comencé a reír, primero mientras dormía, y luego estando despierto. Así me lo han contado, y lo creo por lo que vemos de ordinario en los niños; pues de lo mío nada recuerdo.

2. Poco a poco comencé a sentir en dónde estaba, y a querer manifestar mis deseos a quienes me los podían cumplir, pero no me era posible, pues mis

deseos los tenía yo dentro, y ellos estaban afuera y no podían penetrar en mí. Entonces agitaba mis miembros y daba voces para significar mis deseos, los pocos que podía expresar, y que no resultaban fáciles de comprender. Y cuando no me daban lo que yo quería, o por no haberme entendido o para que no me hiciera daño, me indignaba de que mis mayores no se me sometieran y de que los libres no me sirvieran; y llorando me vengaba de ellos. Más tarde llegué a saber que así son los niños; y mejor me lo enseñaron ellos, que no lo sabían, que no mis mayores, que sí lo sabían. Y así, esta infancia mía, ha tiempo ya que murió, y yo sigo viviendo.

Pero tú, Señor, siempre vives, y no hay en ti nada que muera. Porque tú existes desde antes del comienzo de los tiempos, antes de que se pudiera decir antes, y eres Dios y Señor de todo cuanto creaste. En ti está la razón de todas las cosas inestables; en ti el origen inmutable de todas las cosas mudables, y el porqué de las cosas temporales e irracionales.

Dime, Señor misericordioso, a mí, tu siervo que te lo suplica, si mi infancia sucedió a otra edad más anterior. ¿Sería el tiempo que pasé en el seno de mi madre? Pues de ella se me han dicho muchas cosas, y he visto también mujeres preñadas.

3. ¿Qué fue de mí, Dios y dulzura mía, antes de eso? ¿Fui alguien y estuve en alguna parte? Porque esto no me lo pueden decir ni mi padre ni mi madre, ni la experiencia de otros, ni mi propio recuerdo. Acaso te sonríes de que te pregunte tales cosas, tú que me mandas reconocer lo que sé y alabarte por ello. Te lo confieso pues, Señor del cielo y de la tierra, y te rindo tributo de alabanza por los tiempos de mi infancia, que yo no recuerdo, y porque has concedido a los hombres que puedan deducir de lo que ven y hasta creer muchas cosas de sí mismos por lo que dicen mujeres iletradas. Existía yo pues, y vivía en ese tiempo, y hacia el fin de mi infancia buscaba el modo de hacer comprender a otros lo que sentía. ¿Y de quién sino de ti podía proceder un viviente así? No puede venirnos de afuera una sola vena por la que corre en nosotros la vida, y nadie puede ser artífice de su propio cuerpo. Todo nos viene de ti, Señor, en quien ser y vivir son la misma cosa, pues el supremo existir es supremo vivir.

Sumo eres, y no admites mutación. Por ti no pasan los días, y sin embargo pasan en ti, porque tú contienes todas las cosas con todos sus cambios. Y porque tus años no pasan (Sal. 101, 28), tú vives en un eterno Día, en un eterno Hoy. ¡Cuántos días de los nuestros y de nuestros padres han pasado ya por este Hoy tuyo, del que recibieron su ser y su modo!; ¿y cuántos habrán de pasar todavía y recibir de él la existencia? “Tú eres siempre el mismo” (Sal. 101, 28); y todo lo que está por venir en el más hondo futuro

y lo que ya pasó, hasta en la más remota distancia, Hoy lo harás, Hoy lo hiciste.

¿Y qué más da si alguno no lo entiende? Alégrese cuando pregunta: ¿qué es esto? Porque más le vale encontrarte sin haber resuelto tus enigmas, que resolverlos y no encontrarte.

Capítulo VII

1. Señor: ¡ay del hombre y de sus pecados! Cuando alguno admite esto tú te apiadas de él; porque tú lo hiciste a él, pero no sus pecados.

¿Quién me recordará los pecados de mi infancia? Porque nadie está libre de pecado ante tus ojos, ni siquiera el niño que ha vivido un solo día. ¿Quién, pues, me los recordará? Posiblemente un pequeñuelo en el que veo lo que de mí no recuerdo. Pero, ¿cuáles podían ser mis pecados? Acaso, que buscaba con ansia y con llanto el pecho de mi madre. Porque si ahora buscase con el mismo deseo no ya la leche materna sino los alimentos que convienen a mi edad, sería ciertamente reprendido, y con justicia. Yo hacía, pues, entonces cosas dignas de reprensión; pero como no podía entender a quien me reprendiera, no me reprendía nadie, ni lo hubiera consentido la razón. Defectos son estos que desaparecen con el paso del tiempo. Ni he visto a nadie tampoco, cuando está limpiando algo, desechar advertidamente lo que está bueno. Es posible que en aquella temprana edad no estuviera tan mal el que yo pidiese llorando cosas que me dañarían si me las dieran; ni que me indignara contra aquellas personas maduras y prudentes, y contra mis propios padres porque no se doblegaban al imperio de mi voluntad; y esto, hasta el punto de quererlas yo golpear y dañar según mis débiles fuerzas, por no rendirme una obediencia que me habría perjudicado.

Por lo cual puede pensarse que un niño es siempre inocente si se considera la debilidad de sus fuerzas, pero no necesariamente si se mira la condición de su ánimo. Tengo la experiencia de un niño que conocí: no podía aún hablar, pero se ponía pálido y miraba con torvos ojos a un hermano de leche.

2. Todos tenemos alguna experiencia de éstas. A veces madres y nodrizas pretenden que esto se puede corregir con no sé que remedios; pero, miradas las cosas en sí, no hay inocencia en excluir de la fuente abundante y generosa a otro niño mucho más necesitado y que no cuenta para sobrevivir sino con ese alimento de vida. Y con todo esto, cosas tales se les pasan fácilmente a los niños; no porque se piense que son pequeñeces sin importancia, sino más bien porque estiman que son defectos que pasan con el

tiempo. Esto no parece fuera de razón, pero lo cierto es que cosas tales no se le permiten a un niño más crecido.

Así pues, tú, Señor, que al darle a un niño la vida, lo provees con el cuerpo que le vemos, dotado de sentidos y de graciosa figura, y con miembros organizados en disposición y con fuerza conveniente, me mandas ahora que te alabe por esto; que te confiese y cante en honor de tu nombre (Sal. 91, 2). Porque eres un Dios omnipotente y bueno. Y también lo serías aún cuando no hubieras hecho otras cosas fuera de éstas, pues cosas tales no las puede hacer nadie sino tú, el único de quien procede el mundo todo; el hermosísimo que da forma a todos los seres y con sus leyes los ordena.

3. Pero trabajo me cuesta, Señor, considerar como parte de la vida que ahora vivo, ni siquiera como principio de ella, a esa infancia mía de la que no tengo recuerdos y de la que algo sé por lo que otros me han dicho y por lo que veo en otros niños. Porque el olvido de mi primera infancia es tan tenebroso como el tiempo que viví en el seno de mi madre. Y si "fui concebido en la iniquidad y en el pecado me nutrió mi madre" (Sal. 50, 7), ¿cuándo y dónde, Señor, te lo suplico, cuándo y dónde fui yo inocente?

Pasaré pues por alto ese tiempo. ¿Qué tengo que ver con él, pues no me queda de él vestigio alguno?

Capítulo VIII

1. De la infancia pasé, pues, a la niñez; o por mejor decir, la niñez vino a mí sucediendo a la infancia. Y sin embargo la infancia no desapareció: ¿A dónde se habría ido? Pero yo no era ya un infante incapaz de hablar, sino un niño que hablaba. Esto lo recuerdo bien, así como advertí más tarde el modo como había aprendido a hablar. Mis mayores no me enseñaban proponiéndome ordenadamente las cosas, como después aprendí las letras; sino que con la mente que me diste, Señor, y mediante voces y gemidos y con movimientos varios trataba yo de expresar mi voluntad. No podía yo expresar todo lo que quería, ni a todos aquellos a quienes lo quería expresar. Cuando ellos mentaban alguna cosa y con algún movimiento la señalaban, yo imprimía con fuerza las voces en mi memoria, seguro de que correspondían a lo que ellos con sus movimientos habían señalado.

2. Lo que ellos querían me lo daban a entender sus movimientos. La expresión de su rostro, las mociones de los ojos y de otros miembros del cuerpo, el sonido de la voz al pedir o rechazar o hacer algo son como un lenguaje natural en todos los pueblos, indicativo de los estados de ánimo. Así, las palabras, ocupando su lugar en las frases y frecuentemente repetidas en

relación con las cosas me hacían colegir poco a poco el significado de cada una; y por medio de ellas, una vez acostumbrada mi boca a pronunciarlas, me hacía comprender. De este modo aprendí a comunicarme por signos con los que me rodeaban, y entré a la tormentosa sociedad de la vida humana sometido a la autoridad de mis padres y al querer de las gentes mayores.

Capítulo IX

1. ¡Cuántas miserias y humillaciones pasé, Dios mío, en aquella edad en la que se me proponía como única manera de ser bueno sujetarme a mis preceptores! Se pretendía con ello que yo floreciera en este mundo por la excelencia de las artes del decir con que se consigue la estimación de los hombres y se está al servicio de falsas riquezas. Fui enviado a la escuela para aprender las letras, cuya utilidad, pobre de mí, ignoraba yo entonces; y sin embargo, me golpeaban cuando me veían perezoso. Porque muchos que vivieron antes que nosotros nos prepararon estos duros caminos por los que nos forzaban a caminar, pobres hijos de Adán, con mucho trabajo y dolor.

2. Entonces conocí a algunas personas que te invocaban. De ellas aprendía a sentir en la medida de mi pequeñez que tú eras Alguien, que eres muy grande y que nos puedes escuchar y socorrer sin que te percibamos con los sentidos. Siendo pues niño comencé a invocarte como a mi auxilio y mi refugio; y en este rogar iba yo rompiendo las ataduras de mi lengua. Pequeño era yo; pero con ahínco nada pequeño te pedía que no me azotaran en la escuela. Y cuando no me escuchabas, aún cuando nadie podía tener por necia mi petición, las gentes mayores se reían, y aún mis padres mismos, que nada malo querían para mí. En eso consistieron mis mayores sufrimientos de aquellos días.

¿Existe acaso, Señor, un alma tan grande y tan unida a ti por el amor, que en la fuerza de esta afectuosa unión contigo haga lo que en ocasiones se hace por pura demencia: despreciar los tormentos del potro, de los ganchos de hierro y otros varios? Porque de tormentos tales quiere la gente verse libre, y por todo el mundo te lo suplican llenos de temor. ¿Habrá pues quienes por puro amor a ti los desprecien y tengan en poco a quienes sienten terror ante el tormento a la manera como nuestros padres se reían de lo que nuestros maestros nos hacían sufrir?

Y sin embargo, pecábamos leyendo y escribiendo y estudiando menos de lo que se nos exigía.

3. Lo que nos faltaba no era ni la memoria ni el ingenio, pues nos los diste suficiente para aquella edad; pero nos gustaba jugar y esto nos lo castiga-

ban quienes jugaban lo mismo que nosotros. Porque los juegos con que se divierten los adultos se llaman solemnemente “negocios”; y lo que para los niños son verdaderos negocios, ellos lo castigan como juegos y nadie compadece a los niños ni a los otros.

A menos que algún buen árbitro de las cosas tenga por bueno el que yo recibiera castigos por jugar a la pelota. Verdad es que este juego me impedía aprender con rapidez las letras; pero las letras me permitieron más tarde juegos mucho más inadmisibles. Porque en el fondo no hacía otra cosa aquel mismo que por jugar me pegaba. Cuando en alguna discusión era vencido por alguno de sus colegas profesores, la envidia y la bilis lo atormentaban más de lo que a mí me afectaba perder un juego de pelota.

Capítulo X

Y sin embargo pecaba yo, oh Dios, que eres el creador y ordenador de todas las cosas naturales con la excepción del pecado, del cual no eres creador, sino nada más ordenador.

Pecaba obrando contra el querer de mis padres y de aquellos maestros. Pero pude más tarde hacer buen uso de aquellas letras que ellos, no sé con qué intención, querían que yo aprendiese.

Si yo desobedecía no era por haber elegido algo mejor, sino simplemente por la atracción del juego. Gozábame yo en espléndidas victorias, y me gustaba el cosquilleo ardiente que en los oídos dejan las fábulas. Cada vez más me brillaba una peligrosa curiosidad en los ojos cuando veía los espectáculos circenses y gladiatorios de los adultos. Quienes tales juegos organizan ganan con ello tal dignidad y excelencia, que todos luego la desean para sus hijos. Y sin embargo no llevan a mal el que se los maltrate por el tiempo que pierden viendo esos juegos, ya que el estudio les permitiría montarlos ellos mismos más tarde. Considera, Señor, con misericordia estas cosas y líbranos a nosotros, los que ya te invocamos. Y libra también a los que no te invocan todavía, para que lleguen a invocarte y los salves.

Capítulo XI

Todavía siendo niño había yo oído hablar de Vida Eterna que nos tienes prometida por tu Hijo nuestro Señor, cuya humildad descendió hasta nuestra soberbia. Ya me signaba con el signo de su cruz y me sazonaba con su sal ya desde el vientre de mi madre, que tan grande esperanza tenía puesta en ti. Y tú sabes que ciertos días me atacaron violentos dolores de vientre con

mucha fiebre, y que me vi de muerte. Y viste también, porque ya entonces eras mi guardián, con cuánta fe y ardor pedí el bautismo de tu Cristo, Dios y Señor mío, a mi madre y a la Madre de todos que es tu Iglesia. Y mi madre del cuerpo, que consternada en su corazón casto y lleno de fe quería engendrarme para la vida eterna, se agitaba para que yo fuera iniciado en los sacramentos de la salvación y, confiándote a ti, Señor mío, recibiera la remisión de mi pecado. Y así hubiera sido sin la pronta recuperación que tuve. Se difirió pues mi purificación, como si fuera necesario seguir viviendo una vida manchada, ya que una recaída en el mal comportamiento después del baño bautismal habría sido peor y mucho más peligrosa.

Yo era ya pues un creyente. Y lo eran también mi madre y todos los de la casa, con la excepción de mi padre, quien a pesar de que no creía tampoco estorbaba los esfuerzos de mi piadosa madre para afirmarme en la fe en Cristo. Porque ella quería que no él sino tú fueras mi Padre; y tú la ayudabas a sobreponerse a quien bien servía siendo ella mejor, pues al servirlo a él por tu mandato, a ti te servía.

Me gustaría saber, Señor, por qué razón se difirió mi bautismo; si fue bueno para mí que se aflojaran las riendas para seguir pecando, o si hubiera sido mejor que no se me aflojaran. ¿Por qué oímos todos los días decir: "Deja a éste que haga su voluntad, al cabo no está bautizado todavía", cuando de la salud del cuerpo nunca decimos: "Déjalo que se trastorne más, al cabo no está aún curado"? ¡Cuánto mejor hubiera sido que yo sanara más pronto y que de tal manera obrara yo y obraran conmigo, que quedara en seguro bajo tu protección la salud del alma que de ti me viene! Pero bien sabía mi madre cuántas y cuán grandes oleadas de tentación habrían de seguir a mi infancia. Pensó que tales batallas contribuirían a formarme, y no quiso exponer a ellas la efigie tuya que se nos da en el bautismo.

Capítulo XII

1. Durante mi niñez (que era menos de temer que mi adolescencia) no me gustaba estudiar, ni soportaba que me urgieran a ello. Pero me urgían, y eso era bueno para mí; y yo me portaba mal, pues no aprendía nada como no fuera obligado. Y digo que me conducía mal porque nadie obra tan bien cuando sólo forzado hace las cosas, aun cuando lo que hace sea bueno en sí. Tampoco hacían bien los que en tal forma me obligaban; pero de ti, Dios mío, me venía todo bien. Los que me forzaban a estudiar no veían otra finalidad que la de ponerme en condiciones de saciar insaciables apetitos en una miserable abundancia e ignominiosa gloria.

2. Pero tú, que tienes contados todos nuestros cabellos, aprovechabas para mi bien el error de quienes me forzaban a estudiar y el error mío de no querer aprender lo usabas como un castigo que yo, niño de corta edad pero ya gran pecador, ciertamente merecía. De este modo sacabas tú provecho para mí de gentes que no obraban bien, y a mí me dabas retribución por mi pecado. Es así como tienes ordenadas y dispuestas las cosas: que todo desorden en los afectos lleve en sí mismo su pena.

Capítulo XIII

1. Nunca he llegado a saber a que obedecía mi aborrecimiento por la lengua griega que me forzaban a aprender, pero en cambio me gustaba mucho la lengua latina. No por cierto la de la primera enseñanza en la que se aprende a leer, escribir y contar, ya que ésta me era tan odiosa como el aprendizaje del griego; pero sí la enseñanza de los llamados "gramáticos". ¿Pero de dónde venía esto, sino del pecado y la vanidad de la vida? Porque yo era carne y espíritu que camina sin volver atrás (Sal. 77,39). Ciertamente eran mejores, por más ciertas, aquellas primeras letras a las que debo el poder leer algo y escribir lo que quiero, que no aquellas otras que me hacían considerar con emoción las andanzas de Eneas con olvido de mis propias malas andanzas; llorar a Dido muerta y su muerte de amor, mientras veía yo pasar sin lágrimas mi propia muerte; una muerte que moría yo lejos de ti, que eres mi Dios y mi vida. Pues no hay nada más lamentable que la condición de un miserable que no tiene compasión de su miseria. ¿Quién tan desdichado como uno que lloraba la muerte de Dido por el amor de Eneas pero no esa otra muerte propia, muerte terrible, que consiste en no amarte a ti?

2. ¡Oh, Dios, luz de mi corazón y pan de mi alma, fuerza que fecunda mi ser y los senos de mi pensamiento! Yo no te amaba entonces, y me entregaba lejos de ti a fornicarios amores; pues no otra cosa que fornicación es la amistad del mundo lejos de ti. Pero por todos lados oía yo continuas alabanzas de mi fornicación: "¡Bien, muy bien!", gritaban los que me veían fornicar. También es cierto que decimos: "¡Bien, muy bien!" cuando el elogio es evidentemente inmerecido y queremos con él humillar a la gente.

Pero nada de esto me hacía llorar, sino que lloraba yo por la muerte violenta de Dido, tierra que vuelve a la tierra; y me iba a la zaga de lo peor que hay en tu creación. Y cuando se me impedía seguir con esas lecturas me llenaba de dolor porque no me dejaban leer lo que me dolía. Esta demencia era tenida por más honorable disciplina que las letras con que aprendí a leer y escribir.

3. Pero clama tú ahora dentro de mi alma, Dios mío, y que tu verdad me diga que no es así; que no es así, sino que mejor cosa es aquella primera enseñanza; pues ahora estoy más que preparado para olvidar las andanzas de Eneas y otras cosas parecidas, y no lo estoy para olvidarme de leer y escribir.

Es cierto que a las puertas de las escuelas de gramática se cuelgan cortinas; pero no es tanto para significar el prestigio de una ciencia secreta, cuanto para disimular el error. Y que no clamen contra mí esas gentes a quienes ya no temo ahora que confieso delante de ti lo que desea mi alma y consiento en que se me reprenda de mis malos caminos para que pueda yo amar los buenos tuyos. Que nada me reclamen los vendedores y compradores de gramática; pues si les pregunto si fue verdad que Eneas haya estado alguna vez en Cartago, los más indoctos me dirán que no lo saben, y los más prudentes lo negarán en absoluto.

4. Pero si les pregunto con qué letras se escribe el nombre de Eneas todos responderán bien, pues conocen lo que según el convenio de los hombres significan esas letras. Más aún: si les pregunto qué causaría mayor daño en esta vida: si olvidarnos de leer y escribir u olvidar todas esas poéticas ficciones ¿quién dudará de la respuesta, si es que no ha perdido la razón?

Pecaba yo pues entonces, siendo niño, cuando prefería las ficciones a las letras útiles que tenía en aborrecimiento, ya que el que uno más uno sean dos y dos más dos sumen cuatro, era para mí fastidiosa canción; y mucho mejor quería contemplar los dulces espectáculos de vanidad, como aquel caballo de madera lleno de hombres armados, como el incendio de Troya y la sombra de Creusa.

Capítulo XIV

1. ¿Por qué pues aborrecía yo la literatura griega que tan bellas cosas cantaba? Porque homero, tan perito en urdir preciosas fábulas, es dulce, pero vano; y esta vana dulzura era amarga para mí cuando era yo niño; de seguro también lo es Virgilio para los niños griegos si los obligan al estudio como a mí me obligaban: es muy duro estudiar obligados. Y así, la dificultad de batallar con una lengua extraña amargaba como hiel la suavidad de aquellas fabulosas narraciones griegas. La lengua yo no la conocía, y sin embargo se me amenazaba con penas y rigores como si bien la conociera. Tampoco conocía yo en mi infancia la lengua latina; pero con la sola atención la fui conociendo, sin miedo ni fatiga, y hasta con halagos de parte de mis nodrizas, y con afectuosas burlas y juegos alegres que inspiraban mi ignorancia.

2. La aprendí pues sin presiones, movido solamente por la urgencia que yo mismo sentía de hacerme comprender. Iba poco a poco aprendiendo las palabras, no de quien me las enseñara, sino de quienes hablaban delante

de mí; y yo por mi parte ardía por hacerles conocer mis pensamientos. Por donde se ve que para aprender mayor eficacia tiene la natural curiosidad que no una temerosa coacción. Pero tú, Señor, tienes establecida una ley: la de que semejantes coacciones pongan un freno beneficioso al libre flujo de la espontaneidad. Desde la férula de los maestros hasta las pruebas terribles del martirio, es tu ley que todo se vea mezclado de saludables amarguras, con las que nos llamas hacia ti en expiación de las pestilentes alegrías que de ti nos alejan.

Capítulo XV

1. Escucha, Señor, mi súplica para que mi alma no se quiebre bajo tu disciplina, ni desmaye en confesar las misericordias con las que me sacaste de mis pésimos caminos. Seas tú siempre para mí una dulzura más fuerte que todas las mundanas seducciones que antes me arrastraban. Haz que te ame con hondura y apriete tu mano con todas las fuerzas de mi corazón, y así me vea libre hasta el fin de todas las tentaciones.

2. Sírvate pues, Dios y Señor mío, cuanto de útil aprendí siendo niño; y sírvate cuanto hablo, escribo, leo o pongo en números. Porque cuando aprendía yo vanidades, tú me dabas disciplina y me perdonabas el pecaminoso placer que en ellas tenía. Es cierto que en ellas aprendí muchas cosas que me han sido de utilidad; pero eran cosas que también pueden aprenderse sin vanidad alguna. Este camino es el mejor, y ojalá todos los niños caminaran por esta senda segura.

Capítulo XVI

1. ¡Maldito seas, oh río de las costumbres humanas, pues nadie te puede resistir! ¿Cuándo te secarás? ¿Hasta cuándo seguirás arrastrando a los pobres hijos de Eva hacia mares inmensos y tormentosos en los que apenas pueden navegar los que se suben a un leño? ¿No he leído yo acaso en ti que Júpiter truena en el cielo pero es adúltero sobre la tierra? Ambas cosas son incompatibles, pero él las hizo; y con la alcahuetería de truenos falsos dio autoridad a quienes lo imitaran en un adulterio verdadero. ¿Y cuál de aquellos maestros más insignes soportaría sin impaciencia que un hombre de su misma condición dijese que Homero en sus ficciones transfería a los dioses los vicios humanos en vez de traspasar a los hombres cualidades divinas?

Aunque mayor verdad habría de decir que él en sus ficciones atribuía cualidades divinas a hombres viciosos; con lo cual los vicios quedaban cohonestados, y quien los tuviera podía pensar que imitaba no a hombres depravados, sino a celestes deidades.

2. Y sin embargo, ¡oh río infernal! En tus ondas se revuelven los hijos de los hombres en pos de la ganancia; y en mucho se tiene el que las leyendas homéricas se representen en el Foro, bajo el amparo de leyes que les conceden crecidos estipendios. Y haces, oh río, sonar tus piedras, diciendo: "Aquí se aprende el arte de la palabra, aquí se adquiere la elocuencia tan necesaria para explicar las cosas y persuadir los ánimos".

En efecto: no conoceríamos palabras tales como lluvia de oro, regazo, engaño y templos del cielo si no fuera porque Terencio las usa cuando nos presenta a un joven disoluto que quiere cometer un estupro siguiendo el ejemplo de Júpiter. Porque vio en una pared una pintura sobre el tema de cómo cierta vez Júpiter embarazó a la doncella Dánae penetrando en su seno bajo la forma de una lluvia de oro. Y ¡hay que ver cómo se excita la concupiscencia de ese joven con semejante ejemplo, que le viene de un dios! ¿Y qué dios? Se pregunta. Pues, nada menos que aquel que hace retemblar con sus truenos los templos del cielo. Y se dice: "¿No voy yo, simple hombre, a hacer lo que veo en un dios? ¡Claro que sí! Y ya lo he hecho, y con toda mi voluntad".

3. Y no es que con estas selectas palabras se expresen mejor semejantes torpezas; sino más bien, que bajo el amparo de esas palabras las torpezas se cometen con más desahogo. No tengo objeciones contra las palabras mismas, que son como vasos escogidos y preciosos; pero sí las tengo contra el vino de error que en ellos nos daban a beber maestros ebrios, que todavía nos amenazaban si nos negábamos a beber. Y no teníamos un juez a quien apelar. Y sin embargo, Dios mío, en quien reposa ya segura mi memoria, yo aprendía tales vanidades con gusto; y, mísero de mí, encontraba en ellas placer. Por eso decían de mí que era un niño que mucho prometía para el futuro.

Capítulo XVII

1. Permíteme, Señor, decir algo sobre mi ingenio, dádiva tuya y de los devaneos con que lo desperdiciaba.

Me proponían algo que mucho me inquietaba el alma. Querían que por amor a la alabanza y miedo a ser enfrentado y golpeado repitiera las pala-

bras de Juno, iracunda y dolida de que no podía alejar de Italia al rey de los teucros (Virgilio, Envida 1, 38).

Pues nunca había oído yo que Juno hubiese dicho tales cosas. Pero nos forzaban a seguir como vagabundos los vestigios de aquellas ficciones poéticas y a decir en prosa suelta lo que los poetas decían en verso. Y el que lo hacía mejor entre nosotros y era más alabado, era el que según la dignidad del personaje que fingía con mayor vehemencia y propiedad de lenguaje expresaba el dolor o la cólera de su personaje.

2. Pero, ¿de qué me servía todo aquello, Dios mío y vida mía? ¿Y por qué era yo, cuando recitaba, más alabado que otros coetáneos míos y compañeros de estudios? ¿No era todo ello viento y humo? ¿No había por ventura otros temas en que se pudieran ejercitar mi lengua y mi ingenio? Los había. Tus alabanzas, Señor, tus alabanzas como están en la Santa Escritura, habrían sostenido el gajo débil de mi corazón; y no habría yo quedado como presa innoble de los pájaros de rapiña en medio de aquellas vanidades.

Capítulo XVIII

1. No es pues maravilla si llevado por tanta vanidad me descarriaba yo lejos de ti, mi Dios. Para mi norma y gobierno se me proponían hombres que eran reprendidos por decir con algún barbarismo o solecismo algún hecho suyo no malo, pero eran alabados y glorificados cuando ponían en palabras adecuadas y con buena ornamentación sus peores concupiscencias. Y tú, Señor, ¡ves todo esto y te callas! ¡Tú, que eres veraz, generoso y muy misericordioso! (Sal. 102, 8). Pero no vas a seguir por siempre callado. Ahora mismo has sacado del terrible abismo a un alma que te busca y tiene sed de deleitarse en ti; un alma que te dice: "He buscado, Señor, tu rostro y lo habré siempre de buscar" (Sal. 26, 8). Porque yo anduve lejos de tu rostro, llevado por una tenebrosa pasión.

2. Porque nadie se aleja de ti o retorna a ti con pasos corporales por los caminos del mundo. ¿Acaso aquel hijo menor tuyo que huyó de ti, para disipar en una región lejana cuanto le habías dado, tuvo en el momento de partir necesidad de caballos, o carros o naves? ¿Necesitó acaso alas para volar, o presurosas rodillas? Tú fuiste para él un dulce padre cuando le diste lo que te pidió para poder marcharse; pero mucho más dulce todavía cuando a su regreso lo recibiste pobre y derrumbado. El que vive en un afecto deshonesto vive en las tinieblas lejos de tu rostro.

Mira pues, Señor, con paciencia lo que tienes ante los ojos. ¡Con cuánto cuidado observan los hijos de los hombres las reglas que sobre el sonido de letras y sílabas recibieron de sus maestros, al paso que descuidan las leyes

que tú les pones para su eterna salvación! Así sucede que quien es conocedor de las leyes de la gramática no soportará que alguien diga "hombre" por "hombre", suprimiendo la aspiración de la primera sílaba; pero en cambio tendrá por cosa ligera, de nada, si siendo hombre él mismo, odia a los demás hombres contra tu mandamiento. Como si le fuera posible a alguien causarle a otro un daño mayor que el que se causa a sí mismo con el odio que le tiene; como si pudiera causarle a otro una devastación mayor que la que a sí mismo se causa siendo su enemigo.

3. Y por cierto no hay cultura literaria que nos sea más íntima que la conciencia misma, en la cual llevamos escrito que no se debe hacer a otro lo que nosotros mismos no queremos padecer (Tb 4, 16 y Mt 7, 12). ¡Cuán distinto eres Tú, oh Dios inmenso y único, que habitas en el silencio de las alturas, y con inmutables decretos impones cegueras para castigar ilícitos deseos!

Cuando alguien busca la fama de la elocuencia atacando con odio a un enemigo en presencia de un juez y de un auditorio, pone sumo cuidado para no desprestigiarse con un error de lenguaje. No dirá, por ejemplo, "entre LAS hombres". Pero en cambio, nada se le da, en la violencia de su odio, si intenta arrancar a otro hombre de la sociedad de sus semejantes.

Capítulo XIX

1. Al umbral de semejantes costumbres yacía yo infeliz mientras fui niño. Y tal era la lucha en esa palestra, que más temía yo cometer un barbarismo que envidiar a los que lo cometían. Ahora admito y confieso en tu presencia aquellas pequeñeces por las cuales recibía yo alabanza de parte de personas para mí tan importantes que agradarles me parecía la suma del buen vivir. No caía yo en la cuenta de la vorágine de torpezas que me arrastraba ante tus ojos.

¿Podían ellos ver entonces algo más detestable que yo? Pues los ofendía engañando con incontables mentiras a mi pedagogo, a mis maestros y a mis padres; y todo por la pasión de jugar y por el deseo de contemplar espectáculos vanos para luego divertirme en imitarlos.

2. Cometí muchos hurtos de la mesa y la despensa de mis padres, en parte movido por la gula, y en parte también para tener algo que dar a otros muchachos que me vendían su juego; trueque en el cual ellos y yo encontrábamos gusto. Pero también en esos juegos me vencía con frecuencia la vanidad de sobresalir, y me las arreglaba para conseguir victorias fraudulentas. Y no había cosa que mayor fastidio me diera que el sorprenderlos

en alguna de aquellas trampas que yo mismo les hacía a ellos. Y cuando en alguna me pillaban prefería pelear a conceder.

3. ¿Qué clase de inocencia infantil era esta? No lo era, Señor, no lo era, permíteme que te lo diga. Porque esta misma pasión, que en la edad escolar tiene por objeto nueces, pelotas y pajaritos, en las edades posteriores, para prefectos y reyes, es ambición de oro, de tierras y de esclavos. Con el paso del tiempo se pasa de lo chico a lo grande, así como de la férula de los maestros se pasa más tarde a suplicios mayores.

Fue, pues, la humildad lo que tú, Rey y Señor nuestro, aprobaste en la pequeñez de los niños cuando dijiste que de los que son como ellos es el Reino de los Cielos (Mt 19,14).

Capítulo XX

1. Y sin embargo, Señor excelentísimo y óptimo Creador de cuanto existe, gracias te daría si hubieses dispuesto que yo no pasara de la niñez. Porque yo existía y vivía; veía y sentía y cuidaba de mi conservación, vestigio secreto de aquella Unidad de la que procedo. Un instinto muy interior me movía a cuidar la integridad de mis sentidos, y aun en las cosas más pequeñas me deleitaba en la verdad de mis pensamientos. No me gustaba equivocarme. Mi memoria era excelente, mi habla ya estaba formada. Me gozaba en la amistad, huía del dolor, del desprecio y de la ignorancia. ¿Qué hay en un ser así que no sea admirable y digno de loor?

2. Pero todo esto me venía de mi Dios, pues yo no me di a mí mismo semejantes dones. Cosas buenas eran, y todas ellas eran mi yo. Bueno es, entonces, el que me hizo. El es mi bien, y en su presencia me lleno de exultación por todos esos bienes que había en mi ser de niño.

3. Pero pecaba yo, por cuanto buscaba la verdad, la deleitación y la sublimidad no en El, sino en mí mismo y en las demás criaturas; y por esto me precipitaba en el dolor, la confusión y el error.

Pero gracias, dulzura mía, mi honor y mi confianza, mi Dios, por tus dones; y te ruego que me los conserves. Así me guardarás a mí; y todo cuanto me diste se verá en mí aumentado y llevado a perfección.

Y yo estaré contigo, que me diste la existencia.

LIBRO II

Llora amargamente el año decimosexto de su edad, en que, apartado de los estudios, estuvo en su casa y se dejó llevar de los halagos de la lascivia, y se entregó a una vida derramada y licenciosa

CAPÍTULO I

1. Quiero ahora recordar las fealdades de mi vida pasada, las corrupciones carnales de mi alma; no porque en ellas me complazca, sino porque te amo a ti, mi Dios. Lo hago por amor de tu Amor, recordando en la amargura de una revivida memoria mis perversos caminos y malas andanzas. Para que me seas dulce tú, dulzura no falaz, dulzura cierta y feliz; para que me recojas de la dispersión en la que anduve como despedazado mientras lejos de ti vivía en la vanidad.

2. Durante algún tiempo de mi adolescencia ardía en el deseo de saciar los más bajos apetitos y me hice como una selva de sombríos amores. Se marchitó mi hermosura y aparecí ante tus ojos como un ser podrido y sólo atento a complacerse a sí mismo y agradar a los demás.

CAPÍTULO II

1. Nada me deleitaba entonces fuera de amar y ser amado. Pero no guardábamos compostura, y pasábamos más allá de los límites luminosos de la verdadera amistad que va de un alma a la otra. De mí se exhalaban nubes de fangosa concupiscencia carnal en el hervidero de mi pubertad, y de tal manera obnubilaban y ofuscaban mi corazón que no era yo capaz de distinguir entre la serenidad del amor y el fuego de la sensualidad. Ambos ardían en confusa efervescencia y arrastraban mi debilidad por los derrumbaderos de la concupiscencia en un torbellino de pecados. Tu cólera se abatía sobre mí, pero yo lo ignoraba; me había vuelto sordo a tu voz y como encadenado, por la estridencia de mi carne mortal. Esta era la pena con que castigabas la soberbia de mi alma. Cada vez me iba más lejos de ti, y tú lo permitías; era yo empujado de aquí para allá, me derramaba y

desperdiciaba en la ebullición de las pasiones y tú guardabas silencio. ¡Oh, mis pasos tardíos! Tú callabas entonces, y yo me alejaba de ti más y más, desparramado en dolores estériles, pero soberbio en mi envilecimiento y sin sosiego en mi cansancio.

2. ¡Ojalá hubiera yo tenido entonces quien pusiera medida a mi agitación, quien me hubiera enseñado a usar con provecho la belleza fugitiva de las cosas nuevas marcándoles una meta! Si tal hubiera sido, el hervoroso ímpetu de mi juventud se habría ido moderando rumbo al matrimonio y, a falta de poder conseguir la plena serenidad, me habría contentado con procrear hijos como lo mandas tú, que eres poderoso para sacar renuevos de nuestra carne mortal, y sabes tratarnos con mano suave para templar la dureza de las espinas excluidas de tu paraíso.

Porque tu providencia está siempre cerca, aun cuando nosotros andemos lejos. No tuve quien me ayudara a poner atención a tu Palabra que del cielo nos baja por la boca de tu apóstol, cuando dijo: "Estos tendrán la tribulación de la carne, pero yo os perdono". Y también: "Bueno es para el hombre no tocar a la mujer"; y luego: "El que no tiene mujer se preocupa de las cosas de Dios y de cómo agradarle; pero el que está unido en matrimonio se preocupa de las cosas del mundo y de cómo agradar a su mujer" (1Co 7, 28.32.33). Si hubiera yo escuchado con más atención estas voces habría yo castigado mi carne por amor del Reino de los Cielos y con más felicidad habría esperado tu abrazo.

3. Pero, mísero de mí, te abandoné por dejarme llevar de mis impetuosos ardores; me excedí en todo más allá de lo que tú me permitías y no me escapé de tus castigos. Pues, ¿quién lo podría entre todos los mortales? Tú me estabas siempre presente con cruel misericordia y amargabas mis ilegítimas alegrías para que así aprendiera a buscar goces que no te ofendan.

¿Y dónde podía yo conseguir esto sino en ti, Señor, que finges poner dolor en tus preceptos, nos hieres para sanarnos y nos matas para que no nos muramos lejos de ti?

¿Por dónde andaba yo, lejos de las delicias de tu casa, en ese año decimosexto de mi edad carnal, cuando le concedí el cetro a la lujuria y con todas mis fuerzas me entregué a ella en una licencia que era indecorosa ante los hombres y prohibida por tu ley? Los míos para nada pensaron en frenar mi caída con el remedio del matrimonio. Lo que les importaba era solamente que yo aprendiera lo mejor posible el arte de hablar y de convencer con la palabra.

Capítulo III

1. Aquel año se vieron interrumpidos mis estudios. Me llamaron de la vecina ciudad de Madaura a donde había ido yo para estudiar la literatura y la elocuencia, con el propósito de enviarme a la más distante ciudad de Cartago. Mi padre, ciudadano de escasos recursos en Tagaste, con más ánimo que dinero, preparaba los gastos de mi viaje.

Pero, ¿a quién le cuento yo todas estas cosas? No a ti, ciertamente, Señor; sino en presencia tuya a todos mis hermanos del mundo; a aquellos, por lo menos, en cuyas manos puedan caer estas letras mías. ¿Y con qué objeto? Pues, para que yo y quienes esto leyeren meditemos en la posibilidad y la necesidad de clamar a ti desde los más hondos abismos. Porque nada puede haber que más vecino sea de tu oído que un corazón que te confiesa y una vida de fe. A mi padre no había quien no lo alabara por ir más allá de sus fuerzas para dar a su hijo cuanto había menester para ese viaje en busca de buenos estudios, cuando ciudadanos opulentos no hacían por sus hijos nada semejante. Pero este mismo padre que tanto por mí se preocupaba, no pensaba para nada en cómo podía yo crecer para ti, ni hasta dónde podía yo mantenerme casto; le bastaba con que aprendiera a disertar, aunque desertara de ti y de tus cuidados, Dios mío, tú que eres uno, verdadero y bueno y dueño de este campo tuyo que es mi corazón.

2. En ese año decimosexto de mi vida, forzado por las necesidades familiares a abandonar la escuela, viví con mis padres, y se formó en mi cabeza un matorral de concupiscencias que nadie podía arrancar. Sucedió pues que aquel hombre que fue mi padre me vio un día en los baños, ya púber y en inquieta adolescencia. Muy orondo fue a contárselo a mi madre, feliz como si ya tuviera nietos de mi; embriagado con un vino invisible, el de su propia voluntad perversa e inclinada a lo más bajo; la embriaguez presuntuosa de un mundo olvidado de su Creador y todo vuelto hacia las criaturas.

Pero tú ya habías empezado a echar en el pecho de mi madre los cimientos del templo santo en que ibas a habitar. Mi padre era todavía catecúmeno, y de poco tiempo; entonces, al oírlo ella se estremeció de piadoso temor; aunque yo no me contaba aún entre los fieles, ella temió que me fuera por los desviados caminos por donde van los que no te dan la cara, sino que te vuelven la espalda.

3. ¡Ay! ¿Me atreveré a decir que tú permanecías callado mientras yo más y más me alejaba de ti? ¿Podré decir que no me hablabas? Pero, ¿de quién sino tuyas eran aquellas palabras que con voz de mi madre, fiel sierva tuya, me cantabas al oído? Ninguna de ellas, sin embargo, me llegó al corazón para ponerlas en práctica. Ella no quería que yo cometiera fornicación y

recuerdo cómo me amonestó en secreto con gran vehemencia, insistiendo sobre todo en que no debía yo tocar la mujer ajena. Pero sus consejos me parecían debilidades de mujer que no podía yo tomar en cuenta sin avergonzarme.

Mas sus consejos no eran suyos, sino tuyos y yo no lo sabía. Pensaba yo que tú callabas, cuando por su voz me hablabas; y al despreciarla a ella, sierva tuya, te despreciaba a ti, siendo yo también tu siervo. Pero yo nada sabía. Iba desbocado, con una ceguera tal, que no podía soportar que me superaran en malas acciones aquellos compañeros que se jactaban de sus fechorías tanto más cuanto peores eran. Con ello pecaba yo no sólo con la lujuria de los actos, sino también con la lujuria de las alabanzas.

4. ¿Hay algo que sea realmente digno de vituperación fuera del vicio? Pero yo, para evitar el vituperio me fingía más vicioso y, cuando no tenía un pecado real con el cual pudiera competir con aquellos perdidos inventaba uno que no había hecho, no queriendo parecer menos abyecto que ellos ni ser tenido por tonto cuando era más casto.

Con tales compañeros corría yo las calles y plazas de Babilonia y me revolcaba en su cieno como en perfumes y ungüentos preciosos; y un enemigo invisible me hacía presión para tenerme bien fijo en el barro; yo era seducible y él me seducía.

Ni siquiera mi madre, aquella mujer que había huido ya de Babilonia pero andaba aún con lentos pasos por sus arrabales tomó providencias para hacerme conseguir aquella pureza que ella misma me aconsejaba. Lo que de mí había oído decir a su marido lo sentía peligroso y pestilente; yo necesitaba del freno de la vida conyugal si no era posible cortarme en lo vivo la concupiscencia. Y, sin embargo, ella no cuidó de esto: temía que los lazos de una mujer dieran fin a mis esperanzas. No ciertamente la esperanza de la vida futura, que mi madre ya poseía; pero sí las buenas esperanzas de aprendizaje de las letras que tanto ella como mi padre deseaban vivamente; él, porque pensaba poco en ti y formaba a mi propósito castillos en el aire; y ella, porque no veía en las letras un estorbo, sino más bien una ayuda para llegar a ti. Todo esto lo conjeturo recordando lo mejor que puedo cómo eran mis padres. Por este motivo y sin un necesario temperamento de severidad, me soltaban las riendas y yo me divertía, andaba distraído y me desintegraba en una variedad de afectos y en una ardiente ofuscación que me ocultaba, Señor, las serenidades de tu verdad. "Y de mi craso pecho salía la iniquidad" (Sal. 72, 7).

Capítulo IV

1. El hurto lo condena la ley, Señor; una ley que está escrita en los corazones humanos y que ni la maldad misma puede destruir. Pues, ¿qué ladrón hay que soporte a otro ladrón? Ni siquiera un ladrón rico soporta al que roba movido por la indigencia. Pues bien, yo quise robar y robé; no por necesidad o por penuria, sino por mero fastidio de lo bueno y por sobra de maldad. Porque robé cosas que tenía ya en abundancia y otras que no eran mejores que las que poseía. Y ni siquiera disfrutaba de las cosas robadas; lo que me interesaba era el hurto en sí, el pecado.

Había en la vecindad de nuestra viña un peral cargado de frutas que no eran apetecibles ni por su forma ni por su color. Fuimos, pues, rapaces perversos, a sacudir el peral a eso de la medianoche, pues hasta esa hora habíamos alargado, según nuestra mala costumbre, los juegos. Nos llevamos varias cargas grandes no para comer las peras nosotros, aunque algunas probamos, sino para echárselas a los puercos. Lo importante era hacer lo que nos estaba prohibido.

2. Este es, pues, Dios mío, mi corazón; ese corazón al que tuviste misericordia cuando se hallaba en lo profundo del abismo. Que él te diga que era lo que andaba yo buscando cuando era gratuitamente malo; pues para mi malicia no había otro motivo que la malicia misma. Detestable era, pero la amé; amé la perdición, amé mi defecto. Lo que amé no era lo defectuoso, sino el defecto mismo. Alma llena de torpezas, que se soltaba de tu firme apoyo rumbo al exterminio, sin otra finalidad en la ignominia que la ignominia misma.

Capítulo V

1. Porque se da ciertamente un atractivo en todo lo que es hermoso: en el oro, en la plata, en todo. En el tacto de la carne mucho tiene que ver el halago, así como los demás sentidos encuentran en las cosas corporales una peculiaridad que les responde. Belleza hay también en el honor temporal, en el poder de vencer y dominar, de donde proceden luego los deseos de la venganza. Y sin embargo, Señor, para conseguir estas cosas no es indispensable separarse de ti ni violar tus leyes. Y la vida que aquí vivimos tiene su encanto en cierto modo particular de armonía y de conveniencia con todas estas bellezas inferiores. Así como también es dulce para los hombres la amistad, que con sabroso nudo hace de muchas almas una sola.

2. Por conseguir estas cosas y otras semejantes se admite el pecado; por cuanto una inmoderada inclinación hace que se abandonen otros bienes de mayor valía, que son realmente supremos: tú mismo, Señor, tu verdad y

tu ley. Es indudable que también estas cosas ínfimas tienen su deleite; pero no es tan grande como mi Dios, creador de todas las cosas, que es deleite del justo y delicia de los corazones rectos. Por lo cual, cuando se pregunta sobre las posibles causas del pecado, se suele pensar que no está sino en el vivo deseo de alcanzar o de no perder esos bienes que he llamado ínfimos. Son, a no dudarlo, hermosos y agradables en sí mismos, aun cuando resultan a ras de tierra y despreciables cuando se los compara con los bienes superiores, los únicos que dan verdadera felicidad.

3. Alguno, por ejemplo, comete un homicidio. ¿Por qué lo hizo? Lo hizo, o porque quería quedarse con la mujer o el campo de otro, o porque tal depredación lo ayudaría a vivir, o porque temía que el occiso lo desposeyera de algo, o porque había recibido de él algún agravio que encendió en su pecho el ardor de la venganza. De Catilina, hombre en exceso malo y cruel, se ha dicho que era malo gratuitamente, que hacía horrores sólo porque no se le entumecieran por la falta de ejercicio ni la mano ni el ánimo. No deja de ser una explicación. Pero esto no lo es todo. Lo cierto es que de haberse apoderado del gobierno de la ciudad mediante tal acumulación de crímenes tendría honores, poder y riquezas; se libraba, además, de temor de las leyes inducido por la conciencia de sus delitos y del mal pasar debido a la pobreza de su familia. Ni el mismo Catilina amaba sus crímenes por ellos mismos, sino por otra cosa que mediante ellos pretendía conseguir.

Capítulo VI

1. ¿Qué fue pues, miserable de mí, lo que en ti amé, hurto mío, delito mío nocturno, en aquel decimosexto año de mi vida? No eras hermoso, pues eras un hurto. Pero, ¿eres acaso algo real, para que yo ahora hable contigo?

Bonitas eran aquellas frutas que robamos, pues eran criaturas tuyas, ¡oh, tú, creador de todas ellas, sumo Bien y verdadero Bien! Hermosas eran, pero no fueron ellas lo que deseó mi alma miserable, ya que yo las tenía mejores. Si las corté fue sólo para robarlas y, prueba de ello es que apenas cortadas, las arrojé; mi banquete consistió meramente en mi fechoría, pues me gozaba en la maldad. Porque si algo de aquellas peras entró en mi boca, su condimento no fue otro que el sabor del delito.

Ahora me pregunto, Dios mío, por qué motivo pude deleitarme en aquel hurto. Las peras en sí no eran muy atractivas. No había en ellas el brillo de la equidad y de la prudencia; pero ni siquiera algo que pudiera ser pasto de

la memoria, de los sentidos, de la vida vegetativa. No eran hermosas como lo son las estrellas en el esplendor de sus giros; ni como lo son la tierra y el mar, llenos como están de seres vivientes que vienen a reemplazar a los que van feneciendo y, ni siquiera tenían la hermosura aparente y oscura con que nos engañan los vicios.

2. La soberbia remeda a la excelencia, siendo así que sólo tú eres excelso y, la ambición busca los honores y la gloria, cuando sólo tú eres glorioso y merecedor de eternas alabanzas.

Los poderosos de la tierra gustan de hacerse temer por el rigor; pero, ¿quién sino tú, Dios único, merece ser temido? ¿Quién, qué, cuándo y dónde pudo jamás substraerse a tu potestad?

Los amantes se complacen en las delicias de la lascivia; pero, ¿qué hay más deleitable que tu amor?, ¿qué puede ser más amado que tu salvífica verdad, incomparable en su hermosura y esplendor?

La curiosidad gusta interesarse por la ciencia, cuando tú eres el único que todo lo sabe. La ignorancia misma y la estupidez se cubren con el manto de la simplicidad y de la inocencia porque nada hay más simple ni más inocente que tú, cuyas obras son siempre enemigas del mal.

La pereza pretende apetecer la quietud; pero, ¿qué quietud cierta se puede encontrar fuera de ti? La lujuria quiere pasar por abundancia y saciedad; pero eres tú la indeficiente abundancia de suavidades incorruptibles. La prodigalidad pretende hacerse pasar por desprendimiento; pero tú eres el generoso dador de todos los bienes.

La avaricia ambiciona poseer muchas cosas, pero tú todo lo tienes. La envidia pleitea por la superioridad; pero, ¿qué hay que sea superior a ti? La ira busca vengarse; pero, ¿qué venganza puede ser tan justa como las tuyas? El temor es enemigo de lo nuevo y lo repentino que sobreviene con peligro de perder las cosas que se aman y se quieren conservar; pero, ¿qué cosa hay más insólita y repentina que tú; o quién podrá nunca separar de ti lo que tú amas? ¿Y dónde hay fuera de ti seguridad verdadera? La tristeza se consume en el dolor por las cosas perdidas en que se gozaba la codicia y no quería que le fueran quitadas; pero a ti nada se te puede quitar.

3. Entonces, fornica el alma cuando se aparta de ti y busca allá afuera lo que no puede encontrar con pureza y sin mezcla sino cuando vuelve a ti. Y burdamente remedan tu soberanía los que de ti se apartan y se rebelan contra ti; pero aún en eso proclaman que tú eres el creador e la naturaleza toda y que no hay realmente manera de cortar los lazos que nos ligan a ti.

¿Qué fue pues lo que yo amé en aquel hurto en que de manera viciosa y perversa quise imitar a mi Señor? ¿Soñé que con el uso de una falaz libertad me colocaba imaginariamente por encima de una ley que en la realidad me domina, haciendo impunemente, en un remedo ridículo de tu omnipotencia lo que no me era permitido?

Aquí tienes pues a ese siervo que huyó de su Señor en pos de una sombra. ¡Cuánta podredumbre, qué monstruosidad de vida y qué profundidades de muerte! ¿Cómo pudo complacerse su albedrío en lo que no le era lícito por el solo motivo de que no lo era?

Capítulo VII

1. ¿Con qué pagarle a mi Señor el que mi memoria recuerde todo esto sin que mi alma sienta temor? Te pagaré con paga de amor y de agradecimiento. Confesaré tu Nombre, pues tantas obras malas y abominables me has perdonado. Fue obra de tu gracia y de tu misericordia el que hayas derretido con hielo la masa de mis pecados y, a tu gracia también soy deudor de no haber cometido muchos otros; pues, ¿de qué obra mala no habría sido capaz uno que pecaba por gusto? Pero todo me lo has perdonado: lo malo que hice con voluntad y lo malo que pude hacer y, por tu providencia, no hice.

2. ¿Quién podría, conociendo su nativa debilidad atribuir su castidad y su inocencia a sus propias fuerzas? Ese te amaría menos, como si le fuera menos necesaria esa misericordia tuya con que condenas los pecados de quienes se convierten a ti. Ahora: si hay alguno que llamado por ti escuchó tu voz y pudo evitar los delitos que ahora recuerdo y confieso y que él puede leer aquí, no se burle de mí, que estando enfermo fui curado por el mismo médico a quien él le debe el no haberse enfermado; o por mejor decir, haberse enfermado menos que yo. Ese debe amarte tanto como yo, o más todavía; viendo que quien me libró a mí de tamañas dolencias de pecado es el mismo que lo ha librado a él de padecerlas.

Capítulo VIII

¿Qué clase de afecto era pues aquel? Ciertamente era pésimo y yo muy miserable porque lo tenía. ¿Pero qué era? Pues por algo dice la Escritura: "¿Quién entenderá los pecados?" (Sal. 18, 13). Risa nos daba; un como cosquilleo del corazón, de que así pudiéramos engañar a quienes no nos juzgaban capaces de cosas semejantes, ni querían ni querían que las hicié-

ramos. ¿Pero, por qué razón me gustaba hacer esas fechorías junto con otros? ¿Acaso porque no es fácil reír cuando no se tiene compañeros? Y sin embargo, en ciertas ocasiones la risa vence al hombre más solitario: cuando algo se le presenta, al sentido o a la imaginación como muy ridículo.

Capítulo IX

Lo cierto es que tales cosas no las había yo hecho de estar completamente solo. Este es, Señor, el vivo recuerdo de mi memoria en tu presencia: de haber andado solo no habría cometido tal hurto, ya que no me interesaba la cosa robada sino el hurto mismo y no habría de cierto hallado gusto en ello sin una compañía. ¡Oh enemiga amistad, seducción incomprensible de la mente! ¡Avidez de dañar por burla y por juego, cuando no hay en ello ganancia alguna ni deseo de venganza de satisfacer! Es, simplemente, el momento en que se dice: "Vamos a hacerlo" y, si alguna vergüenza se tiene, es la de no hacer algo vergonzoso.

Capítulo X

¿Quién podrá desatar este nudo tan tortuoso e intrincado? Feo es y no quiero verlo, ni siquiera poner en él los ojos.

Pero te quiero a ti, que eres justicia e inocencia, hermosa y decorosa luz, saciedad insaciable para los hombres honestos.

En ti hay descanso y vida imperturbable. El que entra en ti entra en el gozo de su Señor (Mt 25, 21), nada temerá y se hallará muy bien en el Sumo Bien. Me derramé y vagué lejos de ti, mi Dios, muy alejado de tu estabilidad, en mi adolescencia. Me convertí para mí mismo en un desierto inculto y lleno de miseria.

Libro III

Confiesa cómo en Cartago se enredó en los lazos del amor impuro, que leyendo allí el Hortensio de Cicerón, al año 19 de su edad, se excitó al amor de la sabiduría, y cómo después cayó en el error de los maniqueos. Últimamente refiere el sueño que tuvo su santa madre y la esperanza y seguridad que le dio un obispo acerca de su conversión

Capítulo I

1. Vine a Cartago y caí como en una caldera hirviente de amores pecaminosos. Aún no amaba yo, pero quería ser amado y, con una secreta indigencia me odiaba a mí mismo por menos indigente. Ardía en deseos de amar y buscaba un objeto para mi amor. Quería ser amado, pero odiaba la seguridad de un camino sin trampas ni celadas. Tenía hambre intensa de un alimento interior que no era otro sino tú, mi Dios; pero con esa hambre no me sentía hambriento, pues me faltaba el deseo de los bienes incorruptibles. Y no porque los tuviera; simplemente, mientras más miserable era, más hastiado me sentía. Por eso mi alma, enferma y ulcerosa, se proyectaba miserablemente hacia afuera, ávida del halago de las cosas sensibles. Algún alma deben de tener las cosas, pues si no, no serían amadas. Dulce me era, pues, amar y ser amado; especialmente cuando podía disfrutar del cuerpo amado.

2. Así manchaba yo con sórdida concupiscencia la clara fuente de la amistad y nublaba su candor con las tinieblas de la carnalidad. Sabiéndome odioso y deshonesto, trataba en mi vanidad de aparecer educado y elegante. Me despeñé en un tipo de amor en que deseaba ser cautivo. ¡Dios mío, misericordia mía! ¡Con cuántas hieles me amargaste, en tu bondad, aquellas malas suavidades! Porque mi amor fue correspondido y llegué hasta el enlace secreto y voluptuoso y con alegría me dejaba atar por dolorosos vínculos: fui azotado con los hierros candentes de los celos y las sospechas, los temores, las iras y las riñas.

Capítulo II

1. Me apasionaban entonces los espectáculos teatrales, tan llenos de las miserias que yo tenía y de los fuegos que me quemaban.

¿Por qué será el hombre tan amigo de ir al teatro para sufrir allí de lutos y tragedias que por ningún motivo querría tener en su propia vida? Lo cierto es que le encantan los espectáculos que lo hacen sufrir y que se goza en este sufrimiento. Pero, ¿no es esto una insanía miserable? Porque la verdad es que tanto más se conmueven las gentes cuanto menor sanidad hay en sus sentimientos y, que tiene por miseria lo que ellos mismos padecen, mientras llaman misericordia su compasión cuando eso mismo lo padecen otros. Pero, ¿qué misericordia real puede haber en fingidos dolores de escenario? Pues el que asiste no es invitado a prestar remedio a los males, sino solamente a dolerse con ellos y, mayor es el homenaje que rinde a los actores del drama cuanto mayormente sufre. Y si tales calamidades, o realmente sucedidas antaño o meramente fingidas ahora no lo hacen sufrir lo suficiente, sale del teatro fastidiado y criticando; al paso que si sufre mucho se mantiene atento y goza llorando.

2. ¿Cómo es posible amar así el dolor y las lágrimas? Porque el hombre naturalmente tiende a ser feliz. ¿Será acaso, que si a nadie le gusta ser él mismo miserable, a todos nos agrada ser compasivos con la miseria? Puede ser; sin el dolor y la miseria es imposible la misericordia y, entonces, por razón de ésta se llegan a amar la miseria y el dolor. ¿Qué otra causa podría haber?

Una simpatía semejante procede, a no dudarlo, del manantial de la amistad. Pero, ¿a dónde va esa corriente, a dónde fluye? ¿Por qué va a dar ese torrente de pez hirviendo con los terribles calores de todas las pasiones de la tierra? ¿Por qué de su propio albedrío se convierte en él la amistad, desviada y rebajada de su serenidad celeste?

Y sin embargo, cierto es que no podemos repudiar la misericordia: es necesario que amemos alguna vez el sufrimiento.

3. Pero guárdate bien, alma mía, de la inmundicia, guárdate de ella, bajo la tutela de tu Dios, del Dios de nuestros padres, excelso y laudable por todos los siglos (Dn 3, 52). No es que me falte ahora la misericordia; pero en aquellos días gozaba yo con ver en el teatro a los amantes que criminalmente se amaban, aun cuando todo aquello fuera imaginario y escénico. Cuando el uno al otro se perdían me ponía triste la compasión; pero me deleitaba tanto en lo uno como en lo otro. Muy mayor misericordia siento ahora por el que vive contento con el vicio, que no por el que sufre grandes penas por

la pérdida de un pernicioso placer y una mentida felicidad. Este tipo de misericordia es de cierto mucho más verdadero, precisamente porque en ella no hay deleite en el dolor. Si es laudable oficio de caridad compadecer al que sufre, un hombre de veras misericordioso preferiría con mucho que no hubiera nada que compadecer. Absurdo sería hablar de una "benevolencia malévola", pero este absurdo sería necesario para que un hombre pudiera al mismo tiempo ser en verdad misericordioso y desear que haya miserables para poderlos compadecer.

4. Hay pues dolores que se pueden admitir, porque son útiles; pero el dolor en sí no es digno de amor.

Esto es lo que pasa contigo, mi Dios y Señor, que amas las almas de tus hijos con amor más alto y más puro que el nuestro; la tuya es una misericordia incorruptible y, cuando nos compadeces, nuestro dolor no te lastima. ¿Quién en esto como tú?

Pero yo amaba entonces el dolor de mala manera y me buscaba lo que pudiera hacerme padecer. Representando un padecimiento ajeno, fingido y teatral, tanto más me gustaba el actor cuanto más lágrimas me hacía derramar. ¿Qué maravilla, entonces, si como oveja infeliz e impaciente de tu custodia, me veía cubierto de fealdad y de roña? De ahí me venía esa afición al sufrimiento. Pero no a sufrimientos profundos, que para nada los quería; sino sufrimientos fingidos y de oído que solo superficialmente me tocaban. Y como a los que se rascan con las uñas, me venía luego ardiente hinchazón, purulencia y horrible sangre podrida. ¡Santo Dios! ¿Esa vida era vivir?

Capítulo III

1. Pero tu misericordia fidelísima velaba por mí y me rodeaba. ¡En cuántas iniquidades me corrompí, llevado por una sacrílega curiosidad, hasta tocar el fondo de la infidelidad en engañoso obsequio a los demonios, a quienes ofrecía como sacrificio mis malas obras! Y en todo eso tú me flagelabas. Un día llegó mi atrevimiento hasta el punto de alimentar dentro de tu misma casa, durante la celebración de tus sagrados misterios, pensamientos impuros, maquinando como llevarlos a efecto y conseguir sus frutos de muerte. Pero tú me azotaste con pesados sufrimientos que, con ser muy pesados, no eran tan grandes como la gravedad de mi culpa, ¡oh Dios de inmensa misericordia! ¡Tú, mi Dios, que eres mi refugio y me defiendes de esos terribles enemigos míos entre los cuales anduve vagando con la cabeza insolentemente engallada, cada vez más lejos de ti, en mis caminos y no en los tuyos, tras del señuelo de una libertad mentida y fugitiva!

2. Aquellos estudios míos, estimados como muy honorables, me encaminaban a las actividades del foro y sus litigios, en los cuales resulta más excelente y alabado el que es más fraudulento. Tanta así es la ceguera humana, que de la ceguera misma se gloría. Yo era ya mayor en la escuela de Retórica. Era soberbio y petulante y tenía la cabeza llena de humo, pero era más moderado que otros, como tú bien lo sabes; porque me mantenía alejado de los abusos que cometían los "eversores"[1], cuyo nombre mismo, siniestro y diabólico era temido como signo de honor. Entre ellos andaba yo con la imprudente vergüenza de no ser como ellos. Entre ellos andaba y me complacía en su amistad, aun cuando su comportamiento me era aborrecible, ya que persistentemente atormentaban la timidez de los recién llegados a la escuela con burlas gratuitas y pesadas en que ellos hallaban su propia alegría. Nada tan semejante a esto como las acciones de los demonios y, por eso, nada tan apropiado como llamarlos "eversores", derribadores. Burlados y pervertidos primero ellos mismos por el engaño y la falsa seducción de los espíritus invisibles, pasaban luego a burlarse y a engañar a los demás.

Capítulo IV

1. Era pues en medio de tales compañías cómo estudiaba yo la elocuencia en los libros con la finalidad condenable de conseguir los goces de la vanidad humana. Y así sucedió que siguiendo el curso normal de los estudios conocí un libro de un cierto Cicerón cuya lengua admiran todos aunque no así su ánimo. En este libro titulado Hortensio encontré una exhortación a la filosofía. El libro cambió mis sentimientos y enderezó a ti mis pensamientos y mudó del todo mis deseos y mis anhelos. De repente todas mis vanas esperanzas se envilecieron ante mis ojos y empecé a encenderme en un increíble ardor del corazón por una sabiduría inmortal. Con esto comencé a levantarme para volver a ti. Con su lectura no buscaba ya lo que a mis diecinueve años y muerto ya mi padre hacía dos, compraba yo con el dinero de mi madre; es decir, no me interesaba ya pulir mi lenguaje y mejorar mi elocuencia; sino que encontraba el libro sumamente persuasivo en lo que decía.

1 Las "eversiones" eran en tiempo de San Agustín lo que ahora entre nosotros han sido las "novatadas" estudiantiles; molestias y humillaciones con que los estudiantes antiguos reciben a los recién llegados. La eversión (derribamiento) consistía, según autorizadas opiniones, en que un estudiante mayor inducía al novato a una animada conversación. Cuando el novato estaba ya confiado y descuidado, otro eversor se le ponía por detrás a cuatro manos y el novato era derribado de un brusco empujón.

2. ¡Qué incendios los míos, Señor, por volar hacia ti lejos de todo lo terrenal! No sabía yo lo que estabas haciendo conmigo tú, que eres la Sabiduría. "Filosofía" llaman los griegos al amor de la sabiduría y, en ese amor me hacían arder aquellas letras. Cierto es que no faltan quienes engañan con la filosofía, cubriendo y coloreando sus errores con ese nombre tan digno, tan suave y tan honesto. Pero todos estos seductores, los de ese tiempo y los que antes habían sido, eran en ese libro censurados y mostrados por lo que en verdad son y se manifiesta en él, además, aquella saludable admonición que tú nos haces por medio de tu siervo bueno y pío: "Cuidaos de que nadie os engañe con la filosofía y una vana seducción según las tradiciones y elementos de este mundo y no según Cristo, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad"(Cil 2, 8-9).

3. Bien sabes tú, luz de mi corazón, que en esos tiempos no conocía yo aún esas palabras apostólicas, pero me atraía la exhortación del Hortensius a no seguir esta secta o la otra, sino la sabiduría misma, cualquiera que ella fuese. Esta sabiduría tenía yo que amar, buscar y conseguir y el libro me exhortaba a abrazarme a ella con todas mis fuerzas. Yo estaba enardecido. Lo único que me faltaba en medio de tanta fragancia era el nombre de Cristo, que en él no aparecía. Pues tu misericordia hizo que el nombre de tu Hijo, mi Salvador, lo bebiera yo con la leche materna y lo tuviera siempre en muy alto lugar; razón por la cual una literatura que lo ignora, por verídica y pulida que pudiera ser, no lograba apoderarse de mí.

Capítulo V

Por todo esto me decidí a leer las Sagradas Escrituras, para ver cómo eran. Y me encontré con algo desconocido para los soberbios y no comprensible a los niños: era una verdad que caminaba al principio con modestos pasos, pero que avanzaba levantándose siempre más, alcanzando alturas sublimes, toda ella velada de misterios.

Yo no estaba preparado para entrar en ella, ni dispuesto a doblar la cerviz para ajustarme a sus pasos. En ese mi primer contacto con la Escritura no era posible que sintiera y pensara como pienso y siento ahora; como era inevitable, me pareció indigna en su lenguaje, comparada con la dignidad de Marco Tulio. Mi vanidosa suficiencia no aceptaba aquella simplicidad en la expresión; con el resultado de que mi agudeza no podía penetrar en sus interioridades. Era aquella una verdad que debía crecer con el crecer de los niños, pero yo me negaba resueltamente a ser niño. Hinchado de vanidad me sentía muy grande.

Capítulo VI

1. Entonces fui a dar entre hombres de una soberbia delirante[2], muy carnales y excesivamente locuaces en cuya boca se mezclaban en diabólico mejunje las voces de tu nombre, del de tu Hijo Jesucristo y las del Espíritu Santo. Estos nombres no se les caían de la boca, pero no eran sino sonido puro, modulación de la lengua, pues su corazón estaba árido y vacío. "¡Verdad, verdad!", gritaban siempre y a mí me lo dijeron muchas veces, pero no había en ellos verdad ninguna. Decían cosas aberrantes no tan sólo de ti que eres la verdad[3], sino también de los elementos de este mundo que tú creaste. Debí dejar de lado a filósofos que no todo lo equivocaban y lo hice por amor a ti, Padre mío, Sumo Bien, hermosura ante quien palidece toda hermosura. ¡Oh verdad, verdad purísima! ¡Con cuánta violencia suspiraban por ti mis entrañas cuando ellos me hablaban de ti con sola la voz, en muchos y voluminosos libros! Eran bocados en los que se ofrecían a mi hambre y mi sed de ti el sol y la luna, obras tuyas ciertamente hermosas, pero que no son tú y, ni siquiera las primeras entre tus obras, ya que creaste primero los seres espirituales y sólo enseguida los corporales. Hermosos como éstos pueden ser, no son los que primero pusiste en el ser.

2. Pero tampoco de esas nobles criaturas primeras eran mi hambre y mi sed, sino sólo de ti, que eres la verdad; verdad en la que no hay mudanza ni asomo de vicisitud (St 1, 17). Pero se me seguían ofreciendo como alimento fantasmas espléndidos. Mejor era el sol, verdad de nuestros ojos, que no aquellos espejismos, verdaderos sólo para el alma que se deja engañar por los sentidos. Yo aceptaba todo eso porque pensaba que eras tú; pero no comía tales platillos con avidez, pues no me sabían a nada; el sabor no era el tuyo, no te sentía yo como realmente eres. Tú no estabas en aquellos vanos fragmentos que no me alimentaban sino que me agotaban. Como los alimentos que se comen en sueños, que se parecen mucho a los que el hombre come despierto, pero que no alimentan al que dormido sueña. Pero esos sueños en nada se parecían a lo que ahora sé que eres tú; eran fantasmas corpóreos, mucho menos ciertos que los cuerpos reales que vemos en los cielos y en la tierra. Así como los animales terrestres y las aves, que son más ciertos en sí que en nuestra imaginación. Pero aún estas imaginaciones infinitas, que a partir de ellas fantaseamos nosotros y que no

---

2La secta de los maniqueos, fundada por el persa Urbicus, que luego se llamó Manes. Además, "Manes", en griego, significa "delirante, furioso".

3Los maniqueos decían que existe un principio eterno bueno y otro principio eterno malo; que de la lucha entre ambos nació una mezcla de bien y de mal, que es Dios y de la cual se formó el mundo; y decían que en todas las cosas está presente y mezclada la naturaleza de Dios.

tienen realidad alguna. Y éste era el tipo de fantasías de que yo entonces me apacentaba.

3. Pero tú, amor mío, en quien soy débil para ser fuerte, no eres ninguno de esos cuerpos que vemos en la tierra y en el cielo; ni tampoco los que no vemos allí porque tú las creaste; pero en situaciones eximias de tu creación. ¡Qué lejos estabas, pues, de aquellos fantasmas míos, fantasmas corpóreos, totalmente privados de existencia!

Más ciertas que ellos son las imágenes de cuerpos que en realidad existen y más reales que éstas son los cuerpos mismos, pero nada de eso eres tú. Tampoco eres el alma que da vida a los cuerpos y por eso es mejor y más cierta que los cuerpos, la vida. Tú, en cambio, eres la vida de las almas, vida de toda vida; vida tú mismo, indefectible vida.

¿Dónde estabas entonces, Señor, tan lejos de mí? Pues yo vagaba lejos de ti y de nada me servían las bellotas de los cerdos (Lc 15, 16) que con bellotas apacentaba yo. ¡Cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y los poetas, que todos esos engaños! Porque los versos y los poemas, como aquella Medea que volaba en carro tirado por dragones (Ovidio, Metamorfosis VII, 219-236), son de cierto más útiles que aquellos cinco elementos de diversa manera coloreados para luchar con los cinco antros de las tinieblas, que ninguna existencia tienen y dan la muerte a quien en ellos cree[4].

Porque los versos y los poemas alguna relación tienen con lo real y, si yo cantaba a Medea volante, no afirmaba lo que cantaba y cuando otros lo cantaban yo no lo creía. En cambio, sí que creí en aquellas aberraciones.

¡Ay! ¡Por qué escalones fui bajando hasta lo profundo del infierno! Te lo confieso ahora a ti, que me tuviste misericordia cuando aún no te confesaba: acongojado y febril en mi indigencia de verdad, yo te buscaba; pero no con la inteligencia racional que nos hace superiores a las bestias, sino según los sentimientos de la carne. Y tú eras interior a mi más honda interioridad y superior a cuanto había en mí de superior. Entonces tropecé con aquella hembra audaz y falta de seso, enigma de Salomón, que sentada a su puerta decía: "Comed con gusto mis panes ocultos, bebed de mi agua furtiva y sabrosa". Tal hembra me pudo seducir porque me encontró fuera de mí

4 Los maniqueos decían que la creación consta de cinco elementos buenos, derivados del eterno principio bueno y otros cinco malos, derivados del malo. Los malos eran el humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento; y en la lucha entre ellos resultó una mezcla de bien y de mal, que es la naturaleza misma de Dios. Decían que los animales bípedos, incluso el hombre, fueron engendrados en el humo; en el fuego los cuadrúpedos, en el agua los peces y en el aire los volátiles. Todo esto lo atribuían a la sustancia del mal y, a Dios, la bondad de los buenos elementos.

mismo, habitando en el ámbito de mis ojos carnales, pues me la pasaba rumiando lo que con los ojos había devorado.

Capítulo VII

1. Desconocía yo entonces la existencia de una realidad absoluta y, estimulado por una especie de aguijón, me fui a situar entre aquellos impostores que me preguntaban en qué consiste el mal, si Dios tiene forma corporal, cabellos y uñas, si pueden tenerse por justos los hombres que tienen muchas mujeres y matan a otros hombres y sacrifican animales. Dada mi ignorancia, estas cuestiones me perturbaban; pues no sabía yo entonces que el mal no es sino una privación de bien y se degrada hasta lo que no tiene ser ninguno. ¿Y cómo podía yo entender esto si mis ojos no veían sino los cuerpos y mi mente estaba llena de fantasmas?

Totalmente ignoraba yo que Dios es un ser espiritual; que no tiene masa ni dimensiones ni miembros. La masa de un cuerpo es menor en cualquiera de sus partes que en su totalidad y aun cuando se pensara en una masa infinita, ninguna de sus partes situadas en el espacio igualaría su infinidad y, así, un ser cuanto que no es espiritual como Dios, no puede estar totalmente en todas partes.

Ignoraba también qué es lo que hay en nosotros por lo cual tenemos alguna semejanza con Dios, pues fuimos creados, como dice la Escritura, a su imagen y semejanza.

2. Tampoco sabía en que consiste la verdadera justicia interior, que no juzga según las ideas corrientes sino según la ley de Dios todopoderoso, a la cual deben acomodarse las costumbres de los pueblos y el andar de los días conforme a los pueblos y a los tiempos; justicia vigente en todo tiempo y lugar, no una aquí y otra allá, una en un tiempo y diferente en otro. Justicia según la cual fueron justos Abraham e Isaac, Moisés y David y tantos otros que fueron alabados por Dios mismo; aunque ahora no los tienen por justos esos imperitos que con cerrado criterio juzgan de las costumbres del género humano con la medida de sus propias costumbres y de su limitada y precaria experiencia. Los tales son como un hombre que no sabiendo nada de armaduras ni qué pieza es la que conviene para cada parte del cuerpo, pretendiera ponerse la greba en la cabeza y calzarse con el yelmo y luego se quejara de que la armadura no le queda.

O como si alguien se enojara de que en un día festivo se le prohíba vender por la tarde lo que podía vender por la mañana o le molestara que el que sirve las copas no pueda tocar con la mano lo que otro criado puede tocar; o mal le pareciera que se prohíba hacer en el comedor lo que puede hacer

en el establo. Como si no vieran todos los días que en la misma casa y en el mismo tiempo no toda cosa es conveniente para cualquier miembro de la familia; que algo permitido a cierta hora no lo es ya en la hora siguiente y lo que se puede permitir o mandar en un lugar de la casa no se puede ni mandar ni permitir en otro.

Tales son los que se indignan de que en pasados tiempos hayan sido permitidas a los justos cosas que ahora son ilícitas y de que Dios haya mandado a éstos y a aquellos, diferentes cosas en razón de los tiempos, siendo así que unos y otros fueron servidores de la misma justicia.

3. ¿Se dirá acaso que la justicia es algo que cambia? No. Pero sí lo son los tiempos sobre los que ella preside, que no por nada se llaman “tiempos”. Los hombres, cuya vida sobre la tierra es tan breve, no pueden comprender bien las causas que entraban en juego en siglos pasados y en la vida de pueblos diferentes; no están en condiciones, entonces, de comparar lo que no conocieron con lo que sí conocen. En una misma casa y en un mismo tiempo, fácilmente pueden ver que no todo conviene a todos; que hay cosas congruentes o no, según los momentos, los lugares y las personas. Pero este discernimiento no lo tienen para las cosas del pasado. Se ofenden con ellas, mientras todo lo propio lo aprueban. Esto no lo sabía yo entonces, ni lo tomaba en consideración. Las cosas me daban en los ojos, pero no las podía ver. Y sin embargo entendía yo bien que al componer un canto no me era lícito poner cualquier pie en cualquier lugar, sino que conforme al metro que usara, así debía ser la colocación de los pies, éste aquí y éste allá. La prosodia que regía mis composiciones era siempre la misma; no una en una parte del verso y otra en otra, sino un sistema que todo lo regulaba.

Y con esto, no pensaba yo en que tu justicia, a la cual han servido los hombres justos y santos, tenía que ser algo todavía más excelente y sublime, en que todo se encierra: las cosas que Dios mandó para que nunca variaran y otras que distribuía por los tiempos, no todo junto, sino según lo apropiado a cada uno. Y en mi ceguera reprendía a aquellos piadosos patriarcas que no solamente se acomodaron a lo que en su tiempo les mandaba o inspiraba Dios sino que bajo divina revelación preanunciaron lo que iba a venir.

Capítulo VIII

1. ¿Hay por ventura un tiempo o un lugar en que sea o haya sido injusto amar a Dios con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma y al prójimo como a uno mismo?

De manera semejante, las torpezas que van contra natura, como las de los sodomitas, han de ser siempre aborrecidas y castigadas. Y aun cuando todos los pueblos se comportaran como ellos, la universalidad del delito no los justificaría; serían todos ellos reos de la misma culpa ante el juicio de Dios, que no creó a los hombres para que de tal modo se comportaran. Se arruina y se destruye la sociedad, el trato que con Dios debemos tener cuando por la perversidad de la concupiscencia se mancilla esa naturaleza cuyo autor es él mismo.

Pero cuando se trata de costumbres humanas los delitos han de evitarse conforme a la diversidad de esas costumbres; de manera que ningún ciudadano o extranjero viole según el propio antojo lo que la ciudad ha pactado con otros pueblos o que está en vigor con la firmeza de la ley o de la costumbre. Siempre es algo indecoroso la no adecuación de una parte con el todo a que pertenece.

Pero cuando Dios manda algo que no va con la costumbre o con los pactos establecidos hay que hacerlo, aunque nunca antes se haya hecho; hay que instituirlo aunque la institución sea del todo nueva. Pues si un rey puede en su ciudad mandar algo no antes mandado por los anteriores reyes ni por él mismo, la obediencia al nuevo mandamiento no va contra la estructura de la ciudad; es algo universalmente admitido que los ciudadanos han de obedecer a sus reyes. ¡Con cuánta mayor razón se debe a Dios, rey de todas las criaturas, una obediencia firme y sin vacilaciones! Pues así como en las sociedades humanas la potestad mayor se impone ante las potestades menores, así también toda humana potestad debe subordinarse al mandar de Dios.

2. Pero otros delitos hay que se cometen por la voluntad de dañar, sea con afrentas o injurias, o con ambas cosas a la vez; por deseo de vengarse de algún enemigo o con la intención de adquirir algo que no se tiene, como lo hace el ladrón con el viandante; o por evitar algún mal de parte de alguien que inspira temor; o por envidia como la que tiene el mísero para con el que está en mejor situación y en algo ha prosperado; o como la que tiene éste cuando teme que otro le iguale, o se duele porque ya le igualó; o también por el mero placer del mal ajeno, como lo tienen los que van a ver a los gladiadores; o por simple mal ánimo, como el de los que hacen burlas y sarcasmos al prójimo.

Estos son los principios capitales de la iniquidad. Se derivan de la desordenada concupiscencia de dominar, de ver y de sentir: o de una de éstas, o de dos, o de las tres. Y así, ¡oh Dios excelso y dulcísimo!, se vive mal, en contrariedad con los tres y los siete mandamientos de tu decálogo, el salterio de diez cuerdas (Sal 21,2).

3. Pero, ¿qué malicia puede haber en ti, incorruptible como eres? ¿o qué crimen te puede dañar, siendo como eres inaccesible al mal?

Con todo, tú castigas lo que los hombres se hacen entre ellos de malo; porque cuando pecan contra ti se perjudican ellos mismos. La iniquidad se miente a sí misma (Sal 26, 12), cuando corrompe y pervierte la naturaleza que tú creaste y ordenaste, o usando sin moderación de las cosas permitidas, o ardiendo en deseos de lo no permitido en un uso contra natura (Rm 1,26), o se hacen los hombres reos de rebeldía contra ti en su ánimo y en sus palabras, dando patadas contra el aguijón (Hch 9,5); o, finalmente, cuando en su audacia rompen los lazos y traspasan los límites de la sociedad humana y se gozan en privados conciliábulos o en privados despojos, al azar de sus gustos y resentimientos.

4. Todo esto sucede cuando los hombres te abandonan a ti, que eres la fuente de la vida, el verdadero creador y gobernador del universo; cuando la soberbia personal ama una parte del todo haciendo de ella un falso todo.

Es así como por el camino de una piadosa humildad regresamos a ti y tú nos purificas de nuestros malos hábitos y te muestras propicio para los que te confiesan sus pecados, escuchas los gemidos de los que están presos con los pies en los grilletes y nos sueltas de las cadenas que nosotros mismos nos forjamos. Pero esto lo haces sólo cuando ya hemos renunciado a envalentonarnos ante ti con la afirmación de una falsa libertad, con la avaricia de tener más o el temor de perderlo todo, amando así más lo nuestro que a ti, supremo bien de todos.

Capítulo IX

Entre tantas torpezas y crímenes como hay y entre tanta abundancia de maldad se da también el caso de los pecados en que caen los que van ya avanzando en el camino espiritual. Tales pecados son de reprobar desde el punto de vista de la perfección, pero hay también en ellos algo estimable, como es estimable el trigo verde, en el cual hay esperanzas ciertas de futuros panes.

Pero hay acciones que parecen crimen o torpeza y no lo son, porque ni te ofenden a ti ni rompen el consorcio de la sociedad humana, pues de alguna manera se concilian con lo que es congruente en un tiempo dado. Como cuando se procuran determinados bienes que son útiles para las necesidades de la vida en un momento dado, pero queda incierto si hubo o no hubo en eso una reprensible codicia de poseer; o como cuando la autoridad competente castiga con severidad algo con la idea de corregir los abusos, pero queda incierto si no se mezcló en eso algún secreto deseo de dañar.

Hay, pues, cosas que el sentir general de los hombres tiene por reprensible, pero que tú no reprendes; así como hay otras que los hombres alaban pero tú condenas. No siempre coinciden la apariencia exterior de los hechos con el ánimo y la intención no conocida de quien los hace.

Pero como yo ignoraba estas cosas hacía burla de aquellos servidores tuyos y profetas; con lo cual sólo conseguía que tú te burlaras de mí. Poco a poco fui derivando a tonterías tales como la de creer que un higo sufre cuando lo cortan y que la higuera llora lágrimas de leche. Y que si un santo[5] lo comía cortado por manos ajenas y no por las suyas, lo mezclaba con sus propias entrañas y exhalaba luego de ella ángeles y hasta partículas de la sustancia divina, pues según ellos en aquella fruta había habido partículas del verdadero y sumo Dios, que habrían permanecido ligadas de no ser por los dientes del santo y elegido y por su estómago. En mi miseria llegué hasta creer que mayor misericordia hay que tener para con los frutos de la tierra que para con los hombres mismos para cuyo bien fueron creados los frutos. Si alguno tenía hambre pero no era maniqueo, era crimen digno de la pena capital el darle un bocado.

Capítulo X

1. Pero tú, Señor, hiciste sentir tu mano desde lo alto y libraste mi alma de aquella negra humareda porque mi madre, tu sierva fiel, lloró por mí más de lo que suelen todas las madres llorar los funerales corpóreos de sus hijos. Ella lloraba por mi muerte espiritual con la fe que tú le habías dado y tú escuchaste su clamor. La oíste cuando ella con sus lágrimas regaba la tierra ante tus ojos; ella oraba por mí en todas partes y tú oíste su plegaria. Pues, ¿de dónde sino de ti le vino aquel sueño consolador en que me vio vivir con ella, comer con ella a la misma mesa, cosa que ella no había querido por el horror que le causaban mis blasfemos errores? Se vio de pie en una regla de madera y que a ella sumida en la tristeza, se llegaba un joven alegre y espléndido que le sonreía. No por saberlo sino para enseñarla, le preguntó el joven por la causa de su tristeza y ella respondió que lloraba por mi perdición. Le mandó entonces que se tranquilizara, que pusiera atención y que viera cómo en donde ella estaba, también estaba yo. Miró ella entonces

5Los maniqueos se dividían en dos clases: en elegidos o santos y en oyentes. Los primeros eran los que habían avanzado en la insania hasta poder enseñar a otros o se manifestaban firmes en el error. Los demás, los menos seguros, se llamaban simplemente oyentes. Sostenían que en los alimentos había una mezcla de bien y de mal y que los santos liberaban el bien comiendo y digiriendo los alimentos.

y, junto a sí, me vio de pie en la misma regla. ¿De dónde esto, Señor, sino porque tu oído estaba en su corazón?

2. ¡Oh, Señor omnipotente y bueno, que cuidas de cada uno de tus hijos como si fuera el único y que de todos cuidas como si fueran uno sólo! ¿Cómo fue posible que al contarme ella su visión tratara yo de convencerla de que no debía desesperar de llegar a ser un día lo que yo era y que ella al instante y sin ninguna vacilación me contestara: "¡No! Pues lo que se me dijo no es que yo habría de estar donde estás tú, sino que tú estarías en donde estoy yo"?

Con frecuencia he hablado, Señor, de estos recuerdos. Ahora te confieso que más que el sueño mismo con que tú consolabas a una mujer piadosa hundida en el dolor me conmovió el hacho de que ella no se turbara por mi interpretación falsa y caprichosa. Vio de inmediato lo que tenía que ver y que yo no había visto antes de que ella lo dijera. Cuando ella se debatía en la tristeza tú le preanunciaste una grande alegría que no iba a tener sino mucho más tarde.

3. Pues durante nueve largos años seguí revolcándome en aquel hondo lodo de tenebrosa falsedad del que varias veces quise surgir sin conseguirlo. Mientras tanto, ella, viuda casta, sobria y piadosa como a ti te agrada, vivía ya en una alegre esperanza en medio del llanto y los gemidos con que a toda hora te rogaba por mí. Sus plegarias llegaban a tu presencia, pero tú me dejabas todavía volverme y revolverme en la oscuridad.

Capítulo XI

1. Otra respuesta le concediste luego, que yo recuerdo y quiero confesar dejando de lado cosas de menor importancia para llegar presto a lo que me urge confesarte. La diste por el ministerio de un sacerdote tuyo, de un obispo criado en tu Iglesia y ejercitado en tus libros. Le rogó pues mi madre que se dignara de recibirme y hablara conmigo para refutar mis errores, desprenderme de ellos y enseñarme la verdad, ya que él solía hacer esto con personas que le parecían bien dispuestas. Pero él no quiso. Dijo que yo era todavía demasiado indócil, hinchado como estaba por el entusiasmo de mi reciente adhesión a la secta. Ella misma le había contado cómo yo, con cuestiones y discusiones, había descarriado ya a no pocas gentes de escasa instrucción. Le aconsejó: "Déjalo en paz, solamente ruega a Dios por él. El mismo con sus lecturas acabará por descubrir su error y la mucha malicia que hay en él".

2. Entonces le contó cómo él mismo, siendo niño, había sido entregado por su engañada madre a los maniqueos, había leído todos sus libros y aun escrito alguno él mismo y, cómo, sin que nadie disputase con él ni lo

convenciese, había por sí mismo encontrado el error de la secta y la había abandonado. Y como ella no quería aceptar sino que con insistencia y abundantes lágrimas le rogaba que me recibiera y hablara conmigo, el obispo, un tanto fastidiado, le dijo: “Déjame ya y que Dios te asista. No es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas”. Estas palabras me las recordó muchas veces, como venidas del cielo.

Libro IV

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica y tuvo una manceba, y se dedicó a la astrología genetliaca. Después se duele del excesivo e inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacía de su excelente ingenio

Capítulo I

1. Durante un lapso de nueve años, desde mis diecinueve hasta mis veintiocho, era yo seducido y seductor; engañado, pero también, bajo el impulso de variados apetitos, engañaba yo abiertamente en la profesión de las llamadas disciplinas liberales que en lo oculto llevaban falsamente el nombre de religión. Soberbio aquí y supersticioso allá y vanidoso en todas partes; ávido de gloria popular, corría yo tras los aplausos del teatro y las bagatelas de los espectáculos, los certámenes poéticos y las luchas por aquellas coronas de hierba perecedera. Mas con todo eso pretendía yo purificarme de mis sórdidas intemperancias llevando a los que eran llamados justos y santos determinados manjares para que ellos en el laboratorio de su vientre me fabricaran ángeles y dioses que luego me liberaran. Es que entonces creía yo en tales aberraciones y las ponía en práctica con mis amigos a quienes había yo arrastrado en mi propio engaño.

2. Búrlense de mí y sea en hora buena esos arrogantes a quienes tú no has postrado todavía en saludable humillación; pero yo tengo que confesarte mis deshonras en alabanza de tu gloria. Ruégote me concedas recorrer ahora con el recuerdo todos los meandros de mis pasados yerros, ofreciéndote así un jubiloso sacrificio (Sal 26, 6). Pues, ¿qué soy yo sin ti para mí mismo sino un guía ciego que me lleva al precipicio? ¿O qué soy, cuando bien me va, sino un bebé que bebe la leche que tú le das y encuentra en ti un alimento incorruptible? ¿Y qué es y cuánto vale un hombre cualquiera sólo por ser hombre? Ríanse pues de mí los fuertes y los potentes; que yo, débil y pobre, me confieso ante ti.

Capítulo II

1. Enseñaba yo por aquellos años la retórica y vencido por la avidez de dinero vendía yo victoriosas locuacidades. Pero tú sabes que yo prefería tener discípulos buenos, o que por tales son tenidos y a esos les enseñaba con toda honradez los dolos del arte no para que los usaran en detrimento de inocentes, sino para castigo de culpables.

Desde lejos me veías tú como caía en esos terrenos resbalosos y cómo en medio de mucho humo brillaba la fidelidad que en aquella docencia mostraba yo a quienes amaban la vanidad y buscaban la mentira y con ellos me asociaba.

Por esos años tenía yo una mujer a la que no conocí dentro de lo que se llama matrimonio legítimo, sino que a ella me llevó un vago ardor ayuno de prudencia. Pero no tenía otra fuera de ella y le guardaba la fidelidad del lecho. Con ella pude experimentar la distancia que media entre un sano contrato que se cierra con miras a la generación y un mero pacto de amor libidinoso en que la prole se produce sin ser deseada aunque más tarde se haga amar.

2. Recuerdo también que en cierta ocasión decidí tomar parte en un concurso para una obra de teatro. Un cierto adivino me mandó preguntar qué querría yo darle si él por medio de misteriosos sacrificios me conseguía la manera de vencer. Yo, que abominaba de tales sucias maniobras, le mandé contestar que ni por ganar una corona de oro imperecedero estaría yo dispuesto a que por eso se matara una mosca. Porque su pensamiento era el de matar algunos animales en honor de algunos demonios para hacérmelos propicios. Pero, ¡oh Dios de mi corazón!, este mal no lo repudié por amor a ti, pues aun no te amaba, incapaz como era entonces de apreciar lo que no fueran fulgores corporales. Y un alma que suspira por semejantes vanidades ¿qué hace sino fornicar lejos de ti y apacentarse de vientos? Así pues, no estuve dispuesto a que por mí se sacrificara a los demonios cuando yo mismo les ofrecía el sacrificio de aquella superstición. ¿Qué otra cosa sino apacentar vientos es eso de honrar con el error a esos espíritus que al recibir el honor que les damos se burlan de nosotros?

Capítulo III

1. No dejaba yo por aquel entonces de consultar a otros astrólogos planetarios, a esos que llaman "matemáticos", porque no se valían de conjuros ni de sacrificios a los espíritus, pero practicaban otra suerte de adivinación,

que también se opone a la piedad cristiana. Bien está, Señor, que te lo confiese y te diga: "Ten misericordia de mí y sana mi alma, pues he pecado contra ti" (Sal 50, 3). Así como es bueno no abusar de tu indulgencia para pecar con más libertad, sino recordar lo que en cierta ocasión dijiste: "Mira, ya has sido sanado. No vuelvas a pecar, no sea que te suceda algo peor" (Jn 5, 14). Esta sanidad combaten y quieren matar los astrólogos cuando dicen que en el cielo mismo es donde hay que buscar las inevitables causas del pecado de los hombres; que Venus hizo esto, Saturno hizo aquello y Marte lo de más allá. Con esto pretenden que el hombre no es culpable de ser carne y sangre y ensoberbecida putrefacción, sino que del pecado se ha de culpar al cielo y al creador y ordenador de las estrellas, a ti, Dios nuestro, suavidad eterna y origen de toda justicia; a ti, que eres el que has de retribuir a cada uno según sus obras y que nunca desprecias un corazón contrito y humillado (Mt 16, 27 y Sal 50, 19).

2. Había entonces un varón muy instruido, peritísimo en la medicina, en la cual se había merecido una justa reputación. Este, siendo también procónsul, había puesto su mano sobre mi insana cabeza, no como médico, sino para imponerme la corona ganada en aquel certamen poético. No fue pues él quien me curó de aquella otra enfermedad que sólo tú puedes curar. Tú, que a los soberbios les resistes y a los humildes les das tu gracia (1P 5, 5). Pero tampoco entonces me faltaste ni te desentendiste de mi salud con ese anciano médico; pues me había hecho muy amigo suyo y muy apegado a su persona y me embelesaban sus discursos siempre llenos de amena gravedad y de vivacidad en sus sentencias en las cuales no había, sin embargo, pretensiones literarias.

Cuando por mí mismo supo que me entregaba yo a la astrología me amonestó con paternal benignidad a que la abandonara, ya que desperdiciaba en tonterías una actividad necesaria en cosas de mayor provecho. Me dijo que él mismo había en sus mocedades aprendido la astrología, hasta pensado en vivir de ella como de su profesión, pues si había podido entender a Hipócrates también podría entender todos esos libros. Sin embargo había dejado eso por la medicina no por otra razón, sino porque había llegado a comprender la enorme falsedad que en ello había y, siendo un hombre honrado, no había querido vivir a costa del engaño de los demás. "Pero tú, me dijo, cuentas para tu sustento con el arte de la retórica y te dedicas a estas falacias no por necesidades de tu familia sino sólo y libremente por curiosidad. Conviene que me creas cuanto de todo eso te digo yo, que tan a fondo lo estudié y llegué hasta a pensar en ganarme la vida con la astrología".

3. Y como yo le preguntara cómo a veces salen tan bien algunas predicciones de los astrólogos me respondió como pudo que eso es debido a la

obra del azar, fuerza difusa por toda la naturaleza. Sucede en ocasiones que de las páginas de algún poeta que canta y pretende una cosa del todo diferente saque quien las consulta a la ventura algún verso que conviene admirablemente con los motivos que dictaron su consulta; no es, entonces, de admirar si alguna vez el alma humana, por un instinto superior y sin saber ella misma lo que le pasa, no por arte alguna sino por mera suerte, produzca una palabra que concuerda con la situación y las preocupaciones del que consulta.

Esto me dijo y tú me lo procuraste por su medio, delineando muy bien en mi memoria lo que había yo después de buscar por mí mismo. Pero entonces ni él ni mi carísimo Nebridio, joven bueno y casto que se burlaba también de aquel modo de adivinación, pudieron persuadirme a abandonar la astrología, pues más que su autoridad pesaba en mí la autoridad de los astrólogos y no habría yo encontrado aún una prueba decisiva de que en sus aciertos no tuviera que ver el arte de consultar a las estrellas, sino puramente el azar.

Capítulo IV

1. En aquellos años en que comencé a enseñar en el municipio en que nací me había ganado por la comunidad de los estudios un amigo extraordinariamente querido, de mi misma edad, que florecía conmigo en el verdor de una misma adolescencia. Juntos habíamos crecido, juntos habíamos jugado y asistido a la escuela. Pero todavía no era amigo como lo fue más tarde y ni siquiera entonces lo fue con esa amistad verdadera con que tú aglutinas las almas que viven unidas a ti, por esa caridad difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5, 5). Con todo, esa amistad era dulcísima, inspirada como estaba por el fervor de idénticos ideales. Yo lo había desviado de su fe, que no la tenía ni muy honda ni muy firme hacia aquellas supersticiosas y perniciosas fábulas por las que me lloraba mi madre. Su mente y la mía erraban juntas y yo no podía vivir sin él. Pero tú, el Dios de las venganzas y también de las grandes misericordias, era como si cabalgaras sobre los lomos de dos siervos tuyos que huían de tu lado. ¡De cuán admirables maneras nos conviertes a ti! Entonces, sacaste de este mundo a ese hombre apenas cumplido un año de nuestra amistad, suave para mí como ninguna otra cosa en aquel tiempo de mi vida.

2. ¿Quién puede cantar tus alabanzas sólo por lo que en sí mismo y en sí sólo ha experimentado? ¡Lo que hiciste entonces, Dios mío y cuán insondable es el abismo de tus juicios! Cayó el enfermo con grandes fiebres y quedó por un tiempo inconsciente y bañado en sudores mortales. Como se temió

por su vida fue bautizado en ese estado de inconsciencia y yo no me preocupé de ese bautismo, con la idea de que su alma habría de retener más bien lo que de mí había aprendido, que no aquello que se le hacía sin que él se diera cuenta. Pero las cosas fueron de otro modo, pues él se recuperó y quedó de nuevo sano.

En el primer momento en que pude hablar con él (que fue el primero en que él pudo hablar, pues no me separaba yo de él y dependíamos fuertemente el uno del otro) empecé a ridiculizar aquel bautismo que él había recibido en total ausencia de sí mismo, pero que ya sabía haber recibido. Seguro estaba yo de que me acompañaría en mis burlas; pero él me miró con horror, como a un enemigo y, con una libertad tan admirable como repentina me declaró que si quería seguir siendo su amigo debía renunciar a hablarle de semejante modo.

3. Yo, turbado y estupefacto, pensé que era necesario refrenar mis impulsos hasta que él, completamente restablecido y con el vigor de la salud estuviera en condiciones de oírme hablar como yo quería. Pero tú lo arrebataste a mi demencia para conservarlo en ti, de donde pudiera yo más tarde hallar consuelo. Sucedió, pues, que a vuelta de pocos días y estando yo ausente, cayó nuevamente enfermo y falleció. El dolor ensombreció mi corazón y cuanto veían mis ojos tenía el sabor de la muerte. Mi patria era mi suplicio, la casa paterna era una inmensa desolación y todo cuanto había tenido en comunión con él era para mí un tormento inenarrable. Por todas partes lo buscaban mis ojos, pero no podían verlo; todo me parecía aborrecible porque en nada estaba él. Nadie podía decirme "va a volver", como cuando estaba ausente pero existía. Me convertí en un oscuro enigma para mí mismo. Le preguntaba a mi alma, ¿por qué estás triste y así me conturbas? (Sal 41, 6), pero ella nada tenía para responderme. Y si yo le decía: "Alma, espera en Dios", ella se negaba a obedecerme pues tenía por mejor y más verdadero al hombre que había perdido que no el fantasma en que yo le mandaba esperar. Mi única dulzura la hallaba en llorar sin fin. Las lágrimas tomaron el lugar de mi amigo, delicia de mi alma.

Capítulo V

Pero ahora, Señor, todo eso ya pasó y el tiempo ha cicatrizado mi herida. ¿Será posible que aplicando a tu voz el oído de mi alma entienda yo de ti, que eres la verdad, por qué el llanto es un consuelo para los que sufren? ¿Es acaso, que tú, presente como estás en todas las cosas, haces a un lado nuestra miseria? Porque tú permaneces siempre estable en ti mismo, mientras nosotros nos revolvemos en toda clase de experiencias. Y sin embargo, ni rastro quedaría de nuestra esperanza si no lloràsemos delante de ti.

¿De dónde viene pues el que del amargor de la vida podamos sacar frutos tan dulces como el gemir y llorar, suspirar y quejarnos? ¿Nos es dulce todo esto porque esperamos que tú nos escuches? Esto es clara verdad de la plegaria, pues con ella nos proponemos llegar hasta ti; pero ¿qué había en el fondo de aquel dolor mío por el bien perdido; en aquel luto que pesadamente me oprimía? Porque yo no esperaba hacer con mis lágrimas revivir a mi amigo; simplemente, me dolía y lloraba por una alegría irremisiblemente perdida. El llanto en sí mismo es amargo; pero acaso nos llega a deleitar cuando nos cansamos de las cosas que antes teníamos.

Capítulo VI

1. ¿Por qué hablo de estas cosas, cuando no es tiempo de hacer preguntas sino de confesarme ante ti? Era yo pues bien miserable; que por fuerza lo es el alma que vive presa en la amistad de las cosas mortales y se desgarra cuando las pierde. Es entonces cuando siente la miseria que lo hace miserable desde antes de que las pierda. Así era yo en aquel tiempo: lloraba con inmensa amargura, pero en la amargura misma encontraba descanso. Y tan miserable era, que más aún que a mi dilecto amigo muerto amaba yo mi propia mísera vida; pues aunque hubiera querido cambiar la condición de mi vida, no quería perderla como lo perdí a él. Ni siquiera sé si de veras estaba dispuesto a perderla por él como se cuenta (si no es ficción) de Orestes y Pílades, que querían morir el uno por el otro, pero al mismo tiempo, ya que no vivir juntos era para ellos peor que la muerte. Pero había en mí no sé qué sentimiento del todo contrario a éste. La vida me era insoportable, pero tenía miedo de morir. Creo que mientras más lo amaba a él, más odiaba la muerte que me lo había arrebatado, la odiaba y le temía como a la más atroz enemiga y pensaba que ella acabaría con todos los hombres como había acabado con él. Así era yo entonces, lo recuerdo bien.

2. Este es, Señor, mi corazón. Mira hacia adentro y ve en él mis recuerdos. Tú, esperanza mía que me limpias de la inmundicia de los malos afectos, atraes hacia ti mis ojos y libras de lazos mis pies. Yo estaba en asombro de que los demás hombres vivieran cuando había muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir y, más aún, me asombraba de que muerto él siguiera viviendo yo, que era otro él. Bien dijo alguno cuando llamó a su amigo "la mitad de mi alma". Vivamente sentía yo que su alma y la mía eran una sola en dos cuerpos; por eso me horrorizaba la vida, pues vivía por mitad y, quizá por eso mismo, me horrorizaba la muerte, pues me negaba a que muriera del todo aquel a quien tanto había querido.

Capítulo VII

1. ¡Oh demencia, incapaz de amar humanamente a los hombres! ¡Insensato de mí, que me dejaba llevar sin moderación de las pasiones humanas! Así era yo en aquel tiempo. Me enardecía, suspiraba, lloraba y me turbaba, sin descanso ni consejo. Así iba cargando mi alma destrozada y sangrante, que no se dejaba cargar y yo no sabía en dónde ponerla. Ni en los bosques más amenos ni en los juegos y los cantos, ni en los olorosos jardines, ni en los brillantes convites, ni en los placeres del lecho, ni en los libros y poemas hallaba reposo. Todo me era aborrecible, la luz misma y todo cuanto no era él me era tedioso y no llevadero y mi único consuelo, bien relativo, eran las lágrimas y los gemidos.

2. Y cuándo desistía de llorar me aplastaba un enorme peso de miseria que sólo tú podías aliviar. Yo sabía esto, pero ni quería ni podía; cuando pensaba en ti no eras para mí algo firme y sólido, sino un vacío fantasma. Pero eso, fantasma era, no tú y mi error era mi dios. Y cuando quería poner mi alma en mi dios, como en un lugar de descanso, se me resbalaba en el vacío y de nuevo caía sobre mí. Era yo para mí mismo un lugar de desdicha en el cual no podía estar y del cual no me podía evadir. ¿Cómo podía mi corazón huir de sí mismo y, a dónde iría yo que él no me siguiera? Y sin embargo, huí de mi patria, para que mis ojos lo buscaran menos en lugares en que no estaban acostumbrados a verlo. Salí pues de Tagaste y me fui a Cartago.

Capítulo VIII

1. Pero el tiempo no descansa ni pasa de balde sobre nuestros sentidos y puede obrar en nosotros cambios admirables. El tiempo venía y pasaba con el sucederse de los días y, al venir y pasar me iba trayendo otras imágenes y otros recuerdos; me devolvía poco a poco a mis primeros deleites y mi dolor iba cediendo. En lugar suyo venían no otros dolores, pero sí los gérmenes de otros dolores. ¿Por qué había podido aquel dolor penetrar en mí tan hondo y con tanta facilidad, sino porque yo había derramado mi alma en la arena amando a un ser mortal como si nunca hubiera de morir?

Particular consuelo y recreación hallaba yo en la compañía de otros amigos con los cuales amaba yo lo que amaba en lugar tuyo. Ese fantasma era una enorme fábula y una larga mentira cuyo contacto adulterino corrompía nuestras mentes y nos cosquilleaba en las orejas. Pero esta fábula no se moría en mí porque un amigo se muriera.

2. Otras cosas eran las que cautivaban mi ánimo: como conversar y reír juntos, obsequiarnos con mutuas benevolencias; bromearnos unos a otros

y leer en compañía libros agradables; disentir a veces sin odio ni querella, como cuando el hombre discute consigo mismo y condimentar con esos raros disentimientos una estable concordia; enseñarnos algo unos a otros, o aprender algo unos de otros; echar de menos con dolor a los ausentes y recibirlos con alegría a su regreso. Con éstos y otros parecidos signos de afecto, de esos que salen del corazón cuando las gentes se quieren bien y que se manifiestan por los ojos, por la palabra, por la expresión del rostro y de mil otros modos gratísimos, las almas se funden como el fuego y de muchas se hace una.

Capítulo IX

Esto es lo que se ama en los amigos y de tal manera ama que la conciencia se siente culpable cuando no se corresponde el amor con amor, sin buscar del cuerpo del amigo otra cosa que signos de benevolencia. De aquí el luto cuando se muere un amigo; de aquí los sombríos dolores y el corazón empapado en una dulzura que se trocó en amargura y la vida que se perdió en los que mueren es muerte para los que siguen viviendo.

Dichoso el que te ama a ti y a su amigo en ti y a su enemigo en ti; pues el único que no pierde a sus seres queridos es el que los quiere y los tiene en Aquel que no se pierde. ¿Y quién es ése sino tú, nuestro Dios, el que hizo el cielo y la tierra y los llena, pues llenándolos los hizo?

A ti no te pierde sino el que te abandona. Y el que te deja, ¿a dónde va, a dónde huye sino de ti benévolo a ti enojado? ¿Y en dónde no encontrará tu ley en su propia pena? Pues tu ley es la verdad y la Verdad eres tú.

Capítulo X

1. ¡Oh Dios de las virtudes, conviértenos a ti, muéstranos tu rostro y seremos salvos! (Sal 79, 4). Porque a dondequiera que se vuelva el alma del hombre fuera de ti, queda fincada en el dolor, aunque se detenga en cosas bellas fuera de ti y fuera de él mismo, cosas que sin ti nada serían. Cosas que tienen su aurora y su ocaso; que al nacer tienden al ser, crecen para perfeccionarse y cuando son perfectas, envejecen y mueren. Todo envejece y perece. Cuando nacen y tienden al ser, mientras más deprisa crecen para ser perfectas, tanto más se apresuran rumbo al no ser. Así es su manera, tanto como eso les diste. Son parte de cosas, que no coexisten nunca simultáneamente, sino que sucediéndose unas a otras componen el universo cuyas son las partes. Como en la palabra humana, que consta de signos sonoros; no

se completa una frase sino a condición de que las palabras, habiendo dicho lo que les toca, dejen el sitio a las palabras que siguen.

2. Por todo eso te alabe mi alma, ¡oh Dios, creador de todas las cosas! Pero que no se embadurne en ellas con el pegamento del amor de los sentidos corporales. Porque las cosas van rumbo al no ser y despedazan el alma con deseos pestilenciales, pues ella quiere ser lo que ama y descansa en ello. Pero en las cosas no hay permanencia; no son estables, sino fugitivas. Nadie puede seguirlas en su huída con el sentido de la carne, que es lerdo porque es carnal y ese es su modo. Es suficiente para cosas para las cuales fue hecho, pero no lo es para dominar el flujo de las cosas transeúntes desde su debido principio hasta su fin debido. Es en tu Verbo, Palabra por la cual fueron creadas, donde las cosas oyen su destino: "Desde aquí comienzan y hasta allí llegarán".

Capítulo XI

1. No seas hueca, alma mía, ni permitas que se ensordezca el oído de tu corazón con el tumulto de tus vanidades. Es el Verbo mismo quien te llama para que vuelvas a El. El es el lugar de la paz imperturbable en donde el amor no es abandonado sino cuando él mismo abandona. Mira cómo receden las cosas para dejar el lugar a otras cosas y que así se integre este inferior universo.

"Pero yo, dice el Verbo, no me retiro ni cedo mi lugar". Finca en El tu mansión, alma mía, ahí encomienda todo lo que tienes, aun cuando no sea más que por la fatiga de tanto engaño. Encomienda a la Verdad todo lo que de ella has recibido, segura de que nada habrás de perder: florecerá en ti lo que tienes podrido, quedarás sana de todas tus dolencias. Lo que hay en ti de fugaz y perecedero será reformado y adecuado a ti; las cosas no te arrastrarán hacia donde ellas receden, sino que permanecerán contigo y serán siempre tuyas, en un Dios estable y permanente.

2. ¿Por qué en tu descarrío sigues los pasos de tu carne? Es ella la que, convertida, a ti debe seguirte. Lo que por su medio sientes es parcial; tú ignoras cómo sea el todo de que forma parte y sin embargo te deleita. Mas si tu sentido carnal fuese idóneo para conocer el todo; si no hubiera recibido en pena justos límites como parte del universo, bien querrías tú que pasara volando todo cuanto existe para mejor conocer el conjunto; a la manera como mediante un sentido corporal sientes lo que se habla pero no quieres que se detengan las sílabas, sino que vuelen y que vengan otras y así puedas entender lo que te dicen. De este modo son siempre las partes que forman

un todo pero no existen al mismo tiempo: mayor deleite causa el todo que no las partes, con tal que puedan todas ser sentidas.

Pero mucho mejor que todo cuanto existe es el que todo lo hizo, nuestro Dios y Señor, que no recede y a quien nadie puede suceder.

Capítulo XII

1. Entonces: si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos y endereza al artífice tu amor; no sea que en las cosas que a ti te placen a él le desagrades. Pero si te agradan las almas ámalas en Dios; porque ellas también son inestables, pero en Dios se estabilizan y sin El pasan y perecen. Han de ser pues, amadas en Dios. Arrastra hacia El a cuantas puedas y diles: "A El y sólo a El debemos amar; El lo hizo todo y no está lejos. Porque no hizo las cosas para marcharse luego, sino las hizo y están en El. Donde El está, la Verdad adquiere sabor; El está muy adentro del corazón, pero el corazón se aparta de El. Volveos, prevaricadores a vuestro propio corazón (Is 46, 8) y abrazad allí al que os creó. Estad con El y seréis estables; descansad en El y vuestro descanso será verdadero. ¿A dónde vais por fragosos caminos? Lo que amáis, de El procede y no es bueno y suave sino por cuanto a El se refiere. Pero lo dulce se volverá justamente amargo si se le ama con injusticia, con abandono de aquel que lo creó".

2. ¿A dónde vais pues, una vez y otra vez, por caminos difíciles y laboriosos? Buscad la paz que queréis encontrar; pero la paz no está en donde la andáis buscando. Pues, ¿cómo hablar de una vida feliz cuando ni siquiera es vida? Cristo, nuestra vida, bajó acá para llevarse nuestra muerte y matarla con la abundancia de su vida; con tonante voz nos llamó para que volviéramos a El en el secreto santuario de aquel vientre virginal en que El se desposó con la humana criatura, carne mortal, pero no para siempre mortal; y de ahí, como esposo que sale de su tálamo se llenó de exultación, gigante ansioso de recorrer su camino (Sal 18, 6). Porque no se tardó, sino que corrió, clamando con los dichos, con los hechos, con su muerte, con su vida, con su descenso y su ascenso, que volvamos El. Y luego desapareció de nuestra vista para que lo busquemos en nuestro corazón y allí lo encontremos.

3. Se fue, pero aquí está. No se quiso quedar largo tiempo con nosotros, pero no nos dejó. Se fue hacia el lugar en que siempre estuvo y que nunca abandonó; porque El hizo el mundo y estuvo en el mundo, a donde vino para salvar a los pecadores. A El se confiesa mi alma, para que El la sane, pues había pecado contra El.

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres seréis de pesado corazón? (Sal 40, 6). ¿No queréis acaso, después de que la vida descendió hasta nosotros,

ascender y vivir? Pero, ¿a dónde subís si ya estáis en alto y habéis puesto vuestra boca en el cielo? (Sal 72, 9). Descended primero, para poder luego ascender hasta Dios; porque habíais caído al subir contra El.

Diles todo esto, alma mía, para que lloren en este valle de lágrimas y así te los puedas llevar hacia Dios; porque del Espíritu de Dios será lo que digas, si lo dices ardiendo en caridad.

Capítulo XIII

Todo esto no lo sabía yo entonces; amaba las bellezas de orden inferior, me iba a lo profundo y decía a mis amigos: "¿Amamos algo, acaso, que no sea bello? Pero, ¿qué es la hermosura y qué cosas la tienen? ¿Qué es lo que atrae nuestro ánimo hacia las cosas cuando las amamos? Pues si ninguna gracia ni hermosura tuvieran no nos moverían". Bien advertía yo que en los cuerpos se da una integridad en que reside su hermosura; pero algo muy distinto es su aptitud y la decencia con que se acomodan a algo, como los miembros del cuerpo, que se acomodan y proporcionan al todo. Y muchas otras cosas hay que así son. Esta consideración brotó en mi ánimo desde muy hondo y escribí sobre el tema de lo bello y de lo apto dos o tres libros, no lo recuerdo con exactitud. Tú, Señor, sabes cuántos fueron; yo no los conservo, pues no sé cómo se extraviaron.

Capítulo XIV

1. ¿Qué fue, Dios mío, lo que me movió a dedicar mis libros al renombrado orador romano Hierio a quien de persona no conocía? Yo amaba a este hombre sin conocerlo, pues su gran fama había llegado hasta mí y algunas palabras suyas había yo oído con mucho placer. Pero más aún me movía el que otros las hallaran agradables y a él lo ensalzaran con grandes alabanzas, pues se asombraban de que un hombre de Siria como él, formado inicialmente en la lengua griega hubiera podido luego llegar a la excelencia en la lengua latina. Y a mí me caía muy bien el que fuera tan perito en todo lo relativo al estudio de la sabiduría.

De esta manera se ama y se loa a un hombre aun en su ausencia. ¿Será acaso porque el amor pasa de quien alaba a quien oye la alabanza? Por cierto que no; pero el amor de uno enciende el amor en otro. Se ama al ausente porque las alabanzas que se le dedican parecen sinceras y brotadas del corazón, que es siempre el caso cuando alaba el que ama. Era así como amaba yo entonces a los hombres, movido por el juicio de otros hombres y no por el tuyo, Dios mío, en quien nadie se engaña.

2. Y sin embargo: ¿por qué se alaba a Hierio no como se hace con los aurigas célebres o con los cazadores de fieras famosos y favoritos del pueblo; sino de muy diferente manera, con gravedad, como a mí mismo me hubiera gustado ser alabado? Porque yo he amado y alabado, ciertamente, a los cómicos; pero en manera alguna querría ser ni amado ni alabado como lo son ellos. Prefiero sin género de duda la oscuridad total a este tipo de celebridad y más querría ser odiado que no amado de esa manera. Así como un buen caballo es amado por quien no quiere ser caballo aunque bien lo pudiera, así se ha de pensar del cómico, aunque él es hombre como nosotros. O sea, que amo yo en un hombre lo que de ningún modo querría yo ser, siendo hombre él y yo.

Insondable abismo es el hombre, Señor, cuyos cabellos tú tienes contados, ninguno de los cuales se pierde en ti. Y mucho más fáciles son de contar sus cabellos que no sus afectos y los movimientos de su corazón.

3. Pero aquel retórico era el tipo de hombre que yo amaba y hubiera querido ser. Lleno de vanidad flotaba yo a todos los vientos; pero tú me gobernabas secretamente. ¿Y de dónde puedo saber para confesártelo con toda certeza que yo amaba a aquel hombre movido más por el amor de quienes lo alababan que no por las cualidades mismas que en él eran loadas? Porque si quienes así lo ensalzaban en lugar de eso lo vituperasen y si con ese menosprecio me refirieran de él las mismas cosas por las cuales lo alababan, de cierto no me habría yo encendido ni entusiasmado por él. Y no por ello habrían cambiado las cosas, ni sería él otro del que era; lo único diferente habría sido el ánimo de quienes de él hablaran. Así es, Señor, como yace enferma el alma cuando todavía no se funda en la solidez de la verdad: se deja mover según sopla el viento de las opiniones humanas; es llevada y traída, torcida y retorcida y atormentada, se le oscurece la luz y no da con la verdad aunque la tenga enfrente.

Por todo eso, era para mí algo muy grande e importante el que mis libros y mis estudios fueran conocidos por un varón tan insigne. Su aprobación me habría enardecido, su desaprobación habría herido profundamente mi corazón vanidoso y alejado de tu solidez. Y sin embargo, aquella obrita sobre lo bello y lo apto que yo le había escrito y dedicado, la tenía yo presente y con ella me recreaba en la soledad de mi contemplación, sin necesidad de que nadie me alabara por ello.

Capítulo XV

1. Pero yo no entendía aún la capital importancia de tu acción providencial, ¡oh, Dios omnipotente!, que obras maravillas tú sólo. Mi ánimo vagaba por las formas corporales y distinguía lo bello, que parece bien por sí mismo, de

lo apto o conveniente, que lo parece porque se acomoda a algo y esto lo fundaba en ejemplos sacados del mundo corporal.

De eso pasé a la consideración de la naturaleza del alma; pero la falsa idea que me había formado sobre lo que es el espíritu me impedía ver la verdad. La fuerza de la verdad irrumpía en mis ojos; pero yo apartaba la mente vacilante del concepto mismo de lo incorpóreo, reduciéndolo todo a líneas, colores y volúmenes. Y porque tales cosas espirituales no las podía forjar en mi imaginación creía no poder conocer el alma. Ya amaba la paz en la virtud y odiaba en el vicio la discordia; advertía en aquella la unidad y en éste la división. Y en aquella unidad me parecía que estaba la mente racional, la naturaleza de la verdad y del sumo bien; al paso que en la división del vicio veía yo la vida irracional, no sé que naturaleza y sustancia del sumo mal, que no era sólo sustancia, sino también vida. Y no sólo vida, mísero de mí, sino vida absoluta e independiente de ti, de quien todo procede. Y a la primera, concebida por mí como "mente sin sexo", la llamaba mónada y al otro lo llamaba "díada", de que proceden la ira en el crimen y la sensualidad en los vicios. Así hablaba yo sin saber lo que decía.

2. Ignoraba yo, pues de nadie lo había aprendido, que el mal no es una sustancia y que la mente humana no es tampoco el bien sumo e inmutable. Así como se cometen los crímenes cuando es vicioso el movimiento del ánimo y éste se avienta con ímpetu y con turbia insolencia y, así como se cometen los vicios cuando es inmoderada la inclinación del alma hacia las voluptuosidades carnales, así también los errores y las falsas opiniones contaminan la vida cuando la misma mente racional es viciosa.

Así era la mía entonces; yo ignoraba que la mente ha de ser iluminada por otra lumbre, ya que no es ella misma la esencia de la verdad. "Tú, Dios mío, iluminarás mi lucerna, iluminarás mis tinieblas y de tu plenitud recibimos todos"(Sal 17, 20; Jn 1, 16). Porque tú eres la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9). Y en ti no hay mutación ni sombra de declinación (St 1, 17). Esforzábame yo por llegar a ti, pero era de ti rechazado, pues a los soberbios tú les resistes (1P 5, 5).

3. ¿Qué soberbia mayor que la de pensar en mi demencia que yo soy de la misma naturaleza que tú? Como yo me sabía mudable precisamente porque quería ser sabio para pasar de lo menos bueno a lo mejor, antes que admitir que yo era lo que eres tú, prefería pensar que tú eres mudable como yo. Entonces tú me rechazabas y resistías a mi fatua vanidad y yo, siendo carne, lo manifestaba imaginándome formas corpóreas y, espíritu vagabundo, no retornaba a ti y me movía entre cosas que no existen ni en ti ni en mí, ni fuera de mí. No eran formas creadas en mí por tu verdad, sino fingidas por mi imaginación sobre el modelo de lo que son los cuerpos y,

a tus hijos fieles, de los cuales andaba sin saberlo desterrado, les decía con parlanchina necedad: "¿Cómo puede errar el alma si fue creada por Dios? Y no quería que se me respondiera: "Entonces, ¿Dios puede errar?". Y prefería pensar que tu sustancia inmutable erraba por necesidad, más bien que admitir que mi sustancia mudable yerra por albedrío y encuentra en el error mismo su pena.

4. Tenía yo veintiséis o veintisiete años cuando compuse aquellos libros revolviendo en mi mente ficciones corpóreas que aturdían mi corazón y, sin embargo, tendía mi oído interior a la dulce melodía de tu voz, pues al meditar sobre lo bello y lo apto deseaba, en el fondo, estar ante ti y escucharte y gozar con la voz del esposo (Jn 3, 29). Pero no podía; las voces de mi error me sacaban fuera de mí y me arrastraban hacia abajo con el peso de mi soberbia. Es que tú no dabas gozo a mi oído ni alegría; ni tampoco exultaban mis huesos (Sal 50, 10), porque no eran humildes.

Capítulo XVI

1. Pero, ¿de qué me sirvió el haber leído y entendido por mí mismo cuando tenía veinte años el libro de Aristóteles llamado "De las diez categorías"? Mi maestro el retórico de Cartago y otros que pasaban por doctos mencionaban ese libro con sonoro énfasis y yo quedaba arrobado. Curioso y como presintiendo algo grande y divino, lo leí yo sólo y lo entendí. Dialogué luego sobre él con otros que decían haberlo comprendido con harto trabajo, aun cuando se lo explicaban maestros doctísimos que no sólo se valían de palabras, sino también de figuras dibujadas con el dedo en el polvo y no me pudieron decir nada que no hubiera yo entendido leyendo solo en mi estudio. Dichas categorías me parecían explicar bien claro lo que son las sustancias, como el hombre y lo que son las propiedades del hombre, como su figura, su estatura, de pie o sentado, calzado o armado, si hace algo o padece algo. Esto lo pongo a guisa de ejemplos de las innumerables cosas que caben en esos nueve géneros y en el género de sustancia.

2. Pero todo esto en lugar de ayudarme me estorbaba, creyendo que todo cuanto existe está comprendido en esas categorías, pensaba que tú mismo, ser admirablemente simple e inmutable, quedabas comprendido en ellas a la par de los demás seres y estimaba que tu grandeza y tu belleza estaban en ti como en un sujeto que las tuviera, como pasa con los cuerpos; siendo así que tú mismo eres tu propia grandeza y belleza. Al contrario de ti, un cuerpo no es ni grande ni hermoso por el solo hecho de ser cuerpo, ya que si fuera menos grande y bello sería cuerpo todavía. Pero todo eso no era

verdad sino falsedad cuando lo pensaba de ti: ficciones de mi miseria y no fundamentos de tu bienaventuranza. En mí se cumplía algo que tú habías mandado: que la tierra diera abrojos y espinas (Gn 3, 18) y que con trabajo llegara a mi pan.

3. ¿De qué me sirvió pues, siendo como era esclavo de mis malos apetitos, el haber leído y entendido por mí mismo todos aquellos libros de las llamadas liberales?

Mucho me alegraba con ellas, pero no sabía cuál era el origen de cuanto hay en ellas de cierto y verdadero. A la luz tenía vuelta la espalda y la cara a las cosas por ella iluminadas, por lo cual mi propio rostro, que veía iluminadas las cosas, no era él mismo iluminado. Todo lo que entendí sin mayor trabajo y sin maestro alguno acerca del arte de hablar y de disertar, sobre las dimensiones de las figuras, sobre la música y acerca de los números, lo entendí porque tú, Dios mío, me habías dado el don de un entendimiento vivaz y agudo para discutir; pero siendo dones tuyos no los usaba yo para tu alabanza. Por eso mis conocimientos me resultaban más que útiles, perniciosos. Me empeñé en conservar para mí la mejor parte de mi herencia y no te consagré a ti mis energías, sino que me marché lejos de tu presencia a una región remota para malbaratarlo todo con las meretrices de mis malos apetitos. ¿De qué podía servirme una cosa buena si la usaba mal? Pero de la dificultad con que tropezaban personas estudiosas e inteligentes para entender esas artes no me percataba yo sino cuando me ponía a explicárselas y el mejor de mis discípulos era el que con menor tardanza me podía seguir.

4. Pero, ¿de qué me servía todo eso cuando yo pensaba de ti, mi Señor, que eras un cuerpo inmenso y lúcido y yo una partecita de ese cuerpo? Mucha perversidad era ésta; pero así era yo entonces. Ahora no me avergüenzo de invocarte y de confesar las muchas misericordias que tuviste conmigo, ya que no me avergoncé entonces de proferir ante los hombres mis blasfemias y ladrar contra ti. ¿De qué me servía la agilidad de mi ingenio en aquellas disciplinas y comprender sin ayuda de nadie aquellos libros tan difíciles si con sacrílega torpeza erraba yo en la doctrina de la piedad? ¿O qué perjuicio reportaban tus hijos pequeños por tener un ingenio más tardo si no se apartaban de ti y en el nido de tu Iglesia pelechaban y nutrían sus alas con el alimento de una fe saludable?

5. Esperemos, Señor, bajo la sombra de tus alas (Sal 62, 8); protégenos y líbranos. Tú llevarás a los párvulos y también a los ancianos encanecidos; pues cuando nuestra firmeza eres tú, es en verdad firmeza, mientras que cuando es solamente nuestra no es sino debilidad. En ti nuestro bien está

siempre vivo y cuando de ti nos apartamos, nos pervertimos. Volvamos ya a ti, Señor, para no quedar abatidos; en ti vive siempre y sin defecto nuestro bien, que eres tú mismo y no temeremos que no haya lugar a donde volver por haber nosotros caído de él. Nuestra casa no se derrumba por nuestra ausencia, pues nuestra casa es tu eternidad.

Libro V

Habla del año 29 de su edad, en el cual, enseñando él retórica en Cartago y habiendo conocido la ignorancia de Fausto, que era obispo, el más célebre de los maniqueos, comenzó a desviarse de ellos. Después, en Roma fue castigado con una grave enfermedad: interrumpido por eso en la enseñanza de la retórica, pasó después a enseñarla a Milán, donde por la humanidad y sermones de San Ambrosio fue poco a poco formando menor concepto de la doctrina católica

Capítulo I

Recibe, Señor, el sacrificio de estas confesiones por medio de esta lengua que me diste y que excitas para que alabe tu nombre. sana todos mis huesos y digan: ¿Quién hay, Señor, que sea semejante a ti? (Sal 34, 10). Pues el que se confiesa a ti no te hace saber lo que pasa en él, sino que te lo confiesa. El corazón más cerrado es patente a tu mirada y tu mano no pierde poder por la dureza de los hombres, ya que tú la vences cuando quieres, o con la venganza o con la misericordia: No hay quien pueda esconderse a tu calor (Sal 18, 7).

Alábete mi alma, para que pueda llegar a amarte; que te confiese todas tus misericordia y por ellas te alabe. No cesa en tu loor ni calla tus alabanzas la creación entera; ni se calla el espíritu, que habla por la boca de quienes se convierten en ti; ni los animales, ni las cosas inanimadas que hablan por la boca de quienes las conocen y contemplan, para que nuestra alma se levante de su abatimiento hacia ti apoyándose en las cosas creadas y pasando por ellas hasta llegar a su admirable creador, en quien alcanza su renovación y una verdadera fortaleza.

Capítulo II

1. ¡Qué se vayan y huyan de ti los inquietos y los impíos! Pero tú los ves y los distingues muy bien entre las sombras. Y tu creación sigue siendo hermosa, aunque los tenga a ellos, que son odiosos. ¿Qué daño te han podido causar, o en qué han menoscabado tu imperio, que desde el cielo hasta lo más

ínfimo es íntegro y justo? ¿A dónde fueron a dar cuando huían de tu rostro, o en dónde no has hallado a los fugitivos? Huyeron de ti para no verte, pero tú sí los veías; en su ceguera toparon contigo, pues tú no abandonas jamás cosas que hayas creado. Siendo injustos chocaron contigo y justo fue que de ello sufrieran. Quisieron sustraerse a tu benignidad y fueron a chocar con tu rectitud y cayeron abrumados bajo el peso de tu rigor. Es que no saben que en todas partes estás y que ningún lugar te circunscribe y que estás presente también en aquellos que huyen de ti.

2. Conviértanse pues a ti; que te busquen, pues tú, el creador, no abandonas jamás a tus criaturas como ellas te abandonan a ti. Entiendan que tú estás en ellos; que estás en lo hondo de los corazones de los que te confiesan y se arrojan en ti de cabeza; de los que lloran en tu seno tras de sus pasos difíciles. Tú enjugas con blandura sus lágrimas, para que lloren todavía más y en su llanto se gocen. Porque tú, Señor, no eres un hombre de carne y sangre; eres el creador que los hiciste y que los restauras y consuelas.

¿Por dónde andaba yo cuando te buscaba? Tú estabas delante de mí, pero yo me había retirado de mí mismo y no me podía encontrar. ¡Cuánto menos a ti!

Capítulo III

1. Voy a recordar ahora delante de mi Dios aquel año vigésimo nono de mi vida. Había ya venido a Cartago un cierto obispo de los maniqueos llamado Fausto, que era una verdadera trampa del diablo y a muchos enredaba con el atractivo de su suave elocuencia. Yo, ciertamente, la alababa pero no la confundía con aquella verdad de las cosas de la cual estaba yo tan ávido. Lo que me interesaba no era el hermoso platillo de las palabras, sino lo que pudiera haber de sustanciosa ciencia en la doctrina que el dicho Fausto proponía. Mucho lo había levantado la fama ante mis ojos, como a varón peritísimo en toda clase de honestas disciplinas y especialmente perito en las artes liberales.

2. Y como había yo leído mucho de varios filósofos y lo tenía todo bien claro en la memoria, comparaba algunas de sus afirmaciones con las prolijas fábulas de los maniqueos y mucho más que éstas me parecían dignos de aprobación los principios de aquellos filósofos que fueron capaces de averiguar la naturaleza del mundo, aun cuando al Señor mismo del mundo no lo hayan llegado a conocer. Porque tú, Señor, eres grande, pones los ojos en las cosas humildes y a las grandes las miras desde lejos (Sb 13, 9). No te acercas sino a los de corazón contrito, ni te dejas encontrar por los soberbios por más que en su curiosidad y pericia sean capaces de contar las estrellas y

conocer y medir los caminos de los astros por las regiones siderales. En estas cosas tienen los sabios puesta su mente según el ingenio que tú les diste y, de hecho, muchas cosas desconocidas han descubierto. Han llegado a predecir con antelación los eclipses del sol y de la luna; en qué día y a qué hora y en qué grado iban a acontecer y no se engañaron en sus cálculos, pues todo sucedió como lo habían predicho. Escribieron luego sobre las leyes descubiertas y eso se lee hasta el día de hoy y sirve de base para anunciar en qué año, en qué mes, en qué día y a qué hora del día y en qué grado va a faltar la luz del sol o de la luna y tales predicciones resultan acertadas.

3. Todo esto llena de asombro y estupor a los que tales cosas ignoran; pero quienes las saben, llenos de complacencia y engreimiento, con impía soberbia se retiran de tu luz; prevén los oscurecimientos del sol pero no ven la oscuridad en que ellos mismos están, ya que no buscan con espíritu de piedad de dónde les viene el ingenio que ponen en sus investigaciones. Y cuando les viene el pensamiento de que tú los creaste no se entregan a ti para que guardes y conserves lo que creaste. Mundanos como llegaron a hacerse, no se inmolan ante ti, no sacrifican como a volátiles sus pensamientos altaneros, ni refieren a ti la curiosidad con que pretenden moverse entre los misterios del mundo como los peces se mueven en los escondidos fondos del mar; ni matan sus lujurias como se matan los animales del campo para que tú, que eres un fuego devorador, consumas sus muertos desvelos para recrearlos en la inmortalidad.

4. Pero no llegaron a conocer el camino. El camino, que es tu Verbo, por quien hiciste lo que ellos cuentan y a los que lo cuentan y el sentido con que perciben lo que cuentan y la inteligencia con que sacan la cuenta; y tu sabiduría no tiene número (Sal 146, 5). Tu mismo hijo unigénito se hizo para nosotros sabiduría y justicia y santificación (1Co 1, 130), fue contado entre nosotros y pagó tributo al César (Mt 22, 21). No conocieron el camino para descender desde sí mismos hacia él para poder ascender hasta él. Ignorando pues este camino se creen excelsos y luminosos como los astros, cuando en realidad se han venido a tierra y se ha oscurecido su corazón (Rm 1, 21).

Es cierto que muchas cosas verdaderas dicen de la creación, pero no buscan con espíritu de piedad al artífice del universo y por eso no lo encuentran, habiéndolo conocido no lo honran como a Dios, ni le dan gracias, sino que se desvanecen en sus propios pensamientos y se tienen por sabios (Rm 1, 21-22), atribuyéndose lo que no es suyo sino tuyo. Por esto mismo te atribuyen a ti, con perversa ceguera, lo que es propio de ellos, suponiendo mentira en ti, que eres la Verdad. Truecan la gloria del Dios incorruptible según la semejanza de la imagen del hombre corruptible y a la imagen de volátiles, de cuadrúpedos y de serpientes (Rm 1, 23). Convierten

pues tu verdad en mentira y dan culto y servicio no al Creador, sino a la criatura.

5. De estos filósofos retenía yo muchas cosas verdaderas que habían ellos sacado de la observación del mundo y se me alcanzaba la razón de ellas por el cálculo y la ordenación de los tiempos y las visibles atestaciones de los astros. Comparaba yo eso con los dichos de Maniqueo, el cual escribió sobre esos fenómenos muchas cosas delirantes; pero en sus escritos no aparecía en modo alguno la razón de los equinoccios, los solsticios y los eclipses del sol y de la luna según lo tenía yo aprendido en los libros de la ciencia del siglo. Maniqueo me mandaba creer; pero la creencia que me mandaba no convenía con mis cálculos ni con lo que veían mis ojos: se trataba de cosas del todo diferentes.

Capítulo IV

1. ¿Acaso, Señor, el que sabe estas cosas te agrada con sólo saberlas? Infeliz del hombre que sabiendo todo esto no te sabe a ti y dichoso del que a ti te conoce aunque tales cosas ignore. Pero el que las sepa y a ti te conozca no es más feliz por saberlas, sino solamente por ti, si conociéndote te honra como a Dios y te da gracias y no se envanece con sus propios pensamientos.

2. El que posee un árbol y te da las gracias por sus frutos sin saber cuán alto es y cuánto se extienden sus ramas está en mejor condición que otro hombre que mide la altura del árbol y cuenta sus ramas, pero ni lo posee ni conoce ni ama a su creador y, de manera igual, un hombre fiel cuyas son todas las riquezas del mundo y que sin tener nada todo lo posee (2Co 6, 10), con sólo apegarse a ti, a quien sirven todas las criaturas; aunque no conozca los giros de la osa mayor, en mejor condición se encuentra que el que mide el cielo y cuenta los astros y pesa los elementos, pero no se esmera por ti, que todo lo hiciste en número, peso y medida (Sb 11, 20).

Capítulo V

1. Alguno pidió a no sé qué maniqueo que escribiera también de estas cosas que pueden ser ignoradas sin perjuicio de la piedad. Porque tú dijiste que en la piedad está la sabiduría (Jb 28, 28) y ésta podía ignorarla el maniqueo aun cuando tuviera la ciencia de las cosas. Pero no la tenía y con toda impudencia se atrevía a enseñar y, en consecuencia, no podía alcanzarla. Porque es vanidad hacer profesión de estas cosas mundanales aunque sean en realidad conocidas; pero es piedad el confesarte a ti. Así, pues, aquel hombre

descaminado por su locuacidad, habló de muchas cosas en forma tal que los que en verdad las sabían lo pusieron en evidencia y así quedó probada su incapacidad para entender cosas aún más difíciles. Pero él no quería ser estimado en poco; entonces, pretendió convencerlos de que en él residía personalmente y con su plena autoridad, el Espíritu Santo que consuela y enriquece a los tuyos.

2. Fue pues demostrado que había dicho cosas falsas sobre el cielo y las estrellas y sobre los movimientos del sol y de la luna. Y aun cuando estas cosas no pertenecen a la doctrina religiosa, quedó puesta en claro su audacia sacrílega cuando con soberbia y demente vanidad se atrevió a poner afirmaciones no sólo ignorantes sino también falseadas bajo el patrocinio de una divina persona. Cuando oigo decir de algún cristiano hermano mío que no sabe estas cosas y dice una cosa por otra, oigo con paciencia esas opiniones; no veo en qué pueda perjudicarle su ignorancia sobre las cosas del mundo si no piensa de ti cosas indignas.

Pero mucho le daña el pensar que tales cosas pertenecen a la esencia de la doctrina de la fe y si se atreve a afirmar con pertinencia lo que no sabe.

3. Pero aun esta flaqueza la soporta maternalmente la caridad en los que están recién nacidos a la fe mientras no llega el tiempo de que surja en ellos el hombre nuevo, el varón perfecto que no es llevado de aquí para allá por cualquier viento de doctrina (Ef 4, 13-14). Aquel hombre, en cambio, se atrevió a presentarse como doctor, consejero, guía y director y, a sus discípulos los persuadía de que no eran seguidores de un hombre cualquiera, sino tu mismo Santo Espíritu; ¿cómo no juzgar semejante audacia como detestable demencia y de no condenarla con firme reprobación y con horror apenas quedaba demostrado que había dicho cosas erróneas?

Con todo, no había yo sacado completamente en claro que no pudieran componerse con sus enseñanzas los fenómenos celestes del alargamiento y acortamiento de los días y las noches y los desfallecimientos del sol y de la luna según yo los conocía por otros libros; me quedaba siempre la incertidumbre de que pudiera o no ser así, pero todavía me sentía inclinado a aceptar su autoridad, pues me parecía acreditada por la santidad de su vida.

Capítulo VI

1. Durante esos nueve años bien corridos en que con inmenso deseo de verdad pero con ánimo vagabundo escuché a los maniqueos, estuve esperando la llegada del dicho Fausto. Porque los otros maniqueos con

que dada la ocasión me encontraba y no eran capaces de responder a mis objeciones, me prometían siempre que cuando él llegara, con su sola conversación les daría el mate a mis objeciones y aun a otras más serias que yo pudiera tener. Cuando Fausto por fin llegó me encontré con un hombre muy agradable y de fácil palabra; pero decía lo que todos los demás, sólo que con mayor elegancia. Mas no era lo que mi sed pedía a aquel mero, aunque magnífico escanciador de copas preciosas. De las cosas que decía estaban ya hartos mis oídos y no me parecían mejores porque él las dijera mejor, ni verdaderas por dichas con elocuencia; ni sabia su alma porque fuera su rostro muy expresivo y muy elegante su discurso. Los que tanto me lo habían ponderado no tenían buen criterio: les parecía sabio y prudente sólo porque tenía el arte del buen decir.

2. Conozco también otro tipo de hombres, que tienen la verdad por sospechosa y se resisten a ella cuando se les presenta en forma bien aliñada y con abundancia. Pero tú ya me habías enseñado (creo que eras tú, pues nadie fuera de ti enseña la verdad dondequiera que brille y de donde proceda), me habías enseñado, digo, que nada se ha de tener por verdadero simplemente porque se dice con elocuencia, ni falso porque se diga con desaliño y torpeza en el hablar. Pero tampoco se ha de tener por verdadero algo que se dice sin pulimento, ni falso lo que se ofrece con esplendor en la dicción. La sabiduría y la necedad se parecen a los alimentos, que son buenos unos y malos otros, pero se pueden unos y otros servir lo mismo en vasija de lujo que en vasos rústicos y corrientes. La sabiduría y la necedad pueden ofrecerse lo mismo con palabras cultas y escogidas que con expresiones corrientes y vulgares.

La avidez con que había yo por tan largo tiempo esperado la llegada de aquel hombre me hacía ciertamente deleitarme en la vivacidad y animación con que disputaba y en el feliz tino con que hallaba las palabras justas, que fácilmente le venían para revestir sus sentencias. Pero me sentía molesto de que en la rueda de quienes lo escuchaban no se me permitiera intervenir para proponerle mis dificultades conversando con él en diálogo familiar.

3. Pero cuando finalmente pude en compañía de algunos amigos ocupar su atención en tiempo que no parecía importuno, le expuse algunos puntos que me preocupaban. Me di cuenta entonces de que tenía enfrente a un hombre ignorante de las disciplinas liberales con la sola excepción de la gramática, de la cual tenía, por otra parte, un conocimiento muy ordinario. Había leído solamente unas pocas oraciones de Tulio y poquísimos libros de Séneca, algunos libros poéticos y los de su propia secta, cuando sucedía que estuvieran escritos en buen latín. Le ayudaba también el cotidiano ejercicio

de hablar, que le daba una fluida elocuencia tanto más seductora cuanto que sabía muy bien gobernar su talento con un donaire natural.

Es así como lo recuerdo. ¿Lo he recordado bien, Señor y Dios mío, árbitro de mi conciencia? Delante de ti pongo mi corazón y mi memoria. Tú me dirigías entonces con secretos movimientos de tu providencia y, poco a poco, ibas poniendo ante mis ojos mis funestos errores, para que los viera y los aborreciera.

Capítulo VII

1. Cuando aquel hombre a quien había yo tenido por excelente conocedor de las artes liberales se me apareció en toda su impericia comencé a desesperar de que pudiera él aclarar mis problemas y resolver mis dudas. Porque ignorante como era, bien podía conocer la verdad y la piedad si no fuera maniqueo. Porque los libros están repletos de interminables fábulas sobre el cielo y las estrellas, sobre el sol y la luna y no creía yo ya que él me pudiera explicar las cosas como era mi deseo, comparando sus explicaciones con los datos numéricos que había yo leído en otras partes y no sabía si concordaban o no con lo que en los libros maniqueos se decía, ni si daban buena razón de su doctrina. Así que cuando le hube propuesto mis problemas para su consideración y discusión, se comportó con mucha modestia y no se atrevió a arrimar el hombro a tan pesada carga. Bien sabía él que ignoraba tales cosas y no tuvo reparo en reconocerlo. No era de la laya de otros hombres locuaces que yo había padecido, que pretendían enseñarme, pero no decían nada. Fausto era un hombre de corazón; si no lo tenía enderezado hacia ti tampoco lo tenía clavado en sí mismo. No era del todo inconsciente de su impericia y no quiso exponerse temerariamente a disputar y meterse en una situación de la que no pudiera salir ni tampoco retirarse honorablemente y en eso me gustó sobremanera. Porque más hermosa que cuanto yo deseaba conocer es la temperancia de un hombre de ánimo sincero y yo lo encontraba tal en todas las cuestiones más sutiles y difíciles.

2. Rota así la ilusión que yo tenía por los estudios maniqueos y desesperando por completo de sus otros doctores cuando, para las cuestiones que me agitaban, me había parecido insuficiente el más prestigioso de todos ellos, comencé a frecuentarlo en otro terreno. El tenía grande avidez por conocer las letras que yo enseñaba a los adolescentes como maestro retórico de Cartago: comencé pues a leer con él lo que él deseaba por haber oído de ello o lo que yo mismo estimaba adaptado a su ingenio. Por lo demás mi intento por aprovechar en aquella secta quedó completamente cortado, no porque yo me separara de ellos del todo, sino porque no encontrando

por el momento nada mejor que aquello en que ciegamente había dado de cabeza, había resuelto contentarme con ello mientras no apareciera ante mis ojos algo mejor.

3. Y así, aquel Fausto, que había sido perdición para muchos, aflojaba sin quererlo ni saberlo el lazo en que estaba yo amarrado. Porque tu mano, Señor, en lo oculto de tu providencia no me dejaba y las lágrimas del corazón que mi madre vertía por mí de día y de noche eran un sacrificio ante ti por mi salvación. Y tú obraste en mí de maravillosas maneras. Sí, Dios mío, tú lo hiciste; tú, que diriges los pasos de los hombres y regulas sus caminos. ¿Ni qué pretensión de salvación puede haber si no viene de tu mano, que recrea lo que creaste?

Capítulo VIII

1. Te las arreglaste para que fuera yo persuadido de ir a Roma para enseñar allí lo mismo que enseñaba en Cartago y no pasaré por alto el recordar el modo como me persuadí. pues en ello se ven muy de manifiesto tus misteriosos procedimientos y tu siempre presente misericordia. No fui a Roma en busca de mayores ganancias ni en pos del prestigio de que mis amigos me hablaban, aunque ciertamente no estaba ajeno a tales consideraciones; pero la razón principal, casi la única fue que yo sabía que en Roma los estudiantes eran más sosegados y se contenían en los límites de una sana disciplina; no entraban a cada rato y con impudente arrogancia a las clases de otros profesores no suyos, sino solamente con su venia y permiso.

2. En Cartago, muy al contrario, los estudiantes eran de una fea e intemperante indisciplina. Irrumpían y con una especie de furia perturbaban el orden que los profesores tenían establecido para sus propios alumnos. Con increíble estupidez cometían desmanes que la ley debería castigar si no los condonara la costumbre, con lo cual quedaban en la condición miserable de poder hacer cuanto les venía en gana, abusos que tu ley no permite ni permitirá jamás. Y los cometían con una falsa sensación de impunidad, ya que en el mero hecho de cometerlos llevan ya su castigo, por cuanto deben padecer males mayores que los que cometieron.

Así sucedió que aquella mala costumbre que yo ni aprobé ni hice mía cuando era estudiante, tenía que padecerla de otros siendo profesor. Por eso me pareció conveniente emigrar hacia un lugar en que tales cosas no sucedieran, según me lo decían quienes estaban de ello informados. Y tú, que eres mi esperanza y mi porción en la tierra de los vivientes (Sal 141, 6), me ponías para cambiar de lugar en bien de mi alma estímulos que me apartaran de

Cartago y me ponías el señuelo de Roma valiéndote de hombres amadores de la vida muerta que hacían algo insano y prometían allá algo vano y, para corregir mis pasos, te valías ocultamente de la perversidad de ellos y de la mía. Porque los que perturbaban mi quietud estudiosa con insana rabia eran ciegos y, los que me sugerían otra cosa, tenían el sentido de la tierra. Y yo, que detestaba la miseria muy real de aquellos, apetecía la falsa felicidad que éstos me prometían.

3. Cuál era la causa que me movía a huir de Cartago para ir a Roma, tú la sabías, pero no me la hacías saber a mí ni tampoco a mi madre y ella padeció atrozmente de mi partida y me siguió hasta el mar. Y yo la engañé cuando fuertemente asida a mí quería retenerme o bien acompañarme. Fingí que no quería abandonar a un amigo que iba de viaje, mientras el viento se hacía favorable para la navegación. Le mentí pues a aquella madre tan extraordinaria y me escabullí.

Pero tú me perdonaste también esa mentira y, tan lleno de sordideces abominables como estaba yo, me libraste de las aguas del mar para que pudiese llegar al agua de tu gracia y absuelto ya y limpio, pudieran secarse los torrentes de lágrimas con que mi madre regaba la tierra por mí en tu presencia. Ella se negaba a regresar sin mí y a duras penas pude persuadirla de que pasara aquella noche en el templo de San Cipriano que estaba cerca de nuestra nave. Pero esa misma noche me marché a escondidas mientras ella se quedaba orando y llorando y sólo te pedía que me impidieras el viaje. Pero tú, con oculto consejo y escuchando lo sustancial de su petición no le concediste lo que entonces te pedía para concederle lo que siempre te pedía.

4. Sopló pues el viento e hinchó nuestra velas y pronto perdimos de vista la ribera en la cual ella a la siguiente mañana creyó enloquecer de dolor y llenaba tus oídos con gemidos y reclamaciones. Tú desdeñabas esos extremos; me dejabas arrebatar por el torbellino de mis apetitos con el fin de acabar con ellos y domabas también el deseo natural de ella con un justo flagelo, pues ella, como todas las madres (y con mayor intensidad que muchas) necesitaba de mi presencia, ignorante como estaba de las inmensas alegrías que tú le ibas a dar mediante mi ausencia. Nada de esto sabía y por eso lloraba y se quejaba; se manifestaba en ella la herencia de Eva, que es buscar entre gemidos a quien gimiendo había dado a luz. Sin embargo, después de haberse quejado de mi engaño y de mi crueldad, volvió a su vida acostumbrada y a rogarte por mí. Y yo continué mi viaje hasta Roma.

Capítulo IX

1. Y he aquí que apenas llegado a Roma me recibe con su flagelo la enfermedad corporal. Ya me iba yendo a los infiernos cargando todos los pecados que había cometido contra ti, contra mí mismo y contra los demás; pecados muchos y muy graves, que hacían todavía más pesada la cadena del pecado original con que en Adán morimos todos (1Co 15, 22). Porque nada de Cristo me habías dado todavía, ni había El reconciliado con la sangre de su cruz las enemistades que contigo había contraído yo por mis pecados; pues, ¿cómo podía destruirlas aquel fantasma crucificado en que yo entonces creía? Tan falsa como me parecía su muerte corporal era real y verdadera la muerte de mi alma y tan real como fue su muerte corporal así era de mentida la vida de mi alma, pues no creía en aquella. Y como la fiebre se hacía más y más grave, me deslizaba yo rumbo a la muerte. ¿Y a dónde me hubiera ido, de morir entonces, sino a los fuegos y tormentos que mis pecados merecían según el orden que tú tienes establecido? Mi madre ausente ignoraba todo esto, pero me asistía con la presencia de su plegaria y tú, que en todas partes estás, la oías en donde ella estaba y en donde estaba yo tenías misericordia de mí. Por esta misericordia recuperé la salud del cuerpo, aunque mi corazón sacrílego seguía enfermo. Porque viéndome en tan grave peligro no tenía el menor deseo de tu bautismo; mucho mejor era yo cuando de niño le solicitaba a mi madre que se me bautizara: así lo recuerdo y así te lo he confesado.

2. Yo había aventajado mucho en la deshonra y en mi demencia me burlaba de tu medicina y tú, sin embargo, no permitiste que muriera yo entonces, que habría muerto dos veces, en el cuerpo y en el alma. Esto habría causado en el corazón de mi madre una herida incurable. Lo digo porque no he ponderado cual conviene el afecto sin medida que por mí sentía y con el cual engendraba en el espíritu al hijo que había alumbrado según la carne. No comprendo como hubiera podido sobrevivir si la noticia de mi muerte la hubiera herido entonces en pleno corazón. ¿Qué habría sido entonces de aquellas plegarias tan grandes y tan ardientes, que no conocían descanso alguno? ¿En dónde estarían, pues no había para ellas otro lugar fuera de ti?

Pero, ¿cómo podías tú, el Dios de las misericordias, despreciar el corazón contrito y humillado (Sal 50, 19) de una viuda sobria y casta que hacía abundantes limosnas y servía obsequiosamente a tus siervos; que no se quedaba un sólo día sin asistir al santo sacrificio y que diariamente, por la mañana y por la tarde visitaba tu casa y no para perder el tiempo en locuacidades de mujeres, sino para escuchar tu palabra y que tú escucharas sus preces?

3. ¿Cómo podía ser que tú desoyeras y rechazaras las lágrimas de la que no te pedía oro ni plata ni bien alguno volátil sino la salud espiritual de su hijo, que era suyo porque tú se lo habías dado? No, mi Señor. Bien al contrario, le estabas siempre presente y la escuchabas; ibas haciendo según su orden lo que habías predestinado que ibas a hacer. Lejos de mí la idea de que la hubieras engañado en aquellas visiones y en aquellas respuestas que le diste y que ya conmemoré y otras que no he recordado. Palabras tuyas que ella guardaba fielmente en su corazón y que te presentaba en su oración como documentos firmados de tu propia mano. Tanta así es, Señor, tu misericordia, que te dignas de ligarte con tus promesas y te conviertes en deudor de la criatura a quien le perdonas todas sus deudas.

Capítulo X

1. De aquella enfermedad me hiciste volver a la vida y salvaste al hijo de tu sierva para que pudiera más tarde recibir otra salud mucho mejor y más cierta. Y en Roma me juntaba yo todavía con aquellos santos falsos y engañadores y no sólo con los simples oyentes de cuyo número formaba parte el dueño de la casa en que estuve enfermo, sino que también oía y servía a los elegidos. Todavía pensaba yo que no somos nosotros los que pecamos, sino que peca en nosotros no sé que naturaleza distinta y mi soberbia sentía complacencia en no sentirse culpable ni confesarse tal cuando algo malo había yo hecho.

2. Porque todavía no habías tú puesto una guarda a mi boca ni puerta de comedimiento a mis labios para impedirme la palabra maliciosa y que mi corazón se excusara de los pecados junto con hombres obradores de la iniquidad (Sal 140 3-4); por eso seguía yo tratando con aquellos electos sin esperanza ya de aventajar en la secta, pues había determinado quedarme provisionalmente en ella mientras no diera con cosa mejor y su doctrina la retenía aún, pero cada vez con mayor tibieza y negligencia.

Me asaltó entonces la idea de que mucho más avisados habían sido aquellos filósofos que llamaban "académicos", que tienen por necesario dudar de todo y sostienen que nada puede el hombre conocer con certeza. Esta era la idea corriente sobre ellos y yo lo pensé así, pues no conocía entonces su verdadera posición.

3. Tampoco descuidé el reprender en mi huésped la desmedida confianza que veía yo en él sobre las fábulas de que están llenos los libros maniqueos; pero con todo, me ligaba a ellos una familiaridad que no tenía los ímpetus del principio; mas la familiaridad con ellos (de los cuales hay muchos ocultos en Roma) me hacía perezoso para indagar más allá. Y menos

que en ninguna parte, Dios y Señor mío, creador de todas las cosas, me imaginaba yo encontrar la verdad en tu Iglesia, de la cual me habían ellos apartado.

Muy torpe cosa me parecía el creer que tú hubieras tomado una forma corporal ajustada a los lineamientos del cuerpo humano y, como cuando quería pensar en Dios, no podía pensarlo sino como una mole corporal, ya que era para mí imposible concebir la realidad de otra manera y en esto sólo estaba la causa inevitable de mi error.

4. De aquí que creyera yo con los maniqueos que tal es la sustancia del mal, que tenía o bien una mole negra, espesa y deforme que ellos llaman "tierra", o bien una masa tenue y sutil como la del aire, una especie de espíritu maligno que según ellos rastrea sobre esa tierra. Y como la piedad más elemental me prohibía pensar que Dios hubiera creado ninguna cosa mala, ponía yo frente a frente dos moles o masas, infinitas las dos, pero amplia la buena y más angosta la mala y de este pestilencial principio se seguían los otros sacrilegios.

Así, cuando a veces me sentía movido a considerar con seriedad la fe católica me sentía por ella repelido, porque no la conocía yo como realmente es. ¡Oh Dios, cuyas misericordias confieso de corazón! Más piedad veía yo en creerte infinito en todas tus partes que no limitado y terminado por las dimensiones del cuerpo humano; aunque por el mero hecho de poner frente a ti una sustancia mala me veía obligado a pensarte finito, contenido y terminado en una forma humana.

5. Y mejor me parecía pensar que tú no habías creado ningún mal, por cuanto mi ignorancia concebía el mal como algo sustantivo y aún corpóreo; no podía mi mente concebirlo sino a manera de un cuerpo sutil que se difundiera por todos los lugares del espacio. Mejor me parecía esto que no pensar que procediera de ti lo que yo creía que era la naturaleza del mal. Y aun de nuestro salvador, hijo tuyo unigénito pensaba yo que emanaba de tu masa lucidísima y venía a nosotros para salvarnos y no creía de él que una naturaleza tan lúcida no podía nacer de la Virgen María sino mezclándose con la carne y no podía imaginarme semejante mezcla sin una contaminación. Me resistía a creer en un Cristo nacido, por no poder creer en un Cristo manchado por la carne. Tus amigos fieles se reirán de mí con amor y suavidad si llegan a leer estas confesiones. Pero así era yo.

Capítulo XI

1. Por otra parte, me parecía que los puntos de la Escritura impugnados por los maniqueos no tenían defensa posible; pero en ocasiones me venía

el pensamiento de conferir sobre ellos con algún varón muy docto, para conocer su sentir. Ya desde que enseñaba en Cartago me habían hecho impresión los sermones y discursos de un cierto Helvidio que hablaba y disertaba contra los maniqueos; pues decía sobre las Escrituras cosas que parecían irresistibles y contra las cuales me parecían débiles las respuestas de los maniqueos.

2. Tales respuestas, además, no las daban fácilmente en público; más bien nos decían a nosotros en secreto que los textos del Nuevo Testamento habían sido adulterados por no sé quién que estaba empeñado en introducir en la fe cristiana la ley de los judíos. Pero nunca mostraban para probarlo ningún texto incorrupto de las Escrituras. Por lo que a mí se refiere, siendo como era incapaz de concebir otras cosas que seres materiales, me sofocaban y oprimían con su pesada mole aquellas dos masas infinitas tras de las cuales anhelaba yo; pero no podía respirar el aire puro y delgado de tu verdad.

Capítulo XII

1. Con mucha diligencia comencé pues en Roma lo que me había llevado a ella; la enseñanza del arte de la Retórica. Primero reuní en mi casa a algunos que habían tenido ya noticia de mí y por los cuales me conocieron luego otros. Y comencé a padecer en Roma vejaciones que no había conocido en África. Porque ciertamente no se usaban allí las "eversiones" que en África había yo conocido, pero en cambio se me anunció desde el principio que los estudiantes romanos se confabulaban para pasar a golpe de la clase de otro maestro abandonando al primero sin pagarle. Eran infieles a la palabra dada, les importaba mucho el dinero y menospreciaban la justicia. Odiábalos yo de todo corazón, aunque mi odio no era perfecto. Lo digo porque más me afectaba lo que yo podía padecer de su parte que no la injusticia que cometían con otros maestros.

2. Ciertamente son innobles estos tales, que fornicando lejos de ti aman esas burlas pasajeras y un lodoso lucro que cuando se lo toca mancha la mano y se abrazan a un mundo pasajero mientras te menosprecian a ti, que eres permanente y que perdonas al alma humana meretriz cuando se vuelve hacia ti. Y aun ahora detesto a esos tales perversos y descarriados, aunque los amo en el deseo de que se corrijan y que prefieran la ciencia que aprenden, al dinero con que la pagan y que más que a ella te estimen a ti, ¡oh Dios!, que eres verdad y superabundancia de bien cierto y de castísima paz. Pero entonces no quería yo que fueran malos por consideración

de mi propio interés y para nada pensaba que fueran buenos para gloria de tu Nombre.

Capítulo XIII

1. Fue entonces cuando Símaco, prefecto de Roma, recibió de Milán una solicitud para que enviara allá a un maestro de Retórica, a quien se le ofrecía a costa del erario público todo cuanto necesitara para su traslado. Yo, valiéndome de aquellos amigos míos ebrios de la vanidad maniquea y de los cuales ansiaba yo separarme sin que ni yo ni ellos lo supiéramos, me propuse al prefecto para pronunciar en su presencia una pieza oratoria, para ver si le gustaba y era yo el designado. Lo fui y se me envió a Milán, en donde me recibió tu obispo Ambrosio, renombrado en todo el orbe por sus óptimas cualidades. Era un piadoso siervo tuyo que administraba vigorosamente con su elocuencia la grosura de tu trigo, la alegría de tu óleo y la sobria ebriedad de tu vino. Sin que yo lo supiera me guiabas hacia él para que por su medio llegara yo, sabiéndolo ya, hasta ti. Me acogió paternalmente ese hombre de Dios y con un espíritu plenamente episcopal se alegró de mi viaje.

2. Y yo empecé a quererlo y a aceptarlo. Al principio no como a un doctor de la verdad, pues yo desesperaba de encontrarla en tu Iglesia, sino simplemente como a un hombre que era amable conmigo. Con mucha atención lo escuchaba en sus discursos al pueblo; no con la buena intención con que hubiera debido, sino para observar su elocuencia y ver si correspondía a su fama, si era mayor o menor de lo que de él se decía. Yo lo escuchaba suspenso, pero sin la menor curiosidad ni interés por el contenido de lo que predicaba. Me deleitaba la suavidad de su palabra, que era la de un hombre mucho más docto que Fausto, aunque no tan ameno ni seductor en el modo de decir. Pero en cuanto al contenido de lo que el uno y el otro decían no había comparación posible. Fausto erraba con todas las falacias del maniqueísmo, mientras que Ambrosio hablaba de la salvación de manera muy saludable. La salvación, empero, está siempre lejos de los pecadores como lo era yo entonces y, sin embargo, se acercaba a mí sin que yo lo supiera.

Capítulo XIV

1. Me quedaba todavía una frívola desesperación al pensar que el camino hacia ti está cerrado al hombre y en esta disposición de ánimo no me preocupaba por aprender lo que él decía y sólo me fijaba en el modo cómo lo decía. Y sin embargo, llegaban a mi alma envueltas en las bellas palabras que apreciaba las grandes verdades que despreciaba y no podía yo disociarlas. Y

mientras abría mi corazón para apreciar lo bien que enseñaba las cosas, me iba percatando muy poco a poco de cuán verdaderas eran las cosas que enseñaba. Gradualmente fui derivando a pensar que tales cosas eran aceptables.

Respecto a la fe católica pensaba antes que no era posible defenderla de las objeciones de los maniqueos; pero entonces creía ya que podía aceptarse sin imprudencia, máxime cuando tras de haber oído las explicaciones de Ambrosio una vez y otra y muchas más, me encontraba con que él resolvía satisfactoriamente algunos enigmas del Antiguo Testamento entendidos por mí hasta entonces de una manera estrictamente literal, que había matado mi espíritu.

2. Y así, con la exposición de muchos lugares de esos libros comenzaba yo a condenar la desesperación con que creía irresistibles a los que detestaban la Escritura y se burlaban de los profetas.

Y sin embargo, no por el hecho de que la fe católica tenía doctores y defensores que refutaban con abundancia y buena lógica las objeciones que le eran contrarias, me sentía yo obligado a tomar el camino de los católicos, pues pensaba que también las posturas contrarias tenían sus defensores y que había un equilibrio de fuerzas; la fe católica no me parecía vencida, pero tampoco todavía victoriosa.

Me apliqué entonces con todas mis fuerzas a investigar si había algunos documentos ciertos en los cuales pudiera yo encontrar un argumento decisivo contra la falsedad de los maniqueos. Pensé que si llegaba yo a concebir una sustancia espiritual con sólo eso quedarían desarmadas sus maquinaciones y yo las rechazaría definitivamente. Pero no podía conseguirlo.

Considerando sin embargo, con una atención cada vez mayor lo que del mundo y su naturaleza conocemos por los sentidos y comparando las diferentes sentencias llegué a la conclusión de que eran mucho más probables las explicaciones de varios otros filósofos. Y entonces, dudando de todo, como es según se dice, el modo de los académicos y fluctuando entre nubes de incertidumbre decidí que mientras durara mi dubitación, en ese tiempo en que les anteponía yo a otros filósofos, no podía ya de cierto seguir con los maniqueos. Pero aún a tales filósofos me negaba yo a confiarles la salud de mi alma, pues andaba aún bien lejos de la doctrina saludable de Cristo. En consecuencia resolví quedarme como catecúmeno en la Iglesia católica, la que mis padres me habían recomendado, mientras no brillara a mis ojos alguna luz cuya certeza me diera seguridad.

Libro VI

Cuenta lo que hizo en Milán en el año 30 de su edad, fluctuando en sus dudas todavía. Confiesa que San Ambrosio poco a poco le hizo ir conociendo que la verdad de la fe católica era probable. Mezcla también muchas cosas de Alipio y de sus buenas costumbres, y refiere el intento que él y su madre tenían de que tomase el estado del matrimonio

Capítulo I

¡Oh Dios, esperanza mía desde la juventud! ¿Dónde estabas entonces para mí, o dónde te habías retirado? ¿No eras tú mi creador, el que me había distinguido de los cuadrúpedos y los volátiles? Más sabio que ellos me hiciste y sin embargo, andaba yo resbalando en las tinieblas; te buscaba fuera de mí y no te podía encontrar. Había yo caído, ¡oh Dios de mi corazón! En lo hondo del abismo y con total desconfianza desesperaba de llegar a la verdad.

Entretanto había llegado mi madre, que llevada de su inmenso amor me seguía por tierra y por mar y que en todos los peligros estaba segura de ti y tanto, que durante los azares de la navegación confortaba ella a los marineros mismos, que están habituados a animar en sus momentos de zozobra a los viajeros novatos. Les prometía con seguridad que llegarían a buen puerto, pues tú así se lo habías revelado en una visión. Me encontró cuando me hallaba yo en sumo peligro por mi desesperación de alcanzar la verdad. Cuando le dije que no era ya maniqueo pero tampoco todavía cristiano católico, no se dio en extremos al júbilo como si mi noticia la hubiera tomado de sorpresa. Segura estaba de que de la miseria en que yacía yo como muerto, habías tú de resucitarme por sus lágrimas y, como la viuda de Naím, me presentaba a ti en el féretro de sus pensamientos, para que tú le dijeras al hijo de la viuda: Joven, yo te lo mando, levántate (Lc 7, 14) y él reviviera y comenzara a hablar y tú se lo devolvieras a su madre. Así pues, su corazón no se estremeció con ninguna turbulenta exultación cuando vio que ya estaba hecho en parte lo que ella a diario con lágrimas te pedía: pues me vio no ganado todavía para la verdad, pero sí liberado de la falsedad. Y esperaba con firmeza que tú, que se lo habías prometido todo,

hicieras lo que faltaba todavía. Con el pecho lleno de segura placidez me respondió que no dudaba un punto de que antes de morir había de verme católico fiel.

Esto fue lo que me dijo a mí; pero a ti te pedía con ardientes preces y lágrimas que te apresuraras a socorrerme iluminando mis tinieblas y con mayor afán corría a tu Iglesia y se suspendía de la boca de Ambrosio bebiendo el agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14). Acábalo ella como a un ángel de Dios, pues supo que debido a él había yo llegado a aquel estado de vacilante fluctuación por la cual presumía ella que habría yo de pasar de la enfermedad a la salud, después de atravesar ese subido peligro que los médicos llaman “crisis”.

Capítulo II

1. Sucedió en una ocasión que mi madre, según la costumbre africana[6] llevó a las tumbas de los santos comida de harina cocida, panes y vino puro. El portero se negó a recibírselos diciendo que el obispo lo tenía prohibido y ella, con humilde obediencia, se plegó a su voluntad y no dejé de admirarme de la facilidad con que renunció a una costumbre que le era cara, en vez de criticar costumbres diferentes. Porque la embriaguez no dominaba su espíritu ni el vino le inspiraba odio a la verdad, como sucede con tantos hombres y mujeres que al cántico de la sobriedad responden con la náusea de los beodos por el vino aguado. Cuando llevaba su cesta con sus manjares rituales para su degustación y distribución, no ponía para sí misma sino un vasito con vino tan diluido como lo pedía su temperante paladar. Y si eran muchas las sepulturas que hubiera que honrar, llevaba y ponía en todas ellas el mismo vasito con el vino no sólo más aguado, sino ya muy tibio para participar con pequeños sorbitos en la comunión con los presentes; pues lo que con ello buscaba no era la satisfacción del gusto, sino la piedad con los demás.

2. Así, cuando se enteró de que esto era cosa prohibida por aquel preclaro predicador y piadoso prelado que no lo permitía ni siquiera a las personas moderadas y sobrias para no dar ocasión de desmandarse a los que no lo eran y porque, además, dicha costumbre era muy semejante a la costumbre supersticiosa de los paganos en sus ritos funerarios, ella se sometió con absoluta buena voluntad y, en lugar de la cesta llena de frutos de la tierra, aprendió a llevar a las tumbas de los mártires un pecho lleno de afectos más purificados para dar lo que pudiera a los menesterosos y celebrar allí la comunión del Cuerpo del Señor, cuya pasión habían imitado los mártires que con el martirio fueron inmolados y coronados.

3. Sin embargo, me parece probable que no sin interiores dificultades hubiera cedido mi madre a la supresión de una práctica a la que estaba acostumbrada, de haber la prohibición procedido de otro que Ambrosio, al cual amaba mucho, especialmente por lo que él significaba para mi salvación. Y Ambrosio a su vez la amaba a ella por su religiosa conducta, por su fervor en las buenas obras y su asiduidad a la Iglesia; hasta el punto de que cuando me encontraba prorrumpía en alabanzas suyas y me felicitaba por la dicha de tener una madre semejante. Es que no sabía él qué casta de hijo tenía mi madre: un escéptico que dudaba de todo y no creía posible atinar con el camino de la verdad.

Capítulo III

1. Yo no había aún aprendido a orar rogándote con gemidos que me ayudaras, sino que tenía puesta mi alma entera en la investigación de las cosas mundanas y el ejercicio de la disertación. Y a Ambrosio mismo lo tenía yo por el hombre feliz según el mundo, pues tantos honores recibía de gentes poderosas y sólo me parecía trabajoso su celibato. Por otra parte no tenía yo experiencia ni siquiera sospechas de las esperanzas que él tuviera, ni de las tentaciones que tenía que vencer derivadas de su propia excelencia; no tenía la menor idea de cuáles fueran sus luchas ni sus consuelos en las adversidades, ni sabía de que se alimentaba en secreto su corazón, ni qué divinos sabores encontraba en rumiar tu pan. Pero él tampoco sabía nada de mis duras tempestades interiores ni de la gravedad del peligro en que me hallaba. Ni podía yo preguntarle las cosas que querría, pues me apartaba de él la multitud de quienes acudían a verlo con toda clase de asuntos y a quienes él atendía con gran servicialidad. Y el poco tiempo en que no estaba con las gentes lo empleaba en reparar su cuerpo con el sustento necesario o en alimentar su mente con la lectura.

2. Cuando leía sus ojos recorrían las páginas y su corazón entendía su mensaje, pero su voz y su lengua quedaban quietas. A menudo me hacía yo presente donde él leía, pues el acceso a él no estaba vedado ni era costumbre avisarle la llegada de los visitantes.

Yo permanecía largo rato sentado y en silencio: pues, ¿quién se atrevería a interrumpir la lectura de un hombre tan ocupado para echarle encima un

---

7En África era costumbre entonces llevar a los sepulcros de los cristianos, comestibles para un ágape en el cual se mostraba la caridad, especialmente para con los pobres. Esta costumbre venía desde los tiempos apostólicos, pero debido a ciertos abusos la suprimió en Milán San Ambrosio y luego fue igualmente suprimida en otras partes, hasta que finalmente desapareció del todo.

peso más? Y después me retiraba, pensando que para él era precioso ese tiempo dedicado al cultivo de su espíritu lejos del barullo de los negocios ajenos y que no le gustaría ser distraído de su lectura a otras cosas. Y acaso también para evitar el apuro de tener que explicar a algún oyente atento y suspenso, si leía en alta voz, algún punto especialmente oscuro, teniendo así que discutir sobre cuestiones difíciles; con eso restaría tiempo al examen de las cuestiones que quería estudiar. Otra razón tenía además para leer en silencio: que fácilmente se le apagaba la voz. Mas cualquiera que haya sido su razón para leer en silencio, buena tenía que ser en un hombre como él.

3. Lo cierto es que yo no tenía manera de preguntarle lo que necesitaba saber a aquel santo oráculo tuyo sino cuando me podía brevemente atender y para exponerle con la debida amplitud mis ardores y dificultades necesitaba buen tiempo y nunca lo tenía. Cada domingo lo escuchaba yo cuando exponía tan magistralmente ante el pueblo la palabra de verdad y cada vez crecía en mí la persuasión de que era posible soltar el nudo de todas aquellas calumniosas dificultades que los maniqueos levantaban contra los sagrados libros.

4. Pero cuando llegué a comprobar que en el pensamiento de los hijos que tú engendraste en el seno de la Iglesia católica, tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza pero tú mismo no quedabas contenido y terminado en la forma humana corporal y, aunque ni de lejos barruntaba yo lo tenue y enigmática que es la naturaleza de los seres espirituales, sin embargo, me avergoncé, lleno de felicidad, de haber por tantos años ladrado no contra la fe católica, sino contra meras ficciones de pensamiento carnal. Tan impío había yo sido, que en vez de buscar lo que tenía que aprender, lo había temerariamente negado. Porque tú eres al mismo tiempo inaccesible y próximo, secretísimo y presentísimo; no tienes partes ni mayores ni menores, pues en todas partes estás de manera total; ningún lugar te contiene y, ciertamente, no la forma corporal del hombre. Y sin embargo, tú hiciste al hombre a tu imagen y semejanza y, ¡él sí que está, de la cabeza a los pies, contenido en un lugar!

Capítulo IV

1. No sabiendo, pues, cómo podía subsistir esa imagen tuya, con gusto y temor habría yo pulsado la puerta de Ambrosio para preguntarle por sus motivos de creer lo que creía, sin ofenderlo con arrogante reproche por haber creído. Y el ansia por saber qué podía yo retener como cierto, me corroía las entrañas con fuerza tanto mayor cuanto más avergonzado me sentía de haber andado por tanto tiempo engañado por ilusorias promesas

de certidumbre y por haber pregonado con error y petulancia pueril tantas cosas inciertas como si fueran ciertas. Que eran falsas lo comprobé más tarde, pero entonces era ya seguro, cuando menos, que se trataba de cosas inciertas que yo había tenido por ciertas en aquel tiempo en que con ciega arrogancia acusaba a la Iglesia católica; pues si bien es cierto que la Iglesia no se me aparecía aún como maestra de verdad, cuando menos nada enseñaba de cuanto a mí me parecía gravemente reprensible.

Con esto quedaba yo confuso y converso. Me alegraba sobremanera de que tu Iglesia única, Señor, el Cuerpo de tu Hijo único, en la cual se me infundió desde niño la reverencia al nombre de Cristo, nada supiera de aquellas banalidades ni admitiera en su doctrina la idea de que tú, el creador de todas las cosas, estuvieras circunscrito en un lugar del espacio, por sumo y amplio que fuera, ni terminado en los límites de la figura humana.

2. Ale grábame también de que los viejos escritos de la ley y los profetas no se me dieran a leer con mis antiguos ojos, que tantos absurdos veían en ellos cuando yo redarguía a tus santos por errores que ellos nunca profesaron. Y grande era mi contento cuando oía frecuentemente a Ambrosio decir con énfasis y reiteración en sus sermones al pueblo que la letra mata y el espíritu vivifica (2Co 3, 6). Así, descorriendo espiritualmente el velo místico, explicaba algunos pasajes de la Escritura que entendidos en forma literal estricta suenan a error y al explicar de esta manera nada decía que pudiera molestarme aun cuando dijese cosas de cuya verdad no me constaba todavía. Y así, por miedo de precipitarme en algún yerro, suspendía yo mi asentimiento, sin darme cuenta de que tal suspensión me estaba matando.

3. Quería yo tener de las cosas invisibles una certidumbre absoluta, como la de que siete más tres suman diez. Mi escepticismo no llegaba a la insania de tener por dudosas las proposiciones matemáticas, pero este mismo tipo de certeza era el que yo pedía para todo lo demás; lo mismo para los objetos materiales ausentes y por ello invisibles, como para los seres espirituales, que yo era incapaz de representarme sin una forma corpórea.

Yo no podía sanar sino creyendo; pues la vista de mi entendimiento, agudizada y purificada por la fe, podía de algún modo enderezarse hacia tu verdad. Esa verdad que siempre permanece y nunca viene a menos. Pero en ocasiones acontece que alguien, escamado por la experiencia de algún mal, queda temeroso y se resiste a entregarse al bien. Esta era entonces la situación de mi alma, que sólo creyendo podía ser curada, pero, por el miedo de exponerse a creer en algo errado, recusaba la curación y hacía resistencia a tu mano con la que tú preparaste la medicina de la fe y la derramaste sobre todas las enfermedades del mundo y pusiste en ella tan increíble eficacia.

Capítulo V

1. Desde ese tiempo comencé a sentir preferencia por la doctrina católica también por otro motivo: porque en ella, sin falacia de ningún género se me mandaba creer con modestia en cosas que no se pueden demostrar, o porque se resisten a toda demostración, o porque la demostración existe pero no está al alcance de todos. Los maniqueos, en cambio, se burlaban de la credulidad de la gente con temerarias promesas de conocimiento científico y en seguida pedían que creyéramos en las más absurdas fábulas diciendo que eran verdades indemostrables. Entonces tú, tratándome con mano suavísima y llena de misericordia, fuiste modelando poco a poco mi corazón. Me hiciste pensar en el enorme número de cosas que yo creía sin haberlas visto ni haber estado presente cuando sucedieron. ¡Cuántas cosas admitía yo por pura fe en la palabra de otros sobre cosas que pasaron en la historia de los pueblos, o lo que se me decía, sobre lugares y ciudades y, cuántas creía por la palabra de los médicos, o de mis amigos, o de otros hombres! Si no creyéramos así, la vida se nos haría imposible. Y ¿cómo, si no por fe en lo que me decían podría yo tener la firmísima convicción de ser hijo de mis padres?

2. Me persuadiste de que no eran de reprender los que se apoyan en la autoridad de esos libros que tú has dado a tantos pueblos, sino más bien los que en ellos no creen y, de que no debía yo hacer caso de ellos si por ventura me dijeren: “¿De dónde sabes tú que esos libros fueron comunicados a los hombres por el verdadero y veracísimo Espíritu de Dios?”. Porque en ese divino origen y en esa autoridad me pareció que debía yo creer, antes que nada, porque el ardor polémico de las calumniosas objeciones movidas por tantos filósofos como había yo leído y que se contradecían unos a otros no pudo jamás arrancar de mí la convicción de que tú existes, aunque yo no entienda cómo y de que en tus manos está el gobierno de las cosas humanas. A veces lo creía con fuerza y otras con debilidad; pero siempre creía que existes y que diriges la marcha de las cosas del mundo, aunque no sabía qué es lo que se debe pensar de tu sustancia o de los caminos que llevan a ti o apartan de ti.

3. Por eso, siendo yo débil e incapaz de encontrar la verdad con las solas fuerzas de mi razón, comprendí que debía apoyarme en la autoridad de las Escrituras y que tú no habrías podido darle para todos los pueblos semejante autoridad si no quisieras que por ella te pudiéramos buscar y encontrar. En los últimos días había yo oído explicaciones muy plausibles sobre aquellas necias objeciones que antes me habían perturbado y me encontraba dispuesto a poner la oscuridad de ciertos pasos de la Escritura a la cuenta de la elevación de los misterios y, por eso mismo, tanto más venerable y

digna de fe me parecía la Escritura, cuanto que por una parte, quedaba accesible a todos y por otra reservaba la intelección de sus secretos a una interpretación más profunda. A todos está abierta con la simplicidad de sus palabras y la humildad de su estilo, con la cual ejercita, sin embargo, el entendimiento de los que no son superficiales de corazón; a todos acoge en su amplio regazo, pero a pocos encamina a ti por angostas rendijas. Pocos, que serían muchos menos si ella no tuviera ese alto ápice de autoridad ni atrajera a las multitudes al seno de su santa humildad.

Tú estabas a mi vera cuando pensaba yo todo esto; yo suspiraba y tú me oías; yo andaba fluctuando y tú me gobernabas, sin abandonarme cuando iba yo por el ancho camino de este siglo.

Capítulo VI

1. Ávido estaba yo entonces de honores y de ganancias; ardía por el matrimonio, pero tú te burlabas de mí. Con todas esas concupiscencias pasaba yo por amargas dificultades y tú me eras tanto más propicio cuanto que menos permitías que me fuera dulce lo que no eras tú. Ve mi corazón, Dios mío, que has querido que yo recordara todo esto para confesártelo. Adhiérase a ti mi alma, pues me sacaste de tan pegajoso y tenaz engrudo de muerte.

¡Cuán mísera era entonces mi alma! Y tú hacías todavía más punzante el dolor de mi herida para que dejándolo todo me convirtiera a ti, ser soberano sin el cual nada existiría y, para que convertido, quedara sano. Era pues yo bien miserable. ¡Y con qué violencia hiciste que sintiera mi miseria aquel día en que me preparaba yo a recitar un panegírico del emperador en el cual muchas mentiras iba a decir para ganarme el favor de quienes sabían que mentía! Con este anhelo pulsaba mi corazón, encendido en la fiebre de pestilenciales pensamientos, cuando al pasar por una callejuela de Milán vi a un mendigo, borracho ya según creo, que lleno de jovialidad decía chistes. Al verlo se me escapó un gemido. Empecé a hablar con los amigos que me acompañaban sobre los pesados sinsabores que nos venían de nuestras locuras; pues con todos aquellos esfuerzos y cuidados como el que en ese momento me oprimía (pues estimulado por mis deseos iba cargando el fardo de mi infelicidad, que se aumentaba hasta la exageración) no buscábamos otra cosa que conseguir aquella descuidada alegría y que aquel mendigo había llegado ya a donde nosotros acaso no lograríamos nunca. Esa especie de felicidad temporal que él había logrado con unas pocas monedas habidas de limosna andaba yo buscando por largos rodeos y fragosos caminos.

2. Aunque, una alegría verdadera no la tenía, por cierto, aquel mendigo; pero yo, con todas mis ambiciones estaba aún más lejos que él de la verdadera alegría. El estaba alegre cuando yo andaba ansioso; él se sentía seguro mientras yo temblaba. Y si alguien me hubiera preguntado entonces qué prefería yo: si estar alegre o estar triste, le habría respondido que estar alegre. Pero si de nuevo me interrogara sobre si querría yo ser como aquel mendigo o más bien ser lo que yo era y como era, le habría yo de cierto contestado que prefería ser yo mismo y como era, no obstante lo abrumado que me tenían mis muchos temores. Y en tal respuesta no habría habido verdad, sino sólo perversidad. No podía yo tenerme en más que él por el solo hecho de ser más docto, sino que me gozaba en agradar a los demás y lo que realmente me importaba no era enseñarles algo, sino tan sólo agradarles. Por eso me rompías tú los huesos con el duro báculo de tu disciplina.

¡Lejos pues de mí los que me dicen que es muy importante saber las causas de nuestra alegría! El mendigo aquel se alegraba por su borrachera, pero tú querías gozar de la gloria. Pero, ¿de qué gloria, Señor? Pues, de la que te negamos cuando buscamos la gloria fuera de ti. Porque así como la alegría de aquel beodo no era verdadera alegría, así tampoco era gloria verdadera la que andaba yo buscando con tan grande perturbación de mi espíritu. Aquel iba a digerir su vino aquella misma noche; yo en cambio iba a dormirme con mi ebriedad y a despertar con ella, para seguir así con ella durmiendo y despertando. Y esto, Señor, ¡por cuánto tiempo!

Con todo, es importante conocer cuál es la causa de nuestra alegría. Yo sé cuán grande es la diferencia que media entre la esperanza fiel y toda aquella vanidad. Pero esta distancia la había entre aquel beodo y yo. Más feliz que yo era él, no solamente porque podía expandirse en risas mientras a mí me desgarraba toda clase de cuidados, sino también porque él, con buena elección, había comprado su buen vino, mientras que yo buscaba una gloria vanidosa por medio de mentiras.

Muchas cosas dije entonces a mis caros amigos en esta línea de pensamiento y con frecuencia me preguntaba a mí mismo cómo me iba, sólo para tener que admitir que me iba mal; con esto me dolía y este dolor aumentaba mis males. Hasta el punto de que si algo próspero me venía al encuentro sentía fastidio de tenderle la mano, pues antes de yo tocarlo, se había desvanecido.

Capítulo VII

1. De todas estas miserias nos lamentábamos juntos los que vivíamos unidos por el lazo de la amistad; pero con mayor familiaridad que con otros habla-

ba yo con Alipio y con Nebridio. Alipio había nacido en la misma ciudad que yo, era un poco mayor que yo y sus padres eran principales en el municipio. El había estudiado conmigo en nuestra ciudad natal y más tarde en Cartago. El me quería mucho porque le parecía yo bueno y docto y yo lo amaba a él por su buen natural y por una virtud que lo hacía señalarse no obstante su juventud. Pero el vórtice de las costumbres cartaginesas, en las cuales tanta importancia se daba a toda suerte de frivolidades, lo había absorbido con una insana afición por los juegos circenses. Mientras él se revolvía en aquella miseria tenía yo establecida ya mi escuela pública de Retórica, a la cual no asistía él a causa de ciertas diferencias que habían surgido entre su padre y yo. Bien comprobado tenía yo el pernicioso delirio que tenía él por los juegos del circo y yo sentía angustia de pensar que tan bellas esperanzas pudieran frustrarse en él, si acaso no estaban ya del todo frustradas. Pero no tenía manera de amonestarlo o de ejercer sobre él alguna presión para sacarlo de aquello, ni por el afecto de la amistad ni por el prestigio de mi magisterio.

Creía yo que él pensaba de mí lo mismo que su padre, pero en realidad no era así y por eso, pasando por encima de la voluntad de su padre, comenzó a saludarme y a visitar mi clase; escuchaba un poco y luego se marchaba. Ya para entonces se me había olvidado mi propósito de hablar con él para exhortarlo a no desperdiciar su buen ingenio con aquel ciego y turbulento amor por los espectáculos.

2. Pero tú, Señor, que presides el destino de todo cuanto creaste, no te habías olvidado de quien iba a ser más tarde entre tus hijos ministro de tus sagrados misterios[7]. Y para que su corrección no pudiera atribuirse a nadie sino a ti, quisiste valerte de mí para conseguirla, pero no sabiéndolo yo. Sucedió pues cierto día estando yo sentado en el lugar de costumbre y rodeado de mis discípulos llegó él, saludó y se sentó poniendo toda su atención en lo que se estaba tratando. Y dio la casualidad de que tuviera yo entre las manos un texto para cuya explicación en forma clara y amena me pareció oportuno establecer un símil con los juegos circenses y me valí de expresiones mordaces y sarcásticas sobre los que padecen la locura del circo. Bien sabes tú, Señor, que al hacerlo, para nada pensaba en la corrección de Alipio ni en librarlo de aquella peste; pero él se lo apropió todo inmediatamente, creyendo que por nadie lo decía yo sino por él y lo que otro habría tomado como razón para irritarse conmigo lo tomó, joven honesto como era, como motivo de enojarse consigo mismo y de amarme más a mí. Bien lo habías tú dicho mucho antes y consignado en tus Escrituras: Reprende al sabio y te amará por ello (Pr 9, 8).

Yo, empero, no lo había reprendido. Pero tú te vales de todos, sabiéndolo ellos o no, según el orden justísimo que tienes establecido. De mi corazón y de mi lengua sacaste carbones ardiendo para cauterizar y sanar aquella mente que estaba enferma, pero también llena de juventud y de esperanzas. Que nadie se atreva a cantar tus loores si no considera tus misericordias como lo hago yo ahora, confesándotelo todo desde lo hondo de mis entrañas.

Así pues, al oír mis palabras se arrancó Alipio con fuerza de aquella fosa profunda en la cual con tanta complacencia se había ido hundiendo cegado por un miserable placer; con temperante energía sacudió de su ánimo las sordideces del circo y nunca se le vio más por allí. Después venció la resistencia de su padre y obtuvo su consentimiento para alistarse entre mis discípulos y con ello se vio envuelto en la misma superstición que yo, pues le gustaba la ostentación de austeridad que hacían los maniqueos, que tenía por sincera. Pero no había tal. Era un error que seducía almas preciosas pero inexpertas de la virtud y fáciles de engañar por apariencias superficiales de una virtud simulada y no real.

Capítulo VIII

1. Alipio, siguiendo el camino de los honores de la tierra que tanto le habían ponderado sus padres, me precedió en el viaje a Roma, a donde fue para aprender el Derecho. Allí recayó de la manera más increíble en el increíble frenesí de los juegos gladiatorios. Pues, como manifestara su aversión y detestación por aquellos espectáculos, algunos entre sus amigos y condiscípulos a quienes encontró cuando ellos regresaban de una comilona, con amistosa violencia vencieron su vehemente repugnancia y lo llevaron al anfiteatro en días en que se celebraban aquellos juegos crueles y funestos. Alipio les decía: "Aunque llevéis mi cuerpo y lo pongáis allí no podréis llevar también mi alma, ni lograr que mis ojos vean semejantes espectáculos. Estaré allí, si me lleváis, pero ausente y así triunfaré de ellos y también de vosotros". Mayor empeño pusieron ellos en llevarlo, acaso con la curiosidad de saber si iba a ser capaz de cumplir su palabra.

2. Alipio les mandó entonces a sus ojos que se cerraran y a su espíritu que no consintiera en tamaña perversidad; pero por desgracia no se tapó también los oídos; porque en el momento de la caída de un luchador fue tal el bramido de todo el anfiteatro que Alipio, vencido por la curiosidad y creyendo que podía vencer y despreciar lo que viera, abrió los ojos y con esto recibió en el alma una herida más grave que la que en su cuerpo había recibido el luchador cuya

8Alipio fue consagrado obispo de Tagaste, según Baronio, el año 394.

caída desatara aquel clamor que a Alipio le entró por los oídos y lo forzó a abrir los ojos para ver lo que lo iba a deprimir y dañar. Su ánimo tenía más audacia que fortaleza y era tanto más débil cuanto más había presumido de sus propias fuerzas en vez de contar sobre las tuyas. Y así aconteció que al ver aquella sangre bebió con ella la crueldad y no apartó la vista, sino que más clavó los ojos; estaba bebiendo furias y no caía en la cuenta; se gozaba con la ferocidad de la lucha y se iba poco a poco embriagando de sangriento placer. Ya no era el que era antes de llegar al circo, sino uno de tantos en aquella turba y auténtico compañero de los que lo habían llevado allí. ¿Para qué decir más? Alipio vio, gritó, se enardeció y de todo ello sacó una locura por volver al circo no sólo con los que a él lo habían llevado, sino también sin ellos y llevando él mismo a otros.

Y de esto, sin embargo, con mano fortísima y misericordiosa lo liberaste tú y le enseñaste a no confiar en sus propias fuerzas sino solamente en las tuyas. Pero esto fue mucho después.

Capítulo IX

1. El recuerdo de esta experiencia le quedó en la memoria como medicina para lo porvenir. Cuando ya asistía él a mis clases en Cartago sucedió que en cierta ocasión, a mediodía, ensayaba él en el foro lo que luego tenía que recitar, al modo como suelen hacerlo los estudiantes. Entonces permitiste tú que fuera aprehendido por los guardianes del foro como ladrón y pienso que tu motivo para permitirlo fue el de que un hombre que tan grande iba a ser en tiempos posteriores comenzara a aprender que un juez no siempre puede en un litigio juzgar con facilidad y que un hombre no ha de ser condenado por otro con temeraria credulidad.

Es el caso que cierto día se paseaba él sólo delante de los tribunales con su punzón y sus tablillas cuando un jovenzuelo de entre los estudiantes, que era un verdadero ladrón, entró sin ser visto por Alipio hasta los canceles de plomo que dominan la calle de los banqueros; llevaba escondida un hacha y con ella comenzó a cortar el plomo. Al oír el ruido de los golpes, los banqueros que estaban debajo comenzaron a agitarse y mandaron a los guardias con la orden de aprehender al que encontrasen. El ladronzuelo al oír las voces huyó rápidamente dejando olvidado su instrumento para que no lo pillaran con él en la mano.

2. Pero Alipio, que no lo había visto entrar pero sí salir y escapar rápidamente y, queriendo averiguar de qué se trataba, entró al lugar y encontrando el hacha la tomó en la mano y la estaba examinando. En esto llegan los guardias y lo encuentran a él sólo con el hacha en la mano. Lo detienen

pues, y se lo llevan pasando por en medio de la gente que había en el foro y que se había aglomerado, para entregarlo a los jueces como ladrón cogido en flagrante delito. Pero hasta aquí llegó y de aquí no pasó la lección que querías darle y saliste a la defensa de una inocencia cuyo único testigo eras tú. Porque mientras se lo llevaban a la cárcel o al suplicio, les vino al encuentro un arquitecto que tenía a su cargo la alta vigilancia sobre los edificios públicos. Alegráronse ellos del encuentro, pues él solía sospechar que fueran ellos mismos los que se robaban lo que desaparecía del foro: ahora, pensaban, iba a saber por sí mismo quién era el ladrón.

3. Pero el arquitecto conocía a Alipio por haberlo encontrado varias veces en la casa de cierto senador que él visitaba con frecuencia. Lo reconoció al instante, le tendió la mano y lo sacó de entre la multitud. Se puso a investigar la razón del incidente y, cuando Alipio le hubo dicho lo acontecido, mandó a todos los que estaban gritando y amenazando con furia que lo acompañaran a la casa del muchacho que había cometido el delito. A la puerta de la casa estaba un chiquillo muy pequeño, que ningún daño podía temer de su amo si lo decía todo y él había estado con el delincuente en el foro.

Alipio lo reconoció luego y se lo indicó al arquitecto y éste, mostrándole el hacha, le preguntó al chiquillo de quién era. "Es nuestra", le contestó éste y sometido a interrogatorio, contó todo el resto. De esta manera se transfirió la causa de aquella familia y fueron confundidas las turbas que ya creían haber triunfado sobre un futuro dispensador de tus miembros, que había más tarde de examinar muchas causas en tu Iglesia. De este caso salió el futuro juez instruido y con una preciosa experiencia.

Capítulo X

1. Lo había yo pues encontrado en Roma y se adhirió a mí con fortísimo vínculo y se fue conmigo a Milán, pues no quería abandonarme y, además, para ejercer un poco el Derecho que había aprendido más por deseo de sus padres que por su propio deseo. Después de esto había llegado a ejercer el cargo de consiliario con una integridad que a todos admiraba y les servía de ejemplo, pues manifestaba suma extrañeza por los magistrados que estimaban más el dinero que la inocencia. También fue sometido a prueba su carácter, no sólo con los atractivos de la sensualidad, sino también por la presión del terror.

2. Alipio asesoraba entonces en Roma al administrador de los bienes imperiales. Y sucedió que había allí un senador muy poderoso que tenía sometidos a muchos o por hacerles beneficios o por la intimidación. Este señor

confiando en su fuerza política pretendió una vez salirse con algo que estaba prohibido por la ley y Alipio le resistió. Se le hicieron promesas, pero las desechó con una sonrisa; le hicieron amenazas, pero él las despreció con gran admiración de todos, pues nadie estaba acostumbrado a ver semejante energía para enfrentarse a un hombre que se había hecho célebre por la fuerza que hacía a la gente y los grandes recursos con que contaba para favorecer o perjudicar; les parecía increíble que alguien ni quisiera ser amigo ni temiera ser enemigo de un hombre tan poderoso. El juez mismo de quien Alipio era consejero no quería plegarse a las demandas del senador, pero tampoco quería oponerse abiertamente; así que se descargó en Alipio, diciendo que no lo dejaba obrar. Lo cual, además, era cierto, pues de haber cedido el juez, Alipio habría dimitido.

Una sola tentación tuvo que combatir y fue la que le vino de su afición a las letras; pues de haber cedido a las demandas del senador, con la paga que éste le ofrecía, se habría podido procurar ciertos códices que deseaba poseer. Pero atendió a la justicia y rechazó la idea; pensaba que a la postre más útil le era la justicia que le cerraba el paso que no la influencia de un poderoso que todo se lo permitía.

Poca cosa era eso; pero el que es fiel en lo poco lo será también en lo mucho (Lc 16, 10); y nunca será vana la palabra de verdad que nos vino de ti cuando dijiste: Si no habéis sido fieles con la riqueza mal habida ¿quién os encomendará la riqueza verdadera? Y si no habéis sido fieles con lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lc 16, 11-12).

Tal era entonces Alipio, unido a mí por estrechísima amistad. Ambos estábamos en la perplejidad y ambos nos preguntábamos qué género de vida teníamos que llevar.

Nebridio, por su parte, había dejado su ciudad natal, cercana a Cartago y a Cartago misma que con frecuencia solía visitar; había dejado también su casa y renunciado a la herencia de un magnífico campo de su padre. Su madre no quiso seguirlo cuando él se vino a Milán no por otra razón, sino porque quería vivir conmigo en el mismo fervoroso empeño por alcanzar la verdad y la sabiduría. Nebridio participaba en nuestras vacilaciones y ardoroso como era y escrutador acérrimo de las cuestiones más difíciles suspiraba a una con nosotros por la consecución de una vida feliz. Éramos tres indigentes con la boca llena de hambre, que mutuamente se comunicaban su pobreza y sus anhelos, en la esperanza de que tú les dieras el alimento en el tiempo oportuno (Sal 144, 15). Y en medio de la amargura que por misericordia tuya se producía de nuestra mundana manera de vivir, cuando considerábamos el fin que con todo ello nos proponíamos se abatían sobre nosotros las tinieblas. Nos volvíamos gimiendo hacia otra parte y decía-

mos: "¿Cuánto durará todo esto?". Así decíamos con mucha frecuencia; pero por mucho que lo dijéramos no nos resolvíamos a dejar nuestro modo de vida, pues no alcanzábamos a ver una luz cierta que dejándolo todo pudiéramos seguir.

Capítulo XI

1. Admirábame yo considerando el largo tiempo transcurrido desde que yo, a los diecinueve años, con tanto ardor había comenzado el estudio de la sabiduría con el propósito firme, si la encontraba, de abandonar a las falaces esperanzas y a la mentida locura de los falsos placeres. Y ya andaba en los treinta años ahora y no salía del lodazal.

Desde mis diecinueve años estaba yo entregado al goce de los bienes del momento presente, que se me escurrían entre las manos dejándome distraído y disperso. Y yo me decía: "Mañana la tendré, mañana se me aparecerá y me abrazaré a ella, mañana llegará Fausto y me lo explicará todo". ¡Oh, varones ilustres de la Academia que decís que ninguna certidumbre podemos alcanzar para dirigir la vida! Pero no. Debemos, bien al contrario, buscar con mayor diligencia y sin desesperar. Ya no me parecen absurdas en los libros eclesiásticos las cosas que antes me lo parecían y que pueden ser entendidas con toda honradez de otra manera. Asentaré entonces mis pies en el paso en que de niño me pusieron mis padres, en espera de que la verdad se me haga ver claramente.

2. Pero, ¿dónde y cuándo buscar la verdad? Ambrosio no tiene tiempo y yo no tengo facilidades para leer. ¿En dónde podría yo conseguir los códices, en dónde comprarlos o a quién pedirlos prestados? Y será, además, preciso determinar un tiempo y señalar horas fijas para dedicarlas a la salud de mi alma.

Todo esto me decía, pues se había levantado en mi alma una grande esperanza desde el momento en que comprobé que la fe católica no afirma los errores de que vanamente la acusábamos. Sus doctores reprueban resueltamente la idea de que Dios tenga figura corporal de hombre y que en ella se termine. ¿Cómo dudar entonces de que inquiriendo más las demás puertas también se me tenían que abrir? Y me decía para mí mismo: "Las horas de la mañana me las ocupan los estudiantes y no me quedan para el estudio de la verdad sino las horas de la tarde. Pero, por otra parte, sólo por la tarde puedo saludar a mis amigos y visitar a las personas importantes cuya ayuda necesito y sólo por las tardes puedo preparar los trabajos que

me compran mis alumnos. Además, sólo por las tardes puedo reparar mis fuerzas descansando de la tensión de mis preocupaciones".

Así me hablaba a mí mismo. Pero decidí que no. Me dije: "Que todo se pierda, si se ha de perder; pero tengo que dejar todas estas vanidades para consagrarme al estudio de la verdad. Esta vida es miserable, la muerte es algo incierto; si se me viene encima de repente, ¿cómo saldré de todo esto y en dónde aprenderé lo que no aprendí en esta vida? ¿No tendría yo que pagar por semejante negligencia? ¿Y qué, si la muerte da fin a todos nuestros cuidados amputándonos el sentimiento? Todo esto lo tengo que averiguar. Pero no es posible semejante anulación, pues las cosas, tantas y tan grandes que Dios ha hecho por nosotros no las hiciera si con la muerte del cuerpo viniera también la aniquilación del alma; ni es cosa vana y sin sentido la grande autoridad del cristianismo por todo el orbe. ¿De dónde me viene pues esta vacilación para dejar de lado las esperanzas del mundo y consagrarme a la búsqueda de Dios y de la vida feliz?".

3. "Pero, aguarda: todas estas cosas mundanas son agradables y tienen su encanto; no sería prudente cortarlas con precipitación, ya que existe el peligro de tener que volver vergonzosamente a ellas. No me sería difícil conseguir algún puesto honorable y más cosas que pudiera desear; tengo muchos amigos influyentes que podrían fácilmente conseguirme una presidencia. Podría yo también casarme con una mujer que tuviera algún patrimonio, para que no me fuera gravosa con sus gastos y con esto tendría satisfechos todos mis deseos. Hay, además, muchos varones grandes y dignos de imitación, que no obstante vivir casados han podido consagrarse a la sabiduría".

4. Mientras todas estas razones revolvía yo en mi mente con muchos cambios de viento que empujaban mi corazón de aquí para allá, dejaba pasar el tiempo y difería mi conversión. Dejaba siempre para mañana el vivir en ti y esta dilación no me impedía morir en mí mismo un poco cada día. Deseando la vida feliz, tenía miedo de hallarla en su propia sede y huía de ella mientras la buscaba. Pensaba que sin los abrazos de una mujer sería yo bien miserable pues para nada pensaba, por no haberla experimentado, en la medicina de tu misericordia para sanar la enfermedad de la concupiscencia. Tenía la idea de que la continencia es posible naturalmente para quien tiene fuerza de carácter y yo no tenía la menor conciencia de poseerla. En mi necedad, ignoraba yo que tú habías dicho: Nadie puede ser continente si tú no se lo concedes (Sb 8, 21). Y la continencia me la habrías ciertamente concedido de pulsar yo con gemidos interiores la puerta de tus oídos, arrojando en ti, con sólida fe, todos mis cuidados.

Capítulo XII

1. Alipio me disuadía de tomar mujer. Pensaba que la vida del matrimonio no era compatible con una tranquila seguridad en el amor de la sabiduría, que era el ideal que nos habíamos propuesto. Es de notar que entonces era Alipio de una castidad admirable. Había ciertamente tenido en su adolescencia conocimiento de lo que es el concúbito, pero no se había quedado ahí, sino que más bien se había dolido de ello; lo había menospreciado y había vivido desde entonces en estricta continencia. Pero yo le resistía, alegando el ejemplo de hombres casados que habían merecido favores de Dios, se comportaban con fidelidad y amaban a sus amigos. Muy lejos andaba yo de tal grandeza de ánimo. Esclavizado por el morbo de la carne y sus mortíferas suavidades arrastraba mis cadenas con mucho miedo de romperlas y, así como una herida muy maltratada rehúsa la mano que la cura, así yo rechazaba las palabras del buen consejero que quería soltar mis cadenas.

2. Pero además, la serpiente le hablaba a Alipio por mi medio; por mi boca le presentaba y sembraba en su camino lazos agradables en los que pudieran enredarse sus pies honestos y libres. Porque él se asombraba de que yo, a quien en tanta estima tenía, estuviera tan preso en el engrudo de los torpes placeres y, que cuantas veces tocábamos el tema, le dijera que no me era posible vivir en el celibato. Le asombraba el que yo me defendiera de su extrañeza afirmando que no había comparación posible entre su experiencia y las mías. La suya, decía yo, había sido furtiva, no continuada y, por eso no la recordaba ya bien y podía condenarla con tanta facilidad; la mía, en cambio, era una recia costumbre del deleite y si se legalizaba con el honesto nombre de matrimonio, debía serle comprensible que no desdeñara yo ese género de vida.

Entonces comenzó él mismo a desear el matrimonio no vencido por la lujuria, sino por mera curiosidad. Decía tener vivo deseo de saber qué podía ser aquello sin lo cual mi vida, para él tan estimable, para mí no era vida, sino condena.

3. Libre como era, sentía una especie de estupor ante las ataduras de mi esclavitud y por esta admiración iba entrando en él el deseo de conocer por sí mismo una experiencia que de haberla él tenido habría acaso dado con él en la misma servidumbre en que yo estaba; pues quería también él hacer un pacto con la muerte y el que ama el peligro en el perecerá (Si 3, 26). Ni él ni yo le concedíamos real importancia a lo que hace la dignidad del matrimonio, que es la compostura de la vida y la procreación de los hijos. A mí, en mi esclavitud, me atormentaba con violencia la costumbre de saciar una

concupiscencia insaciable; a él lo arrastraba hacia el mal aquella su admiración por mí. Y así fuimos, hasta que tú, ¡oh, Señor Altísimo!, tuviste misericordia de nuestra miseria y por admirable manera viniste a socorrernos.

Capítulo XIII

1. Muy vivas instancias se me hacían para que tomase mujer. La pedía yo y me la prometían. De esto se ocupaba sobre todo mi madre, que veía en mi matrimonio una preparación para el bautismo saludable. Sentía con gozo que estaba yo cada día mejor dispuesto para él y esperaba que llegado yo a la fe se cumplirían sus votos y las promesas que tú le habías hecho. Y un día, por mis ruegos y por su propio vivo deseo te pidió con clamores del corazón que le indicaras algo en sueños sobre mi futuro matrimonio, pero tú no quisiste.

2. Algunas visiones tenía, vanas y fantásticas como las que suele engendrar por su propio ímpetu el espíritu del hombre y me contaba estos sueños, pero no con la confianza con que solía cuando tú le mostrabas las cosas. Y yo no le hacía caso. Decíame ella que podía discernir, por no sé qué misterioso sabor imposible de explicar, la diferencia entre sus revelaciones y sus propios sueños. De todas maneras, seguía ella en su insistencia y hasta llegó a pedir para mí a una doncellita dos años menor de lo necesario para casarse; era ella muy agradable y esperábamos que creciera hasta llegar a la edad núbil, para casarme con ella.

Capítulo XIV

1. Habíamos discutido con frecuencia en un grupo de amigos sobre lo molesta y detestable que era aquella vida turbulenta y revolvíamos en el ánimo el proyecto de alejarnos de la multitud para llevar en la soledad una vida tranquila y fecunda. Habíamos pensado contribuir con lo que cada uno tuviera para formar con lo de todos un patrimonio común, de modo que por nuestra sincera amistad no hubiera entre nosotros tuyo y mío, sino que todo fuera de todos y de cada uno. Hasta diez personas podíamos asociarnos en esta compañía y entre nosotros los había que eran bien ricos; especialmente Romaniano, paisano mío y amigo desde la infancia, que por asunto de sus negocios había venido a la corte. El era el más entusiasta y su insistencia tenía grande autoridad precisamente porque su fortuna superaba la de los otros.

2. También teníamos planeado que dos de entre nosotros se turnaran cada año, como lo hacen los magistrados, en el cuidado de lo necesario al bien

común, para que los otros pudieran estar quietos y descuidados. Pero en un momento dado nos tuvimos que preguntar si tal proyecto nos lo iban a permitir las mujeres; pues algunos ya tenían la suya y yo esperaba tener la mía. Entonces todo el proyecto se nos deshizo entre las manos, se vino por tierra y fue desechado. Y con esto volvimos al gemido y al suspiro. Volvieron nuestros pasos a transitar los trillados caminos del mundo. En nuestros corazones iban y venían los pensamientos, al paso que tu consejo permanece eternamente (Sal 32, 11). En tu consejo te reías de lo nuestro y preparabas lo tuyo, pues nos ibas a dar el alimento en el tiempo oportuno, abriendo tu mano para llenar nuestra almas de bendición.

Capítulo XV

Mientras tanto, mis pecados se multiplicaban. Cuando se retiró de mi lado aquella mujer con la cual acostumbraba dormir y a la cual estaba yo profundamente apegado, mi corazón quedó hecho trizas y chorreando sangre. Ella había regresado a África no sin antes hacerte el voto de no conocer a ningún otro hombre y dejándome un hijo natural que de mí había concebido. Y yo, infeliz, no siendo capaz de imitar a esta mujer e impaciente de la dilación, pues tenía que esperar dos años para poderme casar con la esposa prometida y, no siendo amante del matrimonio mismo, sino sólo esclavo de la sensualidad, me procuré otra mujer. No como esposa ciertamente, sino para fomentar y prolongar la enfermedad de mi alma, sirviéndome de sostén en mi mala costumbre mientras llegaba el deseado matrimonio. Pero con esta mujer no se curaba la herida causada por la separación de la primera; sino que pasada la fiebre del primero y acerbo sufrimiento, la herida se enconaba, más me dolía. Y este dolor era un dolor seco y desesperado.

Capítulo XVI

1. A ti la alabanza y la gloria, ¡oh Dios, fuente de las misericordias! Yo me hacía cada vez más miserable y tú te me hacías más cercano. Tu mano estaba pronta a sacarme del cieno y lavarme, pero yo no lo sabía. Lo único que me estorbaba hundirme todavía más en la ciénaga de los placeres carnales era el temor a la muerte y a tu juicio después de ella, que nunca, no obstante la volubilidad de mis opiniones, llegué a perder. Y conversaba con Alipio y Nebridio, mis amigos, sobre los confines del bien y del mal y en mi ánimo le hubiera dado la palma a Epicuro si no creyera lo que él nunca quiso admitir, que muerto el cuerpo, el alma sigue viviendo.

2. Y me decía a mí mismo: "Si fuéramos inmortales y viviéramos en una continua fiesta de placeres carnales sin temor de perderlos, ¿no seríamos, acaso, felices? ¿Qué otra cosa podríamos buscar?". Ignoraba yo que pensar de este modo era mi mayor miseria. Ciego y hundido, no podía concebir la luz de la honestidad y la belleza que no se ven con el ojo carnal sino solamente con la mirada interior. Ni consideraba, mísero de mí, de qué fuente manaba el contento con que conversaba con mis amigos aun sobre cosas sórdidas; ni que me era imposible vivir feliz sin amigos, ni siquiera en el sentido de abundancia carnal que la felicidad tenía entonces para mí. Pues a estos amigos los amaba yo sin sombra de interés y sentía que de este modo me amaban también ellos a mí.

3. ¡Oh, tortuosos caminos! ¡Desdichada el alma temeraria que se imaginó que alejándose de ti puede conseguir algo mejor! Se vuelve y se revuelve de un lado para otro, hacia la espalda y boca abajo y todo le es duro, pues la única paz eres tú. Y tú estás ahí, para librarnos de nuestros desvaríos y hacernos volver a tu camino; nos consuelas y nos dices: ¡Vamos! ¡Yo los aliviaré de peso, los conduciré hasta el fin y allí los liberaré!

Libro VII

Explica las ansias de su alma, que se fatigaba en la imaginación del mal; cómo llegó también a conocer que ninguna sustancia era mala; y que en los libros de los platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del verbo divino, pero no halló su humildad y anonadamiento

Capítulo I

1. Muerta ya mi mala y perversa adolescencia, entraba yo en la juventud. Estaba ya por los treinta y un años pero al crecer mi edad crecía al parejo mi vanidad, pues no podía concebir que existiera lo que no nos entra por los ojos. Es cierto, mi Señor, que no te pensaba concreto en una figura humana desde el día en que comencé a oír hablar de la sabiduría. Tal idea me repugnó siempre y mucho me alegré al enterarme de que igualmente la rechazaba la fe espiritual de nuestra santa Madre la Iglesia Católica; pero de todos modos, no se me ocurría cómo poder pensarte de otra manera. Te seguía pensando como a hombre; aunque un hombre tal, que al mismo tiempo fuera El solo, soberano y verdadero Dios. Creía también y con todas mis fuerzas que Dios es incorruptible, inviolable e inmutable; porque sin saber cómo ni por dónde, bien claro veía y por cierto tenía que lo corruptible es inferior a lo incorruptible; que lo inviolable es superior a lo que puede ser violado y lo inmutable, superior a lo que se puede mudar. Mi corazón clamaba con violencia contra todos mis fantasmas.

2. Habría querido con un solo golpe de la mano ahuyentar de mi alma toda aquella turba volátil de imágenes inmundas; pero apenas ahuyentada volvía a la carga, aumentada todavía y me obnubilaba la vista y así, aun cuando no te atribuía una figura humana, me sentía forzado a pensarte corpóreo, presente en los lugares, difundido en el mundo, por todo lo infinito, dentro y fuera del mundo. Sólo así podría yo concebir lo incorruptible, lo inviolable, lo inmutable que tan por encima ponía de todo lo que se corrompe, es violado o se muda. Y todo cuanto imaginara yo privado de esta situación en el espacio me parecía ser nada. Como si un cuerpo se retirara de un lugar y éste quedara vacío de todo lo que es térreo, aéreo, húmedo

o celeste, la nada absoluta; algo tan absurdo como una nada que ocupara un lugar.

3. Así yo, embotado y lerdo de corazón y confuso para mí mismo, pensaba que no podía ser algo real lo que no se extendiera en algún espacio o se difundiera o se conglomerara o se hinchara en él; lo que no fuera capaz de contener alguna cosa o ser contenido en otra cosa. Mi mente iba siguiendo las imágenes de las formas que veían mis ojos y no comprendía que la actividad interior con la cual formaba yo esas imágenes no era como ellas, cosa vana, ni podría formarlas si no fuera ella misma algo real. Así pensaba yo pues, que tú, vida mía, eras algo muy grande que por infinitos espacios penetraba la mole toda del mundo y se extendía mucho más allá, en todas direcciones, por manera que estabas presente en la tierra, presente en el cielo, presente en todo y todo se terminaba en ti y tú mismo no tenías término.

4.. A la manera como el aire que hay sobre la tierra no es obstáculo para la luz del sol, pues ésta lo atraviesa y lo penetra sin rasgarlo ni despedazarlo, sino llenándolo todo, así pensaba yo que era penetrable la masa del cielo, del aire, del mar y aun de la tierra sólida; penetrable en todas sus partes, máximas y mínimas, para recibir tu presencia y que es tu presencia la que con oculta inspiración gobierna por fuera y dirige por dentro a todo cuanto creaste. Falsa era esta idea, pero no podía entonces tener otra.

Según ella, la parte mayor de la tierra cogía una parte mayor de ti y la parte menor, una menor y de tal manera estarían las cosas llenas de ti, que más presencia tuya hubiera en el voluminoso cuerpo del elefante que en el diminuto de los pajaritos, teniendo así tu presencia que ocupar más o menos lugar. Con el resultado de que tú dividirías tu presencia en fragmentos; unos grandes para los cuerpos grandes y otros pequeños para los cuerpos pequeños.

Ahora bien, esto no es así. Pero tú no habías iluminado aún mis cerradas tinieblas.

Capítulo II

1. Suficiente para mí contra aquellos engañados engañadores, contra aquellos mudos locuaces (mudos porque en su boca no sonaba tu palabra) suficiente era, digo, aquel argumento que Nebridio solía proponer desde mucho antes, cuando vivíamos aún en Cartago y que tan grande impresión había causado en todos nosotros. Pues, ¿qué podía hacerte no sé qué gente salida de las tinieblas, que según los maniqueos era contraria a ti, si tú no

quisieras pelear con ella? Pues si se dijera que en algo te podía hacer daño, tú serías violable y corruptible y si se dijera que ningún daño te podría hacer, no tendrías tú entonces el menor motivo para luchar con ella y por cierto, con un tipo de lucha en que una parte de ti o miembro tuyo, o prole nacida de tu misma sustancia se mezclara con las potencias adversas y con naturalezas no creadas por ti, que las corromperían mudándolas en algo inferior; con lo cual se trocaba la felicidad en miseria y quedaba una necesidad de auxilio y purificación. Y decían que nuestra alma no es sino esa parte de ti, manchada y miserable y que tu Verbo tenía que venir a socorrerla: el libre a la esclava, el puro a la manchada, el íntegro a la corrompida; pero siendo él mismo corruptible, pues era de la misma sustancia que ella.

2. Entonces: si de tu sustancia sea ella lo que fuere, se dice que es incorruptible, con esto sólo aparecen falsas y execrables las afirmaciones de los maniqueos y si se dice que es corruptible, al punto se ve claro que esto es falso y abominable. Este argumento de Nebridio era por sí solo suficiente para vomitar de los oprimidos corazones aquella falsa doctrina; pues no tenían sus doctores una salida que no fuera sacrilegio del corazón y de la lengua, cuando tales cosas decían de ti.

Capítulo III

1. Es cierto que con toda firmeza creía yo que tú, Señor y creador de nuestras almas, de nuestros cuerpos y de todo cuanto existe, eras incontaminable e invariable y en ninguna manera mudable; pero, fuese lo que fuese, no creía tener que investigar la naturaleza del mal en forma que me viera forzado a tener como mudable al Dios inmutable; para no convertirme yo mismo en el mal que investigaba. Mi investigación se basaba en la absoluta seguridad de que era falso lo que decían aquellos de los que con toda su fuerza huía mi ánimo, pues los veía llenos de malicia mientras investigaban la naturaleza del mal; pues creían que tu sustancia era más capaz de padecer el mal que no ellos de cometerlo. Ponía pues todo mi empeño en comprender lo que oía decir a algunos, que en el libre albedrío de la voluntad humana está la causa de que hagamos el mal y que cuando lo padecemos es por la rectitud de tus juicios. Sin embargo, no conseguía ver esto con entera claridad.

2. Con este esfuerzo por sacar mi alma de la fosa, me hundía en ella y mientras más batallaba, más me hundía. Levantábame ya un poco hacia tu luz el hecho de que tenía clara conciencia de poseer una voluntad, lo mismo que la tenía de estar vivo. Entonces, cuando yo quería algo o no lo quería, seguro estaba yo de que no había en mí otra cosa que esta voluntad y con

esto advertía ya claramente que la causa del mal estaba en mí. Y, cuando arrastrado por la pasión, hacía algo contra mi propia voluntad, tenía la clara impresión de que más que hacerlo lo padecía y que en ello había más que una culpa, una pena y siendo tú justo, convenía que esa pena no fuera injusta.

3. Pero me volvía con insistencia el pensamiento: ¿Quién me hizo? ¿No fue mi Dios, que no sólo es bueno, sino que es el Bien? ¿De dónde pues me viene este querer el mal y no querer el bien, de manera que tenga que ser castigado? Si todo yo procedo de un Dios de dulzura, ¿quién fue el que puso y plantó en mí semillas de amargura? si fue el diablo quien lo hizo, ¿quién hizo al diablo? Y si él, de ángel bueno se convirtió en demonio por obra de su mala voluntad, ¿de dónde le vino a él esa voluntad mala que lo convirtió en demonio cuando todo él, como ángel, salió bueno de la mano de Dios?

Toda esta barahúnda de pensamientos agitaba mi alma, me deprimía y me dejaba sofocado. Pero nunca llegué a hundirme en aquel infierno de error en que el hombre no te confiesa y prefiere pensar que tú padeces el mal, antes que admitir que es el hombre quien lo comete.

Capítulo IV

1. Fatigábame yo por descubrir las demás verdades con el mismo empeño con que había descubierto ya que es mejor lo incorruptible que lo corruptible; por lo cual pensaba que tú, fueras lo que fueras, tenías que ser incorruptible. No existe ni puede existir quien piense que hay algo más excelente que tú, pues eres el sumo bien. Y como es del todo cierto y segurísimo que lo incorruptible es mejor que lo corruptible, es evidente que si fueras corruptible éste era el punto preciso en que te debía buscar y colegir de eso luego de dónde puede proceder el mal. Es decir, de dónde provenga la corrupción que, ciertamente, de ti no puede venir.

2. Es pues imposible que la corrupción pueda de alguna manera violar a nuestro Dios; por ninguna voluntad, por ninguna necesidad, por ningún caso imprevisto. Porque él es Dios y lo que para sí mismo quiere, bueno es. Ni puede verse sin su poder y sólo sería mayor si fuera posible que Dios fuera mayor que El mismo, ya que la voluntad y el poder de Dios son Dios mismo. ¿Y qué puede tomarte de improviso a ti, que todo lo sabes; a ti, que conociendo las cosas las pusiste en el ser? Y después de todo: ¿Para qué tantas palabras para demostrar la incorruptibilidad de la sustancia de Dios, si es del todo evidente que si fuera corruptible no sería Dios?

Capítulo V

1. Buscaba pues yo de dónde viene el mal, pero no buscaba bien y no veía lo que de malo había en mi búsqueda. En mi mente me representaba la creación entera y cuanto en ella podemos ver: la tierra, el mar, el aire, los astros, los árboles y los animales; me representaba también lo que no se ve, como el espacio sin fin, los ángeles y todo lo que tienen de espiritual; pero me los representaba como si fueran cuerpos a los cuales señalaba un lugar mi imaginación. Con eso me forjaba una masa enorme, que era tu creación, distinta con diferentes géneros de cuerpos; unos, que realmente lo eran y otros, los espíritus, que yo como cuerpos me imaginaba. Muy grande me imaginé tu creación; no como en realidad es, que eso no lo podía yo saber, sino como me plugo que fuera. Grande, sí, pero por todas partes limitada. Y a ti, Señor, te imaginaba como ambiente y continente de toda tu creación, pero tú mismo infinito. Como un mar que estuviera en todas partes y no hubiera sino un solo mar infinito y en él se contuviera una grande esponja, grande pero limitada y que esa esponja estuviera toda llena, en todas sus partes, del agua del inmenso mar. Así me imaginaba yo tu creación; finita, pero llena de ti y tú, infinito. Y me decía: así es Dios y todo esto es lo que Dios creó. Bueno es Dios y con mucho, con muchísimo, más excelente que todo eso. Y siendo El bueno, creó buenas todas las cosas y, ved aquí cómo las circunda, las contiene y las llena.

2. Pero, ¿en dónde está pues el mal, de dónde procede y por qué caminos nos llega? ¿Cuál es su raíz y cuáles las semillas que lo engendran? ¿O será acaso que el mal en sí no existe? Pero, ¿cómo, entonces, podemos temer y precavernos de algo que no existe? Puede ser que nuestro temor mismo sea vano; pero entonces el temor es un mal que sin causa nos aflige y nos hiere en el corazón. Un mal tanto más grande cuanto que no hay nada que temer y sin embargo tememos. Y entonces, o es realmente malo lo que tememos, o lo hacemos malo nosotros porque lo tememos. ¿De dónde viene, pues?

Dios hizo todas las cosas. Buenos es El y buenas son ellas. El es el bien supremo, ellas son bienes inferiores; pero de todos modos bueno es el creador y buena es la creación. ¿De dónde, entonces, viene el mal? ¿Acaso en la materia de que hizo el mundo había una parte mala y Dios formó y ordenó el mundo, pero dejándole una parte de aquella materia, que no convirtió en bien? Pero una vez más, ¿por qué? ¿Acaso no podía, siendo omnipotente, mudar y convertir aquella materia para que nada quedara de ella? Y por último: ¿Por qué quiso formar algo con esa materia en lugar de hacer con su omnipotencia, que esa materia no existiera? Porque ella no podía existir sin su voluntad. Y si la materia es eterna, ¿por qué la dejó estar así por tan dilatados espacios de tiempo, para luego sacar algo de ella?

3. O bien, si quiso con una voluntad repentina hacer algo, ¿por qué en su omnipotencia no hizo que esa materia no existiese para ser Él el único ser verdadero, sumo e infinito bien? Y si no era conveniente que el ser sumamente bueno dejara de crear otras cosas buenas, ¿por qué no redujo a la nada aquella materia, que era mala, para sustituirla por otra buena de la cual sacara todas las cosas? Porque no sería omnipotente si no fuera capaz de crear algo bueno sin ser ayudado por una materia no creada por Él.

Tales cavilaciones revolvía yo penosamente en mi corazón gravado por mordentes preocupaciones y por el temor a la muerte. Pero si bien cuando no daba aún con la verdad, tenía ya bien firme y estable en mi corazón la fe en tu Cristo, Salvador nuestro, como la profesa la Iglesia Católica; una fe informe todavía y fluctuante fuera de toda norma doctrinal. Con todo, no sólo no rechazaba mi alma esta fe, sino que al paso de los días se adentraba más en ella.

Capítulo VI

1. Ya me había yo desprendido de la falacia de la adivinación y había rechazado los impíos delirios de los matemáticos. Alábete mi alma, Señor, desde sus más hondas intimidades, por tus misericordias. Pues, ¿quién puede apartarnos de la muerte del error sino la Vida que nunca muere y que ilumina la indigencia de las mentes sin necesidad de ninguna otra luz y que gobierna el mundo hasta en las hojas que se lleva el aire? Sí, fuiste tú y sólo tú el que me curaste de aquella obstinación con que había yo resistido a Vindiciano, el anciano sagaz y a Nebridio, el admirable joven, cuando frecuentemente me decían, aquel con vehemencia y éste con alguna vacilación, que no existe ninguna manera de predecir lo futuro y que las conjeturas humanas salen a veces acertadas por pura casualidad; que a fuerza de predecir tantas cosas algunas tienen que salir, sin que quienes las dicen realmente sepan lo que dicen y se topan con ellas simplemente por suerte y por no haber callado.

2. Entonces tú me procuraste la amistad de un hombre que consultaba con frecuencia a los matemáticos y algo sabía de sus artes, aunque no era perito en sus libros y los visitaba más que nada por curiosidad. Este hombre me contó algo que decía haber oído de su padre y por la cabeza no le pasaba que eso podía destruir por completo la credibilidad del arte de la adivinación. Este hombre, llamado Firmino, que era muy instruido y culto en su lenguaje, considerándome su más caro amigo, me consultó cierta vez sobre algunas cosas de este mundo en las cuales había puesto crecidas esperanzas. Quería saber qué pronóstico le daba yo basado en sus constelaciones, como ellos las llaman. Yo que para entonces me sentía ya muy inclinado a

la posición de Nebridio, no quise negarme en redondo a adelantar algunas conjeturas; pero le dije por lo claro, que estaba a punto menos que convencido de la futilidad y ridiculez de la adivinación.

3. Entonces él me contó que su padre había sido muy aficionado a la astrología y muy curioso y que había tenido un amigo que andaba en las mismas. Siempre conversaban de esas vanidades y estaban en ellas hasta el punto de observar cuidadosamente a los mudos animales, si algunos nacían en su casa; notaban el momento en que nacían y lo ponían en relación con la posición de los astros, para adquirir así experiencia en la adivinación. Por su padre supo Firmino que cuando su madre estaba grávida de él comenzó a dar señales de preñez una criada de aquel amigo de su padre. Dicho amigo, que observaba con cuidadosa atención los partos de sus perras advirtió luego que su criada estaba encinta. Y sucedió que mientras su padre observaba a su criada contando los días y las horas, ambas dieron a luz al mismo tiempo. Con esto resultaba necesario que las mismas constelaciones produjeran efectos idénticos hasta en las minucias sobre los dos recién nacidos, uno de los cuales era hijo y el otro, esclavo. Y cuando las dos mujeres se sintieron cercanas al alumbramiento ellos empezaron a comunicarse lo que pasaba en su propia casa y ambos dispusieron que algunas personas estuvieran listas para anunciar al amigo el nacimiento del hijo esperado. De este modo consiguieron que se supiera inmediatamente en cada casa lo que pasaba en la otra. Y según me contó Firmino, los emisarios de ambos amigos se encontraron a la misma distancia de ambas casas; por manera que ninguno de los dos pudo notar la menor diferencia en la posición de las estrellas ni en las fracciones del tiempo. Y sin embargo, Firmino, nacido en una casa de mucho desahogo, corría por los más honorables caminos del mundo, crecía en riquezas y recibía altos honores; al paso que aquel pequeño esclavo seguía en el vínculo de la esclavitud y sirviendo a sus señores.

4. Escuché pues el relato y lo creí, pues me contaba las cosas quien las conocía. Con esto me derrumbó mi última resistencia y allí mismo traté de apartar a Firmino de su insana curiosidad. Le hice ver que si del examen de su horóscopo iba yo a decirle algo verdadero tendría que haber visto en él que sus padres eran principales entre sus conciudadanos, una noble familia de la misma ciudad y tendría que ver también su cuna distinguida, su buena crianza y su liberal educación. Pero si me consultara aquel esclavo que nació bajo los mismos signos que él, tendría yo que ver en el mismo horóscopo cosas del todo contrarias, una familia de condición servil y en todo el resto distinta y alejada de la de Firmino. ¿Cómo podría ser que considerando las mismas constelaciones pudiera ver cosas tan diferentes y las dijera con verdad; o que dijera que veía lo mismo, pero hablando con falsedad?

De esto saqué la conclusión de que lo que se dice tomando en cuenta las constelaciones no resulta atinado (cuando resulta) por arte, sino nada más por suerte y que las predicciones fallidas no se explican por una deficiencia en el arte, sino por una mentira de la suerte.

5. Con esto comencé a rumiar en mi ánimo la idea de ir a encontrar, para burlarme de ellos y confundirlos, a aquellos delirantes astrólogos que tan buenas ganancias sacaban de sus delirios; seguro de que no podrían resistirme diciendo que Firmino me había contado mentiras, o que su padre se las había contado a él. Me propuse estudiar los casos de esos hermanos gemelos que uno tras otro en tan pequeño intervalo, que por más que se hable de las leyes del mundo no resulta posible determinar con fijeza las diferencias, de modo que el astrólogo pudiera decir algo con seriedad. Mucho habría errado, por ejemplo, el que viendo el horóscopo de Jacob y de Esaú predijera de ambos lo mismo, cuando sus vidas fueron tan diferentes. Y si hubiera predicho estas diferencias, no las hubiera podido sacar del horóscopo, que era el mismo. No habría podido acertar por arte, sino sólo por suerte.

Pero tú, Señor, justísimo moderador del universo, desde el abismo de tus justos juicios y sin que lo sepan ni los consultantes ni los consultados, con oculta providencia haces que el consultante oiga lo que según los méritos de su alma le conviene oír. Y que nadie diga: ¿Qué es esto, o para qué es esto? Que nadie lo diga, porque es nada más un hombre.

Capítulo VII

1. Ya me habías tú, Señor, que eres mi auxilio, soltado de aquellas cadenas, pero seguía yo preguntándome con insistencia de dónde procede el mal y no encontraba solución alguna. Pero tú no permitías que el ir y venir de mis pensamientos me apartara de la firme convicción de que tú existes y de que tu ser es inmutable. Creía también que eres el juez de los hombres y que tu providencia cuida de ellos y que pusiste el camino de la salvación para todos los hombres en tu Hijo Jesucristo y en las santas Escrituras que recomienda la autoridad de la Iglesia Católica. Creía asimismo en la vida futura que sigue a la muerte corporal. Firmemente establecidos y arraigados en mi alma estos puntos de fe, seguía yo agitando en mí el problema del mal. ¡Qué tormentos pasó mi corazón, Señor, qué dolores de parto! Pero tu oído estaba atento, sin que yo lo supiera y mientras yo buscaba en silencio, clamaba a tu misericordia con fuertes voces mi desolación interior.

2. Mis padecimientos no los conocía nadie sino tú, pues era bien poco lo que mi lengua hacía llegar al oído de mis más íntimos amigos. ¿Cómo po-

dían ellos sospechar nada del tumulto de mi alma, si para describirlo no me hubiera bastado ni el tiempo ni las palabras? Pero a tu oído llegaba todo cuanto rugía en mi corazón adolorido; ante ti estaba patente el anhelo de mi alma y no estaba conmigo la luz de mis ojos (Sal 37, 11). Porque esa luz la tenía yo por dentro y yo andaba por afuera. Ella no estaba en lugar, pero yo no atendía sino a las cosas localizadas y en ellas no encontraba sitio de reposo. Ninguna de ellas me recibía en forma tal que yo dijera "aquí estoy bien y contento", pero tampoco me dejaba volver a donde realmente pudiera estar bien. Yo era superior a ellas e inferior a ti. Si yo aceptaba serte sumiso, tú eras para mí la verdadera alegría y sometías a mí las criaturas inferiores.

3. Y en esto consistía el justo equilibrio, la región intermedia favorable a mi salud; para que permaneciera yo a tu imagen y semejanza y en tu servicio dominara mi cuerpo. Pero yo me había erguido orgullosamente delante de ti y corrí contra mi Señor con dura cerviz (Jb 15, 26), dura como un escudo. Y entonces las cosas inferiores me quedaron por encima, me oprimían y no me daban respiro ni descanso. Salían a mi encuentro atropelladamente y en masa cuando yo no pensaba sino en imágenes corporales y estas mismas imágenes me cortaban el paso cuando yo quería regresar a ti, como si me dijeran: ¿A dónde vas, tan indigno y tan sucio?

De mi herida había salido toda esta confusión; porque tú heriste y humillaste mi soberbia, cuando mi vanidad me separaba de ti hinchando mi rostro hasta cerrarme los ojos.

Capítulo VIII

Tú, Señor, permaneces eternamente, pero no es eterno tu enojo contra nosotros; quisiste tener misericordia del polvo y la ceniza y te agradó reformar mis deformidades. Con vivos estímulos me agitabas para que no tuviera reposo hasta alcanzar certidumbre de ti por una visión interior. Y así, el toque secreto de tu mano medicinal iba haciendo ceder mi fatuidad y la agudeza de mi mente conturbada y entenebrecida se iba curando poco a poco con el acre colirio de mis saludables dolores.

Capítulo IX

1. Y en primer lugar: queriendo mostrarme cómo a los soberbios les resistes y a los humildes les das tu gracia (St 4, 6) y cuánta misericordia has hecho a los hombres por la humildad de tu Verbo, que se hizo Carne y habitó entre

nosotros (Jn 1, 14), me procuraste, por medio de cierta persona excesivamente hinchada y fatua, algunos libros platónicos vertidos del griego al latín. En ellos leí, no precisamente con estos términos pero sí en el mismo sentido, que en el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Que todo fue hecho por El y sin El nada fue hecho. Y lo que fue hecho es vida en El. La vida era la Luz de los hombres y la Luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron. Decían también esos libros que el alma del hombre, aun cuando da testimonio de la luz, no es la luz; porque sólo el Verbo de Dios, que es Dios El mismo, es también la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y estuvo en este mundo y el mundo fue hecho por El y el mundo no lo conoció.

2. También leí que el Verbo no nació de carne ni de sangre ni por voluntad de varón, sino que nació de Dios; pero no leí que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Aprendí también algo que repetidamente y de varias maneras se dice en aquellos escritos: que el Verbo tiene la forma del Padre y no tuvo por usurpación la igualdad con Dios, ya que es la misma sustancia con El; pero esos libros nada dicen sobre que el Verbo se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, se hizo semejante a los hombres y fue contado como uno de ellos; se humilló hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual Dios lo levantó de entre los muertos y le dio un Nombre que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos y para que todo hombre confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre.

3. En esos libros se dice que tu Verbo, coeterno contigo, existe desde antes de los tiempos y sobre todos los tiempos y que de su plenitud reciben todas las almas para llegar a la bienaventuranza y que se renuevan por la participación de la permanente sabiduría. Pero que tu Hijo haya muerto en el tiempo por todos los pecadores y que a tu propio Hijo no perdonaste sino que lo entregaste por todos nosotros, eso no lo dicen. Porque cosas como éstas las has escondido a los ojos de los sabios y los prudentes para revelarlas a los párvulos, de modo que pudieran venir a El los que sufren y están agobiados y el los aliviará; pues El, que es manso y humilde de corazón, dirige a los apacibles en el juicio y enseña sus caminos a los humildes (Rm 5, 6 y 8, 32; Mt 11, 25-29-30; Sal 24, 9), considerando nuestra humildad y nuestros trabajos y perdonándonos nuestros pecados. En cambio, aquellos que se levantan sobre el contorno de una más sublime doctrina no escuchan al que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis la paz de vuestras almas; y aquello otro, que si conocen a Dios no lo glorifican como a Dios ni le dan gracias, sino que se desvanecen en

sus propios pensamientos y se les oscurece el corazón; mientras dicen ser sabios, se convierten en necios (Mt 11, 19 y Rm 1, 21-22).

4. Por eso, leí también que tu gloria incorruptible había sido trocada en imágenes de hombres corruptibles y aun de aves, animales cuadrúpedos y serpientes. Ese era el alimento egipcio por el cual perdió Esaú su primogenitura; porque tu pueblo primogénito adoró en lugar tuyo la cabeza de un cuadrúpedo, convirtiendo a Egipto en su corazón (Ex 32, 9) e inclinando su alma, hecha a tu imagen, ante la imagen de un becerro que come hierba (Sal 105, 20). Tales pastos hallé en aquellos libros, pero no los comí; porque te plugo, Señor, quitar de Jacob el oprobio de su disminución, de modo que el mayor sirva al menor y llamaste a los gentiles a tener parte en tu heredad.

5. Y yo, que vine a ti entre los gentiles, había puesto mi atención en aquel oro que quisiste que tu pueblo sacara de Egipto y que sería tuyo dondequiera que estuviese (Ex 11 y 30). Y a los atenienses les dijiste por boca de tu apóstol que en ti vivimos, nos movemos y somos, como algunos de ellos habían dicho (Hch 17, 28). Y ciertamente de allá procedían aquellos libros. No puse pues los ojos en los ídolos egipcios fabricados con tu oro por los que cambian la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en vez de al creador (Rm 1, 25).

Capítulo X

1. Advertido quedé con todo esto de que debía entrar en mí mismo y pude conseguirlo porque tú, mi auxiliador, me ayudaste. Entré pues y de algún modo, con la mirada del alma y por encima de mi alma y de mi entendimiento, vi la luz inmutable del Señor. No era como la luz ordinaria, accesible a toda carne; ni era más grande que ella dentro del mismo género, como si la luz natural creciera y creciera en claridad hasta ocuparlo todo con su magnitud. Era una luz del todo diferente, muchísimo más fuerte que toda luz natural. No estaba sobre mi entendimiento como el aceite está sobre el agua o el cielo sobre la tierra; era superior a mí, porque ella me hizo y yo le era inferior porque fui hecho por ella. Quien conoce esta luz conoce la Verdad y con la Verdad la eternidad. Y es la caridad quien la conoce.

2. ¡Oh Verdad eterna, oh verdadera caridad y amable eternidad! Tú eres mi Dios y por ti suspiro día y noche. Y cuando por primera vez te conocí tú me tomaste para hacerme ver que hay muchas cosas que entender y que yo no era todavía capaz de entenderlas. Y con luz de intensos rayos azotaste la debilidad de mi vista y me hiciste estremecer de amor y de temor. Entendí

que me hallaba muy lejos de ti, en una región distante y extraña y sentí como si oyera tu voz que desde el cielo me dijera: "Yo soy el alimento del las almas adultas; crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas los alimentos de la carne, sino que tú te transformarás en mí".

Claro vi entonces que tú corriges al hombre por sus iniquidades e hiciste a mi alma secarse como una araña (Sal 38, 12). Y me dije: "¿Acaso es inexistente la verdad por no difundirse por los lugares del espacio?". Y tú desde lejos me respondiste: Muy al contrario, yo soy El-Que-Es (Ex 3, 14). Esta palabra la oí muy adentro del corazón y no había para mí duda posible. Más fácilmente podría dudar de mi propia existencia que no de la existencia de la Verdad, pues ella se nos manifiesta a partir de la inteligencia de las cosas creadas (Rm 1, 20).

Capítulo XI

Consideré todo cuanto existe debajo de ti y encontré que ni absolutamente son ni absolutamente no son. Son, pues existen fuera de ti, pero no son, por cuanto no son lo que tú eres. Porque verdadera y absolutamente es sólo aquello que permanece inconmutable. Entonces, bueno es para mí adherirme a mi Dios (Sal 72, 28); pues si no permanezco en El tampoco permanezco en mí. Y El, permaneciendo en sí mismo renueva todas las cosas (Sb 7, 27). Y Señor mío eres tú, pues no necesitas de mí (Sal 15,2).

Capítulo XII

1. Y me quedó del todo manifiesto que son buenas las cosas que se corrompen. No podrían corromperse si fueran sumamente buenas, pero tampoco se podrían corromper si no fueran buenas. Si fueran sumos bienes serían por eso incorruptibles; pero si no fueran buenas nada tendrían que pudiera corromperse. La corrupción es un daño por cuanto priva de algún bien, pues si no fuera así a nadie dañaría. Porque o bien la corrupción no implica año, lo cual es evidentemente falso, o bien, como es igualmente evidente, nos daña porque nos priva de algo bueno. Si las cosas se vieran privadas de todo bien no podrían existir en modo alguno; pero si existen y ya no admiten corrupción, ello será sólo porque son mejores y permanecen incorruptibles.

2. ¿Y qué monstruosidad mayor que la de decir que perdiendo algo se hacen mejores? Por consiguiente: si de todo bien se ven privadas, nada son y si algo son, es porque son buenas. El mal sobre cuya naturaleza y procedencia investigaba yo, no puede ser una sustancia, ya que si lo fuera sería buena. Entonces, no hay escape: o sería una sustancia incorruptible y por eso un

sumo bien, o sería una sustancia corruptible que no podría corromperse si no fuera buena. Vi pues de manera manifiesta que tú todo lo hiciste bueno y que no existe sustancia alguna que tú no hayas hecho. Por otra parte, no hiciste todas las cosas igualmente buenas; por eso cada una tiene su bien y el conjunto de todas las cosas es muy bueno. Tú, Señor y Dios nuestro, lo hiciste todo muy bueno.

Capítulo XIII

1. En ti mismo no hay, en absoluto, mal alguno. Pero tampoco en el conjunto del universo, pues fuera de ti nada hay que pudiera irrumpir en él y perturbar el orden que tú le impusiste. Sin embargo, en las partes singulares del mundo hay elementos que no convienen con otros y por eso se dicen malos; pero esos mismos tienen conveniencia con otras cosas y paralelas, son buenos, además de que son buenos en sí mismos. Y todos los elementos que entre sí no concuerdan tienen clara conveniencia con esta parte inferior del mundo que llamamos "tierra" la cual tiene porque así es congruente, su cielo lleno de vientos y nubes.

2. Lejos de mí el decir que sólo estas cosas existen. Pero si no viera yo ni conociera más que éstas, de ellas solas tendría motivo para alabarte. Porque manifiestan que eres laudable, en la tierra, los dragones y los abismos, el calor y el frío, el hielo, la nieve y el granizo y el terrible soplo de las tempestades, que obedecen a tu palabra. Que alaben siempre tu Nombre los montes y las colinas, los árboles frutales todos los cedros. Que lo canten las bestias y todas las ovejas, los reptiles y las plumadas aves. Que los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y los jueces de la tierra, los jóvenes y las doncellas, los ancianos y los menores de edad canten a tu Nombre.

Y como en el cielo, Señor y Dios nuestro también se te alaba, canten a tu Nombre en las alturas todos los ángeles y las virtudes; el sol y la luna, la luz y todas las estrellas, los cielos de los cielos y las aguas que contienen (Sal 148, 7-12).

No deseaba yo ya cosas mejores, pues pensé en todo lo que existe, donde los seres más perfectos son mejores que los menos perfectos; pero su conjunto es mejor todavía que los mismos seres superiores. Todo eso lo llegué a pensar con mayor cordura.

Capítulo XIV

No hay cordura en quienes sienten disgusto por alguna de tus criaturas, como no la había en mí cuando me disgustaban algunas de la cosas que tú creaste. Y como no se atrevía mi alma a desagradarte a ti, mi Dios, prefería

no admitir como tuyo lo que me disgustaba. De ahí me vino la inclinación a la teoría de las dos sustancias, en la cual, por otra parte, no hallaba quietud y tenía que decir muchos desatinos. A vueltas de estos errores me había yo imaginado un dios difuso por todos los lugares del espacio, creyendo que eso eras tú y, ese ídolo abominable para ti, lo había puesto yo en mi corazón como en un templo. Pero luego que alumbraste mi ignorante cabeza y cerraste mis ojos para que no vieran la vanidad (Sal 118, 37), me alejé un poco de mí mismo y se aplacó mi locura. Me desperté en tus brazos y comprendí que eres infinito, pero de muy otra manera; con visión que ciertamente no procedía de mi carne.

Capítulo XV

Consideré pues todas las cosas y vi que te deben el ser; que todo lo finito se contiene en ti no como en un lugar, sino abarcado, como en la mano, por tu verdad. Todas son verdaderas en la medida en que algo son y, en ellas no hay falsedad sino cuando nosotros pensamos que son lo que no son. Y vi que cada cosa está bien en su lugar y también en su tiempo y que tú, eterno como eres, no comenzaste a obrar sólo pasados largos espacios de tiempo; pues todos los tiempos, los que ya pasaron y los que van a venir, no vendrían ni pasarían sino porque tú obras y eres permanente.

Capítulo XVI

Por la experiencia he podido comprobar que el pan mismo, bueno como es y agradable al paladar del hombre sano, no le cae bien al paladar de un hombre enfermo; así como la luz, agradable para el ojo sano, es un martirio para el que está enfermo de los ojos. Tu justicia misma no place a los inicuos que, a la par de las víboras y los gusanos, buenos en sí, tienen afinidad con las partes inferiores de la tierra y tanto más les son afines cuanto más desemejantes son contigo; por la misma manera como los que más se te asemejan mayor conveniencia tienen con las cosas superiores.

Al preguntarme pues qué es la maldad me encontré con que no es sustancia alguna, sino sólo la perversidad de un albedrío que se tuerce hacia las cosas inferiores apartándose de la suma sustancia que eres tú y que arroja de sí sus propias entrañas quedándose sólo con su hinchazón.

Capítulo XVII

1. Y me admiré entonces de ver que te amaba a ti y no ya a un fantasma. Pero no era estable este mi gozo de ti; pues si bien tu hermosura me arrebataba, apartábame luego de ti la pesadumbre de mi miseria y me derrumbaba gimiendo en mis costumbres carnales. Pero aun en el pecado me acompañaba siempre el recuerdo de ti y ninguna duda me cabía ya de tener a quien asirme, aun cuando carecía yo por mí mismo de la fuerza necesaria. Porque el cuerpo corruptible es un peso para el alma y el hecho mismo de vivir sobre la tierra deprime la mente agitada por muchos pensamientos (Sb 9, 15). Segurísimo estaba yo de que tus perfecciones invisibles se hicieron, desde la constitución del mundo, visibles a la inteligencia que considera las criaturas y también tu potencia y tu divinidad (Rm 1, 20).

2. Buscando pues un fundamento para apreciar la belleza de los cuerpos tanto en el cielo como sobre la tierra, me peguntaba qué criterio tenía yo para juzgar con integridad las cosas mudables diciendo: “esto debe ser así y aquello no”. Y encontré que por encima de mi mente mudable existe una verdad eterna e inmutable. De este modo y procediendo gradualmente a partir de los cuerpos pasé a la consideración de que existe un alma que siente por medio del cuerpo y esto es el límite de la inteligencia de los animales, que poseen una fuerza interior a la cual los sentidos externos anuncian sobre las cosas de afuera.

3. Pero luego de esto, mi mente, reconociéndose mudable, se irguió hasta el conocimiento de sí misma y comenzó a hurtar el pensamiento a la acostumbrada muchedumbre de fantasmas contradictorios para conocer cuál era aquella luz que la inundaba, ya que con toda certidumbre veía que lo inmutable es superior y mejor que lo mudable. Alguna idea debía de tener sobre lo inmutable, pues sin ella no le sería posible preferirlo a lo mudable. Por fin y siguiendo este proceso, llegó mi mente al conocimiento del ser por esencia en un relámpago de temblorosa iluminación. Entonces tus perfecciones invisibles se me hicieron visibles a través de las criaturas, pero no pude clavar en ti fijamente la mirada. Como si rebotara en ti mi debilidad, me volvía yo a lo acostumbrado y de aquellas luces no me quedaba sino un amante recuerdo, como el recuerdo del buen olor de cosas que aún no podía comer.

Capítulo XVIII

Andaba yo en busca de alguna manera de adquirir la energía necesaria para gozar de ti, pero no pude encontrarla mientras no pude admitir que Jesucristo es mediador entre Dios y los hombres; que está sobre todas las

cosas y es Dios bendito por todos los siglos (1Tm 2, 5; Rm 9, 5). Y Cristo me llamaba diciendo: yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6).

El alimento que yo no podía alcanzar no era otro que tu propio Verbo por quien hiciste todas las cosas, el cual al hacerse hombre y habitar en nuestra carne (Jn 1, 14) se hizo leche para nuestra infancia.

Pero yo no era humilde y por eso no podía entender a un Cristo humilde, ni captar lo que El nos enseña con su debilidad. Porque tu Verbo, eterna verdad y supereminente sobre lo más excelso que hay en tu creación, levanta hacia sí a quienes se le someten. Siendo la excelsitud misma, quiso edificarse acá en la tierra una humilde morada de nuestro barro por la cual deprimiese el orgullo de los que quería atraer a sí y los sanara nutriéndolos en su amor; para que no caminaran demasiado lejos apoyados en su propia confianza, sino que más bien se humillaran al ver a sus pies a una persona divina empequeñecida por su participación en la vestidura de nuestra piel humana; para que sintiéndose fatigados se postraran ante ella y ella levantándose, los levantara.

Capítulo XIX

1. Pero entonces creía yo de mi Señor Jesucristo algo del todo diferente. Ciertamente lo tenía por un varón de insuperable sabiduría con el cual nadie podía compararse, especialmente porque había nacido de manera admirable de una virgen, como para ejemplo de menosprecio de los bienes temporales poder conseguir la inmortalidad. Por haber tenido de nosotros tan grande providencia, su autoridad me parecía inigualable; pero no me cabía ni la menor sospecha del misterio encerrado en las palabras el Verbo se hizo carne (Jn 1, 14). De todo lo que sobre El se nos había entregado por escrito asumía yo que Cristo había bebido y dormido, que caminó y predicó, que conoció la tristeza y también la alegría; pero estimaba que aquella carne suya no se había unido a tu Verbo, sino con un alma y con una inteligencia humanas. Esto lo sabe quien ha llegado a conocer la inmutabilidad de tu Verbo, como la conocía yo ya para entonces y lo profesaba sin la menor sombra de dubitación. Porque la capacidad de mover a voluntad los miembros del cuerpo o no moverlos; o sentir un afecto y luego otro diferente en otro momento; o pronunciar en una ocasión admirables sentencias para guardar silencio en otra, es cosa propia de la mutabilidad del alma y de la mente. Y si todas estas cosas que de Cristo se dicen fueran falsas, todo lo demás naufragaría en la mentira y no quedaría en los sagrados Libros ninguna esperanza de salvación para el género humano.

2. Pero yo, teniendo por veraces esos escritos, reconocía en Cristo a un hombre completo. No solamente un cuerpo humano o un alma en ese cuerpo pero sin inteligencia, sino un hombre completo y verdadero. Cristo no era para mí la Verdad personal; pero sí veía en El una incomparable grandeza y excelencia debida a su más perfecta participación en la sabiduría. Alipio pensaba que la fe de los católicos predicaba que en Cristo no había, aparte de Dios y el cuerpo, un alma y una mente de hombre. Y como aceptaba bien en firme lo que había oído y guardaba en la memoria y como pensaba que tales cosas no son posibles sino en un ser dotado de alma y de razón, caminaba con tardos pasos hacia la fe cristiana. Pero cuando más tarde se enteró de que tales enseñanzas eran la herejía de los apolinaristas, se alegró sobremanera y se entregó sin reticencias a la fe católica.

Confieso que sólo más tarde fui capaz de distinguir la mucha diferencia que media entre el error de Fotino y la fe católica a propósito de que el Verbo se hizo carne. Porque la discusión de las herejías pone en relieve cuál es el verdadero sentir de tu Iglesia y cuál es la doctrina verdadera. Era necesario que se produjesen las herejías para que los fuertes en la fe se distinguieran de los débiles en la fe (1Co 11, 19).

Capítulo XX

1. Los libros platónicos que leí me advirtieron que debía buscar la verdad incorpórea y llegué a sentir que en realidad perfecciones invisibles se hacen visibles a la inteligencia por la consideración de las criaturas; pero era repelido por aquellos que las tinieblas de mi alma no me dejaban conocer. Seguro estaba yo de tu existencia; seguro de que eres infinito pero que no te difundes por lugares ni finitos ni infinitos; que en verdad eres el que siempre has sido, idéntico a ti mismo y deducía que todas las cosas proceden de ti por el simplicísimo argumento de que existen.

De todas estas cosas estaba ciertísimo, pero era débil para gozar de ti. Hablaba con locuacidad, como si fuera muy perito; pero de no buscar el camino en Cristo Redentor sería yo no un hombre perito, sino un hombre que perece. Ya para entonces había yo comenzado a hacer ostentación de sabiduría, lleno como estaba de lo que era mi castigo y, en vez de llorar, me hinchaba con la ostentación de la ciencia.

2. Pues, ¿dónde estaba aquella caridad que edifica sobre el fundamento de la humildad de Jesucristo; o cuándo me enseñaron la humildad aquellos libros? Tú quisiste, creo, que los leyera antes de acercarme a la Sagrada Escritura para que quedara impreso en mi memoria el efecto que me habían

producido; así, más tarde, amansado ya por tus libros y curado de mis llagas por tu mano bienhechora, iba yo a tener discernimiento para distinguir la verdadera confesión de la mera presunción; para ver la diferencia entre los que entienden a dónde se debe ir pero no ven por dónde y la senda que lleva a la patria feliz no sólo para verla, sino para habitar en ella.

Porque si primeramente hubiera sido formado en tus sagrados libros y en una suave familiaridad contigo y después hubiera leído los libros de los platónicos, acaso me arrancaran del sólido fundamento de la piedad; o si no me arrancaban afectos en los que estaba profundamente embebido, al menos pudiera yo creer que dichos libros eran capaces, con sólo leerlos, de engendrar tan noble afecto.

Capítulo XXI

1. Así sucedió que con ardiente avidez arrebataba yo la escritura de tu Espíritu, en San Pablo con preferencia a los demás apóstoles y se me desvanecieron ciertas dificultades que tuve cuando en cierta ocasión me parecía encontrarlo en contradicción consigo mismo y no ir de acuerdo el texto de sus palabras con el testimonio de la ley y los profetas. Y se apoderó de mí una trepidante exultación cuando vi claro que uno solo es el rostro que nos ofrecen todas las Escrituras.

Comencé pues y, cuanto había leído de verdadero allá, lo encontré también aquí con la recomendación de tu gracia; para que el que ve no se gloríe como si su visión no la hubiera recibido (1Co 4, 7). Pues, ¿qué tiene nadie que no lo haya recibido? Y para que sea no sólo amonestado de verte, sino también sanado para poseerte a ti, que eres siempre el mismo y para que, siéndole imposible descubrirte desde lejos, tome el camino por donde pue- de legar a verte y luego a poseerte. Pues cuando se deleite el hombre en la ley de Dios según el hombre interior, ¿qué hará con esa otra ley que está en sus miembros y que resiste a la ley de su mente y lo tiene cautivo en la ley del pecado que está en sus miembros? (Rm 7, 22-23). Porque tú, Señor, eres justo y nosotros somos pecadores y hemos obrado la iniquidad (Dn 3, 28). Por eso tu mano se ha hecho pesada sobre nosotros y con justicia hemos sido entregados al antiguo pecador y señor de la muerte y éste ha modelado nuestra voluntad según la suya en la cual no está la verdad (Jn 8, 44).

2. ¿Qué hará pues el hombre mísero? ¿Quién lo libertará de su cuerpo de muerte sino tu gracia por Jesucristo, Señor nuestro? (Rm 7, 24-25). Jesucristo, a quien engendraste coeterno contigo y a quien creaste en el principio de tus caminos (Pr 8, 22); en el cual un príncipe de este mundo no halló

causa de muerte (Jn 14, 30) y, sin embargo, lo hizo matar y con esa muerte fue destruido el decreto que nos era contrario (Col 2, 14).

Nada de esto dicen los libros de los platónicos, ni en sus páginas se encuentra este rostro de piedad, ni las lágrimas de la confesión, en las que tú ves el sacrificio de un corazón contrito y humillado (Sal 50, 19); nada dicen de la salud del pueblo, ni de la ciudad desposada, ni de las primicias del Espíritu Santo y el cáliz de nuestra salud. Nadie canta en ellos "mi alma está sujeta al Señor de quien viene mi salud. Porque El es mi Dios y mi salvación; El me ha recibido y ya más no me moveré (Sal 41, 2-3).

LIBRO VIII

Desechados todos los errores; encendido con los consejos de Simpliciano, con los ejemplos de Victorino, de Antonio, de los dos magnates y de otros siervos de Dios; después de una gran contienda y lucha con la concupiscencia, y una dificultosa deliberación; amonestado con una voz divina, y leídas las palabras de San Pablo en la Epístola a los romanos (cap. XIII, 13 y 14), se convirtió todo a Dios, imitándole Alipio y alegrándose mucho su madre

CAPÍTULO I

Determina Agustín ir a verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida

1. Justo es, Dios mío, que yo recuerde y confiese las misericordias que habéis usado conmigo, y os muestre en acción de gracias mi reconocimiento. Penetrados y llenos de vuestro amor todos mis huesos, deben clamar, diciendo: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Pues rompisteis mis lazos y prisiones, corresponda yo ofreciéndoos sacrificio de alabanza. Voy a referir el modo con que me los rompisteis para que oyéndolo todos aquéllos que os adoran, digan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra: grande y maravilloso es su nombre.

Todas vuestras palabras se me habían quedado impresas en el corazón y me hallaba cercado y sitiado de Vos por todas partes. Yo estaba muy cierto de vuestra vida eterna, pues aunque la había visto confusamente y como por un espejo, no me había quedado duda alguna acerca de la existencia de una sustancia incorruptible por haber dimanado y procedido de ella todas las demás sustancias, y ya no deseaba estar más certificado de Vos, sino estar más firme y constante en Vos. Pero acerca del género de vida que había de seguir, se me ofrecían mil dudas y dificultades, y conocía que era necesario limpiar primero mi corazón de la antigua levadura que me lo tenía acedado y corrompido. Me agradaba el camino que debía seguir, que es el mismo Salvador; pero todavía estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino.

Vos, Señor, me inspirasteis entonces el pensamiento (que a mí me pareció bueno y oportuno) de ir a verme con Simpliciano, que le tenía por el fiel siervo vuestro, y resplandecía en él vuestra divina gracia. También había oído decir que desde su juventud estaba dedicado y consagrado a Vos, y siendo entonces ya anciano, me parecía que en una edad tan larga, que había empleado en tan buenos ejercicios de vuestra ley, estaría muy práctico, experto y muy instruido en ella; y verdaderamente era así como yo lo pensaba.

Por eso quería yo que me dirigiese y después de comunicarle mis deseos, me manifestase qué modo de vida sería el más a propósito a quien se hallaba en la disposición que yo tenía para seguir vuestra ley, observando aquel método que él me señalase.

2. Porque yo veía la iglesia llena de fieles, y que unos iban por un camino y otros iban por otro; pero a mí me desagradaba el método y ocupación que yo seguía en el siglo, y era para mí una carga insoportable, después que cesaron de inflamarse, como solían, mis deseos, con la esperanza de adquirir honra y dinero, para tolerar aquella sujeción y servidumbre tan gravosa. Ya no me deleitaba cosa alguna de ésas en comparación de vuestra dulzura y suavidad, y de la hermosura de vuestra casa, que amaba más que todo esto; pero aún me sentía atado fuertemente con el amor a la mujer; ni el Apóstol me prohibía el casarme, aunque me exhortaba a lo mejor y más perfecto, queriendo principalmente y deseando que todos los hombres fuesen libres como él lo era. Pero yo, como más flaco, escogía lo más blando y suave; y lo que hacía que me portase en todo lo demás con languidez y me consumiese con molestos cuidados era solamente el considerar que la vida conyugal, a la que yo estaba tan inclinado y rendido, tenía anejas muchas cosas que no quería padecerlas ni sufrirlas. Bien sabía yo que la Verdad misma había dicho por su boca: que hay hombres que a sí mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos; pero añadió también que esto lo ejecute el que tuviere fuerzas para ejecutarlo.

Vanos son ciertamente todos aquellos hombres que no tienen conocimiento de Dios, y que de todas estas cosas y criaturas buenas que están viendo, no han podido llegar a conocer al que verdaderamente existe. Pero yo no estaba ya comprendido en el número de aquellos hombres vanos. Ya había pasado más adelante de aquella vanidad e ignorancia, y por la contestación de todas vuestras criaturas, había hallado que Vos erais nuestro Creador, juntamente con vuestro divino Verbo, por el cual creasteis todas las cosas, el cual eternamente dimanando de Vos es Dios que con Vos y el Espíritu Santo no hace más que un solo Dios verdadero.

Hay otra clase de gentes impías y pecadoras, que habiendo conocido a Dios no le glorifican como a Dios, ni le dan las gracias que le son debidas. También en esta impiedad había yo caído, pero vuestra diestra me recibió y levantó, y además de sacarme de aquel atolladero, me puso en lugar acomodado y propio para que convaleciese de tan peligrosa caída, porque me hicisteis saber aquella sentencia en que dijisteis al hombre: Mira que la piedad es verdadera sabiduría; y también aquella otra: No quieras parecer sabio, porque los que dicen que son sabios, ellos mismos se hacen necios. Por lo cual es cierto que ya había hallado aquella perla preciosa, que había de comprarse vendiendo cuanto tuviese, pero aún no me resolvía a ejecutarlo.

Capítulo II

De cómo Victorino, célebre orador romano, se convirtió a la fe de Jesucristo

3. Fui, pues, a buscar a Simpliciano, que había sido padre espiritual de Ambrosio (ya entonces obispo), por cuanto en el Bautismo le había conferido vuestra gracia, a quien amaba Ambrosio verdaderamente como a padre. Le hice relación de mis extravíos y de los rodeos y errados caminos por donde había andado. Luego le dije cómo había leído algunos libros de los platónicos, traducidos al latín por Victorino, que en los años anteriores fue profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que según había oído murió cristiano; él se alegró mucho y me dio el parabién de que no hubiese ido a dar con las obras de otros filósofos, que están llenas de falsedades y engaños, propios de una ciencia enteramente mundana, pero en estos otros libros a cada paso y de todos modos se insinúa y da a conocer a Dios y su divino Verbo.

Después, para exhortarme a la humildad de Cristo, escondida a los sabios y revelada a los pequeñuelos, me propuso el ejemplo de Victorino, a quien él había tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio, porque contiene grandes motivos para alabar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contome, pues, cómo aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que había leído tantas obras de filósofos y las había criticado e ilustrado, que había sido maestro de tantos nobles senadores, que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma (que es lo más glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo), que hasta aquella edad tan avanzada había adorado y venerado los ídolos, y concurrido a celebrar

las fiestas y sacrificios sacrílegos, con que casi toda la romana nobleza inspiraba ya entonces y enseñaba a todo el pueblo los monstruos de todos los dioses egipcios, y entre ellos también a Anubis con figura de perro, los cuales en alguna ocasión tomaron las armas contra Neptuno, Venus y Minerva, deidades de Roma; y ella suplicaba ahora a aquellos mismos dioses contra quienes había peleado y a quienes había vencido; que finalmente por espacio de tantos años había defendido todas estas idolatrías con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del Bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangélica, y sujetándose a llevar en su frente la señal de la cruz, tenida antes por oprobio.

4. ¡Oh Señor, Señor, que inclinasteis los cielos y bajasteis a nosotros, que tocasteis los montes y exhalaron humo, con qué modos o de qué manera os insinuasteis en aquel pecho!

Leía él, según me contó Simpliciano, la Sagrada Escritura y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religión cristiana, instruyéndose en ellas; y decía a Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: Sábete que yo ya soy cristiano; a lo que Simpliciano respondía: Yo no lo creeré ni te contaré entre los cristianos, hasta que te vea en la iglesia de Cristo. Pero él, como burlándose, decía: Pues qué, ¿son las paredes las que hacen cristianos a los hombres? Y esto lo repetía muchas veces, diciendo que él ya era cristiano, y otras tantas le respondía Simpliciano lo mismo que antes, pero él volvía a burlarse, con decir que eso no lo hacen las paredes.

Temía Victorino disgustar a sus amigos, soberbios idólatras que adoraban al demonio, que por ser muy poderosos y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo, y eran como elevados cedros del Líbano, que aún no había el Señor derribado y deshecho, juzgaba que habían de caer sobre él con más ímpetu y fuerza sus odios y enemistades.

Pero después que con su estudio y lección continua adquirió más fortaleza, temió que Cristo no le había de reconocer por suyo en presencia de los santos ángeles, si él temía confesarle ahora delante de los hombres; y conociendo que se hacía reo de un delito muy grave en avergonzarse de recibir los Sacramentos que nuestro Verbo humano había instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar a los sacrílegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios, a quienes él, soberbio, también había imitado, recibiendo las sacrílegas órdenes con que se dedicaban los hombres y destinaban al culto y sacrificios de los ídolos, perdió la vergüenza, que

le era nociva y le hacía perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció, repentinamente se resolvió, y sin más pensar en ello, dijo a Simpliciano, según este mismo contaba: "Ea, vamos a la iglesia, que quiero hacerme cristiano".

Entonces, Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, marchó con él a la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instrucción necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí a poco dio su nombre para que se le escribiese en el catálogo de los que pedían ser reengendrados por el santo Bautismo, maravillándose Roma, y alegrándose la Iglesia. Veían esto los soberbios, y se enojaban y enfurecían, rechinaban sus dientes de cólera y se consumían de rabia, pero vuestro siervo tenía puesta su esperanza en Vos, y no atendía a la vanidad de las doctrinas pasadas, ni a las locuras tan falsas y engañosas.

5. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesión de la fe (que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir en el Bautismo vuestra gracia), le propusieron a Victorino los sacerdotes, según contaba Simpliciano, que hiciese aquella profesión de fe secretamente, como se solía conceder también a algunos de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraían de hacerlo en público, pero que él prefirió hacer la profesión de la fe y de la doctrina de su salud públicamente y a presencia de aquella multitud de fieles, conociendo que su salvación no estaba en la retórica, que enseñaba, ni en los errores que hasta entonces había profesado públicamente en Roma. Y a la verdad, ¡cuánto menos tenía que temer al manso rebaño vuestro al decir y pronunciar vuestras palabras el que usando de las suyas propias no había temido ni respetado ni tropas enteras de locos!

Así, luego que subió al sitio determinado para hacer la profesión de la fe, todos los que allí estaban, según que cada uno le iba conociendo, mutuamente unos a otros le iban nombrando con ruidosa aclamación de enhorabuenas. Pero ¿quién había allí que no le conociese? Así entre todos formaban una voz y murmullo, con que alegres y festivos, decían ¡Victorino, Victorino! Tan presto como se levantó aquel murmullo con la alegría que causó a todos el verle, tan presto cesó repentinamente con el deseo de oírle. Pronunció él con noble y excelente confianza su protestación de la fe verdadera, y todos querían arrebatarle y meterle dentro de sus corazones, y efectivamente lo conseguían con el amor y el gozo que mostraban: estos afectos eran las manos que le arrebataban y metían dentro de las almas.

Capítulo III

Cómo Dios y los santos ángeles se alegran mucho de la conversión de los pecadores

6. ¡Oh buen Dios!, ¿de dónde, Señor, proviene que un hombre se alegra mucho más de la salud de un alma que estaba sin esperanza de vida, o que se ha libertado de un peligro grande, que si siempre hubiera estado con esperanza de su salud eterna, o hubiera sido mayor el peligro en que se hallaba? También Vos, Señor, Padre misericordioso, mostráis mayor alegría por un solo pecador que hace verdadera penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan. Y nosotros con mucho regocijo oímos decir a San Lucas cuán grande es la alegría de los ángeles viendo que la oveja perdida vuelve a su rebaño llevándola el pastor sobre sus hombros; y cómo dan el parabién las vecinas a la mujer que halló aquella dracma que había perdido, y se vuelve a guardar en vuestro tesoro, y nos hace llorar de puro gozo la grande fiesta que hay en vuestra casa cuando en ella se refiere de vuestro hijo menor: Que había muerto y resucitó, que se había perdido y volvió a parecer. Lo cual demuestra que Vos, Dios mío, os alegráis en nosotros, y en vuestros ángeles en cuanto somos santificados por una caridad santa, porque Vos, considerado solamente en Vos, siempre sois el mismo sin mudanza ni variedad alguna, que siempre y de un mismo modo conocéis todas las cosas, aunque ellas no sean siempre ni de un mismo modo existan.

7. Pues ¿qué es, Dios mío, lo que pasa en el alma cuando se alegra mucho más con las cosas que ama si las cosas que ama si las halla o recobra, que si siempre las hubiera poseído sin perderlas? Y esto mismo lo contestan también las demás cosas, todas llenas de testimonios y ejemplos que lo comprueban, clamando y diciendo: Así sucede, así es.

Triunfa un emperador cuando ha vencido; y no venciera si no hubiera peleado; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto es mayor en el triunfo la alegría.

Acomete una tempestad a los navegantes, y al verse amenazados del naufragio, todos se ponen pálidos del miedo de la muerte, que consideran cercana, pero serénase el cielo y tranquilízase el mar, y todos se regocijan sumamente, porque también sumamente temieron.

Cae enferma una persona amada, y el pulso indica una calentura maligna y peligrosa, con lo cual todos los que desean su salud enferman igualmente, en cuanto a la pena y sentimiento que tienen en su alma. Hállase mejor y fuera de peligro, pero todavía no se ha restablecido ni ha recobrado sus antiguas fuerzas, y ya se alegran mucho más de aquella mejoría que de

la salud y robustez que antes gozaba. Aun los mismos deleites comunes y ordinarios de la vida humana los consiguen los hombres mediante algunos disgustos y molestias, no de las imprevistas y que les sobrevienen sin quererlas, sino procuradas y buscadas voluntariamente y de propósito. No hay deleite en el comer y beber, sin que preceda la molestia del hambre y de la sed, y por esto los bebedores de vino comen algunos bocadillos salados, con que se excita una sequedad y ardor molesto, que con beber se apaga, y al apagarse deleita. También es costumbre bien establecida que las mujeres tratadas de casar no las entreguen sus deudos y parientes a los que han de ser sus maridos inmediatamente que se hayan desposado, para que suspirando por ellas algún tiempo mientras son sus esposos, las amen y estimen más cuando maridos.

8. Esto mismo sucede en el deleite que es torpe y execrable; esto mismo en el que es lícito y permitido; esto mismo en la más pura, honesta y sincerísima amistad, y finalmente, esto mismo sucedió en la conversión de aquél que estaba muerto y resucitó, que se había perdido y pareció. Siempre a la mayor alegría precede mayor molestia. Mas ¿de qué proviene esto, Dios y Señor mío, cuando Vos no solamente sois para Vos mismo un sumo gozo inalterable y eterno, sino también algunas criaturas reciben de Vos y en Vos una alegría y felicidad perpetua? ¿En qué consiste que en las cosas de acá abajo hay esta alternativa de atrasos y adelantamientos, de enemistades y reconciliaciones? ¿Es acaso esta variedad propia de su ser y lo que solamente concedisteis a estas cosas cuando desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de la tierra, desde el principio del tiempo hasta el fin de los siglos, desde el ángel supremo hasta el más vil gusanillo, desde el primer movimiento que hubo hasta el último que ha de haber, ordenasteis todos los géneros de bienes y todas vuestras obras cabales y perfectas, dándoles a todas sus convenientes lugares y distribuyéndolas en sus propios tiempos? ¡Ay de mí, Dios mío!, ¡qué investigable grandeza tenéis en las cosas grandes, y qué impenetrable profundidad en las pequeñas! ¡Vos nunca os apartáis de vuestras criaturas, y con todo eso, apenas andamos lo bastante para llegar a Vos!

Capítulo IV

Por qué razón debemos alegrarnos más con la conversión de aquellos pecadores que son personas nobles y principales

9. ¡Ea, Señor, hacedlo Vos todo, excitadnos y volved a llamarnos, encendednos y arrebatadnos, arded en nosotros y comunicadnos vuestras dulzuras, para que os amemos y corramos tras de Vos!

¿No es cierto que vuelven a Vos muchos que estaban en un abismo de ceguedad más profundo que aquél en que se hallaba Victorino, y se acercan a Vos y son iluminados, recibiendo aquella luz que a los que la reciben les da juntamente potestad para hacerse hijos vuestros? Pero si éstos que se convierten a Vos son poco conocidos en los pueblos, aun aquellos pocos que los conocen reciben menor alegría, porque cuando la alegría es de muchos, viene a ser mayor en cada uno de ellos, porque se la aumentan y comunican mutuamente los unos a los otros. A esto se añade que la conversión de los muy conocidos y famosos es de grande peso y autoridad para que muchos procuren su salvación y vengan también muchos a seguir su ejemplo. Por esto aun aquéllos que los han precedido se alegran mucho con la conversión de semejantes sujetos, porque la alegría que reciben no es por ellos solos, sino por todos los demás que han de imitarlos. No quiero decir con esto que en vuestra casa, Señor, sean más bien recibidas las personas ricas y nobles que las pobres y plebeyas, pues antes bien Vos mismo elegisteis los endebles y flacos del mundo, para confundir a los fuertes y poderosos; y las cosas viles y despreciables de este mundo, y que son como si no fueran, las escogisteis para deshacer con ellas las que son principales en la estimación del mundo.

Pero no obstante esta doctrina, el mismo Apóstol, por cuya boca nos enseñasteis estas verdades, el cual se llama a sí mismo el menor de vuestros Apóstoles, teniendo antes el nombre de Saulo, quiso tomar el de Pablo[78], para blasón y señal de aquella grande victoria que consiguió, cuando con las armas de su predicación venció y domó la soberbia del procónsul Pablo y le redujo a sujetarse al suave yugo de vuestro Hijo, Jesucristo, y a ser fiel vasallo y tributario humilde del Rey de todos los reyes. Porque más vencido queda el enemigo del género humano cuando se le quita uno a quien tenía más poseído y por quien poseía otros muchos; y cuanto más poseídos tiene a los grandes por su orgullo y soberbia, tanto más por el influjo de éstos posee a otros por medio de su ejemplo y autoridad.

Por eso, cuanto más gustosamente se consideraba el estado presente de Victorino, cuya alma había sido antes un castillo inexpugnable de que el demonio se había señoreado y de cuya lengua se había servido como de grande y aguda saeta para matar a muchos, tanto mayores demostraciones de gozo y alegría debían hacer vuestros hijos los fieles, viendo al fuerte aprisionado ya por nuestro Rey poderoso, que después de quitarle los despojos que había hecho y las armas de que se había servido, lo lavó y purificó todo, para que no solamente se pudiese emplear en honor vuestro, sino también ser útil y provechoso para cualquier obra buena.

Capítulo V

Qué cosas eran las que detenían a Agustín para no acabar de convertirse a Dios

10. Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relación de Victorino, me encendí en deseos de seguir su ejemplo, y con este fin me había él referido aquella historia. Pero después que prosiguió diciendo cómo en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los cristianos, en la cual se les prohibía que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino, conformándose con dicha ley, quiso más abandonar la cátedra en que enseñaba la elocuencia, que dejar vuestra divina palabra, con que hacéis discretas y elegantes aun las lenguas de los niños que no saben hablar, me pareció que no había sido en esto tan fuerte y valeroso Victorino, como feliz y dichoso por hallar una ocasión tan oportuna para dedicarse únicamente a Vos.

Esto era lo que yo anhelaba y por lo que suspiraba, pero estaba aprisionado no con grillos ni cadenas de hierros exteriores, sino con la dureza y obstinación de mi propia voluntad. El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad y había formado de ella una cadena, con la cual me tenía estrechamente atado. Porque de haberse la voluntad pervertido, pasó a ser apetito desordenado; y de ser éste servido y obedecido, vino a ser costumbre; y no siendo ésta contenida y refrenada, se hizo necesidad como naturaleza. De estos como eslabones unidos entre sí se formó la que llamé cadena, que me tenía estrechado a una dura servidumbre y penosa esclavitud.

Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo a tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mío, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se había hecho robusta y poderosa. Así, estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquélla carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con discordia disipaban y destruían a mi alma.

11. Este combate que yo experimentaba en mí mismo me hacía entender claramente aquella sentencia que había leído en el Apóstol, que refiere cómo la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu los tiene contrarios a la carne. Yo, verdaderamente, era el que obraba en uno y otro deseo, pero más estaba yo en aquél que aprobaba en mí mismo, que en el otro, que en mí desaprobaba, por cuanto en éste mi voluntad no obraba con la misma eficacia, pues por la mayor parte más era padecerlo, con repugnancia y violencia, que ejecutarlo espontáneamente. Pero ello es cierto que yo había sido la causa de estas superiores fuerzas que la costumbre tenía contra mí, pues queriendo yo, había llegado a un estado en que no quisiera hallarme.

Y siendo esto así, ¿cómo pudiera con razón quejarme del estado en que me veía, siendo una pena justa que corresponde al que peca?

Ya no me podía valer aquella excusa con que antes solía persuadirme a mí mismo que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarme a serviros consistía en que aún no estaba cierto de haber hallado la verdad, porque entonces ya lo estaba. Mas atado todavía a las cosas de la tierra, rehusaba alistarme en vuestra sagrada milicia; y tanto temía el librarme de todos los impedimentos que me lo estorbaban cuanto debiera temer el no estar libre de ellos.

12. Así, con la pesada carga de las cosas del mundo me hallaba gustosamente oprimido, como sucede con un pesado sueño; así como los pensamientos con que meditaba en Vos eran semejantes a los esfuerzos que hacen para despertar los que están muy dormidos, que no pudiendo vencer aquella gana vehemente de dormir, vuelven a sumergirse en lo profundo del sueño. Y del mismo modo que no hay hombre alguno que quisiese estar siempre durmiendo, enseñándonos el buen juicio que es mejor velar que dormir, mas esto no obstante, dilata algunas veces el hombre el sacudir el sueño, cuando le tiene rendido, ocupados y entorpecidos sus miembros; y aunque le desagrada dormir tanto y sea llegada la hora de levantarse, vuelve a tomar el sueño con más gusto, así yo estaba muy cierto de que era mejor entregarme a vuestro amor que rendirme a mis deseos y apetitos. Aquello me agradaba, pero sin acabar de vencerme y estotro tanto me deleitaba, que me ataba.

No tenía verdaderamente qué responderos cuando os dignabais decirme por el Apóstol: Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos y recibirás la luz de Jesucristo. Y como por todas partes me hacíais conocer que todo cuanto me decíais era verdad; convencido de ella no tenía absolutamente qué responder, sino aquellas palabras lentas y soñolientas: Luego al punto, sí, luego al instante: déjame estar otro ratito. Pero este luego no tenía término y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior, porque otra ley que reside en los miembros corporales repugnaba y contradecía a la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo a la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma a pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me había de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

Capítulo VI

Cuéntale Ponticiano la vida de San Antonio abad

13. También quiero referir el modo con que me librasteis de aquel lazo estrechísimo con que el deseo de mujer me tenía fuertemente atado y de la servidumbre en que me tenían los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mío, mi amparo y Redentor.

Vivía yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los días suspiraba en vuestra presencia; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitían los negocios y ocupaciones que tenía sobre mí y bajo de cuyo peso gemía.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, después de haber sido tres veces asesor del magistrado, y aguardando otros a quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendía la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar a nuestra amistad el encargarse de sustituir en la cátedra de gramática que tenía Verecundo, familiarísimo amigo nuestro y ciudadano de Milán, el cual deseaba mucho, y lo pedía encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en aquel ministerio, porque lo necesitaba en extremo. Nebridio, pues, aunque se encargó de esto, no fue movido de interés, ni por el deseo de mayores conveniencias, porque si él quisiera aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho más ventajosas, sino que por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, no quiso desatender nuestra súplica sino condescender a nuestro ruego por este acto de su benevolencia. Se portaba Nebridio en aquel cargo con gran prudencia y cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes y poderosos del mundo y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar a su espíritu, al cual quería tener libre y desembarazado de otros asuntos, para emplearle cuantas más horas pudiese en inquirir, en leer o en oír alguna cosa perteneciente a la sabiduría.

14. Un día, pues, estando ausente Nebridio (no me acuerdo por qué causa), vino a nuestra casa, donde estábamos Alipio y yo, un paisano nuestro, porque era natural de África, llamado Ponticiano, sujeto principal y distinguido en palacio, y no sé por cierto qué era lo que nos quería. Sentámonos para hablar, y sobre una mesa de juego que había delante de nosotros había por casualidad un libro. Viole Ponticiano, lo tomó, lo abrió y halló que eran las cartas de San Pablo, lo que le sorprendió mucho, porque él juzgó que sería alguno de los libros de retórica, cuya profesión me agobiaba y consumía. Entonces él se sonrió hacia mí, mirándome como quien se complacía y me

daba la enhorabuena, pero extrañando y admirándose de que cogiéndome desprevenido hubiese encontrado delante de mí aquel libro, y ese único y solo, pues él era fiel cristiano, y muy a menudo acudía a vuestra iglesia, Dios mío, donde postrado ante vuestra divina Majestad, os hacía frecuentes y largas oraciones. Así fue que habiéndole yo dicho que aquellas Escrituras me ocupaban con preferencia a todo otro cuidado, comenzó a hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era famoso y celebrado entre vuestros siervos, aunque hasta entonces había sido ignorado de nosotros. Viendo él que esta especie nos era tan nueva, se detuvo y extendió más en la plática, para hacernos conocer a tan grande hombre, de quien estábamos enteramente ignorantes, admirándose él de esta ignorancia nuestra. Nosotros nos espantábamos oyendo la relación de tantas y tan estupendas maravillas, como acababais de obrar en el gremio de los que profesan la verdadera fe, y dentro de la católica Iglesia, las cuales, además de ser muy probadas y certísimas, estaban tan recientes, que habían sucedido casi en nuestros días. Por eso nos admirábamos a un tiempo nosotros y Ponticiano; nosotros, por ser aquellas cosas tan grandes y extraordinarias; y él, porque eran para nosotros tan nuevas e inauditas.

15. De aquí vino a parar su conversación en tratar de los muchos monjes congregados en los monasterios, de las costumbres y método de vida que observan los que siguen más de cerca vuestra divina ley; y finalmente de los muchos penitentes, virtuosos y santos varones que poblaron las soledades del yermo, de todo lo cual no sabíamos nosotros cosa alguna. Y no sólo esto, sino que en la misma Milán, fuera de los muros de la ciudad, había un monasterio lleno de buenos y virtuosos frailes[80], de cuya dirección y sustento cuidaba el obispo Ambrosio; y tampoco lo habíamos sabido. Proseguía Ponticiano hablando aún del mismo asunto, y nosotros le oíamos con atención y silencio, contándonos entre otras cosas que hallándose una vez en la ciudad de Tréveris, mientras que el emperador asistía al espectáculo de los juegos circenses, que se tenían después del mediodía, se había salido con otros tres amigos y compañeros suyos a pasear por unas huertas que estaban contiguas a los muros de la ciudad, y que estando en ellas se pusieron a pasear de dos en dos, según los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano con uno de ellos echó por una parte y los otros dos echaron por otra, y se fueron alejando los unos de los otros. Los primeros, siguiendo su paseo sin rumbo ni camino determinado, vinieron a parar en una pobre casilla en que habitaban algunos de vuestros siervos que profesan la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó a leerla el uno de ellos y comenzó también a admirarse y encenderse en devoción; al mismo tiempo que leía, iba pensando en abrazar aquel genero

de vida, para emplear la suya en serviros a Vos únicamente, dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde eran aquellos dos compañeros agentes de negocios. Y repentinamente lleno de un amor santo y religioso pudor, enojándose contra sí mismo, volvió los ojos para mirar al otro amigo suyo, hablándole de este modo: «Ruégote, hombre, que me digas, ¿adónde aspiramos y pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas y trabajos?, ¿qué es lo que buscamos?, ¿cuál es el fin con que seguimos a la corte? ¿Podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio que llegar a ser amigos del emperador?, ¿y qué hay en ese punto que no sea frágil, de corta duración y lleno de peligros? ¿Y por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar a ese peligro más grande? ¿Y cuánto tiempo fuera necesario para conseguir eso siendo así que si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?» Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que había concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y conforme iba leyendo, se iba mudando en su interior, adonde solamente vuestros ojos podían penetrar, y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo, como se mostró después. Porque mientras leyó y se agitó su corazón con las olas de varios afectos y pensamientos, dio algunos grandes sollozos y suspiros, y conoció claramente lo que le estaba mejor, y determinó seguirlo; y hecho ya amigo vuestro, habló de esta suerte al otro amigo suyo: «Yo estoy ya enteramente separado de todo lo que hasta ahora fue el objeto de nuestras esperanzas; estoy resuelto a servir a Dios y quiero comenzar desde este punto, y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo no quieras oponerte a mi designio». El otro le respondió que quería serle compañero en tan digna servidumbre y en recibir el gran premio que le corresponde. Así quedándose entrambos a ser vuestros siervos, comenzaron a edificar la torre de perfección evangélica con el caudal que tenía proporcionado para la obra, y consistía en dejar todas las cosas del mundo y seguiros a Vos.

Mientras tanto Ponticiano y su compañero, que se paseaban por otras partes de la huerta, después de haberlos andado buscando algún tiempo, llegaron a aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde. Pero ellos, después de referirles la determinación y propósito que tenían y el modo con que había comenzado aquella voluntad, y llegado a ser firme resolución, les suplicaron, que si no querían quedarse a acompañarlos, no les molestasen tirando a disuadirlos. Mas estotros, no moviéndose con nada de esto a mudar su método antiguo, se lloraron a sí mismos por verse tan poco fervorosos, como Ponticiano refería; y después de darles piadosas enhorabuenas por su determinación y encomendarse a sus oraciones, llevando el corazón in-

clinado a lo terreno, se volvieron a palacio, quedándose les otros dos en la casilla con sus corazones fijados en el cielo.

Y es de notar que estos dos estaban ya desposados; y luego que sus esposas supieron aquella determinación de los que habían de ser sus maridos, imitaron su ejemplo y consagraron a Vos, Dios mío, su virginidad.

Capítulo VII

Cómo interiormente se deshacía Agustín, al oír esta relación de Ponticiano

16. Todo esto nos contaba Ponticiano, y mientras él lo estaba refiriendo, Vos, Señor, me obligabais a que volviese en mí y me considerase, haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida, que yo había echado a las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí, para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y sucio, manchado y lleno de llagas. Yo me veía y me horrorizaba y no tenía adónde huir de mí mismo. Si procuraba apartar de mí la vista, prosiguiendo Ponticiano su relación, volvíais a ponerme enfrente de mí y hacíais que me viese y me mirase a mí mismo, para que claramente conociese mi maldad y la aborreciese. Bien la conocía yo, pero disimulaba: pasaba por ella y la olvidaba.

17. Sin embargo, en aquella ocasión, cuanto más me encendía en amor de aquéllos de quienes oía tan santos y saludables ejemplos, porque enteramente se habían entregado a Vos para que los sanarais, tanto más me abominaba y aborrecía a mí mismo, comparándome con ellos. Porque ya habían pasado muchos años (creo que eran doce) desde que a los diecinueve de mi edad, habiendo leído el Hortensio de Cicerón, me sentí excitado al amor y deseo de la verdadera sabiduría, pero desde entonces había ido dilatando el dedicarme a investigarla, mediante el desprecio de toda felicidad terrena; siendo así que aquella sabiduría es tan grande, que no solamente su adquisición, sino también su inquisición se debe anteponer a la posesión de los tesoros y reinos del mundo, y a toda especie de deleites que voluntaria y abundantemente pueda gozar el cuerpo. Mas yo, infeliz joven, y en sumo grado infeliz, desde el principio mismo de mi juventud os había pedido castidad, diciendo: Dadme, Señor, castidad y continencia, pero no ahora. Porque yo temía que despachaseis luego al punto mi petición, y luego al punto que sanaseis de la enfermedad de mi concupiscencia, la cual más quería ver la saciada que extinguida. Y además de eso, había yo seguido las torcidas sendas de una religión y doctrina supersticiosa y sacrílega, no de suerte que asintiese a ella con certidumbre, sino prefiriéndola a las demás doctrinas ciertas, las cuales en vez de investigarlas con piedad, las impugnaba con ojeriza y encono.

18. También antes me había parecido que el motivo que me hacía diferir de día en día el seguiros a Vos únicamente, despreciando la esperanza del siglo, era porque no se me descubría alguna cosa cierta hacia donde pudiese yo enderezar los pasos de mi vida. Pero al fin llegó el día en que mi corazón se me manifestase desnudo y sin rebozo, y mi conciencia me reprendiese diciendo: ¿Qué respondes ahora? Tú decías que por no tener certeza de la verdad rehusabas arrojar de ti la pesada carga de vanidad. Ya al presente conoces la verdad y todavía la vanidad te oprime; cuando otros que ni se han consumido como tú inquiriendo la verdad, ni han gastado diez años y más en reflexiones y disgustos para hallarla, en lugar de sentir peso en sus hombros, han cobrado alas con que volar en su seguimiento. De este modo me consumía interiormente y se cubría mi alma de una vehemente y horrible confusión y vergüenza, mientras que Ponticiano refería aquellas cosas.

Pero acabada la plática, y concluido el negocio a que venía, se volvió a marchar. Y yo vuelto a mí entonces, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no castigué y estimulé a mi alma, para que ella ayudase los esfuerzos que yo hacía para irme tras de Vos? Ella lo rehusaba y resistía, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces había alegado estaban ya confutados y deshechos, y le había quedado solamente un temor mudo que no explicaba, y consistía en que temía como el morir el apartarse de la corriente de su costumbre, que la consumía y llevaba a la perdición eterna.

Capítulo VIII

Cómo Agustín se retiró a un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió

19. Entonces en medio de aquella gran contienda que en lo más íntimo de mi corazón había yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbación, así en el ánimo como en el rostro, me volví hacia Alipio atropelladamente, y exclamé diciendo: ¿Qué es esto que pasa por nosotros?, ¿qué es lo que nos sucede?, ¿qué es esto que has oído? Levántanse de la tierra los indoctos y se apoderan del cielo, ¿y nosotros, con todas nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos, porque ellos van delante de nosotros? ¿Y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?

Dije no sé qué otras cosas de este modo, y arrebatado del ímpetu de mi interior congoja me aparté de Alipio, que sin hablarme palabra, atónito y espantado, me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solía, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos,

con el color, con el tono de la voz, explicaba yo más bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decía.

Había un pequeño huerto en la posada donde estábamos, del cual como también de toda la casa usábamos libremente, porque nuestro huésped y dueño no habitaba en ella. A este huerto me condujo el desasosiego de mi corazón, para que nadie impidiese la encendida guerra que contra mí mismo había yo comenzado, hasta que se acabase del modo que sólo Vos sabíais, pues yo mismo lo ignoraba, y no hacía más que enloquecerme con una locura que me era saludable, y padecer las ansias de una muerte que me daba la vida, conociendo solamente lo que en mí había de malo e ignorando lo que de allí a poco había de tener de bueno.

Retireme, pues, al huerto, siguiéndome Alipio sin apartarse de mí un paso, porque aunque él estuviese conmigo, no me estorbaba para estar solo. ¿Y cómo había de dejarme, viéndome en aquel estado? Sentámonos lo más lejos que pudimos de la casa y allí bramaba yo, enfurecido e irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir a abrazarme con Vos, Dios mío, cumpliendo vuestra voluntad y ley, como todos mis sentidos interiores y exteriores, todas mis facultades y potencias me persuadían y clamaban que debía ejecutarlo, elevando hasta el cielo con los mayores elogios esta noble empresa; siendo así que el ir a Vos no había de ser con naves ni carrozas, ni siquiera había que andar tan pocos pasos como los que habíamos dado desde la casa hasta el paraje en que estábamos. Porque no sólo para ir caminando hacia Vos, sino también para llegar a Vos, bastaba solamente el querer ir, siendo un querer perfecto y eficaz, y no una voluntad mudable y achacosa, que de una parte a otra anda variando agitada y sin firmeza, cuyas partes inferior y superior están desavenidas y luchando una con otra.

20. Finalmente, entre las ansias que padecí en aquel tiempo que tardé en resolverme, ejecuté con los miembros de mi cuerpo muchas y variadas acciones, que algunas veces quieren los hombres ejecutarlas y no pueden, o porque les faltan aquellos miembros, o porque los tienen aprisionados, o sin bastantes fuerzas por alguna enfermedad, o por tenerlos de cualquier modo impedidos. De modo, que si en aquel lance me arranqué[82] los cabellos, si me herí la frente, si con las manos cruzadas me apreté las rodillas, fueron acciones que las hice por querer yo hacerlas; y pudo haber sucedido que quisiese ejecutarlas y no las ejecutase, porque los brazos y manos con que las había de ejecutar no me obedeciesen. Hice, pues, entonces muchísimas acciones, no obstante que no era lo mismo el querer, que el poder hacerlas; y no hacía lo que me agradaba mucho más que todo aquello sin comparación alguna, siendo así que luego que hubiera querido, hubiera

podido también ejecutarlo, porque era imposible que no quisiese lo que efectivamente quería; y respecto de los actos de la voluntad, lo mismo es el querer que el poder, pues aun el mismo acto de querer ya es hacer y ejecutar; con todo eso no se hacía en aquella ocasión lo mismo que quería mi voluntad.

De modo que más fácilmente obedecía el cuerpo a la más leve insinuación del alma, moviéndose todo él luego al punto a su mandato, sin resistencia ni dilación alguna, que ella propia se obedecía a sí misma en cumplir aquella grande e importante voluntad, que solamente con su voluntad misma había de cumplirse y perfeccionarse.

Capítulo IX

En qué consiste que, mandando el alma en sí misma, no se hace algunas veces lo que manda

21. ¿De dónde nace este monstruoso desorden?, o ¿qué causa y razón puede haber para esto? Resplandezca sobre mí, Señor, vuestra misericordia, comunicándome algún rayo de luz con que se disminuyan las tinieblas oscurísimas de la ignorancia, que es una de las penas y miserias de los hijos de Adán, a ver si pueden responderme a lo que he preguntado.

¿De dónde nace este monstruoso desorden?, ¿y cuál es la causa o principio de que suceda una cosa tan extraña? Manda el alma al cuerpo, y al instante es obedecida; mándase el alma a sí misma, y halla resistencia. Manda el alma que la mano se mueva, y con tanta facilidad es obedecida, que apenas se puede notar la diferencia que hay entre el mandamiento de la una y la ejecución de la otra, siendo así que el alma que manda es espíritu y la mano que obedece es cuerpo. Manda el alma a sí misma que quiera alguna cosa y, no obstante que no hay distinción entre quien lo manda y quien lo ha de ejecutar y obedecer, no se hace ni ejecuta lo que ella manda.

Pues ¿de qué proviene este desorden monstruoso?, o ¿cómo sucede esto? Manda el alma, repito, que ella misma quiera esto o aquello, y no lo mandaría si no lo quisiera; con todo eso no se hace lo que manda. Pero el caso es que eso mismo que ella quiere, no acaba de quererlo entera y perfectamente, conque tampoco entera y perfectamente lo manda. Porque en tanto lo manda, en cuanto lo quiere; y en tanto deja de hacerse lo que manda, en cuanto ella no lo quiere. La voluntad es la que manda que haya voluntad de aquello que manda, y no que haya otra voluntad que sea distinta de ella, sino ella misma. Conque se conoce claramente que la voluntad que manda así, no es completa ni cabal; por eso no se hace lo que manda. Porque si

fuera la voluntad entera y perfecta no tendría que mandar querer, porque esta voluntad actual o este querer ya estaría hecho, ya lo habría.

Conque no es monstruosidad querer en parte y en parte no querer, sino que ésta es flaqueza y debilidad del alma, que por estar sobrecargada de su costumbre antigua no acaba de levantarse hacia donde la guía y eleva la verdad; así, tiene como dos voluntades, porque ninguna de ellas es total y perfecta; de modo que el ser que tiene la una es precisamente el ser que falta a la otra.

Capítulo X

Contra los maniqueos, que por experimentar en un sujeto a un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferían que había en el hombre dos naturalezas contrarias

22. Perezcan, Dios mío, a vuestra presencia, como inventores de fábulas y engañadores de las almas, los que viendo en sí dos voluntades opuestas en sus determinaciones, afirman que hay dos naturalezas de almas, la una buena y la otra mala. Ellos sí que son los malos cuando afirman y establecen tan malas doctrinas, pero ellos mismos serían buenos si dieran asenso a la doctrina verdadera y la creyesen, para que entonces les dijera vuestro Apóstol: Por algún tiempo habéis sido tinieblas, pero ya al presente sois luz en el Señor. Mas estos hombres por la locura de querer ser luz en sí mismos y no en el Señor, e imaginar y juzgar que la sustancia y el ser del alma es el mismo que el de Dios, han venido a convertirse en tinieblas mucho más oscuras y espesas, porque su arrogancia y presunción los apartó mucho más de Vos, Dios mío, que sois la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Atended, hombres, reflexionad bien lo que decís y avergonzaos de semejantes delirios; no dilatéis el acercaros al Señor, y os alumbrará su luz, y así os libraréis del rubor y confusión eterna que os amenaza.

Cuando yo trataba de resolverme a servir a mi Dios y Señor como mucho tiempo había pensado, yo era el que quería y yo era el que no quería; yo mismo, yo mismo era; pero ni del todo quería, ni del todo no quería; así peleaba contra mí mismo, y a mí mismo me deshacía y destruía. Bien cierto es que esta disposición y destrucción se hacía contra mi voluntad, pero esto no prueba que había en mí otra naturaleza de alma enemiga, sino que muestra claramente que aquella división era pena y castigo que mi alma padecía. Así, no era yo el que causaba aquella destrucción y pena mía, sino el pecado que habitaba en mí, para castigo de otro pecado cometido más libremente, del que yo participaba por ser hijo de Adán.

23. Porque si hubiera en nosotros tantas naturalezas contrarias, como hay voluntades opuestas, ya no serían precisamente dos naturalezas, sino muchas más. Supongamos que estuviese uno dudando si asistiría a una junta que tenían los maniqueos, o si iría al teatro, en cuyo lance clamarían ellos, diciendo: Ved ahí claramente dos naturalezas contrarias: la una buena, que lleva al hombre a lo bueno; y la otra mala, que le lleva a lo malo. Porque si no, ¿de dónde puede nacer esta detención del hombre para escoger entre estas dos voluntades contrarias? Pero yo respondo que son malas entrambas voluntades, ya sea la que guiara a sus juntas y conciliábulos, ya sea la que llevara al teatro, aunque ellos están persuadidos de que no puede dejar de ser buena la voluntad que nos lleva y guía hacia ellos.

Mas ¿qué dirán si ponemos el ejemplo en un católico que estuviese perplejo, porque sentía en sí dos voluntades que altercaban una con otra, haciéndole dudar si iría al teatro o si iría a nuestra iglesia? ¿No se hallarían también ellos perplejos, dudando lo que habían de responder? Porque o habían de verse precisados a confesar lo que ellos no quieren, esto es, que es buena la voluntad de ir a nuestra iglesia, como van los que profesan nuestra religión y han recibido sus Sacramentos, o que en un solo hombre hay dos naturalezas malas y dos malas voluntades que pelean entre sí; por tanto, no será verdad lo que continuamente están ellos diciendo, esto es, que no hay más que dos naturalezas, la una buena y la otra mala; o tendrán que rendirse a la fuerza del argumento, confesando que cuando el hombre se halla en ese estado de dudas, una sola alma es la que se ve combatida de dos voluntades contrarias.

24. Pues no tienen ya que decirnos, cuando experimentan en un mismo hombre dos voluntades opuestas una a otra, que hay en él dos almas contrarias entre sí, la una buena y la otra mala; y que como dimanadas aquéllas de dos sustancias y principios contrarios, están luchando una con otra. Porque Vos, Dios mío, que sois la suma verdad, los reprobáis, redargüís y convencéis con el ejemplo de dos voluntades opuestas, que una y otra sean malas, como cuando uno está dudando si dará la muerte a otro con un veneno o con un puñal; si entrará a destruir esta heredad ajena o la otra de más allá, suponiendo que no puede destruir entrambas; si gastará el dinero en lujuria o si le guardará con avaricia; si irá al circo o si irá al teatro cuando entrambas fiestas se dan en un mismo día al pueblo. Añado que se le proponga a su voluntad otro tercer objeto, que le haga dudar si irá a la casa ajena a cometer un hurto, teniendo ocasión oportuna para ello; añádase también otra cuarta voluntad que puede tener el hombre dudando si irá a cometer un adulterio, suponiendo que tiene proporción para todas estas cosas, que concurran todas al mismo tiempo, y que él las desee todas

igualmente, sin que todas a un mismo tiempo puedan ejecutarse. Ve aquí cuatro voluntades incompatibles entre sí y contrarias unas de otras, que dividen o despedazan el alma en otras tantas partes, o también en muchas más, según el número y multitud de cosas que se apetezcan al mismo tiempo; y con todo eso no suelen admitir ellos en un mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas o naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto si es bueno divertirse un hombre en leer al Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algún salmo; y finalmente, si será bueno también conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio, me responderán que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen a un tiempo e igualmente se aficionase la voluntad de todas ellas, ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazón del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Conque todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, a la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazón hacia el cielo y, por otra, el deleite de los bienes temporales le abate hacia la tierra, porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad; por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita a que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

Capítulo XI

Lucha que experimentaba Agustín entre el cuerpo y el espíritu

25. De este modo me veía enfermo y atormentado, reprendiéndome a mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada, y dando vueltas y más vueltas en los mismos lazos que me oprimían, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenía aún preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulabais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecía del temor y la vergüenza, para que no cesase en procurar romper aquello poco y tenue que restaba de mis prisiones; no sea que volviese a rehacerse y fortificarse, y me atase entonces más fuerte y apretadamente.

Yo decía en mi interior: Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos; y además de decir esto, deseaba ya y me agradaba ejecutarlo. Ya casi lo hacía, y realmente lo dejaba de hacer, pero no volvía a caer y enredarme en los antiguos lazos, sino que estaba parado junto a ellos, como tomando aliento para acabar de romperlos. Volvía a procurar con más esfuerzo llegar a aquel estado que deseaba, y casi estaba ya en él, casi ya le tocaba, casi ya le tenía; pero real y verdaderamente ni estaba en él, ni le llegaba a tocar, ni le tenía, por no acabar de resolverme a morir para todo lo que es muerte y sólo vivir a la verdadera vida; porque tenía mayor poder sobre mí lo malo acostumbrado que lo bueno desusado. Finalmente, cuanto más se iba acercando aquel instante de tiempo en que había de ser ya muy otro, tanto me causaba mayor miedo y espanto, pero no me hacía retroceder ni apartarme del intento, sino suspenderme y detener el paso.

26. Las cosas más frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, ésas eran las que me detenían, y como tirándome de la ropa parece me decían en voz baja: pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello? Pero ¡qué cosas eran las que me sugerían, y yo explico solamente con las palabras esto ni aquello!, ¡qué cosas me sugerían, Dios mío! Apartad, Señor, por vuestra misericordia, del alma de este vuestro siervo y de mi memoria aun la idea de las suciedades e indecencias que me sugerían. Pero ya las oía tan escasamente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni me contradecían como antes cara a cara, sino como murmurando a espaldas mías, siguiendo mis pisadas y como llamándome y tirándome por detrás para que volviese a mirarlas. No obstante, entretenían y retardaban mi fuga, por no tener yo valor para separarme de ellas con aspereza y sacudirme de sus importunaciones saltando y atropellando por todo para seguir mi vocación, porque la violencia de mi costumbre no cesaba de decirme: ¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?

27. Pero esto me lo decía ya con gran tibieza, porque por aquella misma parte hacia donde tenía puesta mi atención y adonde me daba miedo el pasar, se me descubría la excelente virtud de la continencia, que se me representaba con un rostro sereno, majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase adonde ella estaba y desechase enteramente todas las dudas que me detenían; además de esto extendía sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno, lleno de gran multitud de continentes, con cuyo ejemplo me alentaba. Allí había innumerables personas de diferentes edades; allí una multitud de mozos y doncellas; allí otros muchísimos de mayor edad, venerables viu-

das y vírgenes ya ancianas; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril, antes bien era fecunda y abundante en alegrías y gozos espirituales, nacidos de teneros a Vos por esposo. Y la continencia, como burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba a seguirla, parece que me decía: Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos éstos y éstas? ¿Por ventura lo que éstos y éstas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas o por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dio continencia, pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si ésas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que Él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males.

Yo me corría y avergonzaba mucho, porque todavía estaba oyendo el murmullo de aquellas fruslerías, que me tenían suspenso y sin acabar de resolverme. Entonces otra vez la continencia parece que me decía: Hazte sordo a las voces inmundas de tu concupiscencia, que así ella quedará enteramente amortiguada. Ella te promete deleites, pero no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor.

Toda esta contienda pasó dentro de mi corazón, batallando interiormente yo mismo contra mí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de mi lado, aguardaba silenciosamente a ver en qué venían a parar los desusados movimientos y extremos que yo hacía.

Capítulo XII

Cómo se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo

28. Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había en el fondo de mi corazón, y junta y condensada toda mi miseria se elevó cual densa nube y se presentó a los ojos de mi alma, se formó en mi interior una tempestad muy grande, que venía cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda y desahogarme en los sollozos y gemidos que le correspondían, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad más a propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbase. Tan grande era el deseo que tenía de llorar entonces; bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubría que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar, lo que a él le

causó extraordinaria admiración y espanto, y le obligó a quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

Yo fui y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse, mas soltando las riendas a mi llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. También hablando con Vos decía muchas cosas entonces, no sé con qué palabras, que si bien eran diferentes de éstas, el sentido y concepto era lo mismo que si dijera: Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habéis de mostraros enojado? No os acordéis ya jamás de mis maldades antiguas.

Porque conociendo yo que mis pecados eran los que me tenían preso, decía a grito con lastimosas voces: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga, mañana y mañana?, pues ¿por qué no ha de ser desde luego y en este día?, ¿por qué no ha de ser en esta misma hora el poner fin a todas mis maldades?

29. Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando he aquí que de la casa inmediata[83] oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: Toma y lee, toma y lee. Yo, mudando de semblante, me puse luego al punto a considerar con particularísimo cuidado si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así, reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas, me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio, que entrando por casualidad en la iglesia al tiempo que se leían aquellas palabras del Evangelio: Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven y sígueme; él las había entendido como si hablaran con él determinadamente y, obedeciendo a aquel oráculo, se había convertido a Vos sin detención alguna. Yo, pues, a toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol cuando me levanté de aquel sitio. Tomé el libro, lo abrí y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo.

No quise leer más adelante, ni tampoco era menester, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón

un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas.

30. Entonces cerré el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para anotar el pasaje, o no sé si puse algún otro registro, y con el semblante ya quieto y sereno, le signifiqué a Alipio lo que me pasaba. Y él, para darme a entender lo que también le había pasado en su interior, porque yo estaba ignorante de ello, lo hizo de este modo. Pidió que le mostrase el pasaje que yo había leído, se lo mostré y él prosiguió más adelante de lo que yo había leído. No sabía yo qué palabras eran las que seguían; fueron éstas: Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe. Lo cual se lo aplicó a sí y me lo manifestó. Pero él quedó tan fortalecido con esta especie de aviso y amonestación del cielo, que sin turbación ni detención alguna se unió a mi resolución y buen propósito, que era tan conforme a la pureza de sus costumbres, en que había mucho tiempo que me llevaba él muy grandes ventajas. Desde allí nos entramos al cuarto de mi madre, y contándole el suceso como por mayor, se alegró mucho desde luego, pero refiriéndole por menor todas las circunstancias con que había pasado, entonces no cabía en sí de gozo, ni sabía qué hacerse de alegría; ni tampoco cesaba de bendeciros y daros gracias, Dios mío, que podéis darnos mucho más de lo que os pedimos y de lo que pensamos, viendo que le habíais concedido mucho más de lo que ella solía suplicaros para mí por medio de sus gemidos y afectuosas lágrimas. Pues de tal suerte me convertisteis a Vos, que ni pensaba ya en tomar el estado del matrimonio ni esperaba cosa alguna de este siglo, además de estar ya firme en aquella regla de la fe, en que tantos años antes[85] le habíais revelado que yo estaría. Así trocasteis su prolongado llanto en un gozo mucho mayor que el que ella deseaba, y mucho más puro y amable que el que ella pretendía en los nietos carnales que de mí esperaba.

Libro IX

Vase Agustín con su madre y los demás compañeros a la quinta de Verecundo. Renuncia a la cátedra de retórica y se ocupa en escribir libros. Después, a su tiempo vuelve e Milán, donde con Alipio y Adeodato recibe el bautismo. Desde allí dispone volverse a África en compañía de su madre y de los demás. Después refiere la vida de su santa madre y su muerte, acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre

Capítulo I

Reconociendo Agustín su miseria, alaba la suma bondad de Dios

1. Yo, Señor, puedo decir con David, soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, e hijo de una sierva vuestra. Ya que habéis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande beneficio tributaros sacrificios de alabanzas. Alábeos mi corazón y mi lengua, y todos mis sentidos y potencias digan: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Y Vos, Señor, dignaos respondedme, decid a mi alma: Yo soy tu salud.

¿Quién soy yo y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad a mis obras, cuando no a mis obras, a mis palabras, cuando no a mis palabras, a los deseos y afectos de mi voluntad? Pero Vos, Señor, conmigo procedisteis como bueno y misericordioso: vuestra mano me fue tan favorable y poderosa, que me sacó de lo profundo de la muerte en que estaba sumergido y agotó la maldad de mi corazón, que estaba hecho un abismo de corrupción e iniquidad. Todo esto se reducía a que yo no quisiese ya lo que antes quería, y quisiese lo que Vos queríais. Pero durante toda aquella multitud de años, ¿dónde estaba mi libre albedrío?, ¿de qué profundo y escondido seno hube de sacarlo repentinamente, Redentor y favorecedor mío Jesucristo, para que libre y voluntariamente sujetase mi cerviz a vuestro suave yugo y mis hombros a vuestra ligera carga?

¡Oh, cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran más que simplezas y vanidades! Pues si antes me daba

susto el perderlas, después me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la verdadera y suma delicia, las echabais fuera de mi alma; y no solamente las echabais fuera, sino que en su lugar entrabais Vos, que sois dulzura soberana y superior a todos los deleites, aunque imperceptible por los sentidos de la carne y de la sangre; entrabais Vos, que sois más claro, hermoso y transparente que toda luz, aunque más escondido y secreto que todo cuanto hay secreto y escondido; entrabais Vos, que sois más excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquéllos que se tienen por grandes en sí mismos.

Ya mi alma se veía libre de los cuidados que causa la ambición de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos y de hallar medios con que avivarlos y excitarlos a los deleites sensuales; y sólo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios y mi Señor.

Capítulo II

Dilata Agustín renunciar la cátedra de retórica hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia

2. También determiné, habiéndolo considerado delante de Vos, que me convenía dejar la cátedra de retórica que regentaba, pero no luego al punto y arrebatadamente, sino irme poco a poco retirando de aquella ocupación, en que con el ministerio de mi lengua hacía comercio de la locuacidad, para que de allí adelante no comprasen de mi boca las armas de la elocuencia jóvenes estudiantes, que en lugar de aprovecharse de ellas para la observancia y cumplimiento de vuestra ley y para conservar vuestra paz, habían de emplearlas en cavilaciones engañosas explicando su furor en las contiendas de los tribunales.

A esta mi determinación favorecía la oportunidad, pues faltaban ya pocos días para las vacaciones de las vendimias. Resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme pública y solemnemente, y no volver a vender mi enseñanza y doctrina, después que me había rescatado vuestra gracia.

Este mi designio era solamente manifiesto a Vos y a los amigos y familiares que vivían conmigo, pero respecto a los demás estaba reservado. Todos nosotros habíamos convenido en que no se divulgase nuestro intento; no obstante que Vos, Señor, a los que ya íbamos subiendo desde este valle de lágrimas86, y cantando alegremente el Cántico de los grados, que cantan los que suben hacia Vos, nos habíais armado y prevenido de las saetas agudas y encendidas ascuas que sirven para resistir a las lenguas engañosas de

los falsos amigos, que so color de dar consejo se oponen a nuestros buenos intentos, y con pretexto de amarnos nos destruyen, así como acostumbra la lengua hacer con el manjar, que por quererlo, lo deshace y consume.

3. Las saetas de vuestro amor y caridad habían traspasado ya mi corazón, y tenía atravesadas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma; además de eso, los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que vuestra gracia había hecho pasar de las tinieblas a la luz y de la muerte a la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria e imaginación, eran como unas brasas encendidas que quemaban y consumían todo el material pasado de los afectos terrenos, para que su gravedad no me arrastrase a las cosas de este mundo: ardía ya en mi corazón tan activo fuego, que cualquier aire de contradicción que saliese de semejantes bocas y lenguas engañosas más pudiera servir para avivarlo que para extinguirlo.

Por otra parte, siendo la santidad de vuestro nombre tan conocida y alabada en todo el mundo, es cierto que aquel buen deseo y determinación que habíamos tomado, tendría también muchos que lo alabasen y aplaudiesen: así podría parecer especie de jactancia no aguardar aquel poco tiempo que faltaba para las vacaciones, sino antes de que llegasen, renunciar a la cátedra y retirarme enteramente de aquella mi profesión de retórica, que era pública y patente a los ojos de todos. Esto sería llamar la atención de los que vieran el hecho de mi renuncia y dimisión, dándoles motivo para que hablasen mil cosas y dijesen que determinadamente lo había anticipado a las vacaciones, que estaban tan próximas, para que se hablase de mí y fuese reputado por persona de provecho o por un grande hombre. ¿Y qué necesidad tenía yo de darles motivo de hablar así, de que se pensase de mí con variedad, de que se disputase sobre mi intención y se hablase mucho y mal de nuestro bien?

4. Fuera de que también en aquel mismo verano experimentaba que el pulmón se me había comenzado a fatigar y ceder a mi excesiva aplicación y trabajo; con la difícil respiración y dolores del pecho significaba estar algo lastimado, por manera que no me dejaba hablar en voz alta ni por mucho tiempo. Eso al principio me dio algún cuidado, viéndome casi obligado ya por necesidad a dejar la carga de enseñar la retórica, o a lo menos a interrumpir por algún tiempo la enseñanza, mientras procurase curarme y convalecer. Pero bien sabéis, Dios mío, que luego que en mi corazón nació y se confirmó aquel deseo de dejarlo todo y entregarme únicamente a Vos y a meditar que Vos sois mi Dios y mi Señor, comencé también a alegrarme, por tener esta excusa verdadera con que templar el sentimiento de los hombres, que por el amor de sus hijos no querían que yo me viese nunca libre de la obligación y cargo de enseñarlos.

Lleno, pues, de esta alegría, iba aguantando aquel espacio de tiempo, hasta que se acabase de pasar, que no sé si eran veinte días cabales los que faltaban; pero los toleré constantemente, pues aunque ya me había dejado la codicia, que era la que me ayudaba a llevar aquel pesado empleo, sucedió la paciencia en su lugar a darme fuerzas para que el peso no me oprimiese enteramente llevándolo yo solo.

Puede ser que algunos de vuestros siervos y hermanos míos digan que hice mal y pequé en aguardar aquel poco tiempo, que teniendo ya mi corazón lleno de deseos y determinaciones de seguir la milicia cristiana, no debía haber permanecido ni estar sentado siquiera por una hora en la cátedra de la mentira.

No porfío sobre esto. Pero vuestra infinita misericordia, Dios y Señor mío, ¿no me ha perdonado ya también este pecado, justamente con todos los demás, tan horrendos y mortales, en las santas aguas del Bautismo?

Capítulo III

Cómo Verecundo le cedió a Agustín una casa de campo en que viviese mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo

5. Verecundo, muy amigo nuestro, que estaba casado con una cristiana, aunque él no era cristiano todavía, sabiendo nuestro buen propósito y la resolución que habíamos tomado, se consumía de pena y sentimiento, porque veía que le era forzoso privarse de nuestra compañía por la multitud de sus negocios e impedimentos, de que no podía desprenderse y desembarazarse; y especialmente porque, siendo casado, era la mujer una corma que le oprimía y estorbaba mucho, más que todo, el poder seguir nuestro camino y abrazar el género de vida que habíamos comenzado. Además de esto, él decía que no quería ser[87] cristiano, sino de aquel modo que para él no era posible. Pero nos ofreció con toda benignidad y franqueza una casa de campo que tenía, para que la habitásemos todo el tiempo que nos habíamos de detener en Milán.

Dignaos, Señor, pagarle esta buena obra en la resurrección de los justos, supuesto que ya le concedisteis ser contado entre ellos. Pues cuando estábamos ya en Roma, aunque ausente de nosotros, se hizo cristiano en una enfermedad que padeció, y partió de esta vida marcado con el sello de la fe, en lo cual, Señor, no solamente tuvisteis misericordia de él, sino también de nosotros, para que no fuésemos continua y cruelmente atormentados por la pena y dolor intolerables de no poder contar en nuestro rebaño a un tal amigo, que tan generosa y excelentemente se había portado con nosotros.

Gracias a Vos, Señor, que somos de los vuestros, como lo dan a entender las mismas exhortaciones que nos hacéis y los mismos consuelos que nos dais. Como tan fiel en vuestras promesas, esperamos que por aquella heredad que nos cedió Verecundo, llamado Casiciaco, en la que descansamos en Vos de las fatigas del siglo, después de haberle perdonado los pecados que cometió en este mundo, le daréis la eterna amenidad de vuestro paraíso que nunca se marchita, por estar colocado en aquel monte pingüe, monte vuestro, monte fertilísimo.

6. Angustiábase, pues, con nuestra determinación el amigo Verecundo, pero se alegraba extremadamente Nebridio. Porque si bien éste tampoco era cristiano todavía, y cayera antes en el pernicioso error de creer que el cuerpo de vuestro Hijo, que es la verdad por esencia, era aparente y fantástico, no obstante, ya había salido de él, bien que permanecía sin recibir sacramento alguno de los preparatorios que usa vuestra iglesia, con todo de ser grandísimo y vigilantísimo indagador de la verdad. Poco después, empero, de nuestra conversión y regeneración por vuestro santo Bautismo, se hizo también él católico cristiano y, vuelto al África, vivió entre sus parientes, observando continencia y castidad perfecta, habiendo hecho cristianos a todos los de su casa, cuando fuisteis servido de sacarle de esta vida, y ahora vive en el seno de Abraham.

Sea lo que fuere lo que se entiende y significa por aquel seno, en él vive mi Nebridio, allí vive mi dulce amigo, a quien Vos, Señor, primeramente sacasteis de la sujeción de esclavo y después le hicisteis hijo adoptivo vuestro. Porque ¿qué otro lugar correspondía a un alma como la suya? Ahora, pues, vive él en aquel seno, acerca del cual solía él preguntarme muchas cosas siendo yo un hombrecillo ignorante y sin experiencia de ellas. Ya no aplica sus oídos a mi boca para escuchar mis respuestas, sino que, como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma a la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Pero juzgo que por mucho que se embriague bebiendo sin cesar de ella, no se ha de olvidar de mí, cuando Vos, Señor, que sois esa misma fuente de que él bebe, os acordáis de mí.

Así, pues, nos hallábamos entonces, por una parte consolando a Verecundo, que sin faltar a la amistad se entristecía del método de vida que abrazábamos por nuestra conversión; y al mismo tiempo exhortándole a que abrazase vuestra fe y os sirviese en aquel grado que le correspondía, esto es, en el mismo estado del matrimonio en que se hallaba; mientras por otra parte aguardábamos que nos acompañase Nebridio, que facilísimamente podía ejecutarlo y estaba ya para hacerlo sin demora. Con esto se pasaron finalmente aquellos días, que se me hicieron largos y muchos por el deseo

que tenía de verme desocupado para cantaros con todas las potencias de mi alma: Señor, mi corazón os ha dicho que yo he buscado la luz de vuestro rostro: vuestro rostro, Señor, he de buscar.

Capítulo IV

De los libros que escribió, después de retirado con todos los suyos a la dicha heredad de Casiciaco; de las cartas a Nebridio; afectos que experimentaba leyendo los Salmos, y cómo sanó milagrosamente de un vehementísimo dolor de dientes

7. Llegó, por fin, el día en que efectivamente había de exonerarme del empleo de maestro de retórica, como ya lo estaba con la intención y la voluntad. Efectuose la dimisión de dicho empleo, con lo cual sacasteis a mi lengua de las prisiones y grillos de que habíais sacado mi corazón; y yo, lleno de gozo y dándoos muchas gracias por ello, me retiré a la quinta de Verecundo con todos los amigos.

Los libros que allí compuse, ya de las materias que trataba y controvertía con mis compañeros, ya conmigo solo y en presencia vuestra, y las cartas que escribí a Nebridio, que estaba ausente, testifican la clase de estudios en que me ocupaba entonces, pues todas aquellas obras las escribí y ordené a vuestro servicio, no obstante que conservan todavía algún resabio de la escuela de la vanidad, lo cual puede compararse con aquel jadear o difícil respiración del que va corriendo, que le dura aun después de estar parado.

Pero ¿qué tiempo bastaría para que yo refiriese por menor los grandes beneficios que Vos me hicisteis en todo aquel tiempo, especialmente metiéndome mucha prisa en el deseo de llegar a referir otras mayores mercedes? Porque me está llamando y me deleita verdaderamente el acordarme, Señor, y publicar ahora con qué interiores estímulos domasteis mi ferocidad, de qué modo allanasteis en mí los montes y collados de mis altivos pensamientos, enderezasteis mis caminos torcidos y suavizasteis los ásperos y fragosos; de qué modo también a Alipio, hermano de mi corazón, le sujetasteis al nombre de vuestro unigénito Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre no quería él antes que sonase en mis escritos, gustando más de que oliesen a las soberbias doctrinas de los filósofos, cedros que el Señor había quebrantado, que a las saludables hierbas de las doctrinas sagradas, cuya virtud ahuyenta las serpientes ponzoñosas.

8. ¡Qué voces os daba yo, Dios mío, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo y bisoño en

amaros con verdadero amor, acompañado de Alipio, que era también catecúmeno, y de mi madre, que era por el traje mujer, por la fe varonil, por su ancianidad segura, por su maternidad amorosa, por su piedad muy cristiana, me ocupaba en leer los Salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devoción y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad! ¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendían en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazón y soberbia del género humano! Bien sé que ya se cantan en todo el universo, verificándose en esto también que no hay quien se esconda de vuestro calor y luz.

¡Con cuán vehemente y vivo sentimiento me indignaba contra los maniqueos, porque tan locamente procedían contra aquel antídoto que podría curar las dolencias de su alma!, aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios, que eran las medicinas más conducentes a su salud. Quisiera que hubieran estado allí, en un sitio inmediato, que sin saberlo yo, hubieran visto entonces mi semblante y oído las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma había producido la lectura del cuarto salmo, cuando leí en el tiempo y lugar que he dicho repitiendo estas palabras: Luego que comencé a invocaros, Dios mío, principio y causa de toda mi justicia, luego al punto fue mi súplica bien oída y despachada de Vos; cuando me estrechaban las tribulaciones, me desahogasteis colocándome en espaciosas anchuras. Tened, Señor, misericordia de mí y concededme lo que os pido en mi oración. ¡Ojalá que ellos hubieran oído todas las cosas que yo entonces mezclé entre estas palabras! Pero lo habían de haber oído, sin saber yo que me oían, para que no juzgasen que lo decía porque ellos me escuchaban. Porque, a la verdad, ni yo hubiera acertado a decir tan buenas cosas, ni las hubiera dicho de aquel modo y con tan vivos afectos si conociera que ellos me estaban viendo y escuchando. Y dado caso que las hubiera dicho, y del mismo modo, ellos no hubieran sacado de mis palabras tanto provecho como diciéndolas yo a mis solas y hablando conmigo mismo en presencia vuestra, movido sólo del natural afecto de mi alma.

9. Bien sabéis, Padre amantísimo, que me horroricé temiendo vuestra justicia y también me enfervoricé esperando y alegrándome mucho en vuestra misericordia, que estos mismos afectos se me salían por los ojos y boca cuando en el mismo salmo leí aquellas palabras que dice vuestro Espíritu Santo hablando con nosotros: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habéis de tener tan pesado y terreno el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Porque yo me hallaba comprendido en esto, pues había

amado la vanidad y buscado la mentira; por eso ignoraba lo que allí dice el Profeta, esto es, que Vos, Señor, ya habíais glorificado a vuestro Santo, resucitándole de entre los muertos y colocándole a vuestra diestra, para que desde allí enviase al divino consolador, Espíritu de verdad, según lo había prometido, y como efectivamente ya le había enviado. Ya le había enviado, porque ya él había sido glorificado, resucitando de entre los muertos y subiendo a los cielos; que si hasta entonces el Espíritu Santo no había sido dado, era porque Jesucristo no había sido hasta entonces glorificado.

El Real Profeta clamaba: ¿Hasta cuándo habéis de tener pesado el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Sabed que el Señor ha glorificado ya a su SANTO. Primero clama diciéndonos: ¿Hasta cuando? Después vuelve a clamar y decirnos: Sabed. Y yo, que fui por tanto tiempo ignorante, que amé la vanidad y busqué la mentira, por eso me estremecí todo al oír aquellas palabras, por acordarme muy bien de que yo había sido tal como aquéllos a quienes se dirigían. Porque en aquellos fantasmas que yo había abrazado en lugar de la verdad no había otra cosa que vanidad y mentira. Por eso dije entonces muchas sentencias graves y fuertes hasta en el modo de decirlas, por el sentimiento y dolor que me causaba acordarme de aquellas cosas. ¡Ojalá que las hubieran oído los que todavía perseveran amando la vanidad y buscando la mentira! Puede ser que al oírme se hubieran conmovido tanto, que llegasen a vomitar aquel veneno, y Vos, Señor, los hubierais atendido cuando clamasen a Vos y confesasen que padeció por nosotros verdadera muerte en un cuerpo real y verdadero. El mismo que ahora os ruego y pide por nosotros.

10. Allí también leía: Servíos de vuestra ira para no pecar. Esto, Dios mío, ¡cuánto me conmovía, por haber aprendido ya a enojarme contra mí por mis pasados desórdenes, para no volver a pecar en adelante! Y era justo enojarme contra mí, porque estaba plenamente convencido de que no era otra naturaleza del linaje de las tinieblas, distinta de la mía, la que pecaba en mí, como enseñaban aquéllos que no se irritan ni enojan contra sí mismos, pero van atesorando contra sí enojos para el día de la ira, que es el día de la manifestación de vuestro justo juicio.

Tampoco miraba ya estas cosas exteriores, como si fueran los verdaderos bienes a que debía aspirar, ni buscaba mi felicidad en estas cosas visibles a los ojos corporales y que se registran con la luz del sol. Porque aquellos herejes, que querían ser felices gozando de estas cosas corpóreas y exteriores, con facilidad se ven burlados y se vuelven inútiles y vanos sus deseos; como derrumban su corazón y lo entregan totalmente a estas cosas visibles que duran poco y las consume el tiempo, no tienen más recurso que estar como lamiendo con la lengua de su hambrienta imaginación las especies o

imágenes que de aquellas cosas han quedado en ella. Ojalá que, siquiera acosados del hambre, llegasen a decir: ¿Quién nos manifestará los bienes sólidos y verdaderos?, para que entonces les digamos que atiendan al Real Profeta, que dice: Señor, la luz de vuestro divino rostro está grabada en nuestro corazón. Porque nosotros no somos aquella luz que alumbra a todos los hombres, sino que somos iluminados de Vos, para que los que antes éramos tinieblas, seamos luz en Vos.

¡Oh, si ellos vieran en su interior aquel bien eterno que yo había comenzado a gustar! Me deshacía y consumía considerando que me era imposible hacérselo ver a ellos, aunque me preguntaran y dijeran: "¿quién nos manifestará los verdaderos bienes?", mientras me presentasen un corazón como el suyo, que sólo cree y asiente al informe de sus ojos, y busca solamente los bienes fuera de Vos. Porque allá en lo más íntimo de mi alma, donde yo me enojé contra mí mismo, donde sentí una verdadera compunción, donde os había ofrecido y sacrificado mis antiguas costumbres, y esperando en vuestra gracia había comenzado a pensar en hacer vida nueva; allí mismo fue donde Vos, Señor, comenzasteis a darme a conocer vuestra dulzura y a llenar mi corazón de alegría.

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorrumpía en varias exclamaciones, ordenadas a no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente había de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían a mí; siendo así que hallaba y tenía en la simplicidad de un bien eterno otra suerte de pan, vino y aceite que alimenta eternamente las almas.

11. También, cuando leía el verso que se sigue, exclamaba desde lo más profundo de mi corazón, diciendo aquellas palabras: ¡Oh paz!, ¡oh inalterable descanso! O lo que expresa el Profeta con decir: ¡En su paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso! Porque ¿quién se nos opondrá, cuando llegue a cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura: Quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria?97. Vos, Señor, sois ese mismísimo Ser, que nunca puede mudarse; y en Vos es donde se halla este descanso perfecto que hace olvidar todos los trabajos, pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira a Vos solamente y no aspira a conseguir esa varia multitud de cosas que no son lo que Vos sois.

Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecía, pero no hallaba cómo darme a entender a aquellos herejes tan sordos como muertos, de cuya pestífera secta había sido yo antes, cuando poseído de aquella amargura y ceguedad había ladrado contra las Sagradas Escrituras, que comuni-

can una dulzura que es como una miel del cielo y una luz y resplandor que es vuestra misma luz; por eso me abrasaba la ira, me consumía el enojo de que hubiese quien contradijese a tan divina Escritura.

12. ¿Cuándo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado ni quiero pasar en silencio el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera, y habiéndose agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento el pedir a todos mis amigos que me acompañaban, que rogasen por mí a Vos, que sois Dios y Señor de toda la salud. Escribí esto en una tabla encerada y se la di a ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fue ponernos de rodillas para haceros la súplica, que desaparecer enteramente aquel dolor. Pero ¡qué dolor era!, ¡y qué repentinamente desapareció! Confieso, Dios y Señor mío, que me quede atónito y espantado, porque en toda mi vida no había experimentado semejante cosa. Este admirable suceso grabó en mi corazón la idea que yo debía formar de la eficacia de vuestro poder; y alegrándome mucho de la fe que ya tenía en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud a vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habían perdonado por medio de vuestro santo Bautismo.

Capítulo V

Consulta con San Ambrosio sobre qué Libros Sagrados le sería más conveniente leer

13. Concluido el término de aquellas vacaciones, avisé a los magistrados de Milán que proveyesen a sus estudiantes de otro maestro de retórica, ya porque había determinado ocuparme en vuestro servicio, ya porque no podía continuar en aquel ministerio a causa de la difícil respiración y dolor que padecía en el pecho. También escribí al santo prelado Ambrosio mis pasados errores y extravíos, y los buenos deseos con que al presente me hallaba, a fin de que me dijese cuáles de vuestros Libros Sagrados me convendría más leer, para mejor disponerme a prepararme a recibir dignamente una tan grande gracia como la del Bautismo. Él me mandó que leyese al profeta Isaías, y creo que lo hizo así porque entre los demás profetas éste es el que anuncia con mayor claridad la doctrina del Evangelio y la gracia de la vocación de los gentiles. Pero yo, no habiendo entendido bien lo que leí la primera vez en Isaías, y creyendo que todo lo demás estaría oscuro para mí y tan dificultoso de entender como lo primero, dejé de continuar en aque-

lla lectura con ánimo de volver a ella cuando estuviese más hecho al estilo y lenguaje de la Sagrada Escritura.

Capítulo VI

Vuelve Agustín a Milán, y en compañía de Alipio y Adeodato recibe el sagrado Bautismo

14. Habiendo llegado el tiempo en que debía inscribirse mi nombre en el catálogo de los que estaban admitidos para recibir el Bautismo y se llamaban competentes, dejamos la quinta y nos volvimos a Milán. Alipio quiso también acompañarme en renacer a Vos, para lo cual se había preparado con la grande humildad que requieren vuestros santos Sacramentos, y con tan grave y rigurosa mortificación de su cuerpo, que se atrevió a andar descalzo por aquella tierra de Italia que se hallaba cubierta de hielo, no estando él acostumbrado a eso.

Juntamos también con nosotros al joven Adeodato, que era mi hijo natural, fruto de mi pecado; pero Vos, Señor le dotasteis de unas cualidades muy buenas y excelentes. Aún no tenía quince años, y ya se aventajaba en el ingenio a otros muchos que por la edad y literatura pasaban por hombres graves y doctos.

Dones son y beneficios vuestros estos que os confieso, Dios y Señor mío, Creador de todas las cosas, que sois poderosísimo para reformar nuestras deformidades, pues yo en aquel muchacho no tenía otra cosa mía sino el pecado. Porque el que yo le crease, enseñándole vuestro temor y doctrina, Vos, Señor, me lo inspirasteis y no otro alguno: conque dones son y beneficios vuestros estos que os confieso.

Un libro hay mío, que se intitula Del Maestro, y Adeodato es aquel interlocutor que habla allí conmigo. Bien sabéis Vos, Señor, que aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí en nombre del que introduzco hablando conmigo, todos son verdaderamente de Adeodato, cuando sólo tenía dieciséis años de edad. Pero otras cosas experimenté en él que eran mucho más admirables. Asombrado me tenía aquel ingenio. ¿Y quién sino Vos puede ser el autor de tan grandes maravillas? Bien presto le sacasteis de este mundo; por eso me acuerdo de él ahora con mayor seguridad, sin temer que le suceda alguna desgracia, pues ni en la puericia, ni en la adolescencia, ni en toda su vida encuentro ni descubro cosa alguna que de ningún modo pueda darme cuidado.

Juntamos, pues, a Adeodato con nosotros, para que en la vida de la gracia fuese nuestro coetáneo y para continuar educándole con arreglo a vuestra

ley y doctrina. Finalmente recibimos el Bautismo; y luego al punto se nos quitó aquel cuidado en que nos tenía la memoria de nuestra vida pasada.

Ni me hartaba en aquellos días de la dulzura admirable que causaba en mi alma el considerar vuestra altísima e inescrutable providencia en orden a la salud del género humano. ¡Cuánto lloré también oyendo los himnos y cánticos que para alabanza vuestra se cantaban en la iglesia, cuyo suave acento me conmovía fuertemente y me excitaba a devoción y ternura! Aquellas voces se insinuaban por mis oídos y llevaban hasta mi corazón vuestras verdades, que causaban en mí tan fervorosos afectos de piedad, que me hacían derramar copiosas lágrimas, con las cuales me hallaba bien y contento.

Capítulo VII

Cómo en Milán comenzó la costumbre de cantarse himnos y salmos en la iglesia. Y cómo fueron hallados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio

15. No había mucho que la Iglesia de Milán había comenzado a practicar este género de ejercicio piadoso, que es de tanto consuelo y edificación para los fieles, los cuales concurrían a él con gran celo y devoción, cantando juntamente con las voces y con los corazones. Habría un año, o poco más, que la emperatriz Justina, madre del joven emperador Valentiniano, había dado en perseguir a vuestro siervo Ambrosio, por causa de la herejía de los arrianos con que ella estaba inficionada y seducida; pasaban los fieles las noches en la iglesia, determinados y dispuestos a morir por su obispo y siervo vuestro. Mi madre, vuestra fiel sierva, a quien tocaba la mayor parte del cuidado y consternación que padecían los fieles, era la primera en concurrir también a aquellas vigilias que celebraban, de modo que no vivía sino de sus oraciones. Yo, que todavía estaba frío en la devoción y falto de calor y fervor de vuestro espíritu, no dejaba de conmoverme con el susto y turbación que padecía toda la ciudad. Entonces fue cuando se estableció que cantasen los fieles himnos y salmos, según se acostumbraba ya en las iglesias de Oriente, para entretener y divertir el tedio y la tristeza que pudiera acabar de sobrecoger al pueblo, y desde entonces hasta el día de hoy se ha continuado este piadoso ejercicio, que han adoptado ya casi todas las Iglesias del universo, siguiendo el ejemplo de la de Milán.

16. En este mismo tiempo fue cuando en una visión manifestasteis a vuestro santo obispo el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio, que por tantos años habíais conservado incorruptos y escondidos en el secreto de vuestros tesoros, para manifestarlos

oportunamente cuando conviniese y reprimir la rabiosa furia de una mujer, que además de eso era emperatriz. Porque habiéndolos descubierto y desenterrado[104], al tiempo de trasladarlos a la basílica ambrosiana con el honor y pompa que correspondía, no sólo quedaban sanos y salvos los energúmenos a quienes mortificaban antes los espíritus inmundos, confesando vuestro poder los mismos demonios, sino que también un ciudadano que había muchos años que estaba ciego, y era muy conocido en toda la ciudad, preguntando el motivo que tenía el pueblo para aquellas demostraciones que hacía de júbilo y regocijo, e informado bien de todo, saltó de contento y rogó al que lo iba guiando que le llevase al paraje por donde pasaba la procesión. Llevado allá, suplicó que le permitiesen tocar con un pañuelo el féretro donde iban los cuerpos de aquellos santos cuya muerte había sido preciosa en vuestros ojos. Tocó al féretro el pañuelo, se lo aplicó el ciego a los ojos e inmediatamente recobró la vista. Al instante se divulgó por todas partes la fama de este milagro; al instante resonaron por toda la ciudad vuestras alabanzas públicas y fervorosas; y con esto el ánimo de aquella enemiga del santo obispo Ambrosio, ya que no se extendió ni dilató de modo que consiguiese la santidad de la fe, a lo menos se reprimió y estrechó, cesando de perseguirle con tan gran furor.

Infinitas gracias os sean dadas, Dios mío. Pero ¿cómo y hasta dónde habéis ido gobernando mi memoria, para que también os alabase y bendijese por estas cosas, que no obstante ser tan grandes y maravillosas, las había olvidado y omitido? Con todo eso, extendiéndose tanto la fragancia de vuestros olorosos ungüentos y aromas, no os seguía yo entonces todavía, ni corría tras de Vos. He aquí lo que me daba después más motivo de llorar entre los himnos y cánticos de vuestras alabanzas; en otro tiempo, antes de ahora, como quien suspiraba por Vos, pero ahora desahogado y como quien ya respira con tanta libertad como la que tiene el aire en una casa de heno.

Capítulo VIII

De la conversión de Evodio; de la muerte de su santa madre, Mónica, y de la crianza y educación que tuvo desde sus primeros años

17. Vos, Señor, que hacéis que vivan juntos en una misma casa los que tienen una misma voluntad, trajisteis a nuestra compañía al joven Evodio[107], que era natural de mi mismo pueblo. El que era agente de los negocios del príncipe se convirtió a Vos y se bautizó antes que nosotros, y dejando el servicio del emperador, se dedicó al vuestro.

Vivíamos, pues, en amigable compañía y con la santa resolución de no separarnos nunca. Buscando un lugar que nos fuese más cómodo y proporcionado para establecernos en él y emplearnos en vuestro servicio, determinamos volvernos a África todos juntos[108]: estábamos en el puerto de Ostia, por donde desemboca el Tíber en el mar, y allí falleció mi madre.

Muchas cosas paso aquí en silencio, porque voy muy deprisa para referir otras que no quiero omitir. Aceptad, Dios mío, las alabanzas que deseo daros y la acción de gracias que os doy también en silencio por las innumerables cosas que dejo de referir. Pero no omitiré todas cuantas especies pueda parir mi memoria de aquella sierva vuestra, que me parió a mí, no sólo en cuanto al cuerpo a esta vida temporal, sino también en el espíritu en orden a la eterna. Las cosas que de mi madre voy a referir, fueron dones y gracias vuestras, no suyas, pues ni ella se hizo a sí propia, ni se educó a sí misma.

Vos, Señor, la creasteis, sin que tampoco supiesen su padre ni su madre qué tal sería en lo venidero aquella hija que les había nacido. La recta disciplina de Jesucristo, vuestro unigénito Hijo, régimen que observaba en la casa de sus fieles padres, que era una buena parte de vuestra Iglesia, fue quien la hizo instruirse en vuestro santo temor. Porque, a la verdad, no solía alabar tanto mi madre, Mónica, el cuidado de la suya en orden a su educación y enseñanza, como el de una criada que había muy anciana, la cual en otro tiempo había traído también en brazos a su padre cuando era niño, como suelen las muchachas grandecillas traer los niños en brazos.

En atención a esto, como también por su ancianidad, y las loables costumbres que siempre había practicado en una casa tan cristiana, era muy querida y honrada de los amos.

Por eso también ella cuidaba mucho de las hijas de sus amos, cuya educación le habían encargado. Para reprenderlas, cuando era menester, era áspera con una severidad santa; y para enseñarlas, moderada y suave con prudencia. Así, fuera de aquellas horas en que las niñas tomaban su alimento, muy corto y moderado, en la mesa de sus padres, aunque estuviesen abrasándose de sed, no les permitía beber ni aun agua sola, para que no tomasen alguna mala costumbre, añadiéndoles estas prudentes palabras: Ahora bebéis agua, porque no tenéis el vino a vuestra disposición; pero cuando lleguéis a estar casadas y seáis dueñas de las bodegas y despensas, os parecerá mal el agua, y la costumbre de beber se os quedará siempre. Con esta razón que presidía en lo que mandaba, y con la autoridad y poder que tenía para que ejecutasen lo mandado, conseguía refrenar los antojos de aquella edad más tierna, y arreglaba la sed de aquellas niñas a las leyes de la templanza, para que nunca les agradase lo que no fuese decoroso.

18. No obstante todo este cuidado y enseñanza, imperceptiblemente se le introdujo en el corazón a mi madre y sierva vuestra el gusto y afición al vino, como ella misma me lo contaba. Porque en la confianza de que era niña, y que no bebía vino, ella era la que por mandato de sus padres iba regularmente a sacarle de la cuba, y antes de echarlo en la vasija en que lo había de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un pequeño sorbito, porque su paladar mismo repugnaba el beber algo más. Pues no hacía esto en fuerza de alguna pasión que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excesillos y antojos de que abunda aquella edad, y se desahogan y explican en unos movimientos como burlescos, los cuales, con el peso y gravedad de los mayores y maestros, suelen contenerse y reprimirse en los ánimos de los muchachos. Así, añadiendo a aquel pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos (como el que desprecia lo poco, viene a caer en lo mucho), llegó a contraer tal costumbre, que ya bebía con gran gusto una copa de vino casi llena.

¿Dónde estaba entonces aquella prudente anciana, y aquella su prohibición severa y rigurosa? Mas ¿por ventura habría alguna cosa que fuese de provecho para curar una enfermedad oculta, si Vos, Señor, que sois el verdadero médico de todos nuestros males, no estuvierais siempre velando sobre nosotros? Así, un día, estando ausente el padre y la madre, y también los que cuidaban de su educación, Vos, Señor, que estáis presente a todos, que nos habéis creado, que nos llamáis en todo tiempo, que hasta por medio de los hombres que son contrarios nos procuráis lo que es bueno para la salud de nuestras almas, ¿qué fue, Dios mío, lo que hicisteis en aquella ocasión?, ¿con qué remedio la curasteis?, ¿con qué medicina la sanasteis? ¿No es cierto, Señor, que os servisteis de aquel fuerte y agudo dicterio que le dijo aquella otra criatura, cuya injuriosa afrenta fue como un hierro cortante y medicinal, que sacasteis de los secretos senos de vuestra providencia, con el cual de un solo golpe cortasteis toda aquella corrupción?

Porque aquel día que ella estaba sola con una criada, que era precisamente la que solía acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre sí, como muchas veces sucede en las casas; la criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenía, y con un modo áspero y desabrido la insultó llamándola borrachuela. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella fea costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma y la dejó.

Ello es cierto que así como los amigos adulando nos pervierten, así muchas veces los enemigos injuriando nos corrigen; pero Vos, Señor, les daréis el pago que corresponde a la voluntad e intención que ellos tuvieron, y no el que corresponde a lo que Vos mismo hacéis por medio de ellos. Porque

aquella criada, llevada de la ira, no pretendía verdaderamente sanar a su ama menor, sino injuriarla y zaherirla; así fue que aquella reprensión se la dio sin testigos y a escondidas, o porque el lugar y tiempo de la riña casualmente las cogió solas, o acaso recelosa de que a ella le viniese algún daño por no haberlo descubierto antes. Mas Vos, Señor, que gobernáis todas las cosas del cielo y de la tierra, que de todas usáis, haciendo que sirvan al cumplimiento de vuestra voluntad y dando su debida ordenación, aun a las cosas que desordenadamente siguen el curso perturbado de los siglos, hasta de la misma enfermedad de la una os servisteis para sanar a la otra, conque cualquiera que advierta y reflexione esto, no tendrá motivo para atribuirse a sí mismo el buen efecto que sus palabras hicieron tal vez en otro a quien quería corregir de algún defecto.

Capítulo IX

Continúa Agustín refiriendo las loables costumbres de su madre

19. Siendo, pues, criada mi madre con honestidad y templanza, y hecha por Vos obediente a sus padres, más que hecha por ellos obediente a Vos, luego que cumplió la edad que se requiere para el matrimonio, obedecía y servía al marido que le dieron sus padres, como a su señor: puso gran cuidado en ganarle para Vos, proponiéndole y explicándole vuestro ser y perfecciones, no tanto con sus palabras como con sus costumbres, por las cuales la hicisteis tan hermosa y amable a su marido, que al mismo tiempo le causaba respeto y admiración.

Pero ella toleró de tal suerte las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo por esto la menor desazón con su marido, porque esperaba que vuestra misericordia había de concederle primeramente la fe y después la castidad conyugal. Además de esto, era mi padre por una parte muy benigno y amoroso, por otra muy iracundo y colérico; cuando ella le veía enojado, tenía la advertencia de no contradecirle ni de obra ni de palabra; después, cuando la ocasión le parecía oportuna, y pasado aquel enojo le veía ya sosegado, entonces le informaba bien del hecho, si acaso aquel enojo había nacido de su falta de consideración y de no estar bien informado.

Así, cuando otras muchas matronas, cuyos maridos eran más pacíficos y tratables, traían sus rostros señalados y afeados con cardenales, de los golpes que les daban, en sus conversaciones amigables solían ellas reprender la conducta de sus maridos y mi madre sus lenguas. Recordábales como por chanza, pero en la realidad con mucho juicio, que desde que se les leyeron los contratos matrimoniales, debían considerar que se les había leído una

obligación con la que habían quedado hechas criadas de sus maridos; que teniendo esto presente, estando en calidad de criadas, no debían engreírse ni ensoberbecerse contra sus señores. Admirándose ellas (que sabían muy bien cuán feroz marido tenía que sufrir) de que jamás se hubiese oído, ni por indicio alguno se hubiese rastreado, que Patricio hubiese puesto las manos en su mujer, ni siquiera un día hubiesen tenido alguna disensión; le preguntaban con familiaridad y confianza la causa de todo esto, y ella les enseñaba la conducta que tenía con su marido, que es la misma que dejo insinuada. Las que tomaban su consejo, le daban las gracias por el bien que habían experimentado; y las que no imitaban su conducta, se veían oprimidas y maltratadas.

20. También a puros obsequios y por medio de una continua paciencia y mansedumbre supo vencer el ánimo de su suegra de tal suerte, que siendo así que antes la tenía muy enojada por los chismes de algunas malas criadas, la suegra misma de su propia voluntad se quejó de ellas a su hijo Patricio, le descubrió cuáles eran las que con sus malas lenguas habían sido causa de que ella estuviese mal con su nuera y de que se hubiese perturbado la paz de su casa, y le pidió que las castigase como correspondía. Así, después que él, ya por dar gusto a su madre, ya por cuidar del buen gobierno de su familia, ya por atender a la paz y concordia de dos personas tan suyas como esposa y madre, castigó a las acusadas a satisfacción de su madre, que las había acusado; dijo esta misma a todas las criadas que aquéllos eran los premios que de allí en adelante debía esperar de su mano cualquiera que, juzgando que le agradaba, le fuese a contar algo de su nuera. Y no atreviéndose ya ninguna de ellas a ejecutar tal cosa, vivieron las dos con benevolencia y unión de corazones tan gustosa como memorable.

También Vos, misericordiosísimo Dios y Señor mío, habíais dado a aquella tan buena sierva vuestra, en cuyas entrañas me creasteis, el excelente don de apaciguar luego que podía los ánimos de cualesquiera que estuviesen entre sí reñidos y discordes. Portábase con tal prudencia, que oyendo de ambas partes todas las quejas, desabrimientos y palabras descompuestas que la enemistad colérica e indigesta suele dictar y proferir, cuando con una amiga presente habla otra de su enemiga ausente en confianza, exhalando por sus bocas la crudeza de sus odios y rencores, nunca descubría a las unas lo que había oído a las otras, sino aquello solamente que podía servir para reunirlas y reconciliarlas.

Este don me parecería pequeño si yo mismo no hubiera experimentado con sentimiento de mi alma lo que practican en esta materia innumerables gentes, por haber cundido dilatadísimamente no sé qué horrenda peste de pecados, quienes no solamente acostumbran revelar a los unos airados

enemigos lo que los otros enemigos suyos, enojados también, han dicho de ellos, sino que también añaden otras cosas que no han dicho. Debiera ser tan al contrario, que a un hombre que obra conforme a la humanidad habría de parecerle poco el no excitar ni promover las enemistades de los hombres, hablando mal de unos a otros, si además de esto no procuraba también apagarlas enteramente hablando bien a todos. Esto es lo que mi madre practicaba, siguiendo las ocultas instrucciones que Vos, íntimo maestro suyo, le dictabais en la escuela de su corazón.

21. Finalmente, ganó para Vos a su marido, reduciéndole a la fe algún tiempo antes de que él saliese de esta vida mortal. Desde que se hizo fiel, no le dio a mi madre motivos de llorar los malos procederes con que le había dado que sufrir y tolerar antes de serlo.

Además de esto, era mi madre una mujer dedicada a servir a todos los que os servían. Cualquiera de vuestros siervos que la había conocido os alababa, os reverenciaba y os amaba mucho en ella, porque los frutos de santidad de su inculpable vida testificaban que Vos estabais presente en su corazón.

Había sido mujer de un solo varón; había cumplido todas las obligaciones que tenía para con sus padres; había gobernado su familia y casa con mucha piedad; y las buenas obras que había hecho daban testimonio de la virtuosa conducta que había tenido. Ella, por sí misma, había criado a sus hijos, sintiendo después por ellos los dolores de parto tantas veces cuantas los veía apartarse de vuestros mandamientos.

Últimamente, Señor, ya que por vuestra gracia permitís que os hablemos vuestros siervos, a todos nosotros los que antes del sueño de su muerte vivíamos juntos, y unidos también a Vos, después de recibida la gracia de vuestro Bautismo, de tal suerte nos cuidaba, como si fuera madre de todos; y de tal suerte nos servía, como si cada uno de nosotros fuera su padre.

Capítulo X

Coloquio de Agustín con su madre, acerca del reino de los cielos

22. Acercándose ya el día en que mi madre había de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios ininvestigables de vuestra providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos y asomados a una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, donde, apartados del bullicio de las gentes, pudiésemos descansar de las molestias de un largo viaje y disponernos para la navegación. Estando, pues, los dos solos, comenzamos a hablar, y nos era

dulcísima la conversación, porque olvidados de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideración de lo venidero. Buscábamos en la misma verdad, que sois Vos y que estabais presente, qué tal sería aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla. Abríamos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable fuente de la vida, que está en Vos, para que, rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algún modo pensar una cosa tan sublime y elevada.

23. Había llegado nuestra conversación a tales términos, que el mayor deleite de los sentidos corporales que pueda imaginarse, y el mayor auge de luz y resplandor terreno que pueda concebirse, no solamente nos parecía indigno de poderse comparar, sino también de que le trajésemos a la memoria, respecto de aquella delicia de la vida eterna; cuando elevándonos con más fervoroso afecto hacia esto mismo, fuimos recorriendo sucesivamente por sus grados todas las criaturas corporales y hasta el mismo cielo, desde donde el Sol, la Luna y las estrellas envían a la Tierra su luz y resplandores. Subíamos todavía más, ya pensando interiormente en vuestras obras, ya comunicándonos uno a otro nuestros pensamientos con palabras, ya admirándonos de la excelencia de vuestras criaturas; vinimos a tratar de nuestras almas y de allí pasamos más adelante para llegar a tocar en aquella región de abundantes e indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentáis a vuestros escogidos con el pábulo de la verdad infinita, donde es vida de todos los bienaventurados aquella misma Sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido y las que serán; sin que ella haya sido hecha, porque es y será siempre lo que ha sido.

En medio de nuestro coloquio, cuando más ansiosamente suspirábamos por ella, llegamos a tocarla con todo el ímpetu y fuerza de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente, y suspirando por aquella eternidad, dejándonos allí las primicias de nuestra alma, nos volvimos a nuestro común modo de hablar, donde la palabra suena para ser oída y se comienza y se acaba. Pero ¿qué cosa hay semejante a vuestra palabra, que es nuestro Dios y Señor, que subsiste y permanece en sí misma, y lejos de poder envejecerse, renueva todas las cosas?

24. Decíamos, pues: si cesara enteramente la ruinosa inquietud que causan en un alma las impresiones del cuerpo; si no la conmovieran de modo alguno las especies que por la vista y demás sentidos corporales recibe de la tierra, de las aguas, de los cielos; si aun la misma alma no hablase consigo misma y, como olvidada de sí, no se detuviese a reflexionar sobre sí mis-

ma; si no hablaran tampoco los sueños ni las revelaciones imaginarias; si, finalmente, cesaran todas las locuciones que puede un alma percibir de las criaturas, por manera que ni le hablaran con palabras de la lengua, ni por medio de signos o de señas, ni de otro cualquier modo de hablar sucesivo y pasajero, sino que enmudeciese todo lo creado, después de haberle dicho lo que están siempre diciendo estas cosas creadas a todo el que quiere oírlas, esto es: No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos hizo el que permanece y dura eternamente. Si, dicho esto, callara enteramente todo lo creado y guardando un silencio profundo todo el universo, como para atender y escuchar al que le creó, entonces hablase Él solo a aquella alma, no por medio de las criaturas, sino por sí mismo, de modo que oyésemos su palabra, no de boca de hombres, ni de voz de ángeles, ni mediante algún ruido de las nubes, ni por símbolos ni enigmas, sino por el mismo Creador que el alma ama en estas criaturas, le oyera hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de experimentar en aquel feliz instante en que nuestro espíritu subió tan alto, que rápidamente llegó a tocar nuestro pensamiento aquella Sabiduría infinita que eternamente subsiste sobre todas las cosas; pues si este conocimiento se continuara, de modo que, apartados todos los demás que son de esfera muy inferior, sólo éste sea el que arrebate el alma, la posea toda y la introduzca donde esté rodeada y llena de gozos interiores, en el concepto de que la vida eterna sea tal cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando, ¿no sería todo esto lo que se le promete, diciendo: Entra en el gozo de tu Señor? Pero esto ¿cuándo se cumplirá? ¿Será cuando se verifique el que todos resucitaremos, pero no todos seremos inmutados?

25. Ve aquí con poca diferencia lo que entonces decíamos, aunque no fuese con estas mismas palabras ni del mismo modo que ahora. Pero bien sabéis, Señor, que aquel día en que estuvimos hablando de estas cosas, y que según las íbamos tratando, nos iba pareciendo más vil y despreciable este mundo con todos sus deleites, dijo mi madre entonces estas palabras: Hijo, por lo que a mí toca, ya ninguna cosa me deleita en esta vida. Yo no sé qué he de hacer de aquí en adelante en este mundo, ni para qué he de vivir aquí, no teniendo cosa alguna que esperar en este siglo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme algún poco de tiempo en esta vida, que era por verte católico cristiano, antes que muriese. Esto me lo ha concedido mi Dios más cumplidamente de lo que yo deseaba; pues, además de esto, te veo en el número y clase de aquéllos que, despreciando toda felicidad terrena, se dedican totalmente a su servicio. Pues ¿qué hago yo en este mundo?

Capítulo XI

Del éxtasis y muerte de su madre

26. No me acuerdo muy bien de lo que respondí a estas palabras de mi madre. Pero de allí a cinco días, o muy poco más, cayó enferma de calenturas. En uno de los días de su enfermedad padeció una especie de desmayo, en que por algún tiempo estuvo enajenada de los sentidos. Nosotros acudimos, pero prontamente volvió en sí, y mirándonos a mi hermano y a mí, que estábamos allí inmediatos a su lecho, nos dijo en tono de quien pregunta: ¿Dónde estaba yo ahora? Y después, viéndonos sobrecogidos de aflicción, nos dijo: Aquí dejaréis enterrada a vuestra madre. Yo callaba y reprimía el llanto, pero mi hermano le dijo no sé qué palabras, que aludían a desearle como cosa más feliz el que muriese en su patria y no en país tan extraño. Ella, habiendo oído todo esto, mirándole primero con un rostro severo y desazonado, como reprendiéndole con los ojos que pensase de aquel modo, y mirándome después a mí, dijo: Mira lo que dice éste. Luego hablando con entrambos añadió: Enterrad este cuerpo dondequiera y no tengáis más cuidado de él; lo que únicamente pido y os encomiendo es que os acordéis de mí en el altar del Señor, dondequiera que os halléis. Habiendo manifestado este su sentimiento con las palabras que pudo, se quedó callando y, agravándose la enfermedad, creció también su fatiga.

27. Mas yo, Dios mío, considerando los dones que vuestra inescrutable providencia derrama invisiblemente en los corazones de vuestros fieles, haciendo que de allí nazcan frutos admirables, no podía menos de alegrarme y daros muchas gracias por lo que acababa de oír a mi madre, acordándome del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, y cómo lo tenía ya prevenido y preparado junto al de su marido. Porque habiendo vivido los dos con grande unión y concordia, quería también, como es propio de un alma que todavía no está perfectamente capaz de las cosas divinas, que se añadiese a esta felicidad el que, después de su muerte, contasen los hombres cómo después de aquella peregrinación ultramarina le hubiese Dios concedido restituirse a su patria, para que la tierra de sus dos cuerpos se cubriese con la tierra inmediata y contigua de sus dos sepulcros. Como yo ignoraba cuánto tiempo había ya que vuestros dones habían llenado su corazón, y expelido de él un pensamiento tan vano como éste, me llenó de alegría y admiración lo que acababa de decirme. Es verdad que en aquel coloquio que tuvimos los dos a la ventana cuando me dijo: ¿Qué es lo que hago yo en este mundo?, no dio a entender de ninguna manera que tuviese ya deseo de morir en su patria.

También supe después, cómo en aquel mismo tiempo que nos detuvimos en el puerto de Ostia, un día en que yo me hallaba ausente, estuvo mi

madre hablando con unos amigos míos, a quienes trataba con la confianza que pudiera una madre con sus hijos, acerca del menosprecio de esta vida y de los bienes y utilidades de la muerte. Admirándose ellos de la excelente virtud que Vos habíais concedido a aquella piadosa mujer, le preguntaron si verdaderamente no le daría sentimiento alguno el morir allí y dejar su cuerpo en una tierra tan lejos de su ciudad y patria, a lo que ella respondió: Nada hay lejos para Dios; ni hay que temer que se le olvide o no sepa el lugar donde está mi cuerpo, para resucitarme en el fin del mundo.

En fin, aquella alma tan llena de religión y piedad fue desatada de las ligaduras del cuerpo al noveno día de la enfermedad referida, a los cincuenta y seis años de su edad, y a los treinta y tres de la mía.

Capítulo XII

De cómo lloró la muerte de su madre

28. Al mismo tiempo que yo cerraba sus ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazón una tristeza grande, que iba a resolverse en lágrimas; pero mis ojos, obedeciendo al violento imperio del alma absorbían toda la corriente de su llanto, de modo que pareciesen enjutos; y en esta repugnancia que hacía el desahogo del llanto, tenía que vencer y que padecer mucho. El joven Adeodato, luego que mi madre dio el último aliento, comenzó a llorar a gritos, pero a persuasión de todos nosotros se sosegó y calló. A este modo también era lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento, que con pueril flaqueza me quería hacer prorrumpir en llantos y gemidos, a la voz y precepto de mi alma, como de sujeto más prudente y juicioso, se reprimía y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre, por ser éstas unas demostraciones con que por lo común suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, o con que al parecer se significa que se han consumido enteramente o aniquilado. Pero mi madre, ni había muerto, de modo que se le pudiese temer algún infeliz destino, ni había muerto de todo punto, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo a la pureza de sus costumbres y método de vida, ya a su fe no fingida, sino muy verdadera, ya también por otras muchas razones que nos lo aseguraban.

29. Pues ¿qué era, Señor, aquello que tan gravemente sentía en lo interior de mi alma, sino la herida reciente que en ella había causado el haberse disuelto repentinamente aquella costumbre de vivir en su compañía, que me era tan sumamente amable y deliciosa? Es cierto que me complacía

mucho lo que mi madre había testificado de mí, aun en esta su última enfermedad, en la cual como halagándome por los obsequios que yo le hacía y lo que la cuidaba, me llamaba hijo piadoso; traía también a la memoria con grande afecto y ternura que jamás había oído de mi boca palabra ni voz alguna que le fuese molesta ni injuriosa. Pero a la verdad, Dios mío y mi Creador, ¿qué importaba todo esto, ni cómo era comparable el reconocimiento y respeto que yo le tuve con los cuidados y servicios que le debía? Así, viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibía, mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba, pues la mía y la suya no hacían más que una sola.

30. Después que a nuestras persuasiones, como he dicho, reprimió las lágrimas y clamores Adeodato, cogió Evodio un salterio y comenzó a cantar aquel salmo: Vuestra misericordia, Señor, y vuestra justicia cantaré en vuestra presencia; y le respondíamos todos los que estábamos en la casa. Al ruido de nuestras voces acudió gran número de personas fieles y piadosas de uno y otro sexo; y mientras que los que tienen esto a su cargo, disponían todas las cosas que según costumbre se requerían para el entierro, yo, en un lugar retirado, donde podía estar sin menoscabo de mi decoro en compañía de algunos que no tuvieron por conveniente el dejarme solo, trataba y conversaba de aquellas materias que me parecían oportunas y propias de aquella ocasión. Esta disputa e indagación de la verdad servía como de lenitivo a mi dolor y tormento, que solamente a Vos era notorio, pues los demás que me acompañaban y oían atentamente nuestras conferencias, no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor alguno. Pero bien llegaban a vuestros oídos las interiores voces de mi alma, con que yo me reprendía a mí mismo la debilidad y poca fortaleza de mi afecto, aunque los circunstantes no pudiesen oírlas. También delante de Vos comprimía el ímpetu de mi tristeza, la que cesando por brevísimo tiempo, volvía a prevalecer y apoderarse de mi corazón, aunque no tanto que me hiciese prorrumpir en lágrimas ni se advirtiese alguna mutación en mi semblante; pero yo bien sabía cuán gravemente oprimido estaba mi corazón y acongojado. Y como por otra parte me desazonaba mucho el que hiciesen en mí tan fuerte y poderosa impresión estos sucesos humanos, que forzosa y necesariamente han de acaecer, ya por el orden que vuestra providencia tiene establecido, ya por ser propios de nuestra condición y naturaleza, con otro nuevo dolor sentía mi dolor primero y me afligía con duplicada tristeza.

31. Llegose el tiempo de llevar el cadáver y no lloré en todo el camino, ni a la ida ni a la vuelta, pues ni aun en aquellas preces y oraciones que os hicimos, mientras se os ofrecía por su alma el sacrificio de nuestra redención,

estando ya puesto el cadáver junto a la sepultura antes que se enterrase, como allí se acostumbra hacer, ni en aquellas preces me enternecí ni lloré. Sin embargo, estuve todo el día poseído interiormente de una gran tristeza; y del modo que me permitía la turbación de mi alma, os suplicaba que sanaseis mi dolor; pero Vos no lo hacíais, y era, según creo, para que a lo menos por esta experiencia mía aprendiese y tuviese en la memoria la gran fuerza que tienen los lazos de toda costumbre contra todas las reflexiones que pueda hacer un alma que ya está desengañada y no se alimenta de la falsedad y mentira.

Entonces me pareció que también me convendría tomar baños, porque había oído decir que en latín se llamaban balnea, del nombre griego Balanion, para significar que expelen y echan fuera del alma toda aflicción y tristeza. Pero también debo confesar a vuestra infinita misericordia, con la que sois Padre mío y de todos los huérfanos, que después de haberme bañado, me hallé del mismo modo que antes, porque el calor del baño no pudo hacer que expeliera por el sudor la amargura y tristeza de mi alma.

Dormí después un rato y, cuando desperté, conocí que mi pena y sentimiento en parte se me habían mitigado. Entonces, estando solo en mi lecho, se me acordaron aquellos versos tan verdaderos de vuestro siervo Ambrosio, en que hablando con Vos, dice:

Divino Creador del universo,
que los cielos regís de polo a polo,
engalanando el día con el terso
y hermoso resplandor que el Sol da sólo;
y que la noche, para fin diverso,
vestís de luto con gustoso dolo
de los sentidos, que al trabajo adverso
habilita los miembros fatigados,
por medio del descanso y el reposo,
para que por el sueño confortados
vuelvan a su ejercicio laborioso:
asimismo las almas angustiadas
con cuidados, disgustos, sutilezas,
mediante el sueño, miran aliviadas
sus penas, aflicciones y tristezas, etc.

32. Pero desde estas consideraciones volvía a recaer poco a poco en los antecedentes y pasados sentimientos, acordándome de aquella vuestra sierva, de su vida y conducta fiel, tan piadosamente ordenada a Vos, como santamente halagüeña y suave para mí; y no pudiendo reprimir el sentimiento

de verme privado de ella repentinamente, me dio gana de llorar delante de Vos por ella y por mí; tomando motivos para llorar de su proceder y el mío. Así solté el dique a mis lágrimas, que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadase y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó por ser Vos el único testigo que había de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese a mis lágrimas alguna interpretación vana y siniestra.

Ahora, Señor, también os lo confieso por escrito; léalo el que quisiese e interprételo como gustare. Si le pareciere que hice mal y pequé por haber llorado a mi madre por un corto espacio de tiempo, a una madre muerta allí a mis ojos y que por muchos años me había llorado a mí para que viviese a los vuestros, le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante de Vos, Dios mío, que sois el Padre de todos aquellos fieles que son hermanos de vuestro Hijo Jesucristo.

Capítulo XIII

Ora Agustín a Dios por su difunta madre

33. Pero ahora que ya estoy sano de aquella herida que penetró en mi corazón y en que pudiera reprenderse por excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mío, por aquella sierva vuestra otro muy diferente género de lágrimas, que dimanan del temor que padece mi espíritu, considerando los peligros de cualquier alma que contrae la culpa y muerte de Adán. Pues aunque mi madre fue vivificada en Cristo, y también mientras vivió en este mundo tuvo una conducta tan justificada, que su fe y sus costumbres dan motivo de que se alabe y bendiga vuestra santo nombre, con todo eso no me atreveré a asegurar que desde que le disteis la vida de la gracia en el Bautismo, no se le escapase de su boca siquiera una palabra que por vuestros mandamientos estuviese prohibida. Y sabemos que la Verdad por esencia, que es vuestro unigénito Hijo, dejó dicho en su Evangelio que si alguno injuriase a su hermano diciéndole que es un fatuo, se hacía digno del infierno. Así, ¡desventurado el hombre, por más laudable que haya sido su vida, si Vos le juzgarais sin misericordia!

Mas como no escudriñáis con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente esperamos hallará en vuestra piedad algún lugar el perdón. Y a la verdad, Señor, cualquiera que delante de Vos contara y alegara sus verdaderos méritos, ¿qué hacía sino contar lo que Vos le habíais dado, pues todos son dones vuestros? ¡Oh, si los hombres acertasen a conocer que son hombres!, ¡y el que se alaba y gloría, se alabase y gloriase en el Señor!

34. Yo, pues, ¡oh alabanza mía, vida mía, Dios de mi corazón!, dejando ahora aparte todas las buenas obras de mi madre, por las cuales os doy muchas gracias con gran gusto mío, os pido ahora el perdón de sus pecados. Concedédmelo, Señor, por los méritos de Jesucristo, que murió pendiente del árbol de la cruz, que fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora, sentado a vuestra diestra, no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que ella ejercitó las obras de misericordia y que perdonó muy de corazón a todos los que la habían ofendido, pues Vos, Señor, perdonad también a ella sus deudas, si contrajo algunas en tantos años como vivió después que fue lavada en el agua saludable del Bautismo. Perdonadla, Señor, perdonadla, os ruego, y no entréis con ella a juicio. Sobresalga, Señor, vuestra misericordia sobre vuestra justicia, ya que no puede faltar la verdad de vuestras palabras, y Vos habéis prometido tener misericordia con los que han sido misericordiosos. Si ellos lo fueron, a vuestra misericordia deben el haberlo sido y, como dice vuestro apóstol Pablo: Tendréis misericordia de los mismos con quienes antes habéis sido misericordioso y daréis vuestra misericordia a aquéllos con quienes queráis usarla.

35. Yo bien creo que ya Vos habréis ejecutado lo mismo que os suplico; pero llevad a bien, Señor, que yo os explique estos deseos de mi voluntad, cuando os ruego por una madre tan cristiana, que estando ya próximo el día de su muerte, no pensó siquiera en que su cuerpo se enterrase con aparato suntuoso, ni en que fuese antes embalsamado, ni deseó que le colocasen en un sepulcro distinguido y separado, ni cuidó de que le llevasen al que en su patria tenía prevenido. Nada de esto nos mandó, sino únicamente que nos acordásemos de ella en el sacrificio del altar, al cual todos los días asistía y cooperaba indispensablemente. Sabía que en él se ofrecía y sacrificaba aquella Víctima santa, con cuya sangre se borró la cédula del decreto que había contra nosotros y quedó vencido nuestro mortal enemigo, que es el que se ocupa en hacer el cómputo de nuestros pecados, el que por más solícito que anduvo buscando algún defecto que oponer contra la santidad de Aquél por quien le vencimos, no halló imperfección alguna que fiscalizar.

¿Quién podrá volverle la inocente sangre que derramó por nosotros?, ¿quién podrá restituirle el infinito precio con que nos compró y se hizo Señor de nosotros, para que intente arrancarnos de su poder y dominio? Pues a este Sacramento, que contiene el precio de nuestra redención, es al que mi madre y sierva vuestra tenía atada estrechamente su alma con el lazo de la fe. Nadie, pues, Dios mío, nadie rompa ese lazo separándola de vuestra protección. No se interponga a estorbarla el dragón infernal con sus violencias ni con sus astucias; es verdad que ella no responderá que no debe cosa alguna, tiene que satisfacer a vuestra justicia, temiendo ser convencida de

lo contrario y venir a manos de su acusador astuto y malicioso; pero responderá que sus deudas se las ha perdonado aquel Señor a quien nadie puede restituir lo que pagó por nosotros sin deberlo.

35. Descanse eternamente en paz con su marido, que fue el único que tuvo, pues ni después de él conoció a otro, habiéndole servido de manera que al mismo tiempo que mereció mucho para con Vos por su paciencia, logró también ganarle para Vos.

Inspirad Vos, Dios mío y mi Señor, inspirad a vuestros siervos que miro como a hermanos, inspirad a vuestros hijos que venero como a señores míos, a quienes sirvo con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos, que todos los que leyeren estas mis Confesiones hagan en vuestros altares conmemoración de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser y me introdujisteis a esta vida, sin saber yo cómo. A todos, pues, les ruego que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica, madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán también mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por lo cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinación en esta vida, hasta que vuelva a la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado a mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre más abundantemente que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

Libro X

Muestra por qué grados fue subiendo al conocimiento de Dios; que se halla a Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que sólo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos. Después describe el estado presente de su alma y los males de las tres concupiscencias

Capítulo I

Que en sólo Dios halla un alma su esperanza y alegría

Conózcaos yo, Padre mío, conózcaos yo como Vos me conocéis. Vos, Dios mío, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto a Vos, que la tengáis, poseáis y llenéis toda, y ella quede a vuestros ojos sin arruga ni mancha. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y confianza de hallaros; esta esperanza es la que me alegra, cuando es legítima y verdadera mi alegría. Todas las demás cosas de esta vida tanto menos deberían llorarse, cuanto más se suele llorar el no tenerlas; y por otra parte, tanto más se deberían llorar, cuanto menos se suele llorar el gozarlas. Ésta es una confesión de la verdad que Vos amáis; y como el que sigue la verdad llega a conseguir la luz, yo quiero seguirla y practicarla, ya sea en la confesión que os hago en lo oculto de mi corazón, ya sea en la que hago públicamente con mi pluma delante de todo el mundo.

Capítulo II

Siendo claras y manifiestas respecto de Dios las cosas más ocultas, qué viene a ser lo que hace el hombre en confesarse a Dios

2. Aunque no quisiese yo confesarme, ni descubrirme a Vos, ¿qué cosa puede haber en mí que os sea oculta, Señor, a cuyos ojos están patentes y claros los más profundos y escondidos senos de nuestra conciencia? En tal caso, en lugar de ocultarme a vuestra vista, os alejaría a Vos de la mía. Pero ahora

que mis gemidos y llantos testifican que verdaderamente me desagrado a mí mismo, Vos, Señor, os dignáis descubriros resplandeciente a mi alma; Vos sois toda mi complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y de mis deseos; para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje a mí, y os escoja sólo a Vos, de modo que ya no piense tener gusto en Vos ni en mí que no provenga de Vos.

Es certísimo, pues, que Vos, Señor, me conocéis claramente tal como soy; pero ya he dicho antes el provecho que espero sacar de confesarme a Vos. Así, no lo ejecuto con palabras ni voces formadas en mi boca, sino con palabras interiores de mi alma y clamores de mi pensamiento, que llegan a vuestros oídos. Si soy malo, no es otra cosa el confesarlo a Vos, que desagradarme de mí mismo; y si soy bueno, no es otra cosa el confesarlo a Vos que no atribuirme a mí mismo esa bondad, porque Vos sois el que dais vuestra bendición al justo, haciendo Vos mismo que lo sea el que antes era pecador y malo. Así, Dios mío, estas Confesiones que hago delante de Vos, las hago al mismo tiempo callando y no callando, porque si calla el ruido de la voz exterior, no calla mi corazón, ni cesa de clamar. Ni yo hablo ni comunico a los hombres alguna cosa buena que Vos antes no la hayáis oído de mí; ni tampoco pudiera ser que Vos la oyerais de mí si Vos mismo no me la hubierais dicho o inspirado.

Capítulo III

Del fruto que sacaba de confesar a Dios el estado presente de su alma, a distinción de lo que antes había sido

3. ¿Qué me importa a mí que oigan o no los hombres las Confesiones mías, como si ellos hubieran de sanar todas las dolencias de mi alma, siendo ellos tan cuidadosos para saber la vida ajena como desidiosos para enmendar la suya? ¿Para qué desean oír de mí lo que soy, no queriendo escuchar de Vos lo que son ellos? Mas cuando me oigan hablar de mí mismo, ¿de dónde saben ellos si yo les digo la verdad, siendo así que ninguno de los hombres puede saber lo que pasa en el interior de cada uno, sino el espíritu humano que está en el hombre mismo? Pero si os oyeran hablar de ellos mismos, no pudieran decir nunca: el Señor nos engaña, o esto es mentira.

Porque oír ellos lo que decís de ellos mismos, ¿qué otra cosa es sino conocerse a sí propios? ¿Y quién es el que habiendo llegado a este conocimiento, se atrevió a decir: es falso esto que conozco, sino mintiendo él mismo?

Mas como es propio de la caridad hacer que todos los que ella une de modo que tengan un solo corazón se crean todas las cosas mutuamente unos

a otros, yo, Señor, también os hago mi confesión, de tal modo que pueda llegar a noticia de los hombres, aunque no pueda hacerles demostración de que os confieso realmente la verdad, porque estoy seguro que me creerán todos aquéllos a quienes la caridad anima y les abre los oídos.

4. No obstante, Dios mío y médico soberano de mi alma, dignaos declararme qué fruto puedo sacar de hacer esto. Ya veo que las confesiones de mis males pasados, que vos me perdonasteis y los borrasteis para comunicarme vuestra bienaventuranza, dando a mi alma nuevo ser con la fe y gracia de vuestro santo Bautismo, cuando se leen o se oyen, han de excitar precisamente el corazón humano, para que no se deje oprimir del letargo de la desesperación, ni diga «No puedo ya ser otro». Ellas servirán para despertarle de tan peligroso sueño y hacerle vigilante en el amor de vuestra misericordia y en la dulzura de vuestra gracia, que es la que da a los flacos el poder y robustez que necesitan, como también la luz que es necesaria para que reconozcan su flaqueza. Aun los buenos se deleitan con saber los males pasados, de los que ya se han librado ellos, pero no se deleitan porque son males, sino porque de tal modo lo fueron que ya no lo son.

¿Cuál, pues, será el provecho, Dios y Señor mío, a cuya presencia se confiesa todos los días mi alma, quedando más quieta y segura con la esperanza de vuestra misericordia que con su inocencia, cuál, digo, será el provecho que puedo prometerme de hacer ante Vos estas Confesiones por escrito, por lo que toca a dar noticia a los hombres de lo que soy al presente, no de lo que antes de ahora he sido? Porque ya he visto el fruto que corresponde a confesar lo que fui, y ya hice antes conmemoración de él.

Lo que soy ahora en este mismo tiempo en que estoy escribiendo mis Confesiones hay muchos que lo desean saber, ya de los que me conocieron antes, ya también de los que no me conocieron, sino que a mí mismo o a otros han oído hablar de mí, aunque ni los unos ni los otros pueden aplicar sus oídos a las voces interiores de mi corazón, donde se halla realmente la verdad de lo que soy. Quieren, pues, oírme confesar lo que soy verdaderamente en mi interior, adonde no pueden aplicar sus ojos, ni sus oídos, ni su entendimiento; con todo eso ellos lo quieren, y están dispuestos a creerme; pero ¿acaso eso es bastante para que tengan un conocimiento cierto y seguro de lo que yo soy interiormente? La caridad que los hace tan buenos como ellos son es la que les persuade que yo no miento en estas Confesiones que hago de mí mismo, y ella es la que hace que den crédito a mis palabras.

Capítulo IV

Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus Confesiones

5. Pero ¿qué fruto esperan sacar de mis Confesiones éstos que las desean?, ¿será acaso que quieren alegrarse conmigo y darme parabienes, cuando sepan lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme a Vos y orar por mí, cuando me oigan confesar cuanto me estorbe para eso mismo el peso de mi corrupción? A estos tales yo me descubriré desde luego, porque ya no es pequeño fruto, Dios y Señor mío, que muchos os den gracias por los beneficios que me habéis hecho, y sean muchos también los que os supliquen y hagan oración por mí.

Bueno es que mis hermanos amen en mí lo que Vos enseñáis que debe ser amado; y bueno es que sientan ver en mí lo que Vos enseñáis que debe ser sentido. Haga esto el que me ame como verdadero hermano suyo, no aquél que por falta de caridad y de fe me sea extraño y permanezca en la clase de los que llama David hijos ajenos, cuya boca se emplea en doctrinas vanas, y cuya diestra lo es para la maldad. Haga esto, vuelvo a decir, el que me mire con fraternal afecto, porque éste, cuando me aprueba, se alegra de mi bien y, cuando me reprueba, se entristece de mi mal, porque ya apruebe o ya repruebe mi conducta, siempre me ama. Pues a éstos quiero darme a conocer, para que respiren con alegría cuando sepan lo que hay en mí de bueno y suspiren con tristeza por lo que hubiere de malo.

Cuanto hay en mí de bueno, de Vos, Señor, dimanó, de Vos tuvo el principio, todo ello es don vuestro; pero cuanto hay de malo, o son mis propios delitos, o son penas que les corresponden por vuestros justos juicios. Pues respiren mis hermanos por aquellos bienes y suspiren llorosos por estos males; tanto sus alegres himnos como sus tristes llantos suban hasta el trono de Vuestra Majestad como oloroso incienso que exhalan los corazones de mis hermanos, como otros tantos racionales incensarios llenos del fuego de la caridad. Y Vos, Señor, aplacado con esa fragancia de vuestro santo templo, habed piedad de mí, según es propio de vuestra grande misericordia, por la gloria de vuestro santo nombre, y no cesando jamás de conservar lo bueno que en mí habéis comenzado, perfeccionad también lo que todavía hubiere de imperfecto.

6. Éste es, Señor, todo el fruto que pretendo sacar de estas mis Confesiones, no ya diciendo lo que he sido antes, sino lo que soy ahora. Lo confesaré no solamente en vuestra presencia con interior alegría mezclada de temor y con oculta tristeza acompañada de esperanza, sino también delante de todos los fieles hijos de los hombres, compañeros de mi gozo, participantes

como yo de la humana y mortal naturaleza, conciudadanos míos de la celestial Jerusalén, a la cual se dirigen como peregrinos conmigo en la tierra, ya sean los que me preceden, ya los que me sigan, ya los que me acompañen durante el camino de mi vida. Éstos son vuestros siervos, y por eso mis hermanos: Vos, Señor, quisisteis que fuesen vuestros hijos y me habéis mandado que les sirva como a mis señores si quiero vivir con Vos de vuestra misma vida.

Para que yo lo pudiese ejecutar no me bastaría que vuestra palabra sólo hablando me lo mandase, si además no me hubiera precedido ejecutando lo mismo que había mandado. Pues también yo hago esto que me mandáis con mis hechos y con mis dichos. Esto hago bajo la protección de vuestras alas, y es cierto que lo haría con grandísimo peligro, a no estar mi alma debajo de la protección de vuestras alas y a no seros notoria mi flaqueza.

Es verdad que yo soy un parvulillo, pero mi Padre vive siempre y es eterno, y en él tengo el tutor que necesito. El mismo que me dio el ser es mi tutor; Vos, Señor, sois para mí todo esto y todos mis bienes juntos: Vos sois el Todopoderoso, que estáis siempre conmigo, aun antes que yo estuviese con Vos. A aquéllos, pues, a quienes me mandáis que sirva en esto, me descubriré y les manifestaré, no ya lo que he sido antes, sino lo que ya soy, y lo que todavía soy; sin embargo, no me juzgo a mí mismo con el juicio más exacto, cabal y perfecto, bajo cuyo concepto se ha de entender lo que les voy a decir.

Capítulo V

Que el hombre no se conoce a sí mismo cabal y perfectamente

7. Vos solamente, Señor, sois el que puede hacer juicio cabal de lo que soy, pues aunque es cierto que ninguno de los hombres puede llegar a saber lo que pasa en lo interior de otro hombre, sino el mismo espíritu que está en cada uno de ellos, hay, no obstante, algunas cosas en el hombre que aun el mismo espíritu que le anima no las sabe cabal y perfectamente. Sólo Vos, Señor, que le habéis creado, conocéis todas sus cosas con ese cabal y perfectísimo conocimiento. Pero yo, aunque respecto de vuestra perspicacia me respete a mí mismo y conozca que soy tierra y ceniza, algunas sé y puedo afirmar de Vos que no las sé ni puedo afirmar de mí.

Es muy cierto que ahora no os vemos sino confusamente como por un espejo y en enigmas, no habiendo llegado todavía a veros cara a cara. Por eso mientras dura mi peregrinación en la tierra me veo más cerca a mí mismo que no a Vos, y no obstante eso sé ciertamente de Vos que de ningún mo-

do podéis padecer violencias ni daño alguno, cuando de mí mismo ignoro enteramente a qué tentaciones sabré resistir y a cuáles no sabré. Tengo esperanza de salir con victoria, fundándola en que Vos sois fiel en vuestras promesas, y no permitís que seamos tentados más de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; antes bien hacéis que saquemos provecho de la tentación, para que al fin salgamos victoriosos. Confesaré, pues, lo que sé de mí y confesaré también qué es lo que de mí no sé. Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habéis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia.

Capítulo VI

Qué cosa es la que se ama cuando se ama a Dios; y cómo por las criaturas se llega a conocer al Creador

8. Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazón con vuestra palabra y luego al punto os amé. Además de esto, también el cielo, la tierra y todas las criaturas que en ellos se contienen por todas partes me están diciendo que os ame; y no cesan de decírselo a todos los hombres, de modo que no puedan tener excusa si lo omiten.

Pero el más alto y seguro principio de ese amor es que Vos usáis con ellos vuestra misericordia, haciendo que os amen aquéllos con quienes habéis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor los que por misericordia vuestra teníais escogidos para que os amaran; sin lo cual serían inútiles las voces con que el cielo y la tierra se explican incesantemente en vuestras alabanzas, como si las dijeran a los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable a estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones, no la gustosa fragancia de las flores, ungüento o aromas; no la dulzura del maná, o la miel, ni finalmente deleite alguno que pertenezca al tacto o a otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo, cuando amo a mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebata el tiempo; se siente fragancia que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que

no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso, que por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

9. Pero ¿qué viene a ser esto? Yo pregunté a la tierra y respondió: No soy yo eso; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Pregúntele al mar y a los abismos, y a todos los animales que viven en las aguas y respondieron: No somos tu Dios; búscale más arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos y respondió todo él con los que le habitan: Anaxímenes se engaña porque no soy tu Dios. Pregunté al cielo, Sol, Luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habéis dicho que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. Y con una gran voz clamaron todas: Él es el que nos ha hecho.

Estas preguntas que digo yo que hacía a todas las criaturas era sólo mirarlas yo atentamente y contemplarlas, y las respuestas que digo me daban ellas es sólo presentárseme todas con la hermosura y orden que tienen en sí mismas.

Después de esto, volviendo hacia mí la consideración, me pregunté a mí mismo: Tú ¿qué eres? Y me respondí: Soy hombre. Y bien claramente conozco que soy un todo compuesto de dos partes: cuerpo y alma, una de las cuales es visible y exterior, y la otra, invisible e interior. ¿Y de las dos es de las que debo valerme para buscar a mi Dios, después de haberle buscado recorriendo todas las criaturas corporales que hay desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar por mensajeros los rayos visuales de mis ojos? No hay duda en que la parte interior es la mejor y más principal, pues ella era a quien todos los sentidos corporales que habían ido por mensajeros referían las respuestas que daban las criaturas, y la que como superior juzgaba de lo que habían respondido cielo y tierra, y todas las cosas que hay en ellos, diciendo: Nosotras no somos Dios, pero somos obra suya. El hombre interior que hay en mí es el que recibió esta respuesta y conoció esta verdad, mediante el ministerio del hombre exterior. Es decir, que yo considero según la parte interior de que me compongo, yo mismo, en cuanto al alma, conocí estas cosas por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté por mi Dios a toda esta grande máquina del mundo y me respondió: Yo no soy Dios, pero soy hechura suya.

10. Esta hermosura y orden del universo, ¿no se presenta igualmente a todos los que tienen cabales sus sentidos? Pues ¿cómo a todos no les responde eso mismo?

Todos los animales, desde los más pequeños hasta los mayores, ven esta hermosa máquina del universo, pero no pueden hacerle aquellas preguntas, porque no tienen entendimiento, que como superior juzgue de las noticias y especies que traen los sentidos. Los hombres sí que pueden ejecutarlo, y por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir a conocer las perfecciones invisibles de Dios, aunque sucede que, llevados del amor de estas cosas visibles, se sujetan a ellas como esclavos, y así no pueden juzgar de las criaturas, pues para eso habían de ser superiores a ellas. Ni estas cosas visibles responden a los que solamente les preguntan, sino a los que al mismo tiempo que preguntan, saben juzgar de sus respuestas. Ni ellas mudan su voz, esto es, su natural hermosura, ni respecto de uno que no hace más que verlas, ni respecto de otro, que además de esto se detiene a preguntarles; no es que a aquél parezcan de un modo y a éste de otro, sino que presentándose a entrambos con igual hermosura, hablan con el uno y son mudas para con el otro, o por mejor decir, a entrambos y a todos hablan, pero solamente las entienden los que saben cotejar aquella voz que perciben por los sentidos exteriores con la verdad que reside en su interior.

Esta verdad es la que me dice: No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que tiene cuerpo. La misma naturaleza de las cosas corporales, a cualquiera que tenga ojos para verlas, le está diciendo: Esto es una cantidad abultada; y ésta precisamente es menor en la parte que en el todo. De aquí se infiere que tú, alma mía, eres mejor que todo lo corpóreo, porque tú animas esa abultada cantidad de tu cuerpo y le das la vida que goza, lo que cuerpo ninguno puede hacer con otro cuerpo. Pero tu Dios está tan lejos de ser corpóreo, que aun respecto de ti, que eres vida del cuerpo, es Dios tu vida.

Capítulo VII

Que ninguno puede hallar a Dios por medio de los sentidos corporales ni de las potencias puramente sensitivas

11. Pues ¿qué es lo que yo amo, cuando amo a mi Dios? ¿Qué ser tiene aquél que es superior a lo que hay más alto y superior en mi alma? Es menester que ella me sirva como de escala para subir hasta Él. Pasaré, pues, más arriba de aquella facultad que ejerce mi alma en el cuerpo, comunicando la vida a todas las partes de que se compone, pues con sola esta facultad o potencia de mi alma no puedo hablar a mi Dios; porque de lo contrario se siguiera que también le hallarían el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, pues también ellos tienen esa facultad que da vida a sus cuerpos.

Hay además en mi alma otra virtud y facultad superior a ésta, la cual no solamente hace que viva el cuerpo, sino también que sea sensitivo. El mismo Señor que creó a mi alma con esta facultad maridó y dispuso que no oyera por los ojos, ni viera por los oídos, sino que se sirviera de aquéllos para ver y de estotros para oír, y así respectivamente de los demás sentidos, a los cuales señaló sus propios y peculiares órganos para los diversos oficios que mi alma, siendo única, ejecuta por diferentes sentidos.

Pues también debo pasar más arriba de esta facultad de mi alma que me da la vida sensitiva, porque ésta es común al caballo y demás brutos, que igualmente sienten por medio de los órganos y sentidos de su cuerpo.

Capítulo VIII

De la admirable virtud y facultad de la memoria

12. Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Creador, y pasando más arriba de lo sensitivo, vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido.

Cuando mi alma se ha de servir de esta potencia pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar; algunas se le presentan inmediatamente, pero otras hay que buscarlas más despacio, como si fuese menester sacarlas de unos senos más retirados y ocultos. Otras suelen salir amontonadas y de tropel; y aunque no sean aquéllas las especies que entonces se pedían y buscaban, ellas se ponen delante, como diciendo: ¿Por ventura somos nosotras las que buscáis? Yo las aparto de la vista y aspecto de mi memoria con la mano y entendimiento, hasta que se descubra lo que busco y acabe de dejarse ver, saliendo de aquellos senos donde estaba escondido. También hay otras que se presentan fácilmente y con el mismo orden con que se las va llamando; entonces las primeras ceden su lugar a las que siguen, y cediéndolo, vuelven a guardarse. Todo esto sucede verdaderamente cuando digo alguna cosa de memoria.

13. Allí están guardadas con orden y distinción todas las cosas, y según el órgano o conducto por donde ha entrado cada una de ellas, como, por ejemplo, la luz y todos los colores, la figura y hermosura de los cuerpos, por los ojos; todos los géneros y especies que hay de sonidos y voces, por los oídos; todos los olores, por el órgano del olfato; todos los sabores, por el gusto; y finalmente, por el sentido del tacto, que se extiende generalmente por todo el cuerpo, todas las especies de que es duro o blando, caliente o frío, suave o áspero, pesado o ligero, ya sean estas cosas exteriores, ya interiores al cuerpo. Este capacísimo retrete de la memoria recibe, en no sé qué secretos e inexplicables senos que tiene, todas estas cosas, que por las diferentes puertas de los sentidos entran en la memoria y en ella se depositan y guardan, de modo que puedan volver a descubrirse y presentarse cuando fuere necesario.

Pero no entran allí estas mismas cosas materiales, sino que unas imágenes que representan esas mismas cosas sensibles son las que se ofrecen y presentan al pensamiento cuando sucede que uno se acuerda de ellas. Mas ¿quién sabe ni podrá decir cómo fueron formadas estas especies o imágenes, no obstante que claramente consta por qué sentidos fueron atraídas y guardadas allí dentro?

Porque aun cuando estoy a oscuras y en silencio, si yo quiero, saco en mi memoria varios colores y hago distinción entre lo blanco y lo negro, y entre los demás colores que quiero; y los ruidos o sonidos no se presentan entonces ni perturban lo que estoy considerando, y que ha entrado por los ojos; siendo así que también los sonidos están allí, aunque puestos como separadamente y escondidos. Porque también, si me agrada, pido que salgan ellos, y al instante se me presentan; y entonces, sin mover la lengua y callando la garganta, canto en mi interior todo lo que quiero. Y no obstante que están allí también las dichas imágenes de los colores, no se mezclan con estotras, ni sirven de estorbo cuando se está disfrutando aquel otro depósito de imágenes que entraron por los oídos.

Del mismo modo recuerdo a mis solas, cuando quiero, todas las demás cosas, cuyas imágenes entraron a juntarse en la memoria por los otros sentidos; y sin oler cosa alguna, discierno entre el olor de los lirios y de las violetas; y sin valerme del gusto ni del tacto, sino solamente repasando las especies que enviaron a mi memoria estos sentidos, prefiero la dulzura de la miel a la del arrope, y lo que es suave a lo que es áspero.

14. Todo esto lo ejecuto dentro del gran salón de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí también me encuentro yo a mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en

qué tiempo y en qué lugar lo hice, y en qué disposición y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallan finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creído por relación ajena. A todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras, que formo sobre las cosas que he experimentado, o que fundado sobre éstas he creído por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre sí y esas otras. Además de esto, se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras, los sucesos venideros y las esperanzas; todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de aquel capacísimo seno de mi alma, lleno de tantas imágenes de tan diversas cosas. Y suelo decirme a mí mismo: Yo he de hacer esto o aquello, y de aquí se seguirá esto o lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal o tal cosa! ¡No quiera Dios que esto o aquello suceda! Todo esto lo digo en mi interior y, cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir si aquellas imágenes no se me presentaran.

15. Grande es, Dios mío, esta virtud y facultad de la memoria; grandísima es y de una extensión y capacidad que no se le halla fin. ¿Quién ha llegado al término de su profundidad? Pues ella es una facultad y potencia de mi alma y pertenece a mi naturaleza; y no obstante, yo mismo no acabo de entender todo lo que soy. Pues qué, ¿el alma no tiene bastante capacidad para que quepa en ella todo su propio ser? ¿Y dónde ha de quedarse aquello que de su ser no cabe dentro de ella misma? ¿Acaso ha de estar fuera de ella y no en ella misma? Pues ¿cómo puede ser verdad que no se entienda ni comprenda toda a sí misma?

Esto me causa grande admiración y me tiene atónito y pasmado, Los hombres por lo común se admiran de ver la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros, y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar en sí mismos. No admiran ellos que cuando yo nombraba estas cosas que acabo de decir no las estaba viendo con mis ojos; y no obstante, era preciso, para nombrarlas, que interiormente viese en mi memoria los montes, las olas, los ríos y los astros, que son cosas que he visto, y el océano, de que otros me han informado; y que se me presentasen con tan grandes espacios y extensión como tienen en sí mismos, y como si los estuviera viendo con mis ojos. Tampoco cuando vi estas cosas se me introdujeron por los ojos ellas mismas; ni son ellas las que están dentro de mí en el depósito de mi memoria, sino solamente unas imágenes suyas; también sé y conozco clara y distintamente por cuál de los sentidos de mi cuerpo ha entrado cada una de ellas y la impresión que han hecho en mi memoria.

Capítulo IX

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias

16. Pero no son solas éstas las cosas que se encierran en la inmensa capacidad de mi memoria, pues también están allí como apartadas en un lugar más profundo (aunque propiamente no es lugar) todas las cosas que he aprendido de las artes liberales, si no se han olvidado; y conservo allí guardadas, no las imágenes de estas cosas, sino las cosas mismas. Porque lo que sé de la gramática, de la lógica y de la retórica no está de tal modo en mi memoria que dentro de ella estén las imágenes de las ciencias, y éstas se quedasen fuera. Porque esto no es una cosa que sonó y pasó, como la voz que sonó en los oídos y pasó dejando un rastro o señal de sí, que nos acordamos de ella como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor, que según ya pasando y esparciéndose por el aire, mueve al olfato, desde donde envía a la memoria una imagen suya, la cual tenemos presente cuando nos acordamos del olor; ni tampoco como el manjar, que estando en el estómago verdaderamente no tiene ya sabor, pero parece lo tiene en la memoria; ni como lo que se siente por medio del tacto, lo cual, aunque esté distante, queda en la memoria su imagen, que nos lo representa. Todas estas cosas no entran en la memoria, según el ser que tienen en sí mismas, sino solamente como unas imágenes suyas, que con maravillosa facilidad y presteza se forman y se depositan en aquellos senos como en celdillas admirables que tiene la memoria, de donde también maravillosamente vuelven a salir cuando uno las recuerda.

Capítulo X

Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos, sino que salen de otro seno más profundo de ella

17. Cuando oigo decir a alguno que acerca de cualquiera cosa se pueden hacer tres distintas cuestiones, a saber: Si ella es, qué ser tiene y qué tal es; es cierto que conservo en mi memoria las imágenes de los sonidos con que se formaron y pronunciaron estas palabras; también sé que los tales sonidos, pasando por los aires, se disiparon y desvanecieron enteramente, de modo que ya no existen; pero las cosas significadas por aquellas voces no pude tocarlas ni percibirlas por algunos de mis sentidos corporales, ni tampoco las vi en parte alguna, sino en mi alma: yo guardé en mi memoria, no las imágenes de aquellas cosas, sino a ellas mismas; mas por dónde entraron en mi alma, ellas solamente lo han de decir, si pueden.

Por más que recorra y examine bien todas las puertas de mis sentidos, no encuentro por cuál de ellas puedan haber entrado, porque los ojos dicen: Si tienen algún color, nosotros fuimos los que dimos noticia de ellas; los oídos dicen: Si hicieron algún sonido, nosotros te las mostramos; el olfato dice: Si fueron olorosas, por aquí solamente habrán pasado. También el sentido del gusto dice: Si no tienen algún sabor, no hay que preguntarme a mí; el tacto dice: Si no es alguna cosa corpulenta, yo no he podido tocarla; si no la he tocado, tampoco puedo dar noticia de ella.

¿De dónde, pues, han venido estas ciencias y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito a lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubrí en mi alma desde luego y, habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé a la memoria, como depositándolas allí para volverlas a sacar cuando quisiese. Luego estaban dentro de mi alma aun antes de que yo las aprendiese, pero todavía no estaban en mi memoria. Pues ¿dónde estaban? Y si no, ¿por qué las reconocí luego que me hablaron de ellas y por qué dije: Esto es así, esto es verdad, sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan escondidas y encerradas en sus senos profundísimos y ocultísimos, que si alguno no las excitara ni me hubiera hablado de ellas, puede ser que jamás se me hubieran ofrecido al pensamiento?

Capítulo XI

Qué cosa sea aprender, hablando de las verdades que hallamos en nosotros mismos

18. De lo dicho resulta que aprender estas cosas, cuyas imágenes no hemos recibido por los sentidos, sino que son imágenes, e inmediatamente116 como ellas son en sí las vemos dentro de nosotros mismos, no es otra cosa que recoger y juntar con el pensamiento aquellas especies que estaban dispersas y sin orden en nuestra memoria; y además de eso, procurar, con reflexión y advertencia, que esas mismas verdades que antes estaban allí dispersas, arrinconadas escondidas, de allí en adelante estén como puestas a mano en la misma memoria, y se presenten fácil y prontamente luego que quisiéramos valernos de ellas.

¿Cuán grande multitud de especies de esta clase tiene mi memoria, que al presente están juntas y ordenadas, y que, como tengo dicho las tengo en la mano para poder usarlas, y comúnmente se dice que las hemos estudiado y aprendido? Pues estas mismas cosas, si de cuando en cuando no se vuelven a repetir y repasar, de tal manera se hunden otra vez y se van como

resbalando hasta los senos más profundos y escondidos, que es menester nuevamente irlas buscando y sacando de allí mismo (porque ellas no tienen otro lugar donde irse), como si fueran nuevas y nunca sabidas, y recogerlas y ponerlas juntas otra vez para que pueden saberse. Esto mismo da a entender la palabra latina cogitare, que significa pensar, pero en su raíz (que es cogo117, de donde sale el frecuentativo cogito) significa recoger y juntar; y así pensar es lo mismo que juntar y unir las especies que estaban en la memoria dispersas. Este verbo ya no se usa propiamente en la significación de juntar cualesquiera cosas que están dispersas en otra parte, sino solamente para significar las que se recogen y juntan en el alma, que propiamente en latín se dice cogitare, y en castellano pensar.

Capítulo XII

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas

19. Contiene también la memoria, además de lo referido, innumerables reglas, razones y leyes acerca de los números y dimensiones de la cantidad, que no las ha recibido ni adquirido por ninguno de los sentidos del cuerpo; por cuanto no son ellas de color alguno, ni suenan, ni huelen, ni se gustan, ni se palpan. Es verdad que cuando se habla o se disputa de ellas, oigo los sonidos de las voces o palabras con que estas mismas ciencias y sus leyes y reglas se significan, pero aquellos sonidos son una cosa y éstas cosa muy distinta. Porque aquéllas suenan de un modo en latín y de otro modo en griego, pero dichas ciencias ni son griegas ni latinas, ni de otro algún determinado idioma.

También es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero aquéllas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de éstas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos; sólo conoce bien qué líneas son aquéllas el que, cuando las contempla y examina, prescinde de todo lo que es cuerpo.

Es no menos cierto que por medio de los sentidos de mi cuerpo han entrado en mi interior las imágenes de los números que exteriormente contamos, pero aquéllos con que contamos a esotros son muy distintos de éstos, y tampoco son imágenes de estos números y, por tanto, su ser es más constante y más cierto.

Capítulo XIII

Cómo la memoria es tan reflexiva que con ella nos acordamos de habernos acordado

20. Conservo todas estas cosas en mi memoria, como también los diferentes medios y modos con que las aprendí, lo propio que muchas objeciones y argumentos falsos que he visto proponer en las disputas contra estas verdades; y aunque las dichas objeciones son falsas, no lo es que me acuerdo de ellas, ni que hice discernimiento entre la verdad de aquellas tesis y la falsedad de estas objeciones, lo que tengo muy presente. Además de esto, veo en mi memoria que el discernimiento y juicio que ahora formo de estas cosas es diferente del que me acuerdo haber hecho antes, muchas veces que he pensado en ellas; también me acuerdo de que he entendido estas cosas diferentes veces, y que ahora las percibo y entiendo, lo guardo en mi memoria para acordarme después de que las entiendo ahora. Conque también recuerdo que me he acordado, y si después me acuerdo de que ahora he podido acordarme de estas cosas, sin duda que será un acto reflejo de la virtud o facultad de la memoria.

Capítulo XIV

Cómo también están en la memoria las afecciones o pasiones del ánimo

21. También las afecciones o pasiones del alma tienen su lugar en mi memoria, pero no están en ella de aquel modo como en el alma cuando las padece, sino de otro muy diverso, y según corresponde al oficio y facultad de la memoria. Porque sin sentir en mi alegría, me acuerdo de haber estado alegre, y sin estar triste, me acuerdo de la tristeza pasada; también sin sentir temor, me acuerdo de haber tenido alguna vez; y sin desear ni apetecer, me acuerdo de que antes he apetecido y deseado; algunas veces me acuerdo de lo que positivamente es contrario al afecto que entonces experimento, pues estando con alegría me acuerdo de mi tristeza pasada, y estando con tristeza suelo acordarme de mi pasada alegría.

No fuera esto tan digno de admirarse hablando de las pasiones del cuerpo, porque el alma, que es la que se acuerda, es muy distinta del cuerpo que las padecía. Y así no merece tanta admiración, que estando yo actualmente gozoso, me acuerdo de algún dolor pasado de mi cuerpo. Pero aquí es cosa que admira, porque también es alma la memoria, pues cuando encargamos a alguno que no olvide una cosa, solemos decirle: Mira que esto lo tengas en el alma; y cuando sucede olvidamos de algo, decimos: No estuvo en mi alma tal cosa o se me escapó del alma, llamando alma a la memoria.

Pues siendo esto así, ¿en qué consiste que, aun cuando actualmente esté alegre, si me acuerdo de mi tristeza pasada, mi alma tenga alegría y mi memoria tristeza, pero de tal modo que el alma real y verdaderamente está

alegre, porque tiene en sí la alegría, y la memoria no está triste, aunque tiene en sí la tristeza?, ¿acaso puede decirse que la memoria no es parte del alma? ¿Quién puede decir tal cosa? De todo lo cual podemos inferir que la memoria, respecto del alma, es como el estómago respecto del cuerpo; y que la alegría y la tristeza son dos manjares, uno dulce y otro amargo; y así, cuando aquéllas se encomiendan a la memoria, es como cuando los manjares pasan al estómago, que allí se pueden guardar, pero no comunicar su sabor. Sería un pensamiento ridículo juzgar que en todo eran semejantes estas dos cosas, bien que tienen las dos alguna semejanza.

22. También es muy cierto que cuando digo que son cuatro las pasiones del alma: deseo, alegría, miedo y tristeza, todo lo que de ellas pueda discurrir y disputar, ya dividiendo cada uno de sus géneros en sus respectivas especies, ya dando a cada una sus propias definiciones, lo saco de mi memoria, pues allí encuentro lo que he de decir y de allí efectivamente saco todo lo que digo; pero no me siento movido de ninguna de estas pasiones cuando las recuerdo, las nombro y trato de ellas, siendo así que estaban en mi memoria aun antes que tratase o me acordase de ellas; porque estaban allí pude sacarlas a luz y recordarlas.

Tal vez podrá decirse que así como en los animales el manjar sale del estómago a la boca rumiándole, así estas cosas salen de nuestra memoria acordándonos de ellas. ¿Cómo, pues, en el pensamiento, que es la boca del alma, no se siente lo dulce de la alegría ni lo amargo de la tristeza, cuando se trata o se disputa de ellas, extrayéndolas así de la memoria? ¿Acaso es esto en lo que no tienen semejanza, pues ya hemos dicho que no la tienen en todo? A no haber esta distinción, ¿quién habría que voluntariamente nombrase tristeza o miedo si todas las veces que se hubiesen de nombrar estuviésemos precisados a tener y sentir miedo o tristeza? Es cierto que no hablaríamos de ellas, ni podríamos nombrarlas si no halláramos en nuestra memoria, no solamente las voces significativas de tales pasiones (las cuales se representan en las imágenes impresas en la memoria por los sentidos del cuerpo), sino también las nociones o ideas de las mismas cosas, las cuales por ninguna de las puertas del cuerpo entraron en la memoria, sino que sintiendo el alma y experimentando en sí misma sus pasiones, encomendó a la memoria sus ideas; o bien ella por sí misma, sin que se las entregasen, las tenía recogidas para sí.

Capítulo XV

Cómo también nos acordamos de las cosas que están ausentes

23. Pero ¿quién podrá fácilmente establecer si todo esto se hace por imágenes o no? Porque, si yo no nombro a la piedra, o nombro al Sol, cuando estas dos cosas no están presentes a mis sentidos, inmediatamente se presentan sus imágenes en mi memoria. Nombro algún dolor corporal, no estando presente el dolor, y nada me duele; y si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no supiera lo que nombraba o decía, ni pudiera distinguir entre el dolor y el deleite. Nombro la salud del cuerpo hallándome bueno y sano; entonces es verdad que está presente la misma cosa nombrada, pero si su imagen no estuviera también en mi memoria, de ningún modo podría acordarme de lo que significa el sonido de esta palabra salud. Ni los enfermos, cuando se nombra la salud delante de ellos, entenderían lo que se había dicho si aquella misma imagen no se conservara en su memoria, aunque la misma cosa faltase de su cuerpo.

Nombro los números con que contamos y hallo que están en mi memoria, no las imágenes de los números, sino los números mismos. Nombro la imagen del Sol, la cual está presente en mi memoria; entonces ella misma es la que se me presenta cuando me acuerdo de ella nombrándola, porque no recuerdo ni nombro la imagen de esta imagen, sino ella misma. Finalmente, nombro a la memoria, y conozco lo que nombro. ¿Y dónde lo conozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella puede estar de algún modo más presente a sí misma por medio de su imagen, que inmediatamente por sí misma?

Capítulo XVI

Cómo también la memoria se acuerda del olvido

24. Pero ¿qué diremos que sucede cuando nombro el olvido, con conocimiento de lo que nombro? Porque no pudiera conocer bien el olvido sino acordándome de él. No hablo del sonido de esta palabra olvido, sino de la cosa significada, la cual, si yo la hubiera olvidado, es cierto que no pudiera saber lo que vale o significa aquella voz. Resulta, pues, que cuando hago mención de la memoria, la misma memoria inmediatamente por sí misma se ofrece y se presenta a sí misma; pero cuando menciono al olvido, se hacen presentes y se ofrecen luego la memoria y el olvido: la memoria, con la cual me acuerdo y menciono al olvido, y el olvido, que es la cosa de que me acuerdo y que menciono.

Pero ¿qué es el olvido sino una falta o privación de la memoria? ¿Y cómo esa privación de memoria está presente para que me acuerde de ella, si no es posible que me acuerde mientras subsista esa privación o falta de memoria? Siendo, pues, cierto que aquello de que nos acordamos lo tenemos

en la memoria, y que si no nos acordásemos del olvido, no sería posible que entendiésemos lo que se significa con esta palabra olvido, cuando la oímos pronunciar, se infiere necesariamente que tenemos al olvido en la memoria.

No se pudiera inferir de aquí que, cuando nos acordamos del olvido, no está él por sí mismo en nuestra memoria, sino mediante su imagen que le representa; porque si fuera el mismo olvido el que allí se representa en su ser propio, no haría que nos acordásemos, sino todo lo contrario. ¿Y quién alcanzará perfectamente ni podrá comprender cómo esto sea?

25. Yo confieso, Señor, que hallo aquí bastante dificultad y la experimento en mí mismo, pues me cuesta mucho trabajo el entenderme a mí mismo. No intento ahora averiguar las regiones en que se divide el cielo, ni medir lo que distan entre sí los astros, ni entender el equilibrio de la tierra, sino saber lo que soy yo mismo; pues yo, según que soy alma, soy el que me acuerdo y tengo memoria. No es de admirar que no alcance ni llegue a entender todo aquello que se distingue de mí. Pero ¿qué cosa puede haber más cerca de mí que yo? Con todo eso no puedo acabar de entender lo que pasa en mi memoria, que es parte de mi ser, y sin ella no fuera todo lo que soy.

Pues ¿qué es lo que tengo de decir cuando me consta con certeza que yo mismo me acuerdo de mi olvido? ¿Por ventura he de decir que no está en mi memoria aquello de que me acuerdo, o bien que, para no olvidarme está el olvido en mi memoria? Lo uno y lo otro es un absurdo muy grande. Veamos, pues, lo tercero que antes insinué. ¿Cómo he de decir y asegurar por cierto que, cuando hago memoria del olvido, no es el olvido mismo, sino una imagen suya la que está y se presenta en mi memoria? ¿Cómo, pues, tengo de decir esto, cuando por otra parte sabemos que para imprimirse en la memoria la imagen de cualquier cosa es necesario que antes esté presente aquella cosa misma, de la cual pueda quedar la imagen impresa en la memoria? Porque así sucede para acordarme de la ciudad de Cartago, así me acuerdo de los lugares en que he estado, así de los rostros humanos que he visto y de las cosas que se dan a conocer por los demás sentidas, y así, finalmente, es como me acuerdo de la salud o del dolor del mismo cuerpo.

Cuando estas cosas estuvieron presentes, cogió de ellas la memoria unas imágenes que pudiese yo después mirar y tener presentes, y usar de ellas en lo interior de mi alma, cuando tuviese que acordarme de aquellas cosas, aunque ausentes. Luego, si el olvido, no por sí mismo, sino por medio de una imagen suya, se tiene en la memoria, es necesario que antes estuviese el mismo olvido presente, para que se quedase en la memoria su imagen. Cuando estaba presente el mismo olvido, ¿cómo podía delinear en mi memoria su imagen cuando aun aquello que encuentra ya delineado lo borra con su presencia el olvido? No obstante, de cualquier modo que esto

suceda, y aunque este modo con que el olvido está presente a la memoria no pueda comprenderse ni explicarse, estoy muy cierto de que me acuerdo aun del mismo olvido, aunque él es el que quita de nuestra memoria las especies o imágenes que para acordarnos teníamos en ella.

Capítulo XVII

Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario, para hallar a Dios, subir más arriba de esta potencia

26. Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mío, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta; todo esto que es mi memoria lo es mi alma y lo soy también yo mismo. ¿Y qué soy yo, Dios mío?, ¿qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa, como se ve en los espaciosos campos de mi memoria, en las innumerables y profundas cuevas y senos ocultísimos de que consta, que de innumerables modos están todos llenos de innumerables géneros de cosas, ya estén allí por medio de sus imágenes, como las cosas corpóreas; ya estén por sí mismas, como las artes y ciencias, ya por medio de no sé qué nociones y señales, como las afecciones o pasiones del alma, que las tiene la memoria aun cuando ya no las padece el alma; no obstante que todo cuanto está en la memoria está en el alma. Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria corro y vuelo de una parte a otra, me insinúo y profundizo cuanto cedo, pero en parte alguna hallo el fin. Tan inmensa como esto es fuerza y virtud de la memoria; y tan grande y suma es la vivacidad humana, no obstante ser la vida del hombre mortal y perecedero.

Pues ¿qué me resta hacer? Decídmelo Vos, Dios mío, que sois mi vida constante y verdadera. Subiré más arriba de esta potencia de mi alma, que llamamos memoria: pasaré por ella subiendo más arriba para llegar a Vos, deliciosa luz de mi alma. ¿Qué me decís Vos, Señor? Ya veis que por los grados de mi alma voy subiendo hacia Vos, que sois superior a mí. Subiré, pues, más arriba de esta potencia que llamamos memoria, deseando tocar con mi conocimiento vuestro Ser, por donde puede tocarse, y unirme a Vos, por donde y como esta unión pueda conseguirse. También las bestias y las aves tienen su memoria, sin la cual no sabrían volverse á sus guaridas y nidos, ni hacer ni repetir otras muchas acciones a que están acostumbradas, porque ni aun pudieran acostumbrarse a cosa alguna si no tuvieran memoria.

Pasaré, pues, más arriba de mi memoria, para llegar a aquel Ser soberano que me hizo diferente de los brutos y me hizo más sabio que las aves del

cielo. Más arriba de mi memoria he de subir; pero ¿dónde os hallaré, dulzura soberana, segura y verdadera?, ¿en donde os hallaré? Porque si os he de hallar más allá de mi memoria y fuera de ella, no me acordaré de Vos. Y si no me acuerdo de Vos, ¿cómo os he de hallar?

Capítulo XVIII

Cómo no pudiera hallarse una cosa perdida si no se conservara en la memoria

27. Aquella mujer del Evangelio que perdió la dracma y la buscó con una antorcha encendida, no hubiera podido hallarla si no la conservara en su memoria, porque después que la hubiese hallado, ¿cómo había de conocer si era aquélla la que buscaba, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas que había perdido, y sé que las hallé porque si cuando buscaba alguna de ellas me decía alguno: ¿Es por ventura esto lo que buscas, o es acaso aquello?, yo siempre respondía: No es eso; hasta que se me presentase aquella misma cosa que buscaba. Si, pues, no me hubiese acordado de ella, ni tuviera en la memoria lo que era y cómo era aquella cosa, aunque la tuviera a la vista no la hallara, porque no la conociera. Esto mismo sucede siempre que buscamos y hallamos lo que antes hemos perdido.

Pero si alguna cosa se pierde respecto de nuestra vista, no respecto de nuestra memoria, como por ejemplo, cualquier cuerpo visible, entonces la imagen de aquella cosa se conserva interiormente y por ella se busca hasta que vuelve a presentarse a nuestra vista; cuando ya se ha hallado se reconoce si es o no aquella misma cosa que se buscaba, confrontándola con su imagen que estaba en la memoria. Por lo cual, ni decimos que hemos hallado lo perdido si no lo conocemos, ni podemos conocerlo si no nos acordamos de ello. Es verdad que esto solamente se había perdido respecto de nuestra vista, pero se conservaba en nuestra memoria.

Capítulo XIX

Cómo vuelve a acordarse la memoria de lo que había perdido ella misma

28. Pero ¿qué diremos cuando es la misma memoria la que ha perdido alguna cosa, como sucede cuando olvidamos algo y lo buscamos para acordarnos de ello? Porque últimamente, ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria? Y si buscándolo allí se nos ofrece y presenta una cosa por otra, la desechamos hasta que se nos ocurra lo que buscamos; entonces

decimos inmediatamente: Esto es, helo aquí; lo que no diríamos si no la conociéramos, ni tampoco la conociéramos, si no nos acordáramos de ella. Pero es cierto que la teníamos antes olvidada, tal vez no del todo, sino en parte; con la que aún estaba en la memoria, buscábamos la otra parte que faltaba, porque sintiendo en sí la memoria que no tenía juntas y cabales todas las especies que ella acostumbraba usar y manejar a un mismo tiempo, como truncada y defectuosa en la costumbre que tenía, estaba pidiendo que se le reintegrase lo que la faltaba.

Semejante a esto es lo que sucede cuando vemos una persona conocida, o que sin verla se nos ofrece a la memoria, pero no nos podemos acordar de cómo se llama y nos ponemos a pensar en su nombre: cualquier nombre distinto que se nos ofrezca no se une bien con la idea que tenemos de aquella persona, porque no estamos acostumbrados a juntar aquella persona con aquel nombre; y por eso los desechamos todos, hasta que se nos presenta aquel que nuestro pensamiento acostumbraba juntar con aquella persona, y entonces descansa y cesa de buscarle, teniendo ya cabal y completa noticia de aquel nombre.

Pero este nombre olvidado que se nos recuerda, ¿de dónde viene o sale sino de la misma memoria? Porque, aun cuando alguno nos lo recuerde, de nuestra memoria proviene que le reconozcamos: no le oímos como un nombre nuevo, que entonces aprendamos, sino que nos acordamos del que habíamos oído otras veces; aprobamos que éste, que entonces se nos dice, es el nombre que aquella persona tiene, pero si enteramente se borra de la memoria, aunque otro nos lo quiera recordar, y nos sugiera aquel nombre, no nos acordamos de él absolutamente: no olvidamos enteramente lo que mediante el aviso de otro nos recuerda haberlo olvidado; es imposible que buscáramos una cosa que habíamos perdido si enteramente la hubiéramos olvidado.

Capítulo XX

Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan

29. Supuesto lo que acabo de decir, ¿de qué medios me valgo para buscaros, Señor? Porque buscaros, Dios mío, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma[119], así como ella es la que da vida a mi cuerpo. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada? Porque ésta no la puedo conseguir hasta que me halle en tal estado que pueda y deba decir con verdad mi corazón: Esto me

basta. Pues ¿cómo la busco? Acaso por medio de reminiscencia, que es lo mismo que volviéndome a acordar de ella, como cosa que tenía olvidada, pero acordándome todavía de que la había olvidado, o ¿es por medio de un deseo y apetito de saber una cosa para mí desconocida e ignorada, ya por no haberla sabido nunca, ya por haberla olvidado absolutamente? Pero esa vida bienaventurada, ¿no es la que todos quieren y que ninguno hay que absolutamente no la quiera? Pues, ¿dónde la han conocido para que así la quieran? ¿Dónde la han visto, pues, para amarla tanto?

Es que la tenemos dentro de nosotros mismos, aunque ignoramos cómo. También hay un cierto modo de tenerla, que hace verdaderamente bienaventurado a cualquiera que la tiene de aquel modo: otros hay que son bienaventurados por la esperanza de serlo. Es verdad que este modo de tener la bienaventuranza es muy inferior al otro con que la poseen los que real y verdaderamente son bienaventurados, pero no obstante, están mejor que aquellos otros primeros, que ni en la realidad ni en la esperanza son bienaventurados, los cuales no lo son de alguno de esos modos; de lo contrario no desearan tanto el ser bienaventurados como es certísimo que lo desean.

No sé cómo han llegado a conocer la bienaventuranza, de la cual tienen no sé qué noticia, que deseo averiguar si reside en la memoria, pues si residiese en ella, se inferiría de esto que en algún tiempo ya habíamos sido todos bienaventurados. No trato ni examino ahora si esto se debe entender de todos los hombres, y de cada uno en particular, o si la dicha bienaventuranza la tuvimos solamente en aquel hombre que pecó el primero, en el cual todos pecamos y morimos, y de quien todos nacimos cargados de miserias. Solamente quiero averiguar ahora si la idea y noticia que tenemos de bienaventuranza reside en nuestra memoria, porque no la amaríamos si no la conociéramos.

Oímos este nombre bienaventuranza y todos confesamos que amamos y apetecemos lo que aquella palabra significa, porque lo que nos deleita y enamora, no es el material sonido de aquella palabra, pues si un griego la oye nombrar en latín, no le mueve ni deleita aquella voz, porque suponemos que no entiende lo que significa, pero nosotros, que la entendemos, nos deleitamos y aficionamos a ella, como el griego también se aficionaría si la oyera nombrar en su propio idioma: la cosa significada en dicho nombre no es griega ni latina, pero griegos y latinos, y todos los hombres del mundo, de cualquiera nación que sean, suspiran por ella y desean alcanzarla. Luego de todos los hombres es conocida y a todos les es notoria, de modo que si pudiera preguntarse a todos de una vez, y con una misma voz, si querían ser bienaventurados, sin detenerse a pensarlo y sin dudar en ello, todos responderían que sí; esto no sucedería si no estuviera en su memoria la cosa que corresponde por significado a este nombre bienaventuranza.

Capítulo XXI

Del modo en que la bienaventuranza está en nuestra memoria

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto, porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo, porque el que tiene conocimiento de los números no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza como nos sucede con la elocuencia? Tampoco, pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente que tenían noticia y conocimiento de lo que es elocuencia), pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo u oyendo a otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse a la elocuencia y darse a conseguirla (aunque es verdad que, si no tu vieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y faltándoles la afición y el gusto a la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así, porque así como estando triste puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo o alegría, pues ni la vi, ni la oí, ni la olí, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí o experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de dicha alegría, unas veces para aborrecerla y otras para desearla, según la diversidad de objetos de que recuerde haberme alegrado. Si ahora me acuerdo de alguna alegría que tuve causada de objetos torpes, la detesto y abomino; y si, por el contrario, me acuerdo de la que tuve nacida de cosas buenas y honestas, deseo volver a tenerla o continuarla, no obstante que acaso ya no existan ni estén presentes aquellas cosas u acciones, y por eso no me acompaña la tristeza cuando hago memoria de esta alegría pasada.

31. Pues ¿dónde y cuándo experimento yo mismo mi vida bienaventurada, para que me acuerde de ella, y la ame y la desee? Ni en esto soy yo solo, o tengo pocos que me acompañen, sino que todos deseamos ser bienaventurados, lo cual no apeteceríamos con una voluntad tan firme y determinada

si no la conociéramos con certeza y no tuviéramos de ella cierta y segura noticia.

Pero ¿en qué consiste, que si a dos hombres se les preguntase si querían seguir la carrera de la milicia, es muy posible que el uno respondiera que sí y el otro que no, y que si a entrambos se les preguntase si querían ser bienaventurados, sea también muy posible que uno y otro respondiesen al punto y sin poner duda en ello que lo querían y estaban deseando, y que no por otro fin sino el de ser felices y bienaventurados tomaban dos partidos tan opuestos como querer el uno seguir la milicia y el otro no seguirla?

Tal vez porque unos hombres tienen su alegría y gozo en una cosa y otros la tienen en otra, por eso concuerdan todos en responder que quieren ser bienaventurados, como convendrían también si se les preguntase si querían vivir alegres y contentos, porque este mismo contento y alegría es lo que ellos llaman vida bienaventurada. Aunque esta alegría la consiguen unos por un camino y otros la alcanzan por otro, es uno mismo el fin a donde todos conspiran y desean llegar, que es a vivir alegres y contentos.

Ésta es una cosa tan común, que nadie puede decir con verdad que no la haya experimentado en sí mismo: por eso cuando se oye el nombre de la vida bienaventurada, se reconoce al instante por aquella especie de alegría que se halla en la memoria.

Capítulo XXII

En qué consista la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar

32. No quiera ni permita, Señor, vuestra misericordia, que en el corazón de este humilde siervo vuestro, que delante de Vos descubre los secretos de su alma, tenga entrada jamás ese vano pensamiento de juzgarme bienaventurado con cualquier género de gozo y alegría que haya tenido. Porque hay otro verdadero gozo que no se concede a los impíos y malos, sino solamente a aquéllos que os sirven voluntariamente, de los cuales Vos sois el gozo: ésa es la vida bienaventurada, una alegría ordenada a Vos, dimanada de Vos y poseída por amor de Vos; ésa misma es, y no hay otra verdadera. Aquéllos que juzgan que hay otra distinta de ésa, siguen otra muy diferente alegría, pero no esa misma que es la verdadera; y sólo alguna aparente semejanza de la verdadera alegría es la que siguen, y de la cual no se aparta su voluntad.

Capítulo XXIII

Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla

33. Luego no es cierto que todos desean ser bienaventurados, porque aquéllos que no quieren la alegría que Vos comunicáis, que es la única vida bienaventurada, sin duda no quieren la que lo es cierta y verdadera, o bien deberá decirse que la quieren y desean todos, pero como la carne tiene unos deseos contrarios al espíritu, y éste los tiene también opuestos a la carne, no pudiendo uno y otro hacer lo que entrambos quieren, vienen a dar y caer en lo que pueden, y con ello se contentan; y es porque aquello que no pueden, no lo quieren tanto como es necesario para que lo puedan.

Si les pregunto a todos si quieren más gozar de esta alegría que proviene de la verdad, que de otra que provenga de la mentira, responderían todos que más quieren la alegría que nace de la verdad, y que desean ser felices y bienaventurados, porque la vida bienaventurada es alegría y gozo que nace de la verdad, que es lo mismo que decir, alegría que nace de Vos, que sois la verdad suma, mi luz, mi Dios, vida y salud de mi alma. Todos, pues, quieren esta vida bienaventurada; esta vida, digo, que únicamente es la bienaventurada, todos la quieren: todos, vuelvo a decir, quieren y desean el gozo y alegría de la verdad, pues aunque he tratado a muchos que quisieran engañar a otros, a ninguno he visto que deseara ser engañado.

¿Dónde, pues, conocieron esta vida bienaventurada, sino allí mismo donde también conocieron la verdad? A ésta la aman también, supuesto que no quieren ser engañados, y amando la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino alegría de la verdad, han de amar precisamente también a ésta, y no pudieran amarla si no tuvieran alguna noticia de ella en su memoria.

¿Por qué, pues, no hacen de ella su gozo y alegría? ¿Por qué no son felices y bienaventurados? Porque la adhesión que tienen a otras cosas es más fuerte y eficaz para hacerlos miserables e infelices, que aquel leve y escaso conocimiento que tuvieron de la verdad para hacerlos felices y bienaventurados. Y esto nace de que todavía hay poca luz en los hombres: dense, pues, prisa a caminar adelante, para que no acaben de hallarse sin luz enteramente.

34. Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquéllos que aman otra cosa muy distinta

quisieran que fuese la verdad aquello que aman; y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad, y como a tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece o ilumina, pero la aborrecen en cuanto los acusa y reprende, y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar a otros, aman la verdad cuando ella se descubre o manifiesta a sí misma, pero la aborrecen cuando los descubre o los manifiesta a ellos. Así, pues, la correspondencia que tendrían de la verdad será que a los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste a ellos. Así es también puntualmente el espíritu del hombre que quiere ocultar su ceguedad, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que a él se le oculte cosa alguna; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él; no obstante este estado de miseria en que se halla, más quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente bienaventurado si, libre de toda molestia, no hallase ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.

Capítulo XXIV

Se alegra Agustín de haber hallado a Dios dentro de su memoria

35. Mirad, Señor, cuánto me he detenido recorriendo la anchurosa extensión de mi memoria, sólo para buscaros, y no he podido hallaros fuera de ella: no he hallado de Vos cosa alguna que no estuviese en mi memoria, desde el instante que tuve conocimiento de Vos, pues jamás os he olvidado desde que os he conocido. En donde hallé la verdad, allí mismo hallé a mi Dios, que es la Verdad misma, que nunca olvidé desde que la conocí. Y así, Dios mío, desde que tuve conocimiento de Vos permanecéis en mi memoria, y en ella misma os hallo cuando hago mención de Vos, y me deleito en Vos. Éstas son mis santas delicias, que os habéis dignado concededme por vuestra misericordia, atendiendo a mi pobreza.

Capítulo XXV

En qué grado de la memoria se halla a Dios

36. Pero ¿en qué parte de mi memoria estáis, Señor?, ¿qué lugar tenéis en ella?, ¿cuál es la morada que habéis fabricado para Vos allí?, ¿cuál es el

santuario que en ella edificasteis para Vos? Vos, Señor, concedisteis a mi memoria la honrosa dignidad de que Vos estéis y permanezcáis en ella, pero lo que ahora considero es en qué parte de mi memoria estáis. Porque, para acordarme de Vos, subí, como tengo dicho120, más arriba de todos aquellos grados en que mi memoria conviene con la de los irracionales, porque no os hallaba en aquella parte de mi memoria donde están las imágenes de las cosas corpóreas. Subí, pues, a otro grado superior de mi memoria, donde tengo depositadas las afecciones o pasiones de mi alma, y tampoco allí os hallé. Pasé más adelante y entré a buscaros en el mismo seno donde reside mi alma, que es el lugar que ella tiene para sí dentro de mi memoria, porque también mi alma se acuerda de sí misma, y tampoco Vos estabais en aquel seno, porque así como Vos no sois alguna imagen corpórea, ni pasión o afección alguna de las que suele en sí experimentar el alma, como sucede cuando nos alegramos, nos entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y todas las otras afecciones semejantes, así tampoco sois lo que es nuestra alma, sino una sustancia muy distinta y superior a ella, como que sois el Señor y Dios de mi alma, fuera de que todas estas cosas que he dicho, son varias y mudables, y Vos permanecéis sobre todo lo creado eternamente invariable, y sin poder padecer variedad ni mutación alguna; pero no obstante, desde que os conocí os habéis dignado habitar en mi memoria.

Mas ¿para qué ando buscando el lugar propio que tenéis en ella, como si allí hubiera lugares distintos o separados? Vos ciertamente estáis de asiento en ella, porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí, y os hallo en mi memoria cuando me acuerdo de Vos.

Capítulo XXVI

Dónde se halla a Dios

37. Pero ¿dónde os hallé para poder conoceros? Porque antes que os conociera no estabais en mi memoria. ¿Dónde, pues, os hallé para conoceros, sino en Vos mismo y más arriba de mí? Pero de ningún modo hay en esto espacios ni lugares y, no obstante eso, es verdad que ya nos apartamos de Vos, ya nos acercamos a Vos, sin que en esto intervenga algún lugar. En todas partes estáis, Verdad eterna, presidiendo a todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y a todos les respondéis a un tiempo, aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondéis a todas, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. Todos os consultan y preguntan su inclinación y voluntad, pero no a todos respondéis conforme a su voluntad e inclinación. El mejor de todos vuestros siervos es aquél que

no atiende tanto a oír de Vos lo que él desea y quiere, como a querer y ejecutar lo que de Vos oyere.

Capítulo XXVII

Cómo la hermosura de Dios arrebata hacia sí al hombre

38. Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infiero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenían muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros.

Capítulo XXVIII

De las miserias de esta vida

39. Cuando total y perfectamente esté yo unido a Vos no habrá ya para mí de ningún modo trabajo ni dolor alguno, y mi vida será totalmente viva, porque toda estará llena de Vos. Pero ahora me soy gravoso a mí mismo, porque no estoy lleno de Vos, pues a los que Vos llenáis, les quitáis su pesadez.

Mis pasadas alegrías dignas de llorarse, luchan con mis presentes tristezas dignas de alegría; y no sé en esta lucha quién lleva la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Batallan, digo, mis tristezas malas con mis alegrías buenas y no sé quién saldrá con la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Mirad, Señor, que no oculto mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo lleno de miseria. ¿Por ventura podréis Vos olvidar que la vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua?

¿Quién hay que ame las molestias y trabajos? Vos, Señor, mandáis que las suframos, no que las amemos. Ninguno ama aquello que sufre y tolera,

aunque tenga amor a tolerarlo y sufrirlo. Pues aunque alguno se alegre de que tolera y sufre, pero no obstante, más quiere que no haya que sufrir y tolerar. Cuando padezco cosas adversas, deseo las prósperas, y cuando estoy en posesión de las prósperas, estoy temiendo las adversas. ¿Qué medio puede hallarse entre estos dos contrarios, donde la vida humana deje de ser probada y combatida de semejantes afectos? Arriesgadas son las prosperidades del siglo de una y dos maneras: ya por el temor de la adversidad, ya por la corrupción de la alegría. Arriesgadas son también las adversidades del siglo de una, dos y tres maneras: ya por el deseo de la prosperidad, ya porque la adversidad misma es áspera y penosa, ya porque en ella peligra la paciencia. Pues siendo esto así, ¿cómo podrá dudarse que la vida del hombre sobre la tierra sea una tentación continuada sin intermisión alguna?

Capítulo XXIX

Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios

40. Toda mi esperanza, Dios y Señor mío, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. Dadme lo que me mandáis y mandadme lo que quisiereis. Nos mandasteis ser continentes[121], pero yo sé, dice el Sabio, que ninguno puede serlo, si Dios no le concede esta virtud, y también es un don de la Sabiduría increada el conocer de quién proviene esta dádiva. Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce a ser una cosa sola, de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos y dividiendo nuestro corazón en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardéis y nunca os apagáis! ¡Oh Dios mío, caridad infinita, encended mi corazón! Nos mandáis la templanza o continencia, pues[122] dadnos lo que mandáis y mandad lo que queréis.

Capítulo XXX

Confiesa Agustín el estado en que se hallaba en orden a las tentaciones libidinosas

41. Vos, Señor, me mandáis que reprima la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la ambición de los honores mundanos. Mandasteis que me abstuviese del acceso carnal, y aun me aconsejasteis otra mejor y más perfecta continencia que la que es propia del matrimonio y que Vos habéis permitido. Vos mismo me lo concedisteis, y se efectuó en mí eso que me aconsejasteis, aun antes de que yo fuese ordenado y hecho ministro y

dispensador de vuestros Sacramentos. Pero aún viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella, las cuales se me presentan, ya cuando estoy despierto, ya cuando dormido: cuando despierto se me ofrecen como flacas y sin fuerzas, pero entre sueños llegan no sólo a causar deleite, sino también una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes a la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusión y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden e inducen dormido aquellas visiones falsas a lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. ¿Por ventura, Dios y Señor, no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto? Pues ¿cómo me diferencio tanto de mí mismo, desde el punto en que paso de despierto a dormido, hasta que vuelvo a pasar de dormido a despierto?

¿Dónde está entonces mi razón y entendimiento, que estando en vela resiste a semejantes sugestiones con tal fuerza que, aunque las mismas cosas reales y verdaderas se me pongan delante, no bastan a conmoverme?, ¿acaso se cierra también la razón al mismo tiempo que se cierran los ojos para dormir?, ¿acaso ella se duerme juntamente con los sentidos del cuerpo? Además, ¿en qué consiste que muchas veces aun entre sueños resistimos también a semejantes sugestiones, y acordándonos de nuestro propósito en orden a la castidad, perseveramos firmemente en él, y no damos consentimiento alguno a tales deleites halagüeños y engañosos? Con todo, hay en esto tan grande diferencia de nosotros a nosotros mismos, que cuando en el sueño ha sucedido al contrario, en despertando volvemos a tener quieta y sin remordimientos la conciencia; y en esta misma diferencia conocemos que no hicimos nosotros aquello que entre sueños se ejecutó en nosotros y, fuese como fuese, lo sentimos y desaprobamos.

42. ¿Por ventura, Dios mío todopoderoso, no tiene fuerza y poder vuestra divina mano para curar perfectamente todas las enfermedades de mi alma y apagar también con vuestra gracia más especial y activa los movimientos impuros que padezco en sueños? Yo espero, Señor, que aumentaréis más y más en mí vuestras gracias y dones, para que mi alma, libre y enteramente desprendida de la pegajosa liga de toda concupiscencia, pueda seguir sin estorbo los movimientos y afectos que me llevan hacia Vos, y no sea rebelde a sí misma; antes bien, aun entre sueños, no solamente quede libre de ejecutar aquellas torpezas de corrupción que en fuerza de las imágenes animales llegan a hacer su propio efecto en la carne, sino que también esté muy lejos de consentirlas. Respecto de un Dios omnipotente, que podéis hacer mucho más de lo que nosotros podemos pedir ni pensar, no sería

cosa muy grande ni dificultosa el hacer que atendido no sólo este método de vida que sigo, sino también esta edad que tengo, ninguna de aquellas impurezas haga en mi alma entre sueños la más leve impresión contraria a la castidad, que también con la más leve atención pudiera estorbarse o reprimirse.

Pero el estado en que me hallo por ahora en cuanto a este género de mal ya lo he confesado a Vos, Dios y todo mi bien, alegrándome (aunque con algún temor todavía) por el bien que ya me habéis concedido, llorando por lo que aún me falta y esperando que Vos perfeccionéis los buenos efectos que han obrado ya en mí vuestras misericordias, hasta concederme aquella paz cumplida y perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se mude en victoria.

Capítulo XXXI

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de la gula

43. También el día nos ocasiona otro mal y daño, ¡y ojalá que éste fuera único y solo! Porque todos los días reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el día en que Vos destruyáis, no sólo las viandas, sino también al estómago que las destruye a ellas, que será cuando matéis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura y vistáis a este corruptible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa, y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para reducir mi cuerpo a la sujeción y servidumbre, sucede que esa misma molestia del ayuno hace después más agradable y deleitoso el alimento.

El hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarían la muerte a cualquiera, si no se les socorriese con la medicina de los alimentos; como ésta la tenemos tan a mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales hacéis que la tierra, el mar, el cielo contribuyan y sirvan a nuestra necesidad y dolencia, esta especie de trabajo y calamidad se llama ya gusto y regalo.

44. Vos, Señor, me habéis enseñado que debo usar de los alimentos del mismo modo que de los medicamentos, pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en mí el hambre y necesidad a la quietud que causa la refacción, en este mismo paso tiene armados contra mí sus lazos el

apetito. Porque este mismo pasar desde el hambre al alimento es deleite y gusto, y no hay otro medio por donde pasar a aquel extremo, al cual nos obliga la necesidad a que pasemos. Y siendo la salud la causa motiva de que comamos y bebamos, se le junta como criada o sierva la delectación peligrosa, y muchas veces quiere ella ir delante como principal, para que se haga por causa de la delectación lo que digo que hago o quiero hacer por conservar mi salud. Pero no tiene la una la moderación que tiene la otra, pues lo que para la salud es bastante es poco para el deleite. Muchas veces no se sabe con certeza si es el cuidado necesario de nuestro cuerpo el que pide el manjar para su socorro, o si es el deleitoso engaño de nuestro apetito el que lo solicita, aunque superfluo: la pobre infeliz alma se alegra con esta incertidumbre, y en ella misma tiene preparada o su defensa o su excusa, alegrándose de no saber con certeza cuánto sea lo bastante para el régimen y conservación de la salud, para que ésta sirva de pretexto, cuando realmente es cumplir el deleite y apetito.

Éstas son tentaciones cotidianas que procuro resistir todos los días, e invoco vuestra mano poderosa para que me saque a salvo: os refiero las dudas y congojas de mi alma, porque no sé todavía lo que debo practicar en esta materia.

45. Oigo la voz de mi Dios que me impone este precepto: No se agraven ni entorpezcan vuestros corazones con los manjares ni con la embriaguez. El exceso del vino o la embriaguez está bien lejos de mí, y espero que me concederá vuestra misericordia que no se me acerque nunca. Por lo que toca al exceso en la comida, alguna vez, sin advertirlo, se me ha insinuado; Vos, Señor, usaréis conmigo de vuestra misericordia para que se aleje de mí todo lo que fuere exceso, porque ninguno puede tener templanza si Vos mismo no se la concedéis.

Muchas gracias y beneficios nos concedéis, porque os lo suplicamos: todo el bien que había en nosotros antes que os suplicásemos, de vuestra mano, Señor, lo habíamos recibido, y este mismo conocimiento también es dádiva vuestra. Es cierto que yo nunca fui apasionado por el vino, pero he conocido a algunos que, siendo antes muy dados al vino, Vos los hicisteis sobrios y templados: luego Vos también hicisteis que no fuesen destemplados en el beber vino los que nunca lo fueron, así como hicisteis que no lo fueran siempre aquéllos que antes lo habían sido; Vos también hicisteis que los unos y los otros reconozcan quién fue el autor de aquel bien que se les hizo.

También, Señor, tengo oída aquella palabra vuestra, en que decís: No sigas tus apetitos y apártate de tu propia voluntad. También oí por gracia vuestra otra palabra que fue muy de mi gusto, en que decís: Ni porque comamos

tendremos de sobra, ni porque no comamos tendremos escasez. Que es lo mismo que decir: Ni lo uno me hará rico, ni lo otro me hará pobre. Otra voz oí también vuestra, en que decís: He aprendido a contentarme con cualquier estado en que me halle: sé vivir con abundancia y sé padecer pobreza. Todo lo puedo en Aquél que me conforma.

El que dijo esto es un soldado de la milicia del cielo, que ya no es polvo y ceniza como nosotros. Acordaos, pues, Señor, de que somos polvo, y que del polvo formasteis al hombre, y que habiéndose perdido, Vos le volvisteis a hallar. Ni el mismo que habló aquella sentencia, inspirado de Vos (que porque hablaba así, me aficioné yo a él), podía cosa alguna por sí mismo, porque él también era polvo. Todo lo puedo, dice, pero lo puedo en Aquél que me conforta. Confortadme a mí, Señor, para que yo lo pueda todo como él. Dadme lo que mandáis y mandadme cuanto queráis. El Apóstol que decía esto reconoce y confiesa que cuanto tenía lo había recibido de Vos: y así cuando él se gloríe, se gloríe en el Señor.

Por otra parte oigo también al Sabio, que deseando conseguir este beneficio, os lo pide a Vos, diciendo: Apartad, Señor, de mí los destemplados deseos de comer y de beber. De donde se infiere, santísimo Dios mío, que cuando cumplimos vuestros mandamientos, Vos sois el que nos dais la gracia de cumplirlos.

46. Vos, Padre amabilísimo, me habéis enseñado que, para los que son puros y limpios, todos los manjares son puros y limpios, pero que sería malo para el hombre comer de cualquier cosa con escándalo de otros; que todas vuestras criaturas son buenas, y nada se debe desechar para alimento, siendo cosa que se pueda comer con acción de gracias: que no es la comida la que nos hace recomendables en vuestra presencia; que ninguno debe juzgar a su prójimo por la especie de manjar o bebida que toma; finalmente, que aquél que come de todo, no haga desprecio del que no come lo que él, y el que no come de todo, no juzgue ni condene al otro que usa de todo manjar indiferentemente.

De Vos, Señor, he aprendido todas estas doctrinas: por lo cual os alabo y doy repetidas gracias a Vos, Dios mío y Maestro mío, que, además de haberos dignado hacer que oyese vuestras palabras, ilustrasteis mi corazón para entenderlas. Libradme también de todas las tentaciones a que me veis expuesto.

Lo que yo temo no es la inmundicia del manjar, sino la del apetito. Sé que Vos disteis licencia a Noé, para que comiese de toda especie de animales que tuviesen carnes saludables y buenas; que Elías también se alimentó de carne; que San Juan Bautista, que practicó una abstinencia admirable, no

incurrió en inmundicia ni manchó su alma por alimentarse de unos animalejos tan viles como son las langostas. Sé, por el contrario, que Esaú fue engañado por el destemplado apetito que tuvo de comer unas lentejas; que David se reprendió a sí mismo por el deseo que tuvo de beber un poco de agua, y que el demonio, queriendo tentar a nuestro Rey y Señor, no le propuso que comiese carne, sino, que comiese pan. Y finalmente, el pueblo de Israel, a quien Vos mismo guiabais por el desierto, si mereció ser sorprendido y reprobado, no fue porque deseó alimentarse de carne, sino porque llevado del deseo de este manjar, se quejó y murmuró de su Dios y Señor.

47. Yo me hallo en medio de estas tentaciones, y todos los días tengo que pelear contra el apetito de comer y beber; esta materia no podía determinarme a dejarla enteramente de una vez, y no volver jamás a usarla, como lo pude hacer con el deleite carnal: así, pues, las riendas del apetito de comer y beber se han de gobernar de modo que ni se aflojen mucho ni se tiren demasiado. Pero, Señor, ¿quién será aquél que nunca exceda los precisos límites de la necesidad? Cualquiera que sea, ciertamente, es un hombre grande, y os debe dar gracias y engrandecer por ello vuestro nombre. Yo ciertamente no soy tal, porque sólo soy un hombre pecador, aunque también alabo y engrandezco vuestro nombre, y sé que aquel Señor que triunfó del mundo os pide incesantemente el perdón de mis pecados, contándome entre los miembros débiles y flacos de su cuerpo místico, porque vuestros ojos los ven, aunque sean imperfectos, y a todos los tenéis escritos en vuestro Libro.

Capítulo XXXII

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato

48. Del atractivo de los olores no se me da tanto, ni estoy tan cuidadoso. Cuando no los tengo presentes a mi olfato, no los pretendo ni busco, ni tampoco cuando se me presentan los desecho, pero me hallo en disposición de carecer de ellos para siempre. Así me lo parece, y puede ser que yo me engañe.

También son dignas de llorarse las tinieblas de nuestra ignorancia, en las cuales aún no alcanzo a ver hasta dónde puede o no puede extenderse mi facultad. De modo que preguntándose mi alma a sí misma para saber sus propias facultades y fuerzas, juzga que no debe creer con facilidad el informe que ella misma dé sobre este punto, porque aun el poder y fuerzas

que verdaderamente tiene están por lo común tan ocultas, que sólo la experiencia puede manifestarlas.

Por eso en esta vida, que la Escritura llama tentación, ninguno debe estar seguro de si aquél que pudo hacerse de malo bueno, podrá o no hacerse también de bueno malo. Nuestra única esperanza, nuestra única seguridad y la que únicamente podemos prometernos con firmeza, es vuestra misericordia.

Capítulo XXXIII

Del estado en que se hallaba en orden a los deleites tocantes al oído

49. Más fuertemente me habían aprisionado y sujetado los deleites tocantes al oído, pero Vos, Señor, me desatasteis otra vez y disteis libertad. Pero al presente, cuando oigo en vuestra iglesia aquellos tonos y cánticos animados de vuestras palabras, confieso que, si se cantan con suavidad, destreza y melodía, algún poco me aficionan; no tanto que me sujeten y detengan, sino de modo que los pueda dejar fácilmente cuando quiera. No obstante, aquellos tonos acompañados de las sentencias que les sirven de alma y les dan vida, para haber de ser admitidos dentro de mi corazón solicitan en él algún lugar honroso y distinguido, y apenas yo les doy el que les corresponde. Porque algunas veces me parece que doy más honra a aquellos tonos y voces de la que debía, por cuanto juzgo que aquellas palabras de la Sagrada Escritura más religiosa y fervorosamente excitan nuestras almas a piedad y devoción cantándose con aquella destreza y suavidad, que si se cantaran de otro modo, y que todos los afectos de nuestra alma tienen respectivamente sus correspondencias con el tono de la voz y canto, con cuya oculta especie de familiaridad se excitan y despiertan. Pero me engaña muchas veces el deleite de los sentidos, al cual no debiera entregarse el alma de modo que se debilite y enflaquezca, cuando el sentido no acompaña a la razón, de modo que se contenta con irla siguiendo, sino que habiendo sido admitido por amor y causa de ella, ya quiere adelantarse a la razón y procura ser su guía. Así peco en estas cosas sin conocerlo, pero después lo conozco.

50. También algunas veces cauteländome demasiadamente de este engaño doy en el extremo contrario, errando en esto por exceso de severidad; algunas veces llega a ser tan grande este exceso de mi severidad, que quisiera apartar de mis oídos, y aun de toda la iglesia, todo género de melodía y suavidad de tonos con que todos los días cantan los salmos de David, pareciéndome entonces más seguro lo que me acuerdo haber oído contar de Atanasio, obispo de Alejandría, que tenía mandado al cantor de los Salmos

que los cantase con tan baja y poca voz, que más pareciese rezarlos que cantarlos.

No obstante, cuando me acuerdo de aquellas lágrimas que derramé oyendo los cánticos de vuestra Iglesia, muy a los principios de haber recuperado mi fe, y contemplando que ahora mismo siento moverme, no con los tonos y la canturía, sino con las palabras y cosas que se cantan, cuando esto se ejecuta con una voz clara, y con el tono que les sea más propio y conveniente, vuelvo a reconocer que esta práctica y costumbre de la Iglesia es muy provechosa y de grande utilidad. Así estoy vacilando entre el daño que del deleite de oír cantar puede seguirse y la utilidad que por la experiencia sé que puede sacarse; y más me inclino (sin dar en esto sentencia irrevocable ni definitiva) a aprobar la costumbre de cantar, introducida en la Iglesia, para que por medio del aquel gusto y placer que reciben los oídos, el ánimo más débil y flaco se excite y aficione a la piedad. Esto no quita que yo conozca y confiese que peco y que merezca castigo, cuando me sucede que el tono y canto me mueve más que las cosas que se cantan, y entonces más quisiera no oír cantar. Ve aquí el estado en que me hallo al presente en cuanto a esto.

Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de vuestros corazones tratáis algo de espíritu y de virtud, de donde proceden las obras exteriores, porque a los demás que no tratáis de esto, tampoco os moverá la situación y estado en que me hallo.

Pero Vos, Señor y Dios mío, oídme, miradme, vedme, apiadaos de mí y sanadme Vos, a cuyos ojos son patentes las dudas y congojas con que lidio, y esto mismo es la dolencia que padezco.

Capítulo XXXIV

De cómo se hallaba en cuanto a los deleites de la vista

51. Lo que me falta es hablar del deleite que corresponde a mis ojos corporales, el cual también es materia de estas Confesiones, que hago de tal modo que lleguen a los oídos de mis hermanos piadosos, en que Vos habitáis como en templo vuestro, con lo cual acabaré de referir las tentaciones que pertenecen a la concupiscencia de la carne, y que todavía me incitan mientras gimo en esta cárcel de mi cuerpo, suspirando por la mansión celestial, en que se debe dar al cuerpo y al alma la vestidura de gloria.

Los ojos tienen su deleite en ver objetos hermosos y varios, y colores lustrosos y risueños. Pero nada de esto merece los afectos de mi alma, que debe ocuparla toda y poseerla toda Dios, que hizo estas criaturas, y aunque a

todas las hizo sumamente buenas, pero no lo son ellas, mi soberano Bien, sino el que las hizo a ellas. Estos objetos visibles en todos los instantes del día se presentan a mis ojos mientras que estoy despierto, sin que cesen nunca de presentarse a la vista, como sucede con las voces respecto del oído, que no siempre está oyendo cantar, y hay ocasiones en que cesa toda voz y ruido, como sucede cuando todo está en silencio; pero esto no sucede así respecto de los ojos, porque en cualquier paraje donde esté durante el día, la misma luz, reina de colores, bañando con sus rayos todas las cosas visibles, sin que yo la atienda, y aunque esté pensando en otra cosa muy diferente, se me comunica y se me insinúa de muchos modos y muy halagüeños a la vista; tanta es la vehemencia con que se insinúa y comunica, que si repentinamente se nos quitase la luz, tendríamos que buscarla con gran deseo de que se nos volviese y, si durase por largo tiempo su ausencia, nuestra misma alma se contristaría.

52. ¡Oh luz, aquella que veía Tobías cuando cerrados los ojos corporales enseñaba a su hijo el camino de la vida, yendo delante de él en las obras de caridad que hacía, sin errar en tales pasos el camino ni extraviarse nunca! ¡Oh luz, aquélla que veía Isaac, cuando ya la vejez le tenía oscurecidos y cerrados los ojos corporales, y sin conocer los hijos a quienes bendecía, mereció conocerlos en las bendiciones que les aplicaba! ¡Oh luz, que veía Jacob, cuando ciego también por la mucha edad, pero ilustrado interiormente, conoció que sus hijos habían de ser cabezas de las doce tribus que formarían en lo venidero el escogido pueblo de Israel, y en atención a este conocimiento, cruzó las manos misteriosamente al tiempo de imponerlas sobre sus dos nietos[126], hijos de José, gobernándose al trocarlas, no por lo que el padre de ellos le dictaba, sino por lo que él mismo en su interior conocía! Esta luz sí que es la verdadera, ésta es única y sola, y todos los que la ven y aman son una cosa misma.

Pero esta luz material de que iba hablando, con una dulzura tan atractiva como peligrosa, hace gustosa y sazonada la vida de este mundo a sus ciegos amadores; pero aquéllos que de esa misma luz saber tomar motivo de alabaros, Dios mío y creador de todas las cosas, la hacen servir a vuestros himnos y alabanzas, y no se dejan dominar del letargo que causa en los primeros el atractivo de sus dulzuras.

Yo quiero ser del número de estos últimos, por esto resisto a los engaños que me pueden ocasionar mis ojos, para que mis pies no caigan en algunos lazos que me impidan seguir las sendas de vuestra justicia, por donde he comenzado a caminar; levanto hacia Vos los ojos invisibles de mi alma, para que Vos saquéis libres mis pies de aquellos lazos, y con efecto, Vos me los desenredáis, porque efectivamente dan mis pies en ellos. Como me sucede muchas veces, caigo en las asechanzas que me están armadas por todas

partes; Vos, Señor, no cesáis de desenredarme y libertarme de ellas, porque Vos, que estáis guardando a Israel, no os dormís y dormitáis.

53. ¡Cuán innumerables son los alicientes que nuevamente han añadido los hombres para atraer y captar más bien la atención de nuestros ojos, con una infinidad de artificiosos tejidos, en varias modas de vestidos, de calzados, de vasos y otros utensilios, y de toda suerte de adornos y curiosidades hechas de mil maneras, y también por medio de pinturas y otros diversos modos de hacer figuras y retratos, pasando con unas de estas cosas mucho más allá de lo que pedía la necesidad de usar de ellas, excediendo mucho con otras los límites de la moderación y abusando notablemente de las últimas, de las cuales había de usarse únicamente para representaciones piadosas! De modo que aman y siguen las obras exteriores que ellos mismos hacen y abandonan en su interior al que los hizo a ellos y deshacen la imagen que hizo de ellos.

Pero yo, Dios mío y gloria mía, aun de estas cosas saco nuevos motivos de cantaros alabanzas y hago sacrificio de ellas a quien me santifica, porque sé muy bien que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado a comunicarse a las obras exteriores, que labran y fabrican sus manos artificiosas, dimanan y provienen de aquella soberana hermosura que es superior a todas las almas, y por la que mi alma continuamente suspira de día y de noche. Los mismos artífices que fabrican y aman estas obras tan delicadas y hermosas, toman y reciben de aquella hermosura suprema el buen gusto, idea y traza de formarlas, pero no aprenden ni toman de allí el modo con que debieran usar de ellas. No le ven, aunque también está allí este modo justo, para que no tengan que ir a buscarle más lejos y para que ordenen a Vos todas las fuerzas de su habilidad e ingenio, y no las malgasten y disipen en deleites fatigosos.

Yo mismo, hablando ahora de estas cosas, y mostrando tener conocimiento de ellas, también parece que detengo el paso, como enredado en estas hermosuras; pero Vos, Señor, me desprendéis de estos lazos, Vos me sacáis libre de ellos, porque siempre miro a vuestra misericordia y la tengo delante de mis ojos. Confieso que también caigo en el lazo de estas cosas con mi fragilidad y miseria; pero Vos me sacáis de él con vuestra misericordia, unas veces sin que yo lo conozca ni lo advierta, porque fue poco a poco y muy leve la caída, y otras veces me libráis de modo que sienta algún dolor, porque ya mi corazón estaba adherido a alguna cosa y tenía algún apego a ella.

Capítulo XXXV

De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentación, que es el de la curiosidad

54. A todas éstas es preciso añadir otra especie de tentación, que es mucho más peligrosa. Además de aquella concupiscencia de la carne, que tiene por objeto el regalo de los sentidos y deleites, sirviendo y obedeciendo a la cual perecen los que se alejan de Vos, hay en el alma otra especie de concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia, que se vale y se sirve de los mismos sentidos corporales, no para que ellos perciban sus respectivos deleites, sino para que por medio de ellos consiga satisfacer su curiosidad y la pasión de saber siempre más y más.

Como esta concupiscencia del alma pertenece al apetito de conocer y saber, y los ojos son los principales en el conocimiento de las cosas sensibles, por eso en la Sagrada Escritura se llama concupiscencia de los ojos. Y aunque es cierto que el ver única y propiamente corresponde a los ojos, solemos usar también de esa palabra para explicar la acción de los demás sentidos, cuando los aplicamos a conocer sus propios objetos. Pero no al contrario, pues nunca decimos: oye cómo alumbra, ni oled cómo luce, ni gustad cómo brilla, ni palpad cómo resplandece, siendo así que todo esto lo llamamos ver. Porque no sólo decimos mirad cómo luce (lo cual únicamente pertenece a los ojos), sino también mirad cómo suena, mirad cómo huele, mirad cómo sabe, mirad cómo está duro.

Por eso todas las sensaciones de nuestros sentidos se comprenden de una vez llamándose, como ya dije, concupiscencia de los ojos, porque todos los demás sentidos, cuando conocen o perciben algo de sus objetos, usurpan en algún modo la acción y oficio del ver, que propia y principalmente pertenece a los ojos.

55. De aquí se puede conocer más claramente cuándo es el deleite y cuándo es la curiosidad quien hace obrar a nuestros sentidos, porque el deleite siempre busca lo hermoso, lo sonoro, lo fragante, lo sabroso, lo suave, pero la curiosidad busca aun lo contrario de todo esto, no para mortificarse[128], sino por el prurito de saberlo y experimentarlo todo. Porque a la verdad, ¿qué deleite puede haber en mirar un cadáver lleno de heridas y despedazado, siendo una cosa que espanta y horroriza? Con todo esto, si en alguna parte hay este lastimoso espectáculo, concurren todos a verle y, conseguido, se entristecen y asustan. Además de esto, temen ver eso mismo entre sueños, como si alguno los hubiera obligado a que lo vieran cuando despiertos, o la fama y noticia de que allí había que ver una grande hermosura los hubiera persuadido y llevado a que lo vieran. Lo mismo pudiéramos decir de los demás sentidos, pero sería muy largo ir poniendo ejemplos en todos.

De este achaque y dolencia de la curiosidad ha nacido todo cuanto se ejecuta de extraño y admirable en los espectáculos. Ella es la que nos hace andar investigando los efectos ocultos de la naturaleza, que no es exterior y

está fuera de nosotros, que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no más que por saberlos; con el mismo fin de satisfacer su curiosidad perversa procuran averiguar algunas cosas por arte mágica. Ella es, finalmente, la que en el seno mismo de la Religión ha incitado a los fieles a tentar a Dios, pidiéndole milagros y prodigios, no para conseguir algún bien o salud del cuerpo o alma, sino por espíritu de curiosidad.

56. En este tan inmenso y enmarañado bosque de deseos, y tan lleno de asechanzas y peligros, ya veis, Dios mío y salud mía, cuánta maleza he cortado y arrojado de mi corazón, según Vos me disteis gracia para ejecutarlo, y que efectivamente ejecuté; pero no obstante, ¿cuándo me atreveré a decir, sabiendo que nuestra vida continuamente y por todas partes está cercada y combatida de tan grande multitud de cosas semejantes, cuándo me atreveré a decir que estoy seguro y que ninguna de ellas excita mi atención siquiera para mirarla, y que nunca he de caer en lazo alguno de la vana curiosidad?

A la verdad, los teatros ya no me arrastran ni llevan tras de sí, ya no cuido de saber el curso de los astros, ni mi alma consultó jamás las sombras de que se vale la magia para sus respuestas, antes bien detesto y abomino todos sus misterios sacrílegos y supersticiosos. Pero ¿con cuántas máquinas y ardides me combate el enemigo para obligarme a que os pida un milagro a Vos, Dios y Señor mío, a quien sólo debo servir humilde y sencillamente? Pero yo, Señor, por Jesucristo Rey nuestro, y por toda su corte celestial, esa triunfante Jerusalén, que es nuestra patria, inocente y casta esposa vuestra, os ruego y suplico que así como al presente estoy lejos de consentir a semejante tentación, así lo esté siempre y cada día más.

Pero cuando os ruego por la salud de alguno, es muy diferente y mejor el fin de mi intención, y además de eso, me concedéis entonces, y espero que siempre me lo concedáis, el que gustosamente me conforme con vuestra voluntad.

57. No obstante, ¿quién hay que pueda contar la innumerable multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada nuestra curiosidad todos los días, y nuestras caídas? ¿Cuántas veces nos sucede que comenzamos a oír con gusto algunas conversaciones inútiles y vanas, que al principio aguantamos por no ofender a los que están hablando, y después venimos poco a poco a oírlas con voluntad y gusto? Ya no voy al circo a ver a un perro correr tras de una liebre, pero si sucede esto en el campo, y casualmente paso por allí al mismo tiempo, acaso me distrae y aparta de algún pensamiento grande y bueno, y me hace mirar y atender a aquella caza, no de modo que me haga extraviar con el caballo, pero sí con la voluntad y afecto. Si Vos, dándome entonces a conocer mi flaqueza, no me excitarais

prontamente a que de aquello mismo que estoy viendo, levante mi espíritu y consideración a Vos, o por lo menos a que desprecie todo aquello y prosiga mi camino, me estaría embebecido vanamente. ¿Cuántas veces también, estando en casa, me tiene entretenido ya el animalejo que llaman alguacil de moscas, parándome a mirar cómo las caza, ya una araña, observando cómo las aprisiona, después de que caen en sus redes? ¿Acaso porque sean pequeños animales se podrá decir que no ejercitaron mi curiosidad ni causaron verdadera distracción? Es verdad que de esto mismo paso después a alabaros, por el orden admirable que habéis establecido y guardan entre sí todas las criaturas del universo; pero también es verdad que cuando comencé a atender, no comencé con este fin. Una cosa es levantarse presto y otra no caer.

De semejantes cosas está llena mi vida, y por eso toda mi esperanza estriba únicamente en vuestra grande e infinita misericordia. Porque si llega a hacerse nuestra alma un depósito y receptáculo de semejantes cosas tan fútiles y vanas, y lleva dentro de sí copiosa multitud de especies a cuál más frívolas, sucederá que nuestras oraciones se interrumpirán y perturbarán no una sino muchas veces. Así, aun cuando nos contemplamos delante de vuestra presencia, y queremos que las voces de nuestro corazón lleguen a los oídos de vuestra divina Majestad, no sé cómo, ofreciéndose a nuestro pensamiento una infinidad de bagatelas y fruslerías, se viene a interrumpir una cosa de tanta importancia. ¿Por ventura contaremos también esto entre las cosas de poca monta y de que no debemos hacer caso? O bien considerado, ¿habrá cosa alguna con que pueda alentar nuestra esperanza, sino el considerar que, habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversión y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

Capítulo XXXVI

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentación, que es el de la soberbia

58. Vos, Señor, sabéis cuánto me habéis mudado en algunas cosas, sanándome primeramente del deseo de vengarme, para que, perdonando yo, me perdonéis a mí también todas las demás maldades, sanéis todas mis dolencias, redimáis mi alma de la perdición y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y saciéis mis deseos con bienes interminables e infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al

yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo sería, y habéis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabía yo cuando tenía miedo de sujetarme a él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque también sois el único verdadero Señor, que no reconocéis otro, por ventura, vuelvo a decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentación que trae consigo el mandar, o es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los hombres, no por otra cosa sino para tener en esto un gozo que no es gozo, es miseria de la vida humana y una jactancia fea. He aquí de dónde principalmente dimana el no amaros los hombres a Vos solo ni temeros con temor filial y santo. Por eso resistís a los soberbios y dais gracia a los humildes, por eso tronáis sobre los ambiciosos del mundo, haciendo que se estremezcan los cimientos de los montes más altos. Pero como sea necesario para el desempeño y cumplimiento de algunos empleos de la república, el que sean temidos y amados de los hombres los que están destinados a aquellos cargos o empleos, el enemigo de nuestra verdadera felicidad y bienaventuranza nos estrecha más para hacernos caer en esta vana complacencia, y por todas partes tiende los lazos de aplausos y lisonjas, para que recogiéndolas con ansia y afición, caigamos incautamente en aquella vanidad y dejemos de poner nuestro gozo en vuestra verdad, colocándolo en el engaño y falacia de los hombres, y lleguemos a tener gusto y complacencia de ser amados y temidos de los hombres por nosotros mismos y no por Vos. Así intenta el enemigo, haciéndonos semejantes a él en la soberbia, llevarnos también a su compañía, no para usar con nosotros de caridad y concordia, sino para hacemos compañeros de sus penas y tormentos; porque él, aspirando soberbiamente a ser semejante a Vos, tiró a imitaros malamente por el torcido rumbo y contrario extremo de la desemejanza, queriendo poner su trono en el Aquilón, para que los hombres, deslumbrados y fríos por faltos de fe y caridad, le sirvan y obedezcan a él.

Pero nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, poseednos siempre Vos. Extended vuestras alas, para que huyendo de nuestros enemigos, nos refugiemos y acojamos debajo de ellas. Sed Vos nuestra única gloria y haced que solamente en Vos nos gloriemos, y que si nos aman, seamos amados por Vos; si nos temen, sea vuestra divina palabra la que se tema y se respete en nosotros. El que quiere ser amado de los hombres, vituperándole Vos, no será defendido de los hombres cuando Vos le juzguéis, ni ellos podrán libertarle si le condenáis.

Pero cuando la alabanza es tal que ni con ella es alabado el pecador en los malos deseos de su alma, ni bendecido el inicuo, sino que es alabado el

hombre por alguna gracia y don que Vos le concedisteis, y él se alegra más de ser alabado que de tener aquel don por el cual le alaban, se verifica que éste es alabado vituperándole Vos; y es mejor el otro que le alabó que éste que fue alabado, porque a aquél le agradó en el hombre el don de Dios, y a este otro le agradó más el don del hombre que el de Dios.

Capítulo XXXVII

De cómo le movían las alabanzas de los hombres

60. Todos los días somos tentados, Señor, con estas tentaciones, sin darnos treguas ni cesar de combatirnos. Las lenguas de los hombres que nos alaban vienen a ser nuestro horno, que cotidianamente nos examina y prueba. Vos nos habéis mandado que también en esta especie de tentación seamos cautelosos y contenidos. Dadme, Señor, lo que mandáis y mandadme lo que queráis. Vos sabéis los muchos suspiros que esto me cuesta y los ríos de lágrimas que en vuestra presencia han derramado mis ojos por esta causa. Porque no puedo fácilmente conocer cuánto haya adelantado en preservarme de este contagio, y temo mucho que haya varios defectos ocultos y escondidos en lo interior de mi alma, los cuales claramente los descubren vuestros ojos, pero no los ven los míos. En los otros géneros de tentaciones tengo algún arbitrio y facultad para examinarme a mí mismo, y conocer en qué disposición me hallo, pero en esta materia casi no hay medio alguno por donde conocerlo.

Porque yo bien conozco y veo cuánto es lo que tengo adelantado y adquirido de fuerzas para refrenar mi ánimo, ya sea de los deleites sensuales, ya sea de la vana curiosidad y deseo de saber cosas inútiles, cuando actualmente carezco de aquellos objetos, o porque me privo de ellos por mi voluntad, o porque no los tengo presentes a mi disposición; en tal caso me pregunto yo a mí mismo cuánta sea la molestia que me causa el carecer de aquellas cosas, y conozco si es mayor o menor que la que otras veces me causaba. Por lo que mira a las riquezas, se desean únicamente para satisfacer a alguna de estas tres suertes de concupiscencias, o dos de ellas, o todas tres: si poseyéndolas actualmente no puede el ánimo conocer bien si las desprecia o no, tiene el arbitrio de renunciarlas enteramente, y entonces lo conocerá.

Para carecer de las alabanzas, y hacer entonces experiencia de si sentimos o no su falta, ¿por ventura hemos de vivir mal y desordenadamente, y ser tan perdidos, crueles y desalmados, que cuantos nos conozcan, nos abominen y digan mal de nosotros?, ¿qué mayor locura puede pedirse o pensarse? Pues

si la alabanza suele y debe ser compañera inseparable de la buena vida y de las buenas obras, así como no debemos dejar la vida y costumbres buenas, tampoco podemos abandonar el acompañamiento que llevan de las alabanzas. Ello es cierto que sólo careciendo de una cosa es cuando puedo conocer y experimentar si siento el que me falte o no lo siento.

61. Pues, Dios mío, ¿qué confesión es la que puedo haceros de lo que me sucede con este género de tentación, sino que me deleitan las alabanzas, aunque más me deleito con la verdad que con ellas? Si me propusiera cuál de estas cosas quería más, o ser un hombre furioso y desatinado, que no obraba con rectitud y acierto en materia alguna, pero no obstante era muy alabado de todos los hombres, o por el contrario, verme vituperado de todos, siendo yo cuerdo y juicioso, y teniendo verdadera ciencia y sabiduría, que es certísimo conocimiento de la verdad, veo claramente lo que en tal caso había de escoger.

Pero yo no quisiera que la aprobación y alabanza ajena me aumentase el gozo que puedo tener de alguna bondad mía, aunque conozco y confieso que no sólo me lo aumenta la alabanza, sino que el vituperio me lo disminuye. Cuando me veo atribulado con semejante flaqueza, propia de mi miseria, se me ofrece luego una disculpa, que Vos, Dios mío, sabéis si es buena o mala, pues yo no me atrevo a calificarla con certeza. La razón con que tiro a disculpar mi alegría y gozo de la alabanza consiste en que, como Vos nos habéis mandado no sólo la continencia y templanza, que nos enseña de qué cosas debemos apartar nuestra afición, sino también la justicia, que nos muestra en qué cosas debemos poner nuestro amor y voluntad, y como por otra parte nos habéis mandado que no solamente os amemos a Vos, sino también al prójimo, fundado yo en todo esto, me parece que muchas veces que me deleito oyendo que me alaban, no nace mi deleite y alegría de aquella alabanza, sino del aprovechamiento que muestra el prójimo y de las buenas esperanzas que da de su talento, pues alaba lo que merece ser alabado; por el contrario, si me entristezco cuando me vitupera, me parece que sólo es de su mal, oyendo que desprecia y vitupera lo que él no sabe ni entiende, o lo que realmente es bueno. También cuando me alaban, me suelo entristecer algunas veces, o porque alaban en mí algunas cosas que me disgustan a mí mismo, o porque también hacen más estimación y aprecio del que debieran hacer de algunos pequeños y leves bienes que experimentan en mí.

Pero ¿qué sé yo si este sentimiento mío nacerá de que no llevo a bien que el que me alaba piense de mí mismo de diferente modo que yo pienso, no porque a esto me mueva su bien y utilidad, sino el que aquellos mismos bienes que tengo yo y me alegro de tenerlos, se me hacen más gustosos y

agradables cuando también agradan a los otros? Porque en algún modo no soy yo alabado, cuando no lo es también aquel juicio y concepto que tengo formado de mí mismo; supuesto que se alaban en mí las cosas que a mí mismo me disgustan, o se alaban más las que a mí me agradan menos. ¿No es verdad, pues, que acerca de la excusa referida estoy dudoso y no puedo calificarla con certeza?

62. Bien veo en Vos, Verdad eterna, que de las alabanzas que me dieren no debo alegrarme por el bien mío, sino por el bien y utilidad de mi prójimo; mas no sé si lo hago así, porque más bien os conozco a Vos que a mí mismo en este punto. Yo os suplico, Dios mío, que hagáis que yo me conozca perfectamente, para que a todos mis hermanos, que os pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesión todo cuanto hubiese en mí de heridas y de llagas, lo cual supuesto, vuelvo a examinar mi interior con más cuidado.

Si el gozo que experimento cuando soy alabado es nacido del bien y provecho de mi prójimo, ¿por qué el vituperio que injustamente se hace a otro me contrista menos que si se me hiciera a mí?, ¿por qué me duele más la contumelia que me hacen a mí mismo, que la que en mi presencia le hacen a mi prójimo, siendo igual la malicia de una y otra? ¿Por ventura ignoro también esto?, ¿había de llegar a tanto que me engañase a mí mismo, y que en presencia vuestra faltase a la verdad con el corazón y con la boca? Apartad Vos, Señor, lejos de mí tan gran locura y no permitáis que mi boca delante de Vos oculte mis defectos, ni sea como el aceite, con que, en frase de David, desfigura el pecador su rostro.

63. Muy pobre y necesitado estoy de vuestra luz y enseñanza; mejor seré desagradándome a mí mismo con gemidos y sollozos ocultos, y buscando sin cesar vuestra misericordia, hasta que os dignéis reparar mis defectos, y darme tal perfección, que goce aquella tranquilidad y paz que no sabe ni conoce el soberbio y arrogante.

Pero las palabras que uno dice y las obras que hace, como son públicas y notorias a los hombres, están expuestas a la peligrosísima tentación del amor y deseo de las alabanzas, el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distinción particular. Aun cuando me reprendo a mí mismo por este mal deseo, me tienta también a desear alabanza, por la misma razón con que le he afeado y reprendido.

Muchas veces sucede también que de haber el hombre despreciado la vanagloria viene a caer en otra gloria más vana; en tal caso tampoco puede decirse que se gloríe de haber menospreciado la vanagloria, porque no puede ser verdad que ella esté menospreciada en un hombre que tan vana e íntimamente se gloríe.

Capítulo XXXVIII

Que algunos, pagados de sí, desdeñan la estima de los demás.

64. En esta misma especie de tentación hay también otro mal, todavía más disimulado y oculto, en que caen aquellos hombres vanos que están muy preciados de sí mismos, aunque sus cosas no agraden, antes bien desagraden a los otros, ni ellos tampoco intentan agradarles.

Pero éstos, Señor, que se agradan a sí mismos, os desagradan mucho a Vos, porque se glorían no sólo de las cosas malas como si fueran buenas, sino también de las que son buenas y dones vuestros, como si sólo fuesen bienes suyos, o porque de tal manera los reconocen dones vuestros, que los juzgan debidos a sus méritos, y cuando los atribuyen únicamente a vuestra gracia, no se alegran amigablemente de que otros también los tengan, antes por eso mismo les tienen envidia.

Ya veis, Señor, cuánto tiembla mi alma a vista de todos estos y otros semejantes peligros y dificultades de que se ve rodeada y, por tanto, más bien creo y soy de sentir que Vos me curéis mis heridas y llagas, que el que entre tantos peligros deje yo de recibirlas y tenerlas.

Capítulo XXXIX

Epílogo de lo que ha tratado en este libro

65. Mientras que yo, Dios mío y Verdad eterna, me he ocupado en referiros todo cuanto he podido llegar a conocer de estas cosas inferiores, y he consultado con Vos, ¿cuándo ni dónde me dejasteis solo, o no anduvisteis conmigo, enseñándome lo que tengo de evitar y lo que tengo de apetecer? Registré primeramente las cosas exteriores de que consta el universo, según y como pude valerme de mis sentidos, después consideré la vida que mi cuerpo recibe de mi alma, y los sentidos mismos con que obra.

De allí entré a contemplar los senos de mi memoria, la vastísima capacidad que tienen, lo llenos que están de innumerable multitud de especies y los modos admirables con que allí se colocan y conservan. Consideré todo esto y quedé atónito y espantado; no pude entender sin Vos ninguna cosa de aquéllas, pero hallé y conocí que ninguna de ellas era lo que Vos; ni aun yo mismo, que descubrí y conocí todas aquellas cosas, imágenes y especies, y las fui recorriendo todas y procuré distinguirlas y apreciarlas según la estimación y dignidad que corresponde a cada una de ellas; ya recibiendo alguna de estas especies por medio de los sentidos, y examinándolas y reconociéndolas después; ya reflexionando algunas otras cosas que están

como mezcladas conmigo, y examinando también el número, naturaleza y propiedades de los mismos sentidos que me daban noticia de ellas, y finalmente, aprovechándome de aquel tesoro de mi memoria, y usando diferentemente de sus grandes riquezas, manifestando unas, reservando otras y descubriendo las que estaban ocultas y guardadas, conocí que ni yo mismo, que hacía todas estas operaciones, o por mejor decir, ni la misma virtud y potencia con que las hacía, somos lo que Vos, que tenéis otro ser muy superior, porque Vos sois aquella luz permanente, con quien iba yo a consultar todas aquellas cosas, para saber si verdaderamente existían, qué ser y naturaleza era la suya, y qué precio y estimación debía hacerse de ellas, y oía lo que Vos me enseñabais y lo que me mandabais.

Esto mismo lo hago también ahora muchas veces; y esto es lo que me deleita, y así, cuando puedo eximirme de las ocupaciones que me son precisas y necesarias, me refugio a este deleite. Porque en ninguna de estas cosas, que he estado recorriendo y consultando con Vos, hallo un lugar seguro para mi alma sino en Vos, que sois el único donde caben y pueden reunirse todos los afectos de mi voluntad, que han estado esparcidos por las criaturas, de modo que ninguno de ellos se aparte jamás de Vos.

También algunas veces hacéis que en lo interior de mi alma prorrumpa en un afecto de amor muy extraordinario[131], que me lleva a una incomprensible dulzura, la cual, si enteramente se me comunicara, sería una cosa que no puedo comprenderla, pero sé que sería muy superior a todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo a dar en estas cosas terrenas, donde mis ocupaciones acostumbradas por todas partes me rodean, quedando como sumergido en ellas y como aprisionado; mucho lo siento y lloro, pero también lo que me estorban y detienen es mucho. ¡Tanto es lo que nos agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero, y en aquel otro quiero perseverar, pero no puedo, vengo a ser infeliz en uno y otro.

Capítulo XL

Cómo buscó a Dios dentro de sí mismo y en todas las demás cosas

66. Por eso consideré todas las dolencias de mis pecados en los tres géneros de concupiscencias que he referido e invoqué vuestra mano poderosa para que sanase las dolencias de mi alma. Como puse mis ojos en vuestros divinos resplandores, teniendo todavía el corazón herido y llagado, no pude resistir tan grande golpe de luz, y como deslumbrado, dije: ¿Quién será capaz de

ver tan excesiva luz? Por lo que a mí toca, yo me veo infelizmente arrojado de vuestra presencia.

Vos sois la verdad suma y superior a todas las cosas; mas yo con una especie de avaricia no quería privarme de Vos, sino que juntamente con Vos quería poseer la mentira y falsedad, así como ninguno hay que de tal modo quiera ser mentiroso, que ni él mismo conozca lo que es verdadero. Por eso os pedí yo, Verdad eterna, por no ser Vos poseído de un alma juntamente con la mentira.

Capítulo XLI

Cómo algunos han recurrido infelizmente a los demonios, para que sirvieran de medianeros a fin de convertirse los hombres a Dios

67. ¿Quién había yo de hallar que pudiese reconciliarme con Vos? ¿Había de acudir a los ángeles? ¿Y con qué oraciones, con qué sacrificios había de atraerlos? Muchos pecadores, deseando volver a Vos, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron (según he oído decir) de semejantes medios; pero vencidos del deseo de tener apariciones o visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones. Como os buscaban llenos de orgullo y presentaban con arrogancia su pecho, en lugar de herírsele con humildad, por eso solamente pudieron atraer a sí (por medio de alguna imagen o semejanza) a las rebeldes aéreas potestades, esto es, los demonios, compañeros de su soberbia, que los engañaron con la magia cuando ellos buscaban un medianero que les iluminase y purificase; y entre ellos no había sino el demonio, que se transformaba en ángel de luz. Lo que ayudó mucho a que los hombres soberbios y camales cayesen en semejante desvarío de solicitar al demonio para su medianero fue que, siendo ellos mortales y pecadores, y deseando (aunque soberbiamente) reconciliarse con Vos, que sois inmortal e impecable, les pareció que aquel maligno espíritu sería el más oportuno, por la ventaja de no tener cuerpo formado de carne como ellos.

Pero es menester que el mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en que fuese semejante a Dios, y algo también que fuese semejante a los hombres, porque si en todo fuera semejante a los hombres, estaría muy apartado de Dios, y si en todo fuera semejante a Dios, estaría muy lejos de los hombres, y así no podría ser medianero.

Aquel, pues, mediador falso, por el cual, conforme a vuestros ocultos juicios, merecen ser engañados los soberbios, tiene una cosa por donde es semejante a los hombres, que es el pecado, y quiere dar a entender que tiene otra cosa por donde sea semejante a Dios, jactándose de ser inmortal, por

cuanto no está vestido de la mortalidad de nuestra carne. Pero siendo como es la muerte, la paga y estipendio del pecado, en el cual es semejante a los hombres, también lo es en estar juntamente con ellos condenado a muerte.

Capítulo XLII

Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres

68. El verdadero mediador es Aquél que por vuestra inescrutable misericordia os dignasteis manifestar a los humildes y le enviasteis para que con su ejemplo aprendiesen la verdadera humildad. Este mediador entre Dios y los hombres es el Hombre Jesucristo, que se manifestó mediando entre los pecadores y mortales, y entre el que esencialmente es justo e inmortal; conviniendo en lo mortal con los hombres, y en la justicia y santidad con Dios, para que, supuesto que la vida y la paz eterna es la paga y estipendio de la santidad y justicia, lograse con la justicia y santidad, en que convenía con Dios, que cesase la sentencia de muerte fulminada contra los pecadores e impíos, a quienes justificó, y cuya muerte quiso padecer como ellos. Este mismo medianero fue anunciado y revelado a los santos y patriarcas antiguos, para que ellos se salvasen, teniendo fe en la muerte que había de padecer, así como nosotros nos salvamos, teniendo fe en la muerte que efectivamente padeció. Éste, pues, en cuanto es hombre, en tanto es medianero, porque, en cuanto es Verbo divino, no media entre Dios y el hombre, sino que es igual a Dios, y tan Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es un mismo Dios.

69. ¡Oh eterno y amantísimo Padre!, ¡qué grande fue el exceso de vuestro amor para con los hombres, pues no perdonasteis a vuestro unigénito Hijo, sino que le entregasteis a que muriese por nosotros pecadores!, ¡qué grande fue el amor que nos mostrasteis, pues llegó a tal extremo, que aquel mismo Señor, que en tenerse por igual a Vos no os usurpara cosa alguna, se sujetase a padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Así Él había sido el único libre entre los muertos, que tuvo potestad de morir y también la tuvo de resucitar. Él mismo fue el vencedor y la víctima que se ofreció a Vos por nosotros, y por eso fue vencedor, porque fue víctima. Se hizo para con Vos sacerdote, y sacrificio por nosotros; y por eso fue el sacerdote, porque Él mismo fue el sacrificio. Y finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos el que, siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo.

Con razón, pues, Dios mío, tengo grande y firmísima esperanza de que sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado a vuestra diestra y os ruega incesantemente por nosotros, que si no desesperaría de

mi salud. Verdaderamente son muchas y grandes mis dolencias, muchas son y grandes; pero mayor, más copiosa y eficaz es vuestra medicina. Si el divino Verbo no se hubiera hecho hombre, ni habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgar que estaba muy ajeno de unirse con la humana naturaleza, y desesperar enteramente de nuestra salvación.

70. Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido del peso de mis miserias, había pensado en mi interior, muchas veces, y formado intención de dejarlo todo y huir a una soledad; pero Vos me lo estorbasteis y me animasteis diciéndome: Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquél que murió por ellos. Pues, Señor, en Vos pongo todo el cuidado de mi salud, para vivir y emplearme en contemplar las maravillas de vuestra santa ley. Vos sabéis mis ignorancias y conocéis mis dolencias, pues enseñadme y sanadme. Este vuestro único Hijo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. Pues no me inquieten los soberbios con sus calumnias, porque me ocupo en meditar el precio de mi rescate, porque le como y bebo, y porque le distribuyo, y porque reconociendo mi pobreza y necesidad, deseo saciarme de Él entre aquéllos que ya le están comiendo y saciándose de Él, y alaban eternamente al Señor los que le buscan.

LIBRO XI

CAPÍTULO I

Fin de las Confesiones, alabar a Dios.

1. ¿Por ventura, Señor, siendo vuestra la eternidad, ignoráis las cosas que os digo, o veis en el tiempo lo que se ejecuta en el tiempo? ¿Por qué, pues, os hago relación de tantas cosas? No ciertamente para que por mí las sepáis, sino que despierto hacia Vos mi afecto y el de los que esto leyeren; para que todos digamos: Grande es el Señor, y en gran manera digno de alabanza (Ps., 95, 4). Ya lo dije, y ahora lo digo: Por amor de vuestro amor hago esto.

Porque también oramos, no obstante que dice la Verdad: Sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad, antes que se lo pidáis (Mt., 6, 8).

Manifestamos, pues, nuestro afecto para con Vos, confesándoos nuestras miserias y vuestras misericordias para con nosotros, a fin de que, librándonos del todo, pues lo habéis comenzado, dejemos de ser miserables en nosotros, y seamos bienaventurados en Vos, puesto que nos llamasteis para que seamos pobres de espíritu, y mansos, y llorosos, y hambrientos y sedientos de justicia, y misericordiosos, y limpios de corazón, y pacíficos (Mt., 5, 3-9).

Ya veis que os he contado muchas cosas, las que he podido y querido, porque Vos primero quisisteis que os confesara a Vos, Señor Dios mío, porque sois bueno, porque vuestra misericordia permanece para siempre (Ps., 117, 1).

CAPÍTULO II

Implora el favor divino para entender la sagrada Escritura.

2. Pero ¿cuándo seré capaz de contar, con la pluma por lengua, todas vuestras exhortaciones, y todos vuestros terrores, y las consolaciones y direcciones, con que me habéis conducido a predicar vuestra palabra y dispensar vuestro Sacramento a vuestro pueblo?

Mas aunque fuese capaz de contar estas cosas por su orden, cuéstanme caros los instantes del tiempo, y de muy atrás ardo en deseo de meditar vuestra Ley y acerca de ella confesaros mi ciencia y mi ignorancia, las primicias de vuestra ilustración, y los residuos de mis tinieblas, hasta que la flaqueza sea devorada por la fortaleza. Y no quiero que se me deslicen en otra cosa las horas que hallo libres de las necesidades de reparar el cuerpo y de ejercitar el espíritu, y del servicio que a los hombres debemos, y del que no les debemos, y, sin embargo, se lo prestamos.

3. Señor Dios mío, estad atento a mi oración (Ps., 60, 2), y escuche vuestra misericordia mi deseo, que no arde sólo para mí, sino quiere ser útil a la fraterna caridad; y Vos veis en mi corazón que así es. Sacrifíqueos yo la servidumbre de mi inteligencia y de mi lengua. Y dadme lo que he de ofreceros, porque soy pobre y mendigo (Ps., 65, 20), mas Vos sois rico para todos los que os invocan (Rom., 10, 12), Vos, que, exento de cuidados, cuidáis de nosotros. Circuncidad de toda temeridad y de toda mentira mis labios (Ex., 6, 12), interiores y exteriores. Sean vuestras Escrituras mis castas delicias: no me engañe yo en ellas, ni engañe a nadie con ellas. Señor, atended y compadeceos: Señor Dios mío, luz de los ciegos, fortaleza de los débiles y, a la vez, luz de los que ven y fortaleza de los fuertes: atended a mi alma, y oídla, que clama desde lo profundo (Ps., 129, 2). Porque si vuestros oídos no están también en lo profundo, ¿a dónde iremos?, ¿a quién clamaremos?

Vuestro es el día y vuestra es la noche (Ps., 73, 16); a vuestra voluntad vuelan los momentos: concedednos algún espacio para nuestras meditaciones sobre los secretos de vuestra Ley, y no cerréis sus puertas a los que llaman (Mt., 7, 7). Porque no en vano quisisteis se escribiesen los oscuros secretos de tantas páginas. ¿Acaso estos bosques sagrados no tienen sus ciervos (Ps., 28, 9), que en ellos se recojan y alberguen, que paseen y pasten, que descansen y rumien? Perfeccionadme, Señor, y reveládmelas (Ps., 28, 9). Mirad que vuestra voz (l. c.) es mi gozo; vuestra voz es sobre toda abundancia de deleites. Dadme lo que amo; pues amo, y este amor es don vuestro; no desamparéis vuestros dones, ni despreciéis a vuestra hierba sedienta.

Confiéseos yo todo cuanto en vuestros Libros hallare, y oiga la voz de vuestra alabanza (Ps., 25, 7), y beba de Vos, y considere las maravillas de vuestra Ley (Ps., 118, 18) desde el principio, en que creasteis el Cielo y la tierra (Gen., 1, 1), hasta el reino con Vos perpetuo de vuestra santa ciudad.

4. Señor, apiadaos de mí, y escuchad mi deseo (Ps., 26, 7), pues pienso que no es deseo de la tierra, no de oro y plata y piedras preciosas, o de hermosos vestidos, o de honras y mandos, ni de deleites de carne, ni de las cosas necesarias al cuerpo y a esta vida de nuestra peregrinación, todo lo cual se

nos da por añadidura a los que buscamos vuestro reino y vuestra justicia (Mt., 6, 33). Ved, Señor, de dónde proviene mi deseo: Los impíos me contaron sus deleites; mas no son como vuestra Ley, Señor (Ps., 118, 85). He aquí de dónde proviene mi deseo; vedlo, Padre; mirad, y vedlo, y aprobadlo. Sea tenido por bueno en presencia de vuestra misericordia que halle yo gracia delante de Vos (Ex., 33, 13), para que al llamar, se me abran las interioridades de vuestras palabras.

Lo pido por nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, el Varón de vuestra diestra, el Hijo del hombre que Vos fortalecisteis (Ps., 79, 18); el Mediador entre Vos y nosotros, por el cual nos buscasteis cuando no os buscábamos; pero nos buscasteis para que os buscásemos; vuestro Verbo, por el cual hicisteis todas las cosas, y a mí entre ellas; vuestro Unigénito, por el cual llamasteis a vuestra adopción al pueblo de los creyentes, y dentro de él, a mí. Os lo pido por Aquel que está sentado a vuestra diestra, y os ruega por nosotros (Rom., 8, 34), en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Co-los., 2, 3). A Éste busco en vuestros Libros; de Él escribió Moisés. Él mismo lo dice; esto lo dice la Verdad (Jn., 5, 46).

Capítulo III

Desea entender cómo hizo Dios el cielo y la tierra.

5. Oiga yo y entienda cómo en el principio hicisteis Vos el cielo y la tierra (Gen., 1, 1). Esto escribió Moisés; lo escribió y se fue; pasó de aquí, de Vos a Vos; y ahora no está delante de mí. Porque si lo estuviera, asiríale yo y le preguntaría, y por Vos le suplicaría, que me declarase estas cosas; y prestaría los oídos de mi cuerpo a los sonidos que brotasen de su boca; y si hablase en lengua hebrea, en vano pulsaría mi sentido, y nada pasaría de ellos a tocar mi inteligencia; mas si hablase en latín, entendería lo que dijese. Pero ¿cómo sabría yo si decía verdad? Y supuesto que lo supiese, ¿acaso lo sabría por él? Dentro de mí, ciertamente, en la morada interior del pensamiento, la Verdad, que no es hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, sería la que, sin órganos de boca y lengua, sin estrépito de sílabas, me diría: «¡Dice verdad!»; y yo al instante cerciorado, diría confiadamente a aquel hombre vuestro: «¡Dices verdad!»

Pues como a él no puedo preguntarle, os pregunto a Vos, oh Verdad, de la cual lleno dijo Moisés cosas verdaderas: a Vos, Dios mío, os ruego: Perdonad mis pecados, y Vos mismo, que concedisteis a aquel siervo vuestro decir estas cosas, concededme también a mí el entenderlas.

Capítulo IV

La naturaleza proclama a su Hacedor.

6. Vemos que existen el cielo y la tierra: claman que han sido hechos, porque se mudan y varían. Pues lo que sin haber sido hecho existe, nada tiene en sí que antes no tuviera; que en eso consiste mudarse y variar.

Claman también que no se han hecho a si mismos: «Por eso somos, porque hemos sido hechos: no éramos, pues, antes que fuésemos, para que pudiéramos hacernos a nosotros mismos.» Y la voz de los que lo dicen es la misma evidencia.

Vos, pues, los hicisteis, Señor; que sois hermoso, puesto que ellos son hermosos; que sois bueno, puesto que ellos son buenos; que sois, puesto que ellos son. No son ellos, con todo, tan hermosos, ni son tan buenos, ni de tal manera son, como Vos, su Creador; en cuya comparación ni son hermosos, ni son buenos, ni son.

Sabemos esto gracias a Vos; y nuestra ciencia, comparada con vuestra ciencia, es ignorancia.

Capítulo V

Que el mundo fue hecho de la nada.

7. Mas ¿cómo hicisteis el cielo y la tierra, y de qué máquina os servisteis para tan grande obra? Porque no la hicisteis como el hombre artífice, que de un cuerpo forma otro cuerpo al arbitrio del alma, poderosa a imprimirle de algún modo la forma que con la vista interior contempla dentro de sí –¿y de dónde podría hacerlo, sino porque Vos la hicisteis?– e imprime forma a lo que ya existía, y en sí tenía ser, como es, a la tierra, a la piedra, a la madera, al oro o a cualquier otra cosa de este género. ¿Y de dónde tendrían ser estas cosas, si Vos no las hubieseis creado? Vos disteis al artífice el cuerpo, Vos el alma que impera a los miembros, Vos la materia de que él hace alguna cosa, Vos el ingenio con que concibe el arte y ve dentro lo que ha de hacer fuera; Vos el sentido del cuerpo, con el cual, como intérprete, traslada del alma a la materia lo que hace, y da cuenta al alma de lo que está hecho; para que ella dentro consulte a la verdad que allí preside, si está bien hecho.

Todas estas cosas os alaban a Vos, creador de todas las cosas. Mas Vos, ¿cómo las hacéis?, ¿cómo hicisteis, oh Dios, el cielo y la tierra? Ciertamente que ni en el cielo ni en la tierra hicisteis el cielo y la tierra. Ni en el aire ni en las aguas, porque también estas cosas pertenecen al cielo y la tierra. Ni

en el universo mundo hicisteis al universo mundo, porque no había dónde hacerle antes de hacerle para que fuera.

Ni en la mano teníais cosa alguna de donde hacer el cielo y la tierra. Porque ¿de dónde os viniera aquello que Vos no habíais hecho y de lo cual hicierais alguna cosa? Porque ¿qué cosa hay que sea, sino porque Vos sois? Vos, pues, lo dijisteis, y fueron hechos (Ps., 32, 9); y en vuestro Verbo los hicisteis.

Capítulo VI

Que Dios no creó el mundo con palabra creada.

8. Mas ¿cómo lo dijisteis? ¿Acaso de aquel modo que se hizo desde la nube una voz que dijo: Este es mi Hijo amado? (Mt., 3, 17). Aquella voz se hizo, y pasó; comenzó, y acabó; sonaron las sílabas, y pasaron; la segunda después de la primera, la tercera después de la segunda, y así por su orden, hasta la postrera después de las otras, y después de la postrera, el silencio. De donde es claro y patente que aquella voz se formó por el movimiento de una criatura, que siendo ella misma temporal, servía a vuestra voluntad eterna. Y estas palabras vuestras, formadas en el tiempo, fueron por el oído exterior transmitidas a la mente prudente, cuyo oído interior está atento a vuestro Verbo eterno. Y la mente comparó estas palabras que temporalmente sonaban, con vuestro Verbo, eterno en el silencio, y dijo: «Es cosa muy distinta, enteramente distinta. Estas palabras están muy por debajo de mí; ni siquiera están, puesto que huyen y pasan; mas el Verbo de mi Dios, por encima de mí permanece para siempre (Is., 40, 8)».

Si, pues, con palabras que sonaban y pasaban dijisteis que fuese hecho el cielo y la tierra, y así hicisteis el cielo y la tierra, había ya una criatura corporal por cuyos movimientos temporales fuese temporalmente pasando aquella voz. Pero ningún cuerpo había antes que el cielo y la tierra; o si lo había, ciertamente, sin voz transitoria lo habéis Vos formado, para de él formar la voz transitoria con la cual dijeseis que se hiciese el cielo y la tierra. Y fuese lo que fuese aquello de que la tal voz había de formarse, si por Vos no hubiera sido hecho, de ninguna manera existiría. ¿Con qué palabra, pues, dijisteis Vos que fuese hecho aquel cuerpo, de donde se formasen estas palabras creadoras?

Capítulo VII

Dios crea por su Verbo eterno.

9. Nos llamáis, pues, a conocer vuestro Verbo, Dios con Vos Dios (Jn., 1, 1); el cual eternamente es dicho, y con Él eternamente se dicen todas las cosas. Porque no se termina lo que se decía, y se dice luego otra cosa, para que se puedan decir todas: de otra suerte habría ya en Él tiempo y mudanza, y no verdadera eternidad ni inmortalidad verdadera. Esto lo conozco, Dios mío, y os doy gracias; lo conozco, os lo confieso, y conmigo lo conoce y os alaba todo el que no es ingrato a la verdad cierta. Conocemos, Señor, conocemos, que en cuanto una cosa no es lo que era, y es lo que no era, en tanto muere y nace. Nada, pues, de vuestro Verbo pasa, nada empieza de nuevo, por cuanto es verdaderamente inmortal y eterno. Y así, en este Verbo, coeterno con Vos, decís, simultánea y sempiternamente, todo cuanto decís, y se hace cuanto decís que se haga; y no lo hacéis de otra manera, sino diciéndolo; y con todo, no todas las cosas que Vos hacéis diciéndolo se hacen simultánea y sempiternamente.

Capítulo VIII

El Verbo es el Principio que nos habla.

10. Y eso ¿por qué, os ruego, Señor Dios mío? De alguna manera lo veo, pero no sé cómo explicarlo; si no es que todo lo que comienza a ser y deja de ser, entonces comienza y entonces acaba, cuando en la Razón eterna –donde nada comienza ni acaba–, se conoce que debe comenzar o acabar.

Esta Razón es vuestro mismo Verbo, que es también el Principio, porque también habla a nosotros (Jn, 8, 25). Así lo dijo por su carne en el Evangelio; y esto hizo sonar fuera en los oídos de los hombres, para que le creyesen e interiormente le buscasen, y le encontrasen en la Verdad eterna, donde a todos los discípulos enseña el Maestro bueno y único (Mt., 19, 16; 23, 8). Allí siento yo, Señor, vuestra voz, que me dice que quien nos enseña, ése es el que habla para nosotros; pero el que no nos enseña, aunque hable, no habla para nosotros. Pues ¿quién nos enseña, sino la Verdad permanente? Porque aun cuando somos por la criatura mudable amonestados, somos conducidos a la Verdad permanente, en donde verdaderamente aprendemos, cuando asistimos, la oímos y en gran manera nos gozamos por la voz del Esposo (Jn., 3, 29), restituyéndonos allá de donde venimos. Y por eso es Principio, porque si no permaneciese, cuando nos descaminásemos no tendríamos a dónde volver. Y cuando del error volvemos, ciertamente por el conocimiento volvemos. Pues para que tengamos conocimiento, Él nos enseña; porque es el Principio y nos habla.

Capítulo IX

El cielo y la tierra fueron hechos en el Verbo que nos habla.

11. En este Principio, oh Dios, hicisteis el cielo y la tierra (Gen., 1, 1): en vuestro Verbo, en vuestro Hijo, en vuestro Poder, en vuestra Sabiduría, en vuestra Verdad: maravilloso Vos en el decir, maravilloso en el obrar.

¿Quién lo entenderá? ¿Quién lo explicará? ¿Qué es aquello que relampaguea en mi interior, y hiere mi corazón sin herida? Y me horrorizo, y me enardezco: me horrorizo por cuanto le soy desemejante, me enardezco por cuanto le soy semejan-te. La Sabiduría, la misma Sabiduría es la que a intervalos me ilumina, rasgando mi nublado, que de nuevo me cubre cuando desfallezco ante la negrura y el cúmulo de mis penas. Porque hasta tal punto se debilitó en la indigencia mi vigor (Ps., 30, 11), que no soporto mi bien: hasta que Vos, Señor, que os hicisteis propicio a todas mis iniquidades, curéis también todos mis languores; porque Vos, además, redimiréis de la corrupción mi vida, y me coronaréis con miseración y misericordia, y hartaréis de bienes mi deseo, pues será renovada mi juventud como la del águila (Ps., 102, 3-5). Porque en esperanza hemos sido salvados, y con paciencia esperamos vuestras promesas (Rom., 8, 24, 25). Óigaos conversar interiormente quien puede: yo, confiado, clamaré según vuestro oráculo: ¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, Señor; todas las hicisteis con Sabiduría! (Ps., 103, 24). Esta sabiduría es el Principio; y en este Principio hicisteis el cielo y la tierra (Gen., 1, 1).

Capítulo X

Carnalmente piensan los que preguntan: ¿Qué hacia Dios antes de hacer el cielo y la tierra?

12. ¿No se ve que están llenos de su propia vetustez los que nos dicen: ¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra? Porque si estaba ocioso, dicen, y nada hacía, ¿por qué no así también siempre después, como antes siempre, se abstuvo de obrar?

Porque si algún nuevo movimiento hubo en Dios y nueva voluntad para producir la criatura que nunca antes había producido, ¿cómo será ya la suya verdadera eternidad, donde nace una nueva voluntad que no era? Porque la voluntad de Dios no es creatura, sino anterior a la creatura; pues nada se crearía si no precediese la voluntad del Creador. La voluntad de Dios, pues, pertenece a su misma sustancia; y si en la divina sustancia nació alguna cosa que antes no era, no con verdad se llama eterna aquella sustancia. Mas si la

voluntad de Dios de que la creatura existiese era sempiterna, ¿por qué no es también sempiterna la creatura?

Capítulo XI

Estos conciben la eternidad como tiempo.

13. Los que esto dicen no os entienden todavía, oh Sabiduría de Dios, Luz de las inteligencias: no entienden todavía cómo se hacen las cosas que por Vos y en Vos se hacen; y se esfuerzan por conocer las cosas eternas, pero todavía su corazón revolotea por los movimientos de las cosas pasadas y futuras, y todavía es vano (Ps., 5, 10). ¿Quién le detendrá y le fijará, para que por un momento se pare, y por un momento perciba el resplandor de la eternidad siempre permanente; y le compare con los tiempos, nunca permanentes, y vea que es incomparable; y vea que el tiempo largo no se hace largo sino con el pasar de muchos movimientos, los cuales no pueden simultáneamente existir; mientras que en la eternidad nada pasa, sino todo está presente; y vea que todo pasado viene empujado por un futuro, y que todo futuro viene en pos de un pasado; y que todo pasado y futuro es creado y pasa por lo que siempre está presente? ¿Quién detendrá el corazón del hombre para que se pare y vea cómo estando ella inmóvil, gobierna los tiempos futuros y pasados, la eternidad ni futura ni pasada? ¿Acaso tiene poder para hacerlo mi mano? (Gen., 31, 29), o ¿la mano de mi boca, por medio de las palabras, hace cosa tan grande?

Capítulo XII

Ninguna cosa hacía Dios antes de crear el Cielo y la tierra.

14. Ved aquí qué respondo al que dice: «¿Qué hacia Dios antes que hiciese el cielo y la tierra?»

Respondo, no lo que se dice haber respondido un sujeto, eludiendo con donaire la fuerza de la pregunta: «Preparaba infiernos, dijo, para los escrutadores de cosas sublimes.» Una cosa es entender y otra bromear.

Yo no respondo eso; de mejor gana respondería: «No sé lo que no sé», que no esa salida, con que queda burlado el que preguntó cosas sublimes y alabado el que dio falsa respuesta.

Mas digo que Vos, Dios nuestro, sois el Creador de toda creatura; y si con el nombre del cielo y la tierra se entiende toda creatura, osadamente digo: Antes que Dios hiciese el cielo y la tierra, no hacía cosa alguna. Porque si algo hacía, ¿qué hacia sino alguna creatura? Y ojalá que así supiese yo todo

cuanto útilmente deseo saber, como sé que ninguna creatura se hacía antes que se hiciese alguna creatura!

Capítulo XIII

Antes de la creación no había tiempo: cómo es Dios anterior al tiempo.

15. Mas si la fantasía volandera de alguno divaga por las imágenes de los pasados tiempos, y se admira de que Vos, Dios Todopoderoso, creador y conservador de todas las cosas, artífice del cielo y de la tierra, os abstuvisteis durante siglos innumerables de tan grande obra antes de hacerla, despierte y advierta que se admira de cosas falsas. Porque ¿cómo podían transcurrir innumerables siglos que Vos no habíais hecho, siendo Vos el autor y creador de todos los siglos? O ¿qué tiempos habrían existido, que por Vos no hubieran sido creados? O ¿cómo hubieran transcurrido, si nunca hubieran existido?

Siendo, pues, Vos hacedor de todos los tiempos, si algún tiempo hubo antes que hicieseis el Cielo y la tierra, ¿por qué se dice que os absteníais de toda obra, pues aquel mismo tiempo lo habíais hecho Vos? Ni pudieron transcurrir los tiempos antes que Vos hicieseis los tiempos. Pero si antes del cielo y la tierra no había ningún tiempo, ¿por qué se pregunta qué hacíais entonces? Puesto que no había entonces cuando no había tiempo.

16. Ni es en el tiempo en lo que Vos sois anterior a los tiempos; de otra suerte no seríais anterior a todos los tiempos. Pero Vos precedéis a todos los tiempos pasa-dos, por la excelsitud de vuestra eternidad siempre presente, y sobrepasáis todos los futuros, porque aún son futuros; y cuando hubieren venido, serán pasados; mas Vos sois siempre el mismo, y vuestros años no fenecerán (Ps., 101, 28). Vuestros años no se van ni vienen; mas los nuestros se van y vienen para que lleguen todos. Vuestros años están todos juntos, porque permanecen; ni hay yentes que sean excluidos por los vinientes; porque no pasan; mas estos nuestros entonces serán todos cuando todos dejen de ser. Vuestros años son un solo día (2 Petr., 3, 8); y vuestro día no es cada día, sino hoy; porque vuestro hoy no cede el puesto al mañana, como tampoco sucede al ayer. Vuestro «hoy» es la Eternidad. Por eso engendrasteis coeterno a Aquel a quien dijisteis: Yo te he engendrado hoy (Ps., 2, 7). Todos los tiempos hicisteis Vos, y antes de todos los tiempos sois Vos; y no hubo tiempo en que no hubiera tiempo.

Capítulo XIV

¿Qué es el tiempo?

17. Ningún tiempo hubo, pues, en que nada habíais hecho, puesto que el mismo tiempo Vos lo habíais hecho.

Y no hay tiempos que sean coeternos con Vos, porque Vos permanecéis; mas ellos, si permaneciesen, no serían tiempos.

Porque ¿qué es el tiempo? ¿Quién podrá breve y fácilmente explicarlo? Quién, para expresarlo con palabras, podrá con el entendimiento comprenderlo?

Y, sin embargo, ¿qué cosa mencionamos al hablar, más familiar y más conocida que el tiempo? Y lo entendemos, por cierto, cuando lo nombramos, y lo entendemos cuando lo oímos en boca de otro.

¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicarlo al que me pregunta, no lo sé; pero sin vacilación afirmo saber, que si nada pasase, no habría tiempo pasado; si nada hubiera de venir, no habría tiempo futuro; y si nada hubiese, no habría tiempo presente. ¿Cómo son, pues, aquellos dos tiempos, el pretérito y el futuro, si el pretérito ya no es, y el futuro todavía no es? Y el presente, si fuese siempre presente, y no pasase a pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, lo que hace que el presente sea tiempo, es que pasa a pretérito, ¿cómo decimos que tiene ser una cosa, cuya causa de ser es que no será; de suerte que no podemos decir con verdad que es tiempo, sino porque tiende a no ser?

Capítulo XV

Ningún tiempo puede llamarse largo.

18. Y, no obstante, decimos «largo tiempo» y «breve tiempo»; y esto no lo decimos sino del pasado y del futuro. Largo tiempo pasado decimos, verbigracia, hace cien años; y del mismo modo, largo tiempo futuro, de aquí a cien años; breve tiempo pasado, si, por ejemplo, decimos hace diez días; y breve tiempo futuro, de aquí a diez días.

Pero ¿cómo es largo o breve lo que no es? Porque el pasado ya no es; y el futuro, todavía no es. No digamos, pues: «es largo», sino digamos, del pasado, «fue largo», y del futuro, «será largo».

Señor mío, Luz mía, ¿acaso aquí también vuestra verdad no se reirá del hombre? Pues si fue largo el tiempo pasado, ¿fuelo cuando ya era pasado, o bien cuan-do todavía estaba presente? Porque entonces podía ser largo, cuando era algo que pudiera ser largo; pero el pasado ya no era; por donde no podía ser largo lo que absolutamente no era. No digamos, pues: largo fue el tiempo pasado, porque nada encontraremos que pueda ser largo,

cuando, una vez pasado, es nada: sino digamos: largo fue aquel tiempo presente; porque cuando estaba presente, era largo, pues todavía no había pasado para no ser, y por eso era algo que pudiera ser largo; pero una vez que hubo pasado, dejó a la vez de ser largo al dejar de ser.

19. Veamos, pues, ahora, alma humana, si el tiempo presente puede ser largo, puesto que se te ha dado sentir su duración y medirla. ¿Qué me responderás? ¿Cien años presentes son, acaso, un tiempo largo?

Mira primero si cien años pueden estar presentes. Porque si corre el primer año de la centuria, ese mismo es el que está presente; mas los noventa y nueve restantes son futuros, y, por tanto, todavía no son. Si corre el año segundo, ya el primero es pasado, el segundo está presente, los restantes son futuros. Y así, poniendo presente uno cualquiera de los años intermedios de esta centuria, delante de él estarán los años pasados; detrás, los futuros. Por tanto, los cien años no pueden estar presentes.

Mira, al menos, si acaso el año actual, él solo, está presente. De este año, pues, si corre el primer mes, los demás son futuros; si el segundo, ya el primero pasó, y los restantes no son todavía. Ni el año actual, pues, está todo presente; y si no está todo presente, no es el año lo que está presente; puesto que el año consta de doce meses, de los cuales uno solo, cualquiera que sea el actual, está presente; los otros son, o pasados, o futuros.

Aunque ni el mes que corre está presente, sino un solo día: si es el primero, los restantes son futuros; si es el último, los restantes son pasado; si uno cualquiera de los intermedios, está entre los pasados y los futuros.

20. He aquí que el tiempo presente, el único que encontrábamos que había de llamarse largo, se reduce apenas al espacio de un solo día.

Pero discutamos también este mismo espacio, porque ni un día está todo presente. Porque se compone de todas las veinticuatro horas nocturnas y diurnas: la primera de ellas tiene las restantes por futuras; la última, por pasadas; y cualquiera de las intermedias tiene a las anteriores por pasadas, a las posteriores, por futuras.

Y una misma hora va corriendo por partículas fugitivas: todo lo que de ellas voló, es pasado; todo lo que le resta, es futuro.

Si se concibe un punto de tiempo que no pueda dividirse en partes de momentos, por pequeñísimas que sean, éste es el único tiempo que ha de llamarse presente; el cual, sin embargo, tan rápidamente vuela de futuro a pasado, que no se extiende ni con una mínima duración; porque si se extiende, es divisible en pasado y futuro; mas el presente no tiene espacio alguno.

¿Dónde está, pues, el tiempo que podamos llamar largo? ¿Acaso el futuro? Ciertamente, no decimos: es largo, porque todavía nada existe, que ya sea largo; sino decimos: será largo. ¿Cuándo, pues, lo será? Porque si aun entonces será futuro, no será largo, porque todavía nada existirá que sea largo. Pero si entonces será largo cuando de futuro, que no es todavía, empiece ya a ser, y se haya hecho presente para que pueda haber algo que sea largo, ya con las voces arriba oídas clama el tiempo presente que él no puede ser largo.

Capítulo XVI

Sólo medimos el tiempo cuando va pasando.

21. Y, sin embargo, Señor, sentimos los intervalos de los tiempos, y los comparamos entre sí, y decimos que unos son más largos y otros más breves. Medimos también cuánto más largo o más breve es aquel tiempo que el otro, y respondemos que éste es doble o triple, y aquél simple, o que éste es tanto como aquél.

Pero medimos los tiempos que van pasando, puesto que sintiéndolos es como los medimos: mas los pasados, que ya no son, o los futuros, que todavía no son, ¿quién puede medirlos? A no ser que alguien ose decir que puede medirse lo que no existe. Cuando pasa, pues, el tiempo, es posible sentirlo y medirlo; mas cuando ya pasó, no puede serlo, porque ya no existe.

Capítulo XVII

Si existen el pretérito y el futuro.

22. Pregunto, Padre, no afirmo: Dios mío, presídeme y gobiérname.

¿Quién hay que me diga que no son tres los tiempos, como de niños aprendimos, y lo enseñamos a los niños: pretérito, presente y futuro; sino sólo el presente, porque los otros dos no existen? ¿O es que también ellos existen, pero viene de algún paraje oculto el tiempo, cuando de futuro se hace presente, y se retira a algún paraje oculto cuando de presente se hace pretérito? Porque ¿dónde vieron las cosas futuras los que las vaticinaron si todavía no son? Porque no puede verse lo que no es. Y los que cuentan cosas pasadas, cierto, no contarían la verdad si con el espíritu no las vieran; y si ellas nada fueran, de ningún modo podrían ser vistas.

Existen, pues, las cosas futuras y las pasadas.

Capítulo XVIII

Cómo los futuros y pretéritos están presentes.

23. Dejadme preguntar más, Señor, esperanza mía, que no se perturbe mi atención.

Porque si existen las cosas futuras y pretéritas, quiero saber dónde están.

Y si todavía no puedo saberlo, sé, no obstante, que dondequiera que estén, no son allí futuras o pretéritas, sino presentes. Porque si allí también son futuros, todavía no están allí; y si allí son pretéritos, ya no están allí. Dondequiera, pues, que estén, todas las cosas que son, no son sino presentes.

Cierto es que cuando se cuentan cosas pretéritas verdaderas, sácanse de la memoria, no las cosas mismas que pasaron, sino las palabras engendradas por sus imágenes, que pasando por los sentidos, imprimieron unas como huellas en el alma. Así, mi niñez, que ya no existe, está en el tiempo pretérito que ya no existe; pero la imagen de ella, cuando la recuerdo y la menciono, mírola en el tiempo presente, porque todavía existe en mi memoria.

Si también es semejante la causa de predecir los futuros, de suerte que el alma presienta las imágenes ya existentes de las cosas que aún no son, confieso Dios mío que no lo sé. Lo que realmente sé es que nosotros ordinariamente premeditamos nuestras acciones futuras, y que esta premeditación está presente, mas la acción que premeditamos aún no existe, porque es futura; y cuando la emprendiéremos y comenzáremos a ejecutar lo que premeditábamos, entonces aquella acción existirá, porque entonces no será futura, sino presente.

24. Comoquiera, pues, que suceda el secreto presentimiento de los futuros, no puede ser visto sino lo que es. Y lo que ya es, no es futuro, sino presente. Luego cuando se dice que se ven las cosas futuras, no se ven ellas mismas, que todavía no son, esto es, las que son futuras, sino tal vez sus causas o señales, que ya existen; y, por tanto, no son cosas futuras, sino ya presentes a los que las ven, y de ellas forma conceptos el alma y predice las cosas futuras. Y estos conceptos a su vez existen ya en el alma, y los ven presentes dentro de sí los que aquellas cosas predicen.

Tanta muchedumbre de cosas bríndenme algún ejemplo. Veo la aurora: predigo que el sol va a salir. Lo que veo está presente; lo que predigo, futuro; no es futuro el sol, que ya existe, sino su salida. Sin embargo, su misma salida, si no la imaginara en el alma como ahora cuando lo digo, no podría predecirla. Pero ni aquella aurora que veo en el cielo es la salida del sol, aunque la preceda, ni tampoco lo es aquella imagen que está en mi alma,

sino las dos cosas se ven presentes para predecirse aquella futura. Luego las cosas futuras todavía no existen; y si no existen, no son; y si no son, de ninguna manera pueden ser vistas; pero pueden predecirse por medio de otras presentes que ya existen y se ven.

Capítulo XIX

No comprende cómo Dios enseñó a los profetas las cosas venideras.

25. Vos, pues, Señor, que reináis sobre vuestra creación, ¿cuál es el modo como enseñáis a las almas las cosas que son futuras? Porque las enseñasteis a vuestros profetas. ¿Cuál es aquel modo como enseñáis las cosas futuras Vos, para quien nada es futuro? O más bien, ¿es que de las cosas futuras enseñáis cosas presentes? Porque, ciertamente, lo que no es, tampoco puede ser enseñado. Muy lejos está de mi alcance este modo vuestro: sublime es: por mi mismo no podré alcanzarlo (Ps., 138, 6); mas lo podré por Vos, cuando me lo otorguéis Vos, dulce luz de mis ojos ocultos.

Capítulo XX

En qué sentido puede decirse que hay tres tiempos: pretérito, presente y futuro.

26. Mas, en cuanto es ahora claro y manifiesto, ni las cosas pasadas existen, ni las futuras, ni se dice con propiedad que los tiempos son tres: pretérito, presente y futuro; sino tal vez sería propio decir que los tiempos son tres: presente de lo pretérito, presente de lo presente y presente de lo futuro. Porque estas tres cosas existen en el alma, y fuera de ella no las veo: memoria presente de las cosas pretéritas; visión presente de las cosas presentes, y expectación presente de las cosas futuras. Si esto se puede llamar tres tiempos, veo y confieso que los tiempos son tres.

Dígase también: los tiempos son tres: pretérito, presente y futuro, como abusivamente se acostumbra; dígase, que no me preocupo de ello, ni me opongo, ni lo reprendo; con tal que se entienda lo que se dice: que ni lo futuro existe ya, ni lo que pasó. Porque pocas son las cosas que decimos con propiedad, muchas impropiamente, pero se entiende lo que queremos decir.

Capítulo XXI

Cómo medimos el tiempo presente.

27. Dije, pues, poco antes que nosotros medimos los tiempos mientras pasan; de modo que podemos decir que este tiempo es doble que aquel otro sencillo, o que tan grande es éste como aquél, y si alguna otra cosa referente a las partes del tiempo podemos decir que signifique medida. De suerte que, como decía, medimos los tiempos mientras pasan.

Y si alguno me dice: ¿De dónde lo sabes?, le responderé: Lo sé porque los me-dimos, y no podemos medir las cosas que no son, y las cosas pasadas y futuras no son. Mas el tiempo presente, ¿cómo lo medimos, puesto que no tiene espacio? Mídese, pues, mientras pasa; mas una vez que ha pasado, no se mide, porque ya no hay cosa que se pueda medir.

Pero ¿de dónde y por dónde y hacia dónde pasa mientras se mide? ¿De dónde, sino del futuro? ¿Por dónde, sino por el presente? ¿Hacia dónde, sino hacia el pasado? Pasa, pues, de aquello que aún no es, por aquello que carece de espacio, hacia aquello que ya no es. Porque no llamamos sencillos, dobles, triples o iguales, o cualquiera otra denominación referente al tiempo, sino a los espacios del tiempo.

¿En qué espacio, pues, medimos el tiempo que pasa? ¿Acaso en el futuro, de donde pasa? Pero lo que todavía no es no lo medimos. ¿Tal vez en el presente, por donde pasa? Pero lo que no tiene espacio no lo medimos. ¿Quizá en el pasado, hacia donde pasa? Pero lo que ya no es, no lo medimos.

Capítulo XXII

Pide a Dios la solución del enigma.

28. Se ha enardecido mi alma por conocer este complicadísimo enigma. No cerréis, Señor Dios mío, Padre bueno, ¡por Cristo os lo suplico!, no cerréis a mi deseo estas cosas trilladas y a la vez recónditas, para que yo no penetre en ellas y se esclarezcan, alumbrándome vuestra misericordia, Señor. ¿A quién preguntaré acerca de ellas? ¿Y a quién con mayor fruto confesaré mi impericia que a Vos, a quien no son molestos mis deseos, vehementemente inflamados, acerca de vuestras Escrituras? ¡Dadme lo que amo, pues lo amo, y esto Vos me lo habéis dado! ¡Dádmelo, Padre, que verdaderamente sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos! (Mt., 7, 11). Dádmelo, pues me he propuesto conocerlo, y me resulta laborioso (Ps., 72, 16) hasta que me abráis. Por Cristo os lo suplico, en nombre de Él, el Santo de los santos: nadie me interrumpa. También yo he creído, y por eso hablo (2 Cor., 4, 13). Esta es mi esperanza –para ella vivo–: contemplar las delicias del Señor (Ps., 26, 4).

He aquí que habéis hecho viejos mis días (Ps., 38, 6), y pasan y no sé cómo. Y decimos: «Tal tiempo y tal otro tiempo» y «aquellos tiempos y los tiempos»

y «En cuánto tiempo dijo aquél esto», «En cuánto tiempo hizo aquél esto otro», y «Cuán largo tiempo hace que no lo vi», y «Doble tiempo tiene esta sílaba que aquella otra breve sencilla». Esto decimos y esto oímos, y nos entienden y lo entendemos. Clarísimas y trivialísimas son estas cosas, y, sin embargo, demasiado recónditas, y es nuevo su descubrimiento.

Capítulo XXIII

Qué es el tiempo.

29. Oí decir a cierto hombre docto que los movimientos del sol y la luna y las estrellas, esos mismos son los tiempos; y no asentí. ¿Por qué más bien los movimientos de todos los cuerpos no serían los tiempos? ¿Es que si se parasen los luminares del cielo y se moviese la rueda del alfarero, no habría tiempo con que mediríamos aquellas vueltas y diríamos, o que tienen duraciones iguales, o si unas veces se moviesen más despacio, otras más de prisa, que unas vueltas tardaban más y otras menos? Y cuando estas cosas dijéramos, ¿no hablaríamos también nosotros en el tiempo? ¿Y acaso habría en nuestras palabras unas sílabas largas y otras breves, sino porque aquéllas habrían sonado más largo tiempo, éstas más corto?

Oh Dios, conceded a los hombres que vean en lo pequeño las nociones comunes a las cosas pequeñas y a las grandes. Son las estrellas y luminares del cielo para señales y para los tiempos y los días y los años (Gen., 1, 14): lo son, sin duda. Pero ni yo diré que la vuelta de aquella ruedecilla de madera sea el día, ni tampoco el otro dirá que por eso no hay tiempo.

30. Yo deseo saber la esencia, la naturaleza del tiempo con que medimos los movimientos de los cuerpos, y decimos que aquel movimiento, verbigracia, es dos veces más duradero que éste. Porque pregunto: dado que se llama un día no solamente el tiempo que está el sol sobre el horizonte –según lo cual una cosa es el día y otra la noche–, sino también el que tarda en toda la vuelta del oriente hasta el oriente –y en este sentido decimos: «Tantos días» han pasado, pues con sus noches se computan «tantos días», sin descontar los espacios de las noches–, dado, pues, que el día se completa con el movimiento del sol y su recorrido de oriente a oriente, pregunto si el día es el mismo movimiento del sol, o la misma duración en que se completa, o ambas cosas.

Si fuese lo primero, sería, por consiguiente, también un día, aunque el sol hiciese aquel recorrido en un espacio de tiempo igual al de una hora.

Si lo segundo, no sería un día si desde una salida del sol hasta la otra hubiese una duración tan breve como de una hora, sino que el sol tendría que dar veinticuatro vueltas para completar un día.

Sin lo uno y lo otro, ni podría llamarse un día, si el sol en el espacio de una hora hiciese todo su recorrido, ni si, parándose el sol, transcurriese tanto tiempo cuanto el sol, de una mañana a otra, suele emplear en toda su carrera.

Ahora, pues, no preguntaré qué es aquello que llamamos un día, sino qué es aquel tiempo con que midiendo el curso del sol, diríamos que lo había hecho en la mitad menos de tiempo de lo que suele, si lo hubiese hecho en un espacio de tiempo igual a doce horas; y comparando entrambos tiempos, diríamos que aquél es sencillo y este otro doble, aun dado que el sol alguna vez hiciese su recorrido de oriente a oriente en aquel tiempo sencillo, y alguna vez en aqueste otro doble.

Nadie, pues, me diga que los tiempos son los movimientos de los cuerpos celestes; porque también cuando, por el deseo de un hombre, se paró el sol para que aquél rematase el victorioso combate, el sol estaba parado, pero el tiempo corría. Porque en su espacio de tiempo que le era suficiente se desarrolló y acabó aquel combate.

Veo, pues, que el tiempo es una cierta distensión. Pero ¿lo veo en realidad, o sólo me parece que lo veo? ¡Vos me lo mostraréis, oh Luz, oh Verdad!

Capítulo XXIV

El tiempo no es el movimiento de los cuerpos.

31. ¿Mandáis que yo apruebe, si alguno dice que el tiempo es el movimiento de un cuerpo? ¡No lo mandáis! Porque yo oigo, Vos lo decís, que ningún cuerpo se mueve, sino en el tiempo; pero que el mismo movimiento del cuerpo sea el tiempo, eso no lo oigo: no lo decís Vos. Porque cuando un cuerpo se mueve, yo mido por el tiempo cuánto dura su movimiento desde que empezó a moverse hasta que se para. Y si no vi cuándo comenzó, y continúa moviéndose sin que yo vea cuándo se para, no puedo medir si no es desde que empiezo a verlo hasta que acabó. Y si lo veo largo rato, solamente afirmo que el tiempo es largo, pero no cuánto; pues cuando decimos cuánto, lo decimos por comparación, verbigracia: «Tanto es esto, cuanto aquello»; o «Esto es doble que aquello»; y así en todo lo demás.

Pero si hubiéramos podido notar los espacios de los lugares desde dónde y hasta dónde va el cuerpo que se mueve –o sus partes, si se mueve como en un torno–, podemos decir cuánto tiempo tardó en hacerse el movimiento del cuerpo –o de sus partes– desde tal lugar hasta tal otro.

Siendo, pues, una cosa el movimiento del cuerpo y otra aquello con que medimos su duración, ¿quién no echa de ver cuál de estos dos con más

razón habrá de llamarse tiempo? Porque si un cuerpo unas veces variadamente se mueve y otras se para, por el tiempo medimos no solamente su movimiento, sino también su parada, y decimos: «Tanto tiempo ha estado parado, cuánto moviéndose», o «Es-tuvo parado el doble o el triple de lo que se movió», y cualquiera cosa que nuestra medida haya precisado o apreciado más o menos, como suele decirse. El tiempo no es, pues, el movimiento del cuerpo.

Capítulo XXV

Confiesa a Dios que no sabe qué es lo que no sabe.

32. Y confieso a Vos, Señor, que no sé todavía qué es el tiempo; y por otra parte, os confieso, Señor, que yo sé que digo estas cosas en el tiempo, y que ya hace mucho que vengo hablando del tiempo, y que este mismo mucho no es mucho, sino por la duración del tiempo. ¿Cómo, pues, sé esto, cuando no sé lo que es el tiempo? ¿Es tal vez que no sé como decir lo que sé? ¡Ay de mí, que aún no sé qué es lo que no sé! Heme aquí, Dios mío, delante de Vos, que no miento (Gal., 1, 20): como hablo, así es mi corazón. Vos iluminaréis mi antorcha, Señor Dios mío, iluminaréis mis tinieblas.

Capítulo XXVI

La medida de las sílabas por su cantidad es relativa.

33. ¿Por ventura no os confiesa mi alma con confesión verídica que yo mido los tiempos? Así, pues, Señor, Dios mío, yo mido y no sé lo que mido. Mido el movimiento de un cuerpo por el tiempo. ¿No mido también el tiempo mismo? Pero ¿es que mediría yo el movimiento de un cuerpo, cuánto dura y cuánto tarda en llegar de aquí allá, si no midiese el tiempo en que se mueve?

Pues el tiempo mismo, ¿con qué lo mido? ¿Tal vez con un tiempo más breve medimos otro más largo, como por la longitud de un codo la longitud de una viga?

Así vemos que por la duración de una sílaba breve se mide la duración de una larga y se dice que ésta es doble. Así medimos la duración de los poemas por la duración de los versos; y la duración de los versos por la duración de los pies; y la duración de los pies por la duración de las sílabas; y la duración de las sílabas largas por la duración de las breves; no por las páginas –porque de esa manera mediríamos los espacios, no los tiempos–,

sino cuando las palabras, al pronunciarlas, van pasando y decimos: Es poema largo, pues se compone de tantos versos: versos largos, pues constan de tantos pies; pies largos, pues se extienden a tantas sílabas; sílaba larga, pues es doble que una breve.

Pero ni aun así se determina una medida fija del tiempo: puesto que puede acaecer que suene más largo espacio de tiempo un verso más corto si se pronuncia con mayor lentitud, que otro más largo si se recita con mayor rapidez. Dígase otro tanto de un poema, de un pie, de una sílaba.

Por eso me ha parecido a mí que el tiempo no es otra cosa que una distensión; pero ¿de qué? No lo sé; y maravilla será, si no es de la misma alma.

Pues ¿qué es lo que mido, ruégoos, Dios mío, cuando digo indeterminadamente: «Más largo es este tiempo que aquél», o también determinadamente: «El doble es este tiempo que aquél»? El tiempo mido: lo sé; pero ni mido el futuro, que todavía no es; ni mido el presente, que no se extiende por ningún espacio; ni el pasado, que ya no es. ¿Qué mido, pues? ¿Tal vez los tiempos que pasan, no los pasados? Que así lo tengo dicho (nn. 21, 27).

Capítulo XXVII

En la memoria medimos los tiempos.

34. Insiste, alma mía, y concentra fuertemente la atención. Dios es nuestro ayudador (Ps., 66, 9): Él nos ha hecho, y no nosotros (Ps, 99, 3). Mira dónde alborea la verdad.

Supongamos, por ejemplo, que una voz corporal empieza a sonar, y suena, y suena aún: he aquí que cesa y ya hay silencio, y aquella voz es ya pasada, y ya no es voz. Antes que sonara era futura y no se podía medir, porque aún no era; y ahora tampoco se puede, porque ya no es. Podíase, pues, entonces cuando sonaba, porque entonces había algo que medir; pero aun entonces no se estaba quieta, porque iba sonando y pasaba. ¿Acaso por eso podía serlo mejor? Porque mientras iba pasando se extendía por algún espacio de tiempo, en el cual pudiera ser medida, pues el presente no tiene ningún espacio.

Si, pues, entonces podía serlo, supongamos que otra voz comienza a sonar y aún sigue sonando con un tono continuado sin interrupción. Midámosla mientras suena; porque cuando hubiera dejado de sonar, ya habrá pasado y no habrá qué medir; midámosla totalmente, y digamos cuánto dura. Pero es el caso que aún sigue sonando, y medirse no puede sino desde su principio en que empezó a sonar hasta el fin en que cesa; pues lo que medimos es

precisamente el mismo intervalo desde un principio hasta el fin. Por tanto, la voz que aún no ha terminado no puede medirse para decir qué larga o breve es, ni decirse igual a otra, o simple o doble o cosa semejante respecto de otra. Mas cuando hubiere acabado, ya no existirá: ¿cómo, pues, podrá ser medida?

Y, sin embargo, medimos los tiempos, y no aquellos que todavía no son, ni tampoco los que ya no son, ni aquellos que no se extienden con alguna duración, ni los que no tienen términos. No medimos, pues, ni los tiempos futuros, ni los pasados, ni los presentes, ni los que van pasando; y, sin embargo, medimos los tiempos.

35. «Deus creator omnium». (Oh Dios, creador de todo). Este verso es de ocho sílabas, en que alternan breves y largas. Y así, las cuatro breves –primera, tercera, quinta, séptima– son sencillas, respecto de las cuatro largas –segunda, cuarta, sexta, octava–; cada una de éstas tiene doble tiempo que cada una de aquéllas; yo las pronuncio y me doy cuenta, y así es, en cuanto lo siente manifiestamente el oído. En cuanto sensiblemente lo percibo, con la sílaba breve mido la larga y siento que tiene dos veces tanto. Pero cuando suena una después de otra, si la primera es breve y la segunda larga, ¿cómo retendré la breve, y cómo al medir la aplicaré a la larga para averiguar que ésta tiene dos veces tanto, siendo así que la larga no empieza a sonar mientras no hubiere dejado de sonar la breve? Y la misma larga, ¿cómo la mido presente, siendo así que no la mido sino después de acabada? Pero su acabar es pasar. ¿Qué es, pues, lo que mido? ¿Dónde está la breve con que mi-do? ¿Dónde está la larga que mido? Ambas sonaron, volaron, pasaron, ya no son; y yo mido, y confiadamente respondo, cuanto uno puede fiarse del oído ejercitado, que la una es sencilla y la otra doble, en duración de tiempo se entiende. Y no puedo hacerlo sino porque ya pasaron y terminaron. No mido, pues, las mismas sílabas que ya no existen, sino algo de ellas que en la memoria permanece fijo.

36. En ti, alma mía, mido los tiempos. No me quieras trastornar lo que es; no te quieras trastornar con el tropel de tus impresiones. En ti, digo, mido yo el tiempo. La impresión que las cosas al pasar hacen en ti, y que, cuando ellas han pasado, permanece, esta misma es la que yo mido presente, no las cosas que pasaron y la produjeron; ésta es la que mido cuando mido el tiempo. Luego, o ella misma es el tiempo, o no mido el tiempo.

Pues ¿qué? Cuando medimos los silencios y decimos que aquel silencio duró tanto tiempo como duró aquella voz, ¿no extendemos el pensamiento a medir la voz como si sonase, para poder darnos alguna cuenta de aquel espacio de tiempo? Porque también callando la voz y la boca, recitamos con el pensamiento poemas y versos y toda clase de discursos y cualesquiera

medidas de los movimientos, y nos damos cuenta de la duración de los tiempos, cuál sea la cantidad de éste respecto de aquél, no de otra suerte que si aquello de viva voz lo pronunciásemos.

Si alguno quisiere emitir una voz algo prolongada y determinase, premeditándolo, cuánta ha de ser su duración, este tal ha recorrido en silencio aquel espacio de tiempo, y encomendándolo a la memoria, empieza a emitir aquella voz que «suena» hasta llegar al término prefijado; o, mejor dicho, «ha sonado» y «sonará»; porque lo que se ha ejecutado de ella cierto es que «ha sonado», y lo que resta «sonará»; y así toda ella se cumple, mientras el esfuerzo presente traslada el futuro al pasado, creciendo el pasado con la disminución del futuro, hasta que, consumiendo el futuro, es todo pasado.

Capítulo XXVIII

Con el alma medimos los tiempos.

37. Mas ¿cómo se disminuye o se consume el futuro que todavía no es, o cómo crece el pasado que ya no es, sino porque en el alma, que es la que lo hace, existen tres cosas? Porque ella «espera», «atiende» y «recuerda»; de suerte que aquello que «espera», pasando por lo que «atiende», va a parar a lo que «recuerda». ¿Quién niega, pues, que los futuros aún no son, y, no obstante, en el alma existe expectación de los futuros? ¿Y quién niega que lo pasado ya no es, y, sin embargo, existe todavía en el alma memoria de lo pasado? ¿Y quién niega que el tiempo presente carece de espacio, pues para en un punto, y, sin embargo, perdura la atención por donde pasa a ausentarse lo que va a presentarse?

No es, pues, largo el tiempo futuro, que no es, sino que el futuro largo es una larga expectación del futuro; no es largo el tiempo pasado, que no es, sino que el pasado largo es la memoria larga del pasado.

38. Voy a recitar una canción que sé. Antes de comenzar, mi «expectación» se extiende a toda ella; pero una vez comenzada, cuanto vaya desgranando de ella hacia el pasado, otro tanto se va extendiendo mi «memoria»; y mi actividad en esta acción se distiende: hacia la «memoria», por lo que he recitado, y hacia la «expectación», por lo que he de recitar; pero está presente mi «atención», por la cual lo que era futuro pasa a hacerse pretérito. Y cuanto esta acción avanza más y más, tanto disminuye la «expectación» y crece la «memoria»; hasta que la «expectación» se consuma del todo, cuando terminada la acción, hubiere pasado a la «memoria».

Y como en la canción entera, así acontece en cada una de sus partes y en cada una de sus sílabas; así también en una acción más larga, de la cual tal vez es una parte aquella canción; así en toda la vida del hombre, de la cual son partes todas las acciones del hombre; así en la existencia del humano linaje, de la cual son partes las vidas de los hombres.

Capítulo XXIX

Desea elevarse sobre lo temporal para fundirse en Dios.

39. Pero como es mejor vuestra misericordia que las vidas, he aquí que mi vida es distensión; y me recogió vuestra diestra (Ps., 62, 4, 9) en mi Señor, el Hijo del hombre, mediador entre Vos –el Uno– y nosotros –los muchos, en muchas cosas y por muchas cosas divididos–, a fin de que por Él alcance aquello para lo cual yo a mi vez fui alcanzado (Filip., 3, 12), y me recoja de mis días antiguos siguiendo al Uno: olvidando las cosas pasadas, no en pos de las que son futuras y transitorias, sino a lo que está por delante (l. c.); no distendido, sino extendido; no con distensión, sino con fija intuición, sigo tras la palma de la soberana vocación (l. c.), donde oiga la voz de alabanza (Ps., 25, 7) y contemple vuestro deleite (Ps., 26, 4). que ni viene ni pasa.

Mas ahora mis años son en gemidos (Ps. 30, 11). y Vos, consuelo mío, Padre mío, sois eterno; mas yo he caído en tiempos, cuyo orden desconozco, y con tumultuosas variedades se desgarran mis pensamientos, las íntimas entrañas de mi alma, hasta que venga a fundirme en Vos, purificado y derretido con el fuego de vuestro amor.

Capítulo XXX

Qué hacia Dios antes de crear el mundo.

40. Y persistiré y me consolidaré en Vos, en vuestra verdad como en mi molde: y no toleraré preguntas de los hombres que, con la enfermedad por castigo, tienen más sed que lo que pueden beber, y dicen: ¿Qué hacía Dios «antes» que hiciese el cielo y la tierra? O: ¿Cómo le vino al pensamiento hacer algo, siendo así que «antes» «nunca» había hecho cosa alguna? Dales, Señor, que piensen bien lo que van a decir, y entiendan que no se puede decir nunca donde no hay tiempo. Diciendo, pues, que nunca hizo nada, ¿qué otra cosa se dice sino que en ningún tiempo lo hizo? Véase, pues, que no puede existir tiempo sin criatura, y dejen de decir semejante vaciedad.

Extiéndanse también ellos hacia las cosas que están delante (Filip., 3, 13), y entiendan que Vos, antes de los tiempos eternos, sois el creador de todos los tiempos, y que ningún tiempo es coeterno con Vos, ni criatura alguna, aunque alguna esté sobre los tiempos.

Capítulo XXXI

Cómo conocer Dios y la criatura.

41. ¡Señor, Dios mío, cuán recóndito es vuestro profundo secreto!, y ¡cuán lejos de él me arrojaron las consecuencias de mis delitos! Sanad mis ojos y me complaceré en vuestra luz.

Ciertamente, si existe un alma dotada de tan grande ciencia y presciencia, que le sean tan conocidas las cosas pasadas y venideras, como lo es para mí una canción trilladísima, admirable es esta alma y estupenda hasta el pasmo, puesto que nada se le oculta de cuanto ha sucedido o ha de suceder en los siglos, así como a mí no se me oculta, al ejecutar aquel cántico, qué y cuánto de él ha pasado desde el principio, qué y cuánto falta hasta el fin.

Pero lejos de mí pensar que Vos, creador del universo, creador de las almas y de los cuerpos, lejos de mí pensar que de esta manera conocéis Vos todas las cosas pasadas y venideras. ¡Vos mucho más, mucho más maravillosamente, mucho más secretamente! Porque mientras en el que canta o escucha una canción conocida, con la expectación de las notas que vienen y la memoria de las que pasaron se varía el afecto y se mantiene viva la atención; nada semejante acaece en Vos, in-conmutablemente eterno, es decir, verdaderamente eterno creador de los espíritus. Porque así como conocisteis en el principio el cielo y la tierra sin variación de vuestro conocimiento, así hicisteis en el Principio el cielo y la tierra, sin distinción de vuestra acción.

El que esto entiende os alabe; y el que no lo entiende os alabe. ¡Oh cuán excelso sois; y los humildes de corazón son vuestra casa! Porque Vos levantáis a los caídos (Ps., 145, 8), y no caen aquellos cuya celsitud sois Vos.

Libro XII

Capítulo I

Confianza de alcanzar la verdad.

1. Muchas cosas anhela mi corazón, Señor, en esta pobreza de mi vida, impulsado por las palabras de vuestra santa Escritura. Y por eso generalmente la escasez de la humana inteligencia es abundante en palabras: porque más se habla al investigar que al hallar; y más se tarda en pedir que en alcanzar; y más trabaja la mano en llamar que en recibir.

Tenemos una promesa: ¿quién la hará fallida? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom., 8, 31). Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá: Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, le abrirán (Mt., 7, 7-8). Promesas vuestras son: y ¿quién temerá ser engañado cuando promete la Verdad?

Capítulo II

Que además de ese cielo, existe el cielo del cielo.

2. Alaba a vuestra Alteza la humildad de mi lengua, porque Vos hicisteis el cielo y la tierra. Ese cielo que veo y esta tierra que piso, de donde es esta tierra que llevo; Vos lo hicisteis.

Pero ¿dónde está, Señor, el cielo del cielo, del cual hemos oído en la voz del salmo (113, 16): El cielo del cielo para el Señor, mas la tierra la dio a los hijos de los hombres? ¿Dónde está el cielo que no vemos, en cuya comparación es tierra todo lo que vemos? Porque este todo corpóreo no todo en todas sus partes recibió igual hermosura, principalmente en las inferiores, cuyo fondo es la tierra; pero en comparación de aquel cielo del cielo, aun el cielo de nuestra tierra es tierra. Y estos dos grandes cuerpos juntos (nuestro cielo y tierra) pueden no absurdamente llamarse tierra en comparación de aquel no sé qué cielo, que es para el Señor, no para los hijos de los hombres.

Capítulo III

Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.

3. Y, por cierto, esta tierra era invisible e informe, y no sé qué profundidad de abismo; sobre la cual no había luz, porque no tenía ninguna apariencia; por lo cual mandasteis que se escribiese que las tinieblas estaban sobre el abismo. ¿Qué son las tinieblas sino ausencia de luz? Porque ¿dónde estuviera la luz, si la hubiera, sino encima, sobresaliendo e iluminando? Donde, pues, aún no había luz, ¿qué era estar presentes las tinieblas, sino estar ausente la luz? Sobre el abismo, pues, estaban las tinieblas, porque sobre él estaba ausente la luz; así como donde no hay sonido, hay silencio. Y ¿qué es haber allí silencio, sino no haber allí sonido?

¿No sois Vos, Señor, quien habéis enseñado a esta alma que os alaba? ¿No sois Vos, Señor, quien me habéis enseñado que antes que dieseis forma y distinción a esta materia informe, no era cosa alguna, ni color ni figura, ni cuerpo ni espíritu? Sin embargo, no era enteramente nada, sino un no sé qué de informe sin ninguna apariencia.

Capítulo IV

Nombre que puso Dios a la materia prima.

4. ¿Cómo, pues, se había de llamar, a fin de dar alguna noción de ella aun a los de inteligencia más tarda, sino con algún vocablo usado? ¿Y qué puede hallarse en todas las partes del mundo más parecido a una informidad absoluta, que la tierra y el abismo? Porque menos hermosos son, conforme a su grado ínfimo, que todas las demás superiores resplandecientes y luminosas. ¿Por qué, pues, no admitiré que aquella materia informe, que sin apariencia habíais hecho para de ella hacer el mundo hermoso, fuese así cómodamente señalada a los hombres, llamándola «tierra invisible e incompuesta»?

Capítulo V

Este nombre expresa nuestro conocimiento imperfecto

5. De suerte que, cuando en ella busca el pensamiento qué es lo que percibe el sentido, y se dice a sí mismo: «No es forma inteligible, como la vida o como la justicia, porque es la materia de los cuerpos; ni sensible, porque en cosa invisible e incompuesta no hay nada que ver ni sentir»; cuando esto se dice a sí mismo el pensamiento humano, se esfuerce o por conocerla ignorándola, o por ignorarla conociéndola.

Capítulo VI

Sus diversas opiniones sobre la materia

6. Mas yo, Señor, si con mi boca y con mi pluma os he de confesar todo cuanto en esta materia me habéis enseñado, yo antes, al oír su nombre y no entenderlo por las explicaciones de los que tampoco lo entendían, me la representaba con innumerables y variadas formas, y, por tanto, no me la representaba. Feas y horribles formas en tumultuoso desorden revolvían mi espíritu, pero formas al cabo; y llamaba informe, no a lo que carecía de forma, sino a lo que tenía tal, que si se dejase ver, mi sentido la rechazara por insólita e incongruente, y conturbárase mi flaqueza de hombre. Pero, en realidad, lo que yo me representaba era informe, no por privación de toda forma, sino por comparación con formas más hermosas; y la verdadera razón aconsejaba que, si quería representarme una cosa totalmente informe, la despojase de cualesquiera reliquias de toda forma; y no podía, porque más fácil me era pensar que lo que estaba privado de toda forma era nada, que representarme un ser entre la forma y la nada, que ni fuese formado ni fuese nada, sino informe y casi nada.

Y cesó mi mente de interrogar sobre esto a mi espíritu, lleno de imágenes de formas corpóreas que a su arbitrio mudaba y variaba. Y fijé la atención en los mismos cuerpos y examiné más a fondo su mutabilidad, con que dejan de ser lo que habían sido y empiezan a ser lo que no eran; y sospeché que el paso mismo de forma a forma se efectúa mediante algo informe, no mediante la pura nada. Pero yo deseaba saber, no sospechar.

Y si mi voz y mi pluma os confesaran todo cuanto acerca de esta cuestión Vos me descubristeis, ¿qué lector soportará su lectura? Mas no por eso cesará mi corazón de rendiros honra y cántico de alabanza por las cosas que no basta a consignar. Porque la mutabilidad de las cosas mudables, ella misma es capaz de todas las formas en que se mudan las cosas mudables. Pero ella ¿qué es? ¿Tal vez alma? ¿Tal vez cuerpo? ¿Tal vez una modalidad del alma o del cuerpo? Si decirse pudiera un nada-algo, un ser-no ser, yo así lo llamaría; y, sin embargo, ya de algún modo era, para recibir estas formas visibles y compuestas.

Capítulo VII

De la nada hicisteis el cielo y la tierra.

7. Y ¿de dónde «de algún modo era», si no era de Vos, de quien reciben el ser todas las cosas en todo cuanto son? Pero tanto más distantes de Vos cuanto más desemejantes; pues no es por distancia de lugares.

Así, pues, Vos, Señor, que no sois unas veces de un modo y otras de otro, sino lo mismo, lo mismo, lo mismo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios omnipotente (Apoc., 4, 8) en el Principio (Gen., 1, 1) que procede de Vos, que nació de vuestra sustancia, hicisteis algo de la nada. Porque hicisteis el cielo y la tierra; no de Vos, pues habría algo igual a vuestro Unigénito, y, por tanto, a Vos; y en ningún modo fuera justo que fuese igual a Vos lo que no fuera de vuestra sustancia. Y fuera de Vos, otra cosa no había de donde los hicierais, ¡oh Dios, Trinidad una y Unidad trina!; y, por tanto, de la nada hicisteis el cielo y la tierra: una cosa grande y otra pequeña; porque sois omnipotente y bueno para hacer todas las cosas buenas, el cielo grande y la tierra pequeña. Erais Vos, y fuera de Vos, la nada, de donde hicisteis el cielo y la tierra, dos cosas: una, sobre la cual estáis Vos; otra, debajo de la cual no hay nada.

Capítulo VIII

De la nado hizo Dios la materia prima; y de ella todas las cosas visibles.

8. Mas aquel cielo del cielo es para Vos, Señor; pero la tierra que diste a los hijos de los hombres para que la viesen y la tocasen, no era tal cual ahora la vemos y tocamos; porque era invisible e incompuesta; y un abismo era, sobre el cual no había luz. O bien: las tinieblas estaban sobre el abismo, es decir, más que en el abismo. Porque este abismo de las aguas ya visibles, aun en sus profundidades tiene su manera de luz, en algún modo sensible a los peces y animales que se arrastran en su fondo; pero aquel todo (la tierra informe) era casi la nada, puesto que todavía era enteramente informe. Porque Vos, Señor, hicisteis el mundo de una materia informe; la cual de la nada hicisteis casi nada, para de ella hacer las cosas grandes que admiramos los hijos de los hombres. Muy admirable es este cielo corpóreo, firmamento entre el agua y el agua que el segundo día, después de la creación de la luz, dijisteis: Hágase, y así se hizo. Al cual firmamento llamasteis cielo (Gen., 1, 6-8); pero cielo de esta tierra y mar, que hicisteis el tercer día, dando forma visible a la materia informe que hicisteis antes de todo día. Porque ya habíais hecho también el cielo antes de todo día; mas aquél es el cielo de este cielo; porque en el principio habíais hecho el cielo y la tierra. Pero esta misma tierra que habíais hecho, era una materia informe, pues era invisible e incompuesta y tinieblas sobre el abismo; para, de aquella tierra invisible e incompuesta, de aquella informidad, de aquello casi-nada, hacer todas las cosas de que consta este mundo inconstante y mudable, donde aparece la misma mutabilidad que nos permite sentir y contar los tiempos; porque con las mudanzas de las cosas se hacen los tiempos, mientras van viniendo

y transformándose unas en otras las especies, cuya materia es la ya dicha tierra invisible.

Capítulo IX

Por qué, sin hacer mención de días, se escribió: En el Principio creó Dios el cielo y la tierra.

9. Por eso el Espíritu, maestro de vuestro siervo (Moisés), cuando refiere que Vos hicisteis en el Principio el cielo y la tierra, no habla de tiempos, no menciona días. Sin duda, porque el cielo del cielo, que en el Principio hicisteis, es una criatura intelectual; y aunque de ningún modo coeterna con Vos, ¡oh Trinidad!, como es partícipe de vuestra eternidad, limita en gran manera la mutabilidad con la dulzura de vuestra felicísima contemplación, y sin ningún desfallecimiento adherida a Vos desde que fue creada, se eleva sobre toda voluble vicisitud de los tiempos.

Pero esta informidad, la tierra invisible e incompuesta, tampoco es contada entre los días; porque donde no hay forma, no hay orden; nada viene y nada pasa; y donde esto no sucede, no hay ciertamente vicisitud de espacios temporales.

Capítulo X

Pide a Dios le dé a conocer las Escrituras.

10. ¡Oh Verdad, luz de mi corazón, no me hablen mis tinieblas! Me volví hacia ellas, y me quedé a oscuras; pero aun desde ellas, sí, desde ellas estuve enamorado de Vos. Descarriado anduve, y me acordé de Vos. Oí vuestra voz detrás de mí, para que volviese, y a duras penas la oí por los tumultos de mis alborotadas pasiones. Pero ahora, he aquí que, abrasado y anhelante, vuelvo a vuestra fuente. Nadie me estorbe: en ella beberé; y de ella viviré. No sea yo mi propia vida; malamente he vivido de mí; la muerte fue para mí: en Vos torno a vivir. Habladme Vos; conversad Vos conmigo. He dado fe a vuestros Libros, y sus palabras son harto misteriosas.

Capítulo XI

Lo que Dios le ha dado a conocer.

11. Ya me dijisteis, Señor, con voz poderosa al oído interior, que Vos sois eterno, el único que tiene inmortalidad (1 Tim., 6, 16), porque con ninguna forma ni movimiento os mudáis, ni con los tiempos varía vuestra voluntad,

puesto que no es inmortal la voluntad que ya es una, ya es otra. Esto lo veo claro en vuestra presencia, y os suplico se me esclarezca más y más, y en este conocimiento permanezca yo humilde debajo de vuestras alas.

También me dijisteis, Señor, con voz poderosa al oído interior que todas las naturalezas y sustancias que no son lo que sois Vos, y que, sin embargo, son Vos las hicisteis; y que solamente no procede de Vos lo que no es; y tampoco el movimiento de la voluntad que se aparta de Vos, que sois, hacia lo que es menos que Vos; porque tal movimiento es delito y pecado. Y que ningún pecado de nadie os daña a Vos, ni perturba el orden de vuestro imperio ni en lo sumo ni en lo ínfimo. Esto parece claro en vuestra presencia, y os suplico se me esclarezca más y más; y que en este conocimiento permanezca yo humilde debajo de vuestras alas.

12. También me dijisteis con voz poderosa al oído interior, que ni aun aquella criatura es coeterna con Vos, cuyo deleite sois sólo Vos, y gozándoos en castidad perseverantísíma, en ningún lugar ni tiempo experimenta su mutabilidad; y estándole siempre presente Vos, a quien ella con el afecto está asida, no teniendo futuro que esperar, ni transmitiendo al pasado objetos que recordar, no varía con ninguna vicisitud, ni se distiende a diversos tiempos. ¡Oh dichosa criatura –si alguna hay así–, por estar adherida a vuestra bienaventuranza; dichosa en teneros a Vos por su eterno morador e iluminador! No encuentro cosa que con más gusto juzgue se ha de llamar cielo del cielo para el Señor que vuestra misma casa, que contempla vuestra suavidad (Ps., 26, 4) sin ningún desfallecimiento por salir a otra cosa: inteligencia pura, concordísimamente unida con el vínculo de la paz de los santos espíritus, ciudadanos de vuestra ciudad, en aquellos cielos que están sobre esos cielos.

13. Por aquí entienda el alma, cuya peregrinación se ha prolongado, si ya tiene sed de Vos, si ya sus lágrimas han llegado a ser su pan, en tanto que le dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Ps., 43, 3): si ya una sola cosa os pide, y esta sola reclama: morar en vuestra casa todos los días de su vida (Ps., 26, 4) –y ¿cuál es su vida, sino Vos?, y ¿cuáles nuestros días, sino vuestra eternidad, como vuestros años que no fenecen porque sois siempre el mismo? (Ps., 101, 28)–; por aquí, pues, entienda el alma, la que es capaz, cuán soberanamente sobre todos los tiempos sois eterno, cuando vuestra casa, que no ha peregrinado [los ángeles], a pesar de que no es coeterna con Vos, sin embargo, por estar adherida incesante e inseparablemente a Vos, no padece vicisitud alguna de tiempo. Esto me parece claro en Vuestra presencia, y os suplico se me esclarezca más y más, y que en este conocimiento persevere yo humilde debajo de vuestras alas.

14. Veo no sé qué de informe en estas mudanzas de las cosas inferiores e inconsistentes; mas ¿quién me dirá –si no es alguno que con sus fantasmas divaga y se revuelve por los vacíos de su espíritu–, quién, sino un tal, me dirá que, si, destruida y consumida toda forma, quedase aquella informidad, por medio de la cual la cosa se mudaba y se convertía de una forma en otra, podría producir las vicisitudes de los tiempos? Porque de ningún modo puede; porque sin variedad de movimientos no hay tiempos; y ninguna variedad hay donde no hay forma alguna.

Capítulo XII

Dos criaturas no sujetas al tiempo.

15. Consideradas estas cosas, Dios mío, cuanto Vos me lo concedéis, cuanto Vos me incitáis a llamar, y cuanto abrís al que llama, dos cosas hallo que hicisteis que carecen de tiempo, aunque ninguna de las dos es coeterna con Vos: una, que de tal suerte está formada, que sin ningún desfallecimiento en la contemplación, sin ningún intervalo de alteración, aunque mudable, pero no mudada, goza de vuestra eternidad e inmutabilidad; otra, que de tal suerte era informe, que no tenía forma de que mudarse en otra forma ni de movimiento ni de reposo, por donde estuviese sujeta a los tiempos. Mas a ésta no la abandonasteis para que quedase informe. Porque hicisteis antes de todo día, en el Principio el cielo y la tierra, estas dos cosas de que vengo hablando. Mas la tierra era invisible e incompuesta y tinieblas sobre el abismo; con las cuales palabras se insinúa la informidad –a fin de que sean gradualmente preparados los que no pueden pensar una total privación de forma, que, sin embargo, no se reduce a la nada–, de donde se hiciese el otro cielo, y la tierra visible y compuesta, y el agua hermosa, y todas cuantas cosas después en la formación del mundo, no sin días, se conmemoran haber sido hechas; porque son tales, que en ellas se realizan las vicisitudes de los tiempos, por medio de las mudanzas de los movimientos y de las formas.

Capítulo XIII

Cuáles son esas dos criaturas

16. Esto es lo que por ahora entiendo, Dios mío, cuando oigo a vuestra Escritura que dice: En el Principio hizo Dios el cielo y la tierra; mas la tierra era invisible e incompuesta, y había tinieblas sobre el abismo; y no menciona qué día hicisteis; así por ahora lo entiendo, refiriéndolo a aquel cielo del

cielo, cielo intelectual donde el entender es conocer de una vez, no parcialmente (1 Cor., 1 12) no en enigma, no por espejo, sino totalmente, en manifestación, cara a cara, (l. c.); no ahora esto, ahora aquello, sino, como he dicho, conocer de una vez, sin vicisitud alguna de tiempos; y refiriéndolo a aquella tierra invisible e incompuesta, sin vicisitud alguna de tiempos, la cual suele tener ahora esto ahora aquello, porque donde no hay forma alguna, en ninguna parte hay esto ni aquello.

Por razón de estas criaturas, la una desde el principio formada y la otra totalmente informe; aquélla cielo, pero cielo del cielo, y ésta tierra, pero tierra invisible e incompuesta: por razón de estas dos entiendo por ahora, Dios mío, que sin hacer mención de días, dice vuestra Escritura: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; porque inmediatamente añadió de qué tierra hablaba. Y como el segundo día refiere que fue hecho firmamento y llamado cielo, da a entender de qué cielo habló primeramente sin mención de días.

Capítulo XIV

Profundidad de las Escrituras.

17. ¡Maravillosa profundidad la de vuestras Escrituras, cuya superficie, he aquí, se nos presenta acariciando a los pequeñuelos; pero maravillosa profundidad, Dios mío, maravillosa profundidad! Vértigo da fijar la vista en ella: vértigo de respeto y temblor de amor. Violentamente aborrezco a sus enemigos. ¡Oh si les dierais muerte con la espada de dos filos, y no fueran sus enemigos! Porque de tal suerte quiero que sean muertos para sí, que vivan para Vos.

Mas he aquí otros, no detractores, sino encomiadores del libro del Génesis, que dicen: No es eso lo que en estas palabras quiso dar a entender el Espíritu de Dios que por su siervo Moisés escribió estas cosas: no quiso dar a entender eso que tú dices, sino otra cosa, lo que decimos nosotros. A los cuales yo, tomándoos por árbitro a Vos, Dios de todas las cosas, respondo de esta manera.

Capítulo XV

Lo que de Dios, de los ángeles y de la primera materia afirma el autor es indiscutible.

18. ¿Acaso diréis que son falsas las cosas que la verdad con voz poderosa me dice al oído interior sobre la verdadera eternidad del Creador: que su

sustancia de ninguna manera varía a través de los tiempos, y que su voluntad no está fuera de su sustancia? De ahí que Él no quiere ahora esto y luego aquello, sino de una vez y simultáneamente y siempre quiere todo lo que quiere; no una vez y otra vez, ni ahora esto y luego aquello, ni quiere después lo que antes no quería; porque semejante voluntad es mudable, y todo lo mudable no es eterno; mas nuestro Dios es eterno (Ps., 47, 15).

¿Asimismo [diréis que es falso] lo que me dice al oído interior: que la expectación de las cosas venideras se torna visión cuando llegan; y que esta visión, cuando han pasado, se torna memoria? Y todo conocimiento que de esta suene varía, es mudable; y todo lo que es mudable, no es eterno; mas nuestro Dios es eterno.

Estas verdades recojo y las junto, y hallo que mi Dios, Dios eterno, no formó la creación por una nueva voluntad, ni su ciencia está sujeta a nada transitorio.

19. ¿Qué, pues, diréis, contradictores? ¿Son, por ventura, falsas estas cosas?

–No –dicen.

–¿Qué, pues? ¿Es acaso falso que toda naturaleza formada, o la materia formable, no tiene el ser sino recibido de Aquel que es sumamente bueno, porque sumamente es?

–Tampoco negamos esto –dicen.

–¿Qué, pues? ¿Negáis tal vez que exista una criatura sublime, unida con casto amor al Dios verdadero y verdaderamente eterno, que de Él no se desprende, ni cae en ninguna variedad o vicisitud de los tiempos, sino reposa en la verdaderísima contemplación de solo Él? Porque Vos, oh Dios, os mostráis a quien os ama cuanto Vos mandáis; y le bastáis, y por eso no se desvía de Vos, ni siquiera hacia sí mismo.

Esta es la casa de Dios, no terrena ni corpórea, con mole alguna, aunque sea celestial, sino espiritual y participante de vuestra eternidad, puesto que está sin mancha para siempre. Porque Vos la fundasteis por los siglos de los siglos; pusísteisle un precepto, y no pasará (Ps., 148, 6). Y, sin embargo, no es coeterna con Vos, porque no es sin principio, pues ha sido hecha.

20. Pues si bien antes de ella no hallamos tiempo, porque primero que todas las cosas fue creada la sabiduría (Eccli., 1, 4), no ciertamente aquella Sabiduría enteramente coeterna e igual a Vos, nuestro Dios, su Padre, y por la cual fueron creadas todas las cosas, y que es Principio en el cual hicisteis el cielo y la tierra, sino precisamente la sabiduría que fue creada es, a saber, la naturaleza intelectual que por la contemplación de la Luz es luz, puesto

que ella también, aunque creada, se llama sabiduría. Sino que, cuanta diferencia hay entre la Luz que ilumina y la que es iluminada, tanta hay entre la Sabiduría que crea y ésta que es creada; como entre la Justicia justificante y la justicia que en la justificación ha sido hecha. Porque también nosotros hemos sido llamados justicia vuestra, pues dice así uno de vuestros siervos: A fin de que nosotros seamos justicia de Dios en Él (en Cristo) (2 Cor., 5, 21), primero, pues, que todas las cosas fue creada una cierta sabiduría, la que es creada, la mente racional e intelectual de vuestra casta ciudad, madre nuestra, que es de arriba y es libre (Gal., 4, 26) y eterna en los cielos: ¿en qué cielos, sino en los cielos de los cielos que os alaban? (Ps., 148, 4). Porque esto es también: Los cielos de los cielos para el Señor. Si bien antes de ella no hallamos tiempo, por cuanto la que primero que todas las cosas fue creada, precede aun a la creación del tiempo; antes de ella, sin embargo, existe la eternidad del mismo Creador, hecha por el cual tuvo principio, aunque no de tiempo, pues aún no existía el tiempo, pero sí de su propia creación.

21. De donde en tal manera procede de Vos, Dios nuestro, que es totalmente otra cosa que Vos y no lo mismo. Y si bien no hallamos tiempo, no ya antes de ella, pero ni siquiera en ella –porque es idónea para ver siempre vuestra faz, y jamás se aparta de ella, lo cual hace que no varíe con mudanza alguna–, le es, sin embargo, inherente la mutabilidad; por donde se entenebrecería y enfriaría, si no fuese porque, adhiriéndose a Vos con grande amor, resplandece y arde de Vos como perpetua mediodía.

¡Oh casa luminosa y hermosa! ¡Amo tu hermosura y el lugar donde mora la gloria (Ps., 25, 8) de mi Señor, tu Hacedor y poseedor! A ti suspire mi peregrinación; y digo a Aquel que te hizo, que a mí también me posea en ti, pues Él me hizo también a mí. Erré como oveja perdida (Ps., 118, 176); pero en los hombros de mi Pastor (Lc., 15, 5), tu Hacedor, espero ser a ti reducido.

22. ¿Qué me decís, contradictores a quienes me iba dirigiendo, que, sin embargo, creéis a Moisés, siervo piadoso de Dios, y sus libros, oráculos del Espíritu Santo? ¿Es o no esta casa de Dios, no digo coeterna con Dios, pero sí, a su modo, eterna en los cielos (2 Cor., 5, 1), en donde inútilmente buscáis vicisitudes de tiempos que no encontráis? Porque sobrepasa toda distensión y todo espacio voluble de edad, ella, cuyo bien es estar siempre adherida a Dios (Ps., 72, 28).

–Sí lo es –dicen.

–Pues ¿cuál de las cosas que mi corazón clamó al Señor, cuando oía interiormente la voz de su alabanza (Ps., 25, 7), cuál de ellas, finalmente, protestáis

que es falsa? ¿Acaso que existía la materia informe, en la cual, porque no había forma alguna, no había ningún orden? Pero donde no hay ningún orden no podía haber vicisitud alguna de tiempo. Y, sin embargo, esta nonada, por cuanto no era pura nada, ciertamente, procedía de Aquel de quien procede cuanto es, cuanto en alguna manera es algo.

–Eso tampoco lo negamos –dicen.

Capítulo XVI

Con quiénes desea discutir el autor.

23. Pues quiero hablar un poco delante de Vos, Dios mío, con los que conceden ser verdadero todo lo que interiormente en mi inteligencia no cesa de enseñarme vuestra verdad. Porque los que esto niegan, ladren cuanto quieran, y atruénense a sí mismos. Yo me esforzaré en persuadirles que se calmen y abran camino hacia ellos para vuestra palabra. Y si ellos no quisieren y me rechazaren, os suplico, Dios mío, que Vos no calléis para mí (Ps., 27, 1). Hablad Vos a mi corazón verazmente, pues sois el único que así habla. Y a ellos los dejaré fuera soplando en el polvo y levantando tierra sobre sus propios ojos. Y entraré en mi cámara y os cantaré canciones de amor gimiendo con gemidos inenarrables (Rom., 8, 26) en mi peregrinación, y acordándome de Jerusalén, dilatando en alto hacia ella mi corazón, hacia Jerusalén, mi patria; Jerusalén, mi madre (Gal., 4, 26), y hacia Vos, que le sois rey, sol, padre, tutor, marido, castas y fieles delicias, gozo sólido y todos sus bienes inefables, todos a la vez, porque sois el único, supremo y verdadero Bien. Y no me apartaré hasta tanto que me recojáis, todo cuanto soy, de esta dispersión y deformidad, y me confirméis para siempre en aquella paz de Jerusalén, mi madre carísima, en donde están las primicias de mi espíritu, de donde me vienen estas certidumbres, ¡oh Dios mío, misericordia mía!

Mas a estos otros que no dicen ser falsas todas estas cosas que son verdaderas, y que honran y ponen como nosotros en la cumbre de la autoridad que ha de seguirse aquella vuestra santa Escritura, promulgada por el santo Moisés, pero que, no obstante, en algo nos contradicen, he aquí lo que les digo:

–Vos, Dios nuestro, sed el árbitro entre mis confesiones y sus contradicciones.

Capítulo XVII

Diversas significaciones de «el cielo y la tierra»

24. Dicen, pues: Aunque eso sea verdad, Moisés no pensaba en esas dos cosas cuando, por revelación del Espíritu, dijo: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Por el nombre cielo no significó aquella criatura espiritual o intelectual que contempla siempre la faz de Dios; ni por el nombre tierra la materia informe.

–¿Qué significó, pues?

–Lo que nosotros decimos –responden– eso es lo que sintió aquel varón, y eso es lo que expresó en aquellas palabras.

–Y eso, ¿qué es?

–Con el nombre de cielo y tierra –añaden– quiso, primero, en general y brevemente, significar todo este mundo visible, para después exponer en particular, con la enumeración de los días, las cosas que al Espíritu Santo plugo enunciar de esta manera. Porque eran tales hombres los de aquel pueblo rudo y carnal a quien hablaba, que juzgó no debía encomendarles otras obras de Dios, sino solas las visibles.

Pero convienen en que por la tierra invisible e incompuesta, y el abismo tenebroso, de donde a continuación se muestra haber sido hechas y dispuestas, durante aquellos días, todas estas cosas visibles que son conocidas de todos, no es incongruente entender aquella materia informe.

25. Y ¿qué, si algún otro dijese que la misma informidad y confusión de la materia fue primero significada por el nombre de el cielo y la tierra, porque de ella fue formado y perfeccionado este mundo visible, con todas las naturalezas que en él manifiestísimamente aparecen, que suelen frecuentemente llamarse con el nombre de el cielo y la tierra?

¿Y qué si algún otro dijese que la naturaleza invisible y la visible, no, cierto, impropiamente son denominadas el cielo y la tierra; y, por tanto, toda la creación que Dios hizo en la Sabiduría y en el Principio está comprendida en estas dos palabras?; pero, sin embargo, como todas las cosas fueron hechas, no de la sustancia de Dios, sino de la nada –porque no son lo mismo que Dios, y hay en todas ellas alguna mutabilidad, sea que permanezcan como la eterna Casa de Dios [los ángeles], sea que se muden, como el alma y el cuerpo del hombre–, por eso la materia común de todas las cosas, invisibles y visibles, materia todavía informe, pero ciertamente formable, de donde debían hacerse el cielo y la tierra, es decir, la creación invisible y la visible, una y otra ya formadas, fue designada con aquellos nombres, apellidándose tierra invisible e incompuesta, y tinieblas sobre el abismo, con esta distinción: que por tierra invisible e incompuesta se entienda la materia corpórea, antes de toda cualidad de forma; y por tinieblas sobre el

abismo, la materia espiritual [los ángeles], antes de serle cohibida cierta no moderada fluidez, y de ser iluminada por la Sabiduría.

26. Cabe todavía otra interpretación, si alguno la prefiere; es, a saber: Cuando se lee En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, por el nombre del cielo y la tierra no se significan las naturalezas invisibles y visibles, ya acabadas y formadas, sino que por aquellos nombres se designa la misma incoación, todavía informe, de las cosas, la materia formable y creable, porque en ella estaban ya, confusas todavía, no distintas por cualidades y formas, estas cosas que ahora distribuidas en sus órdenes, se llaman El cielo y la tierra: aquél, creación espiritual; ésta, corporal.

Capítulo XVIII

Que cuando es incierto el sentido de la Escritura, basta atribuirle uno verdadero.

27. Oídas y consideradas todas estas cosas, no quiero contiendas de palabras, pues para nada aprovechan, sino para trastornar a los oyentes (2 Tim., 2, 14). Mas para edificación, buena es la ley, si alguno usa legítimamente de ella; porque su fin es la caridad, que nace de corazón puro y de buena conciencia y de fe no fingida (1 Tim., 1, 8 y 5); y sabe nuestro Maestro de qué dos preceptos hizo depender toda la Ley y los Profetas (Mt., 22, 40). Y confesando yo esto ardientemente, Dios mío, luz de mis ojos en lo interior, ¿qué mal se me sigue, pudiendo por estas palabras entenderse diversas cosas –que son, sin embargo, verdaderas–, qué mal se me sigue, repito, si yo entiendo cosa distinta de lo que otro entiende que intentó el que lo escribió? Sin duda, todos los que leemos nos esforzamos por indagar y comprender lo que quiso decir el autor que leemos; y cuando le creemos verídico, no osamos pensar que haya dicho cosa alguna que nosotros conocemos o juzgamos que es falsa. Así, pues, cuando cada cual se esfuerza por entender en las Escrituras santas lo que en ellas entendió el que las escribió, ¿qué mal hay en que entienda lo que Vos, luz de todas las mentes verídicas, le mostráis ser verdadero, aunque no lo entendió así el autor que lee, pues él también entendió algo verdadero, aunque no esto mismo?

Capítulo XIX

Verdades que de lo dicho se desprenden.

28. Porque es verdad, Señor, que Vos hicisteis el cielo y la tierra; y es verdad que el Principio es vuestra Sabiduría, en la cual hicisteis todas las cosas (Ps., 103, 24).

Asimismo, es verdad que este mundo visible tiene dos grandes partes: el cielo y la tierra, compendiando brevemente todas las naturalezas hechas y creadas.

Y es verdad que todo lo mudable sugiere a nuestro pensamiento una cierta informidad, en virtud de la cual toma forma o se muda y se trueca.

Es verdad que ninguna acción de los tiempos experimenta lo que de tal manera está adherido a la forma inconmutable, que, aunque sea mudable, no se muda

Es verdad que la informidad, que es casi nada, no puede experimentar las vicisitudes de los tiempos.

Es verdad que aquello de que una cosa se hace, puede, según la forma de hablar, tener ya el nombre de la cosa que de ella se hace; y así puede llamarse cielo y tierra cualquiera informidad de donde fueron hechos el cielo y la tierra.

Es verdad que de todo lo creado y formado nada está más próximo a lo informe que la tierra y el abismo.

Es verdad que no sólo todo lo creado y formado, sino también todo lo que es creable y formable, lo hicisteis Vos, de quien proceden todas las cosas (1 Cor., 8, 6).

Es verdad que todo lo que es formado de lo informe, primeramente es informe y después formado.

Capítulo XX

Diversos sentidos de estas palabras: «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra.»

29. De todas estas verdades, de las cuales no dudan aquellos a quienes habéis concedido verlas con los ojos interiores, e inconmoviblemente creen que vuestro siervo Moisés habló en espíritu de verdad; de todas estas verdades, pues, una toma para sí el que dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; esto es: en su Verbo, coeterno con Él, hizo Dios la creación invisible y la visible, o sea, la espiritual y la corporal.

Otra, el que dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; esto es: En su Verbo, coeterno con Él, hizo Dios toda esa mole de este mundo corpóreo, con todas las naturalezas manifiestas y conocidas que contiene.

Otra, el que dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; esto es: En su Verbo, coeterno con El, hizo Dios la materia informe de la creación espiritual y de la corporal.

Otra, el que dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; esto es: En su Verbo, coeterno con Él, hizo Dios la materia informe de la creación corporal, donde todavía estaban confundidos el cielo y la tierra, que ahora ya vemos distintos y formados en la mole de este mundo.

Otra, el que dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; esto es: En el comienzo mismo de su crear y obrar hizo Dios la materia informe que confusamente contenía el cielo y la tierra, los cuales, formados de ella, ahora campean y hacen muestra de sí con todos los seres que en ellos hay.

Capítulo XXI

Significados de las palabras «La tierra era invisible», etc.

30. Asimismo, por lo que atañe al sentido de las palabras siguientes, de todas aquellas verdades (c. 19), una toma para sí el que dice: Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; esto es: aquello corpóreo que hizo Dios era la materia de las cosas corpóreas, todavía informe, sin orden, sin luz.

Otro, el que dice: Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; esto es: este todo que se ha denominado cielo y tierra era la materia todavía informe y tenebrosa, de la cual se habían de hacer el cielo corpóreo y la tierra corpórea, con todos los seres que en ellos hay, conocidos por los sentidos del cuerpo.

Otro, el que dice: Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; esto es: este todo que se ha denominado cielo y tierra era la materia todavía informe y tenebrosa, de la cual se había de hacer el cielo inteligible –que en otro lugar se llama cielo del cielo– y la tierra, es decir, toda la naturaleza corpórea, bajo cuyo nombre se ha de entender también el cielo corpóreo; esto es: de ella se había de hacer toda la creación invisible y visible.

Otro, el que dice: Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; esto es: con los nombres de cielo y tierra no designó la Escritura aquella informidad; sino ya existía –dice– la dicha informidad, que denominó tierra invisible e incompuesta y abismo tenebroso, de la cual había dicho antes que hizo Dios el cielo y la tierra, es, a saber: la creación espiritual y la corporal.

Otro, el que dice: Pero la tierra era invisible e incompuesta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; esto es: era ya una cierta informidad la materia de que antes dijo la Escritura que había Dios hecho el cielo y la tierra, es decir,

toda la mole corpórea del mundo, distribuida en dos grandísimas partes, la superior y la inferior, con todas las criaturas que en ellas existen y nos son familiares y conocidas.

Capítulo XXII

Se responde a algunas dificultades.

31. Porque cuando alguien intentase oponerse a estas dos últimas opiniones, diciendo:

Si no queréis ver designada con el nombre de el cielo y la tierra la materia informe, entonces había algo que Dios no había creado, de donde hiciese el cielo y la tierra; porque la Escritura no ha contado que Dios hubiera hecho semejante materia; a no ser que la entendamos significada por el vocablo el cielo y la tierra, o solamente la tierra, donde se dice: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra; de suerte que lo que se sigue: Pero la tierra era invisible e incompuesta, aunque [a Moisés] le pluguiese denominar así a la materia informe, no hemos de entender, sin embargo, sino aquella misma tierra que hizo Dios, de la cual había escrito: hizo Dios el cielo y la tierra; los defensores de estas dos opiniones que en último lugar (cap. 21) mencionamos, o los de la una o los de la otra, responderán al oír esto y dirán:

No negamos, ciertamente, que esta materia informe haya sido hecha por Dios; por Dios, de quien procede toda la creación sobre manera buena. Porque como decimos que es más bueno lo que fue creado y formado, así confesamos que es menos bueno lo que fue hecho creable y formable, pero, al cabo, bueno. Mas la Escritura no mencionó que Dios hubiese hecho esta materia informe, como no mencionó otros muchos seres, por ejemplo, los querubines y serafines, y aquellos que distintamente nombra el Apóstol: los tronos, dominaciones, principados y potestades (Col., 1, 16), y, sin embargo, es manifiesto que todos ellos fueron hechos por Dios.

Mas si en aquellas palabras: hizo el cielo y la tierra están comprendidas todas las cosas, ¿qué decir de las aguas, sobre las cuales era llevado el Espíritu de Dios? (Gen., 1, 2). Porque si con nombrar la tierra van incluidas todas ellas, ¿cómo por el nombre de la tierra se ha de entender ya la tierra informe, cuando vemos las aguas tan hermosas? Y dado que lo entendamos así, ¿por qué dice la Escritura que de la misma materia informe fue hecho el firmamento y llamado cielo, y no dice que fueran hechas las aguas? Porque no son ya informes ni invisibles las que vemos correr con tan hermoso aspecto. Y si tal hermosura recibieron cuando dijo Dios: Congréguese el agua que está bajo el firmamento (Gen., 1, 7), de suerte que esta reunión sea su

misma formación, ¿qué se responderá de las aguas que están encima del firmamento, las cuales, de ser informes, no habrían merecido recibir tan honorable asientos ni está escrito con qué palabra fueron formadas?

De donde, si el Génesis calla haber hecho Dios alguna cosa, que, sin embargo, ni la sana fe ni la razón segura dudan haberla hecho Dios, ni por eso ninguna juiciosa doctrina osará decir que aquellas aguas son coeternas con Dios, porque en el libro del Génesis lo oímos mencionar, pero no hallamos cuándo hayan sido formadas, ¿por qué no hemos de entender, enseñados por la verdad, que también la materia informe que la Escritura llama tierra invisible e incompuesta ha sido por Dios hecha de la nada, y, por tanto, no es coeterna con Él, por más de que la narración bíblica haya dejado de contar cuándo fue hecha?

Capítulo XXIII

Dos géneros de divergencias.

32. Oídas y consideradas estas opiniones según la capacidad de mi flaqueza –la cual os confieso, Dios mío, a Vos, que la conocéis–, veo que pueden originarse dos géneros de divergencias, cuando con la pluma se consigna un hecho por narradores verídicos: uno, si hay divergencia sobre la verdad de las cosas; otro, si la hay sobre la intención del que lo narra. Porque una cosa es inquirir qué hay de verdad sobre la naturaleza de las cosas creadas, y otra diferente qué fue lo que Moisés, egregio siervo de vuestra fe, quiso que el lector y el oyente entendiesen por aquellas palabras.

En el primer género de divergencias, apártense de mí todos los que tienen por verdaderas doctrinas falsas; igualmente, en el segundo género, apártense de mí todos los que piensan que Moisés dijo cosas que son falsas.

Mas dejadme, Señor, que a Vos me junte y en Vos me goce con aquellos que se apacientan de vuestra verdad en la anchura de la caridad; y juntos nos acerquemos a las palabras de vuestro Libro, y busquemos en ella el intento vuestro por medio del intento de vuestro siervo, por cuya pluma nos la comunicasteis.

Capítulo XXIV

Dificultad de acertar con el verdadero sentido del Génesis.

33. Mas entre tanta abundancia de verdades como en aquellas palabras diversamente entendidas se ofrecen a los que investigan vuestro intento,

¿quién de nosotros lo encuentra de tal suerte, que pueda con tanta seguridad afirmar ser esto lo que sintió Moisés, esto lo que quiso se entendiese en aquella narración, como afirma seguramente que tal cosa es verdad, tanto si es eso lo que dice Moisés, como si él habló de otra cosa? Porque ved aquí, Dios mío, que yo, siervo vuestro, que os he ofrecido sacrificio de alabanza en esto que escribo, y os pido que por vuestra misericordia os cumpla yo mis promesas (Ps., 115, 16, 17 y 14), he aquí que ya con la confianza que digo que en vuestro Verbo inconmutable hicisteis todas las cosas, invisibles y visibles, ¿acaso con igual confianza digo que no otra cosa sino ésta pensaba Moisés cuando escribía: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra? Porque así como en vuestra verdad veo ser esto cierto, así no veo en la mente de él que lo pensase cuando esto escribía. Porque cuando decía: En el principio, pudo pensar en el comienzo mismo de vuestras obras; pudo también pretender que por el cielo y la tierra se entendiese en este lugar la naturaleza espiritual y corporal, no ya formada y perfecta, sino incoada y todavía informe.

Veo, sin duda, que cualquiera de estas cosas que se dijesen podrían decirse con verdad; pero cuál de ellas pensaba decir Moisés en estas palabras, no lo veo de la misma manera: si bien lo que aquel gran varón tuvo en su mente al escribir estas palabras, ya sea alguna de estas cosas, ya alguna otra que por mí no ha sido mencionada, no dudo que él veía la verdad y convenientemente la enunciaba.

Capítulo XXV

Que nadie atribuya a Moisés el propio pensamiento.

34. Ninguno me sea ya molesto diciéndome: «No entendió Moisés eso que tú dices, sino esto que yo digo». Porque si me dijera: «¿De dónde sabes tú que Moisés entendió aquellas palabras suyas en el sentido que tú dices?», debería yo llevarlo con ecuanimidad y respondería tal vez lo que arriba he respondido, o con alguna mayor amplitud si el tal fuese algo duro de convencer. Pero cuando dice: «No sintió Moisés eso que tú dices, sino esto que digo yo», y, sin embargo, no niega que las cosas que uno y otro decimos son entrambas verdaderas, oh Vida de los pobres, Dios mío, en cuyo seno no hay contradicción!, lloved sobre mi corazón amansamientos para que soporte con paciencia a los tales, que no me dicen esto porque sean adivinos y hayan leído en el corazón de vuestro siervo lo que dicen, sino porque son soberbios; ni han conocido el pensamiento de Moisés, sino que aman el suyo propio, no porque sea verdadero, sino porque es suyo. De otra suerte amarían también cualquier otro pensamiento igualmente verdadero; como

amo yo lo que ellos dicen, no porque es de ellos, sino porque es verdadero, y, por tanto, no es ya de ellos, puesto que es verdadero. Pero si lo aman porque es verdadero, ya es tanto de ellos como mío, porque pertenece en común a todos los amadores de la verdad.

Mas que ellos pretendan que no sintió Moisés lo que yo digo, sino lo que ellos dicen, eso no lo acepto, no lo quiero; porque, aun dado que así fuese, sin embargo, semejante temeridad no proviene de ciencia, sino de audacia; ni es hija de visión, sino de hinchazón. Y, por tanto, Señor, espantosos son vuestros juicios; porque vuestra verdad ni es mía ni de aquel ni del otro, sino de todos nosotros, a quienes públicamente llamáis a la comunión de ella, amonestándonos terriblemente que no queramos retenerla en privado, para no ser privados de ella. Porque cualquiera que reserva para sí propio lo que Vos ofrecéis para que sea disfrutado por todos, es rechazado del bien común a lo suyo propio: esto es, de la verdad a la mentira; porque el que habla mentira, habla de su cosecha (Jn., 8, 44).

35. Atended, pues –óptimo Dios, la misma Verdad–, a lo que voy a decir a este contradictor; atended, porque delante de Vos lo digo, y delante de mis hermanos, que usan legítimamente de la ley (1 Tim., 1, 8) hasta el fin de ella, que es la caridad (l. c., v. 5); atended y ved si os agrada lo que voy a decir. Porque a ese tal le dirijo esta palabra fraternal y pacífica: si ambos vemos que es verdad lo que Tú dices, y ambos vemos que es verdad lo que yo digo, pregunto: ¿en dónde lo vemos? Ciertamente, ni yo en ti ni tú en mí, sino ambos en la misma inconmutable Verdad, que está sobre nuestras inteligencias. Pues siendo así que no contendemos acerca de la misma luz de nuestro Señor Dios, ¿por qué contender sobre el pensamiento del prójimo, que no podemos ver como se ve la inconmutable Verdad, cuando, si el mismo Moisés se nos apareciese y dijese: «Esto pensé», ni aun así veríamos su pensamiento, sino que le creeríamos?

Que, pues, más allá de los límites de lo que está escrito, el uno no se infle contra el otro en favor de un tercero (1 Cor., 4, 6). Amemos al Señor Dios nuestro con todo el corazón, con toda el alma, con toda nuestra mente, y al prójimo como a nosotros mismos (Mt., 22, 37). Si no creyéremos que en orden a estos dos preceptos de la caridad escribió Moisés todo lo que escribió en aquellos libros, haremos mentiroso al Señor (1 Jn., 1, 10), opinando del alma de aquel consiervo nuestro otra cosa de lo que él enseñó.

Ved, pues, cuán necia cosa es, entre tanta abundancia de verdaderísimas sentencias que de aquellas palabras pueden deducirse, afirmar temerariamente cuál de ellas es la que sobre todas entendió, y con perniciosas discusiones ofender la misma caridad, en orden a la cual dijo todas las cosas aquel cuyas palabras nos esforzamos por explicar.

Capítulo XXVI

Que unas palabras bíblicas pueden contener diversos sentidos.

36. Y, con todo, yo, Dios mío, Excelsitud de mi bajeza y descanso de mi trabajo, que oís mis confesiones y perdonáis mis pecados, no puedo creer de vuestro fidelísimo siervo Moisés menos de aquel don que yo hubiera querido y deseado me otorgaseis, si hubiera nacido al tiempo que él nació, y me hubieseis colocado en tal lugar, que por ministerio de mi corazón y de mi lengua fuesen comunicados aquellos Libros que después habían de ser de tanto provecho a todas las gentes, y con tan encumbrada autoridad habían de prevalecer por el orbe universo sobre todas las palabras del orgullo y de la mentira.

Porque quisiera, si yo entonces hubiera sido Moisés –puesto que todos venimos de la misma masa (Rom., 9, 21) y ¿qué es el hombre sino porque Vos os acordáis de él? (Ps., 8, 5)–, quisiera, pues, si entonces fuera yo lo que él, y Vos me hubieseis encargado de escribir el libro del Génesis, que me fuese dada tal facultad de decir y tal modo de componer las palabras, que, por una parte, los que no pueden todavía entender de qué manera crea Dios, no rechazasen mis asertos como superiores a sus alcances, y por otra, los que ya pueden entenderlo, cualquiera sentencia verdadera a que hubiesen llegado con su pensamiento, no la encontrasen preterida en las breves palabras de tu siervo; y si otro en la luz de la Verdad viese otra distinta, tampoco ésta dejase de estar en aquellas palabras entendida.

Capítulo XXVII

La fuente abundante de la Escritura.

37. Porque así como la fuente en reducido espacio es más abundante y por muchos arroyuelos suministra corriente a más dilatados espacios, que cada uno de estos arroyuelos, que desde la misma fuente por muchos lugares se desliza, así la narración de vuestro dispensador (Moisés), que a muchos predicadores había de aprovechar, en escaso número de palabras mana raudales de verdad cristalina, de donde cada cual, lo verdadero que puede, éste esto, aquél aquello, derívalo para sí por largos rodeos de lenguaje.

Porque los unos, cuando aquellas palabras leen o escuchan, se imaginan que Dios, como si fuese un hombre o un poder dotado de inmensa mole, con un nuevo y repentino querer produjese fuera de sí mismo, como en lugares distantes, el cielo y la tierra, el uno superior e inferior la otra, en los cuales se contienen todas las cosas. Y cuando oye: «Dijo Dios: Hágase

tal cosa; y se hizo tal cosa», se representan palabras que sonaron un tiempo y pasaron, y después de pasadas, al instante existió lo que se ordenó que existiese. Y se imaginan tal vez otras cosas por el estilo, conforme a su familiaridad con la carne. En los cuales, todavía pequeñuelos animalitos, mientras en este humildísimo género de palabras, como en el regazo de una madre, es llevada su debilidad, saludablemente se edifica la fe con que tienen por cierto y retienen que Dios hizo todas las naturalezas que en derredor contemplan sus sentidos con maravillosa variedad. Y si alguno de ellos, como desdeñoso de la trivialidad de aquellas sentencias, con soberbia imbecilidad, se abalanza fuera de la cuna que le nutre, ¡ay!, caerá el miserable; y apiadaos de él, Señor Dios, para que los transeúntes no pisoteen al polluelo implume, y enviad vuestro ángel que torne a ponerle en el nido, para que viva hasta que vuele.

Capítulo XXVIII

Diversas opiniones sobre el pasaje de Moisés.

38. Mas otros, para quienes estas palabras [de Moisés] son, no ya nido, sino arboledas sombrías, ven en ellas frutos escondidos y revolotean alegres y gorjean escudriñándolos y les echan mano. Porque cuando leen y oyen estas palabras vuestras, Dios eterno, echan de ver que todos los tiempos pasados y futuros son superados por vuestra estabilidad permanente, y, sin embargo, nada hay en la creación temporal que no lo hayáis hecho Vos; que por ser vuestra voluntad una misma cosa con Vos, sin mudarse de ningún modo, ni nacer en Vos algún querer que antes no existiese, hicisteis todas las cosas: no sacando de Vos una semejanza vuestra, forma de todas, sino formando de la nada una desemejanza informe, que sería formada por vuestra semejanza, retornando a Vos Uno a proporción de su ordenada capacidad, cuando a cada una de las cosas en su género le ha sido dado, y así llegarían a ser todas las cosas sobre manera buenas (Gen., 1, 31), tanto las que cerca de Vos permanecen fijas [los ángeles], como las que, separadas por una distancia gradualmente mayor, hacen o padecen por los tiempos y lugares hermosas transformaciones. Esto ven, y se gozan en la luz de vuestra verdad lo poquito que pueden.

39. Y uno de ellos repara en lo que está dicho: En el principio hizo Dios..., y reconoce a la Sabiduría en este principio, pues también ella nos habla (Jn., 8, 14): y otro igualmente en las mismas palabras y por el principio entiende el comienzo de las cosas creadas y lo interpreta así: En el principio hizo; como si dijese: Primeramente hizo...

Y entre los que por la frase «En el principio» entienden que «en la Sabiduría hizo el cielo y la tierra», uno de ellos cree que por el cielo y la tierra es la materia creable del cielo y la tierra [materia prima] la que así es designada; otro cree que son las naturalezas ya formadas y distintas; otro, que con el nombre cielo lo es una naturaleza ya formada, la espiritual, y con el nombre tierra, otra informe, la materia corpórea.

Mas los que en los nombres cielo y tierra entienden la materia todavía informe, ni aun éstos lo entienden de la misma manera, sino uno: «de donde fuese acabada la creación inteligible y la sensible»; otro, solamente: «de donde fuese acabada esta mole sensible que en su espacioso seno contiene todas las naturalezas sensibles y manifiestas».

Ni los que creen que en este pasaje son apellidados cielo y tierra las criaturas ya dispuestas y distribuidas opinan del mismo modo, sino que el uno entiende la creación invisible y la visible; el otro, solamente la visible, en la cual vemos el cielo luminoso y la tierra oscura y los seres que en ellos se contienen.

Capítulo XXIX

De cuatro maneras cómo una cosa es primero que otras.

40. Mas aquel que no interpreta: En el principio hizo..., sino como si dijese: Primeramente hizo..., no tiene manera de entender con verdad el cielo y la tierra, sino entendiendo «la materia [informe] del cielo y la tierra»; esto es, de toda la creación, a saber, de la inteligible y de la corpórea. Porque si la quiere entender ya toda «formada», con razón se le podrá preguntar: Si esto es «lo primero» que hizo Dios, ¿qué es lo que hizo después?, y una vez hecho el universo, no hallará nada que decir; y, por tanto, oirá de mala gana que le digan: ¿Cómo fue aquello «lo primero», si nada hizo «después»?

Mas cuando dice que «primeramente» hizo la materia informe, y «después» le dio forma, no dice nada absurdo, con tal que sea capaz de discernir qué es lo que «precede» por eternidad, qué por tiempo, qué por intención, qué por origen. Por eternidad, como Dios a todas las cosas; por tiempo, como la flor al fruto; por intención, como el fruto a la flor; por origen, como el sonido al canto. De estas cuatro «precedencias», la primera y la última que he mencionado muy difícilmente se entienden: las dos de en medio, muy fácilmente.

Porque rara visión es y ardua en demasía contemplar, Señor, vuestra eternidad, que inconmutablemente produce las cosas mudables, y por eso es «primero» que ellas.

Después, ¿quién tendrá tan aguda la vista del espíritu, que sin gran trabajo pueda distinguir cómo «primero» es el sonido que el canto, por razón de que el canto es un sonido «formado», y una cosa puede existir «no formada», mas lo que no es no puede formarse? Así, «primero» es la materia que lo que de ella se hace; «primero», no porque sea ella quien hace, pues más bien es hecha. Tampoco es «primero» por intervalo de tiempo; porque no emitimos en un primer tiempo los sonidos informes sin canto, y en otro tiempo posterior los adaptamos y amoldamos a la forma de cántico, como se trabajan las tablas o la plata de que se fabrica el arca o la copa; porque estas materias preceden en el tiempo a las formas de las cosas que de ellas se hacen. Pero en el canto no es así; porque su «sonido» se oye a la vez que se canta. Porque lo que primeramente de cualquier modo hubiere «sonado», pasa, y nada de ello encontramos para, volviendo a tomarlo, adaptarlo a las reglas del arte. Y por ende, el canto consiste en su sonido; este sonido suyo es su materia, pues él es el que recibe la forma para ser canto.

Y por eso –como yo decía–, «primero» es la materia del sonar que la forma del cantar: «primero», no por potencia eficiente, pues el sonido no es el artífice del cantar, sino que, procedente del cuerpo, está sujeto al alma que canta para que de él haga el canto. Ni «primero» en tiempo, pues simultáneamente con el canto es emitido. Ni «primero» en la intención, porque no es mejor el sonido que el canto, puesto que el canto es no solamente sonido, sino lindo sonido. Pero es «primero» en origen, porque no recibe forma el canto para ser sonido, sino el sonido recibe forma para ser canto.

Por este ejemplo entienda el que puede que «primero» fue hecha la materia (informe) de las cosas, y apellidada el cielo y la tierra, porque de ella fueron hechos el cielo y la tierra; y que fue hecha «primero» no en tiempo, puesto que las formas de las cosas son las que dan origen al tiempo, y aquella materia era informe, y simultáneamente con el tiempo es percibida (y formada). Y, sin embargo, nada puede decirse de ella, sino cual si tuviese cierta «prioridad» en el tiempo; que en valía es la última, porque, sin duda, mejores son las cosas formadas que las informes; y es «precedida» por la eternidad del Creador, para que de la nada hubiese de qué hacer algo.

Capítulo XXX

Concordia de las opiniones discordantes.

41. En esta diversidad de opiniones verdaderas, la misma Verdad haga nacer la concordia, y nuestro Dios tenga misericordia de nosotros (Ps., 66, 2)

para que legítimamente usemos de la ley, teniendo por fin del precepto la pura caridad (1 Tim., 1, 8 y 5).

Y por esto, si alguien me pregunta cuál de estas interpretaciones sintió aquel vuestro siervo Moisés, no son estas palabras las de mis Confesiones si no os confieso: No lo sé. Y sé, sin embargo, que son verdaderas aquellas opiniones, excepto las carnales, de las cuales he dicho lo que me parecía. Sin embargo, los pequeñuelos [que las sostienen] son de buena esperanza, pues no les espantan las palabras de vuestro Libro, humildemente sublimes y copiosamente concisas.

Mas todos los que en estas vuestras palabras confieso que ven y dicen cosas verdaderas, amémonos mutuamente, y a la vez amemos a Vos, Señor Dios nuestro, fuente de verdad, si es que de ella misma tenemos sed, no de cosas vanas. Y de tal suerte honremos a vuestro mismo siervo Moisés, dispensador de esta Escritura y lleno de vuestro espíritu, que creamos que cuando por revelación vuestra escribía estas cosas, tenía puesta la mira en lo que, más que nada, en ellas sobresale por la luz de la verdad y el fruto de la utilidad [la caridad].

Capítulo XXXI

Moisés intentó todos los sentidos verdaderos que se pueden dar a sus palabras.

42. Así, cuando uno dice: «Moisés sintió lo que yo digo», y otro: «No, sino lo que digo yo», me parece que más religiosamente respondo: ¿Por qué no más bien las dos cosas, si una y otra son verdaderas? Y si alguno viese en aquellas palabras un tercer sentido verdadero, o un cuarto, o cualquier otro número, ¿por qué no se ha de creer que todos ellos los vio aquel por cuyo medio el Dios único atemperó las sagradas Letras a las interpretaciones de muchos que en ellas habían de ver diversos y verdaderos sentidos?

Yo, ciertamente –de todo corazón lo afirmo intrépido–, si, elevado a la cumbre de la autoridad, escribiese alguna cosa, prefiriera escribir de tal suerte, que mis palabras sonaran a lo que cada cual pudiese alcanzar de verdadero en estas cosas antes que poner una sola sentencia verdadera claramente, con objeto de excluir las demás, cuya falsedad no pudiera ofenderme. No quiero, pues, Dios mío, ser tan irreflexivo que no crea que tal varón mereció de Vos semejante favor. Sintió él, indudablemente, en estas palabras, y pensó, cuando las escribía, cuanto de verdadero hemos podido hallar, y cuanto no hemos podido nosotros, y, sin embargo, puede hallarse en ellas.

Capítulo XXXII

Sólo desea ser apacentado por Dios con la verdad.

43. Finalmente, Señor, que sois Dios, y no carne y sangre, si algún sentido no vio Moisés, ¿Acaso también a vuestro Espíritu bueno que me conducirá a la tierra llana (Ps., 142, 10) pudo ocultársele nada de cuanto en aquellas palabras Vos mismo habíais de revelar a los venideros que las leyesen, aunque aquel por quien fueron escritas pensase quizá en una sola entre muchas verdaderas sentencias? Y si esto es así, téngase, pues, la que él pensó por la más excelsa entre todas; mas a nosotros, Señor, mostradnos o aquella misma u otra verdadera que os plazca; de suerte que, ora nos descubráis la misma que a aquel varón vuestro, ora alguna otra con ocasión de aquellas mismas palabras, seáis Vos quien nos apacentéis, no nos engañe el error.

¡Ved aquí, Señor, Dios mío, cuántas cosas he escrito, cuántas cosas –perdonadme–, sobre tan pocas palabras! A este tenor, ¿qué fuerzas, qué tiempo me bastará para explanar todos vuestros Libros? Permitidme, pues, que en ellos os confiese más brevemente, y que elija una sola cosa que Vos me inspirareis, verdadera, cierta y buena, aunque se ofrezcan muchas donde muchas podrán ofrecerse; y con tal fidelidad de mi confesión, que si yo acertara a decir lo que sintió vuestro ministro, ¡bien, magnífico!, pues a eso me debo esforzar; mas si no lo alcanzare, diga yo al menos lo que por aquellas palabras quisiere decirme vuestra Verdad, que también a Moisés le dijo lo que quiso.

Libro XIII

Capítulo I

Invoca a Dios, que le previene con su gracia.

1. Os invoco, Dios mío, misericordia mía, que me criasteis, y cuando yo os tenía olvidado, no me olvidasteis. Os invoco para que vengáis a mi alma, a la cual preparáis para que os reciba con el deseo que le inspiráis. No desamparéis al que ahora os invoca, pues que antes que os invocara me prevenisteis y frecuentemente insististeis con muchas maneras de voces, para que de lejos os oyese y me convirtiese y os llamase a Vos que me llamabais.

Porque Vos, Señor, borrasteis todos mis méritos malos para no dar su merecido a estas mis manos que os hicieron traición, y prevenisteis todos mis méritos buenos para galardonar a vuestras manos con que me hicisteis. Porque antes que yo fuese, erais Vos; ni era yo algo para que me otorgaseis el ser. Y, sin embargo, he aquí que soy por vuestra bondad, que previno todo esto: que me hicisteis y por qué me hicisteis. Porque Vos no tenéis necesidad de mí, ni yo soy tal bien de que Vos pudierais ser ayudado, Señor mío y Dios mío; ni puedo en tal manera serviros como para que no os fatiguéis en obrar, o para que no sufra mengua vuestro poder, faltándole mi obsequio, ni para daros culto como se cultiva la tierra, que si no os doy culto, quedaréis baldío, sino para serviros y daros culto, a fin de que me venga la felicidad de Vos, de quien me viene el ser capaz de ser feliz.

Capítulo II

Las criaturas reciben todo su bien de la bondad de Dios.

2. Pues es así que de la plenitud de vuestra bondad recibió el ser toda criatura a fin de que un bien que nada podía aprovecharnos, ni procediendo de Vos había de ser igual a Vos, sin embargo, ya que por Vos podía ser hecho, no faltase. Porque ¿qué os había merecido el cielo y la tierra que hicisteis en el principio? Digan qué os merecieron la naturaleza espiritual y la corporal que hicisteis en vuestra Sabiduría, para que de ella estuviesen

pendientes, aunque incoadas e informes, cada una según su género, espiritual o corporal, propendiendo al desorden y a una remota desemejanza vuestra: la espiritual informe, más excelente que si fuese un cuerpo formado; y la corporal informe más excelente que si absolutamente nada fuese; y así informes habrían estado pendientes de vuestro Verbo, si por el mismo Verbo no hubieran sido reducidas a vuestra Unidad, y formadas y hechas por Vos, sumo Bien, todas ellas sobre manera buenas (Gen., 1, 31). ¿Qué mérito tenían delante de Vos para ser siquiera informes, las que ni aun eso serían sino por Vos?

3. ¿Qué mérito tuvo ante Vos la materia corporal para ser, al menos, invisible e incompuesta, cuando ni aun eso sería, sino porque Vos la hicisteis? Y, por tanto, pues no era, no podía merecer de Vos que la hicieseis. O ¿qué méritos tuvo ante Vos la incoación de la criatura espiritual [el ángel], ni aun siquiera para que flotase tenebrosa, semejante al abismo, desemejante a Vos, si por el mismo Verbo no hubiese sido convertida hacia el mismo por quien había sido hecha, e iluminada por Él, se trocase en luz, aunque no igual, pero, al menos, conforme a la forma, que es igual a Vos? Porque así como para un cuerpo no es lo mismo ser que ser hermoso –de otro modo, no podría ser deforme–, así también para un espíritu creado no es lo mismo vivir que sabiamente vivir; porque si así fuese, sería inconmutable en sabiduría. Bueno es, sin embargo, para él estar unido a Vos (Ps., 72, 28) siempre, para que la luz que ha adquirido acercándose a Vos, no la pierda apartándose, y no vuelva a caer en la vida tenebrosa, semejante al abismo. Porque también nosotros, que en cuanto al alma, somos criatura espiritual, apartándonos de Vos, nuestra luz, en aquella vida fuimos algún tiempo tinieblas (Efes., 5, 8); y aún trabajamos envueltos en los residuos de nuestra oscuridad, hasta que seamos justicia vuestra en vuestro Unigénito, ya que antes fuimos juicios vuestros como un gran abismo (Ps., 35, 7).

Capítulo III

Iluminación de los ángeles.

4. Mas lo que en las primeras creaciones dijisteis (Gen., 1, 3): Sea la luz, y fue la luz, entiéndolo yo no incongruentemente efectuado en la criatura espiritual; porque era ya una cierta manera de vida, que Vos podíais iluminar. Mas así como no había merecido de Vos ser tal vida que pudiera ser iluminada, así tampoco, cuando ya era, mereció de Vos que la iluminaseis. Porque ni tampoco su informidad os habría agradado, si no se trocase en luz, no por esencia, sino contemplando la Luz que ilumina (Jn., 1, 9) y permaneciendo adherida a ella, para que lo que tiene de vida y de vida bienaventurada, no

lo deba sino a vuestra gracia; convertida por una mudanza mejor hacia aquello que ni en mejor ni en peor puede mudarse: y eso sois solo Vos; porque solo Vos sencillamente sois para quien no es una cosa vivir y otra bienaventuradamente vivir, porque Vos sois vuestra bienaventuranza.

Capítulo IV

Nada hizo Dios por indigencia.– El Espíritu de Dios.

5. ¿Qué os faltaría, pues, al Bien que Vos sois para Vos, aunque enteramente no existiesen, o hubiesen quedado informes esas criaturas que Vos hicisteis, no por indigencia, sino por plenitud de vuestra bondad, reduciéndolas y convirtiéndolas a su forma, no como si por ellas se hubiera de completar vuestro gozo? Pues, como a perfecto que sois, os desagrada su imperfección, para que sean por Vos perfeccionadas y os agraden; mas no como a imperfecto, como si también Vos con su perfección hubierais de perfeccionaros.

Porque vuestro Espíritu bueno se cernía sobre las aguas (Gen., 1, 2); no era llevado por ellas como si en ellas reposase. Porque aquellos en quienes se dice que reposa vuestro Espíritu, Él los hace reposar en Sí. Pero vuestra voluntad incorruptible e inconmutable, en sí misma suficiente a sí misma, se cernía sobre aquella vida que Vos habíais hecho; para la cual no es lo mismo vivir que bienaventuradamente vivir, porque también vive flotando en su oscuridad. Fáltale convertirse a Aquel por quien fue hecha, y más y más vivir cabe la fuente de la vida, y en la luz de Ella ver la luz (Ps., 35, 10), y ser perfeccionada, iluminada, beatificada.

Capítulo V

La Santísima Trinidad, bosquejada.

6. He aquí que en enigma aparece ante mí la Trinidad, que sois Vos, Dios mío. Porque Vos, Padre, en el principio de nuestra Sabiduría, que es vuestra Sabiduría nacida de Vos e igual y coeterna con Vos, esto es, en vuestro Hijo, hicisteis el cielo y la tierra. Y muchas cosas hemos dicho del cielo del cielo y de la tierra invisible e incompuesta, y del abismo tenebroso, en orden a los desfallecimientos vagarosos de la naturaleza espiritual informe, si no se hubiera convertido hacia Aquel por quien era una cierta manera de vida, y por iluminación llegara a ser vida hermosa y fuera cielo del cielo, de aquel cielo que entre agua y agua fue hecho después (Gen., 1, 6-8).

Y tenía ya al Padre en el nombre a Dios que hizo estas cosas; y al Hijo en el nombre del Principio en que las hizo; y creyendo como creo que mi Dios es Trinidad, buscaba en vuestras santas palabras, y he aquí que vuestro Espíritu se cernía sobre las aguas. He aquí la Trinidad, mi Dios, Padre, e Hijo y Espíritu Santo, Creador de toda criatura.

Capítulo VI

Por qué sólo después de tantas cosas es nombrado el Espíritu Santo.

7. Pero ¿qué causa había, oh Luz de la verdad –a Vos acerco mi corazón para que no me enseñe cosas vanas; disipad sus tinieblas, y decidme, os ruego; por la caridad, que es mi madre, os lo ruego, decidme–, qué causa había para que, después de nombrado el cielo y la tierra invisible e incompuesta y las tinieblas sobre el abismo, entonces finalmente vuestra Escritura nombrase a vuestro Espíritu? ¿Acaso porque convenía de tal suerte insinuarle, que se dijera que se cernía sobre algo, y no podía eso decirse sin mencionar primero aquello sobre lo cual pudiera entenderse que vuestro Espíritu se cernía? Porque no se cernía sobre el Padre, ni sobre el Hijo; ni propiamente se pudiera decir que se cernía (superferri) si no se cernía sobre algo. Preciso era, pues, nombrar antes aquello sobre que se cernía, y después Aquel que no convenía ser nombrado, sino diciendo que se cernía sobre algo.

Mas ¿por qué razón no convenía nombrarle de otra suerte, sino diciendo que se cernía sobre algo?

Capítulo VII

Cómo nos eleva el Espíritu Santo.

8. Ya desde aquí, siga con el entendimiento quien pueda a vuestro Apóstol, que dice: Que vuestra caridad se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom., 5, 5); y que, acerca de los dones espirituales, enseña y muestra el sobreeminente camino de la caridad (1 Cor., 12, 31); y que por nosotros dobla las rodillas delante de Vos, para que conozcamos la sobreeminente ciencia de la caridad de Cristo (Efes., 3, 14 y 19). He aquí por qué el Espíritu, sobreeminente desde el principio, se cernía sobre las aguas. ¿A quién lo diré? ¿Cómo hablaré del peso de la concupiscencia hacia el derrumbadero del abismo, y de la fuerza elevadora de la caridad por vuestro Espíritu, que se cernía sobre las aguas? ¿A quién lo diré? ¿Cómo lo diré? Pues no son lugares en que nos hundimos y de que surgimos. ¿Qué cosa más semejante, y qué cosa más desemejante? Son los

afectos, son los amores, es la inmundicia de nuestro espíritu que corre hacia abajo por el amor de los afanes terrenos; y es vuestra santidad que nos eleva a lo alto por el amor de la seguridad, para que tengamos el corazón levantado hacia Vos, allí donde vuestro Espíritu se cierne sobre las aguas, y arribemos al sobreeminente descanso cuando nuestra alma haya pasado las aguas que no tienen sustancia (Ps., 123, 5).

Capítulo VIII

El alma no es feliz con menos que Dios.

9. Cayó el ángel, cayó el alma del hombre, y mostraron el abismo de toda criatura espiritual en el profundo tenebroso, si no hubierais dicho desde el principio: Hágase la luz, y se hubiese hecho la luz; y si no se hubiese adherido a Vos toda inteligencia obediente de vuestra ciudad celestial, y reposado en vuestro Espíritu, que inconmutablemente se cierne sobre todo lo mudable. De otra suerte, aun el mismo cielo del cielo sería en sí abismo tenebroso; mas ahora es luz en el Señor (Efes., 5, 8).

Pues aun en la misma mísera inquietud de los espíritus caídos y que muestran sus tinieblas desnudas de la veste de vuestra luz, bastantemente manifestáis cuán grande hicisteis la criatura racional, a la cual no puede bastar para el descanso bienaventurado todo lo que es menos que Vos, y, por tanto, ni ella se basta a sí misma. Porque Vos, Señor Dios nuestro, habéis de iluminar nuestras tinieblas (Ps., 17, 2); de Vos provienen nuestras vestiduras, y con ellas nuestras tinieblas serán como el mediodía (Ps., 138, 12). ¡Daos a mí, Dios mío; restituíos a mí! Ved que os amo, y si es poco, haced que os ame con más fuerza; porque no puedo medirlo para saber cuánto me falta de amor, para tener lo que basta para que mi vida corra a vuestros abrazos, y de ellos no se separe hasta esconderse en lo escondido de vuestra faz (Ps., 30, 21). Esto sólo sé; que sin Vos me va mal, no sólo fuera de mí, sino aun dentro de mí mismo; y que toda abundancia que no es mi Dios, es indigencia.

Capítulo IX

El Espíritu Santo es el lugar de nuestro descanso.

10. ¿Por ventura, el Padre o el Hijo no se cernían sobre las aguas? Si se entiende de lugar, a la manera de un cuerpo, tampoco se cernía el Espíritu Santo; mas si es por la eminencia de la inconmutable divinidad sobre todo lo mudable, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo se cernían sobre las aguas.

¿Por qué, pues, se dijo esto solamente de vuestro Espíritu? ¿Por qué de solo Él se menciona como el lugar donde estaba, lo que (para Él) no era lugar? Porque de solo Él se dijo que es vuestro Don: en vuestro Don descansamos; allí gozamos de Vos: nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos eleva allá, y vuestro Espíritu bueno (Ps., 142, 10) levanta nuestra bajeza de las puertas de la muerte (Ps., 9, 15). En vuestra buena voluntad tenemos paz.

El cuerpo con su peso tiende a su lugar; el peso no va solamente hacia abajo, sino a su lugar. El fuego tiende hacia arriba; la piedra, hacia abajo; por sus pesos se mueven y van a su lugar. El aceite derramado debajo del agua se levanta sobre el agua; el agua derramada encima del aceite se sumerge debajo del aceite: por sus pesos se mueven: van a su lugar.

Las cosas mal ordenadas están inquietas: pónense en orden y descansan.

Mi peso es mi amor: él me lleva doquiera que soy llevado. Vuestro Don nos enciende y nos lleva hacia arriba: nos enardecemos y subimos: ascendemos ascensiones en el corazón (Ps., 83, 6), y cantamos el Cántico de las Subidas. Con vuestro fuego nos enardecemos y caminamos; porque vamos arriba, a la paz de Jerusalén; porque me he gozado en esto que me han dicho: Iremos a la casa del Señor (Ps., 121, 6, 1). Allí nos colocará vuestra buena voluntad, de suerte que ninguna otra cosa queramos sino permanecer allí eternamente.

Capítulo X

Que el ángel, apenas criado, fue al punto iluminado.

11. Dichosa la criatura que no conoció otro estado; bien que otro estado fuera el suyo si por vuestro Don, que se cierne sobre todo lo mudable, apenas creada, sin ningún intervalo de tiempo, no hubiera sido levantada con aquel llamamiento en que dijisteis: Hágase la luz, y fuese hecha la luz. Porque en nosotros distingues por el tiempo el haber sido tinieblas y el ser trocados en luz (Efes., 5, 8); pero en la criatura angélica hemos dicho lo que hubiera sido, de no ser iluminada; y en este sentido hemos hablado, cual si primero hubiera sido inconstante y tenebrosa, a fin de que apareciese la causa que hizo fuese de otra manera; esto es, que convertida a la Luz indeficiente, ella misma fuese luz.

Entiéndalo el que pueda; y el que no pueda, pídalo a Vos. ¿Por qué ha de venir a molestarme, como si yo iluminara a algún hombre que viene a este mundo? (Jn., 1, 9).

Capítulo XI

Imagen de la Trinidad en el hombre.

12. ¿Quién conoce la Trinidad omnipotente? ¿Y quién no habla de ella, si es que es Ella? Rara es el alma, cualquiera que habla de Ella, que sabe lo que dice. Y porfían y discuten: y nadie sin paz ve esta visión.

Quisiera que los hombres pensaran estas tres cosas en sí mismos. Muy distintas son estas tres cosas de aquella Trinidad; mas dígolo para que se ejerciten y prueben y sientan cuán distintas son:

Estas son las tres cosas que digo: ser, conocer, querer. Porque yo soy, y conozco, y quiero. Soy el que conoce y quiere; conozco que soy, que conozco y quiero, y quiero ser y conocer.

En estas tres cosas, pues, cuán inseparable sea la vida: una sola vida, una sola inteligencia y una sola esencia: y, finalmente, cuán inseparable la distinción, pues hay distinción, véalo quien pueda. Cada uno está en presencia de sí mismo: ponga atención a sí mismo y observe y dígamelo.

Pero después que en este punto hubiere hallado algo y lo dijere, no piense ya haber hallado aquel Ser que sobre todas estas cosas es inconmutable: que inconmutablemente es, inconmutablemente conoce e inconmutablemente quiere.

Ahora bien: si porque estas tres cosas se hallan en Dios es por lo que hay en Él Trinidad, o bien, estas tres cosas se hallan en cada Persona, de suerte que todas tres sean de cada una, o si lo uno y lo otro se realiza en Dios por modo maravilloso, con simplicidad y multiplicidad, en virtud de la grandeza ubérrima de su unidad, que tiene el infinito como límite de sí misma, y, por tanto, inconmutablemente el mismo es, y a sí mismo se conoce, y a sí mismo se basta, ¿quién lo pensará fácilmente?, ¿quién de alguna manera lo dirá?, ¿quién de cualquier modo temerariamente lo resolverá?

Capítulo XII

Nuestra creación espiritual.

13. ¡Adelante en tu confesión, oh fe mía! Dile al Señor tu Dios: Santo, Santo, Santo, Señor Dios mío (Is., 6, 3): en vuestro nombre fuimos bautizados, Padre e Hijo y Espíritu Santo; en vuestro nombre bautizamos, Padre e Hijo y Espíritu Santo (Mt., 28, 19). Porque también entre nosotros hizo Dios en su Cristo el cielo y la tierra, los espirituales y los carnales de su Iglesia (1 Cor., 3, 1). Y nuestra tierra, antes que recibiera la forma de la doctrina, era invisible

e incompuesta, y estábamos envueltos en tinieblas de ignorancia, porque Vos en corrección de la culpa castigáis al hombre (Ps., 38, 12), y son vuestros juicios gran abismo (Ps., 37, 7).

Pero como vuestro Espíritu se cernía sobre el agua, no abandonó vuestra misericordia a nuestra miseria, y dijisteis: Hágase la luz (Gen., 1, 3). Haced penitencia, porque se acerca el reino de Dios (Mt., 3, 2). Haced penitencia: hágase la luz. Y como nuestra alma estaba dentro de nosotros conturbada, nos acordamos de Vos desde la tierra del Jordán y desde el Monte igual a Vos (Ps., 41, 7), pero pequeño por amor nuestro [Cristo]; y nos desagradaron nuestras tinieblas, y nos convertimos a Vos, y se hizo la luz. Y ved cómo fuimos un tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor (Efes., 5, 8).

Capítulo XIII

Somos luz con la luz de la fe, no de la visión.

14. Y, sin embargo, todavía lo somos por fe, no por visión (2 Cor., 5, 7). Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve no es esperanza (Rom., 8, 24). Todavía el abismo llama al abismo, pero ya es con la voz de vuestras cataratas. Todavía aún aquel que dice: No puedo hablaros como a espirituales, sino como a carnales (1 Cor., 3, 1); aun él mismo no cree haberlo todavía alcanzado; mas olvidando lo que queda atrás, se lanza a lo que está por delante (Filip., 3, 13), y gime agobiado (2 Cor., 5, 4), y su alma tiene sed del Dios vivo, como el ciervo de la fuente de las aguas, y dice: ¿Cuándo vendré? (Ps., 41, 2, 3), deseando sobrevestirse de su morada celestial (2 Cor., 5, 2). Y da voces al abismo inferior, diciendo: No os configuréis a semejanza de este siglo, antes reformaos por la renovación de vuestra mente (Rom., 12, 2); y: No seáis niños en el juicio, sino párvulos en malicia, pero en el juicio, hombres maduros; y: ¡Oh insensatos Gálatas!, ¿quién os fascinó? Pero [clama] no ya con su voz, sino con la vuestra, que enviasteis vuestro Espíritu desde las alturas (Sab., 9, 17) por Aquel que subió a lo alto, y abrió las cataratas de sus dones, para que las avenidas del río alegrasen vuestra ciudad (Ps., 45, 5).

Por Él suspira el amigo del Esposo (Jn., 3, 29), teniendo ya en Él Las primicias del espíritu; pero gimiendo todavía dentro de sí, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (Rom., 8, 23). Por Él suspira, porque es miembro de la esposa; y por Él cela, porque es amigo del Esposo; por Él cela, no por sí mismo; porque con la voz de vuestras cataratas, no con la suya propia, clama al otro abismo, por el cual cela, y teme no sea que, así coma la serpiente engañó a Eva, así también ellos, corrompidos sus sentidos, degeneren de la

castidad que hay en nuestro Esposo, vuestro Unigénito (2 Cor., 11, 3). Que es aquella luz de visión cuando le viéremos tal como es (1 Jn., 3, 2, y hubieren pasado las lágrimas que han venido a ser mi pan de día y de noche, mientras me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?

Capítulo XIV

Esperanza de llegar a la luz de la gloria.

15. También yo digo: Dios mío, ¿dónde estáis? He aquí que donde Vos estáis respiro un poquito en Vos, cuando derramo mi alma sobre mí con voz de alborozo y alabanza, sonido de quien celebra fiesta (Ps., 41, 6). Y todavía está triste porque torna a caer y se convierte en abismo o, mejor, siente que todavía es abismo. Dícele mi fe, que encendisteis Vos en la noche delante de mis pasos: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? Espera en el Señor (Ps., 41, 6); antorcha para mis pies es su palabra (Ps., 118, 115). Espera y persevera, hasta que pase la noche, madre de los malhechores: hasta que pase la ira del Señor (Isai., 26, 20), de la cual fuimos hijos (Efes., 2, 3) también nosotros, fuimos algún tiempo tinieblas (ibi., 5, 8), cuyos residuos arrastramos en el cuerpo, muerto por el pecado (Rom., 8, lo), hasta que refresque el día y huyan las sombras (Cant., 2, 17). Espera en el Señor: de mañana me presentaré y veré la salud de mi rostro (1. c.), que vivificará nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros (Rom., 8, 11); porque sobre nuestro interior tenebroso e inestable misericordiosamente se cernía. De Él en esta peregrinación hemos recibido prendas (2 Cor., 1, 22) para que seamos ya luz (Efes., 5, 8), mientras todavía en esperanza somos salvos (Rom., 8, 24) e hijos de la luz, e hijos del día, no hijos de la noche ni de las tinieblas (1 Tesal., 5, 5), como, sin embargo, hemos sido. Entre ellos y nosotros, en la actual incertidumbre del humano conocimiento, sólo Vos ponéis división, Vos, que probáis nuestros corazones (ib., 24) y llamáis a la luz día y a las tinieblas noche (Gen., 1, 5). Porque ¿quién es el que nos discierne, sino Vos? ¿Qué tenemos que no lo hayamos recibido de Vos (1 Cor., 4, 7), nosotros, vasos de honor, de la misma masa que otros han sido hechos vasos de ignominia? (Rom., 9, 21).

Capítulo XV

Nuestro «firmamento» espiritual es la autoridad de la Escritura.

16. ¿O quién, sino Vos, Dios nuestro, nos hicisteis en vuestra divina Escritura el firmamento de autoridad sobre nosotros? Porque el cielo se plegará como

un libro (Isai., 24, 4), y ahora como una piel se extiende sobre nosotros (Ps., 103, 2). Porque de más sublime autoridad es vuestra divina Escritura, ya después que arrostraron la muerte aquellos mortales por cuyo ministerio nos la comunicasteis. Y Vos sabéis, Señor, Vos sabéis de qué manera vestisteis de pieles a los hombres cuando el pecado los hizo mortales.

Por eso extendisteis como una piel el firmamento de vuestro Libro, vuestras invariablemente concordes palabras, que por ministerio de hombres mortales pusisteis sobre nosotros. Porque por la misma muerte de ellos, el firmamento de autoridad de vuestros oráculos, pronunciados por ellos, se extiende más sublimemente sobre todo lo que está debajo; que mientras ellos vivían, no estaba tan sublimemente extendido. Porque aún no habíais Vos extendido el cielo como una piel; aún no habíais difundido por todas partes la fama de su muerte.

17. Haced que veamos, Señor, los cielos, obra de vuestras manos (Ps., 8. 4); disipad de nuestra vista la nube con que los tenéis encubiertos. Allí está vuestro testimonio, que presta sabiduría a los pequeñuelos (Ps., 18, 8). Sacad, Señor, perfecta alabanza de la boca de los infantes y lactantes (Ps., 8, 3). Porque no conocemos otros libros que así destruyan la soberbia; que así destruyan al enemigo y al defensor que, defendiendo sus pecados, resiste a reconciliarse con Vos. No conozco, Señor, otras palabras tan castas que así me persuadiesen la confesión de mis culpas, y doblegasen mi cerviz a vuestro yugo, y me invitasen a serviros gratuitamente. Que yo las entienda, Padre bueno: concédelo a mi sumisión, puesto que para los sometidos les habéis dado firmeza.

18. Otras aguas hay sobre este firmamento (Gen., 1, 7) inmortales, creo yo, y apartadas de la corrupción terrena. Alaben vuestro nombre, que os alaben los sobrecelestiales pueblos de vuestros ángeles, los cuales no han menester alzar sus ojos a este firmamento y leyendo conocer vuestra palabra; porque ven siempre vuestra faz (Mt., 18, 10), y en ella leen, sin ayuda de sílabas sucesivas, lo que de ellos quiere vuestra eterna voluntad. Leen, eligen y aman. Siempre leen, y lo que leen nunca pasa: porque eligiéndola y amándola, leen la misma inconmutabilidad de vuestro consejo. No se cierra su códice ni se arrolla su libro, porque Vos mismo sois para ellos libro; y lo sois eternamente, porque los habéis colocado sobre este firmamento que afirmasteis sobre la flaqueza de estos pueblos inferiores, para que alzasen los ojos y conociesen vuestra misericordia, que con palabras temporales os anuncian a Vos que hicisteis los tiempos. Porque en el Cielo, Señor, está vuestra misericordia, y vuestra verdad se encumbra hasta las nubes (Ps., 35, 6). Pasan las nubes, pero el cielo permanece. Pasan de esta vida a la otra vida los predicadores de vuestra palabra, pero vuestra Escritura has-

ta el fin del mundo se extiende sobre los pueblos. Mas también el cielo y la tierra pasarán, pero vuestras palabras no pasarán (Mt., 24, 35). Porque también el cielo se plegará como una piel (Isai., 24, 4), y el heno, sobre el cual se extendía, con su esplendor pasará, pero vuestra palabra permanece eternamente (Isai., 40, 6-8). Ella se nos muestra ahora en el enigma de las nubes y por el espejo del cielo, no como es (1 Cor., 13, 12), porque tampoco nosotros, aunque seamos amados de vuestro Hijo, se ha manifestado aún lo que seremos (1 Jn., 3, 2). Él nos atisbó por las celosías de su carne (Cant., 2, 9), y nos acarició y nos abrasó; y corremos tras sus perfumes (Cant., 1, 3). Mas cuando apareciese, seremos semejantes a Él, porque le veremos como es (1 Jn., 3, 2); según es, Señor, la capacidad de nuestra visión, que todavía no tenemos.

Capítulo XVI

Sólo Dios se comprende a Sí mismo.

19. Porque tal como absolutamente sois Vos, sólo Vos lo conocéis, que inconmutablemente sois e inconmutablemente conocéis e inconmutablemente queréis; y vuestra esencia inconmutablemente conoce y quiere; y vuestro conocimiento inconmutablemente es y quiere; y vuestra voluntad inconmutablemente es y conoce. Y no parece ser justo delante de Vos que a la manera como a sí misma se conoce la Luz inconmutable, así sea conocida por el iluminado entendimiento conmutable. Y por esto mi alma está como tierra sin agua delante de Vos (Ps., 142, 6). Porque así como de sí misma no puede iluminarse, así tampoco de sí misma puede saciarse. Porque así está en Vos la fuente de la vida, como en vuestra Luz veremos la Luz (Ps., 35, 10).

Capítulo XVII

Qué se entiende místicamente por los mares y qué por la tierra seca.

20. ¿Quién congregó las aguas amargas, que son los mundanos, en una sociedad? Porque uno mismo es el fin de ellos: la felicidad terrena y temporal, por la cual hacen todas las cosas, aunque fluctúen en innumerable variedad de cuidados. ¿Quién, Señor, sino Vos, que dijisteis que se congregasen todas las aguas en un solo lugar y apareciese la tierra seca (Gen., 1, 9) sedienta de Vos? Porque vuestro es también el mar, y Vos lo hicisteis, y vuestras manos formaron la tierra seca (Ps., 94, 51). Que no la amargura de las voluntades, sino la reunión de los aguas recibe el nombre de mar. Porque Vos refrenáis

también las malas concupiscencias de las almas, y les fijáis límites hasta donde podrán avanzar las aguas, de modo que sus olas se rompan sobre sí mismas, y así hacéis el mar, según la ordenación de vuestro imperio sobre todas las cosas.

21. Pero las almas sedientas de Vos y comparecientes delante de Vos, separadas por otro fin de la sociedad del mar, Vos las regáis con una secreta y dulce fuente, para que también la tierra dé su fruto (Ps., 84, 13); y da su fruto, y mandándolo Vos, Señor Dios de ella, germina nuestra alma obras de misericordia, según su género, amando al prójimo en el remedio de las necesidades materiales, y teniendo en sí mismo la semilla según su semejanza (Gen., 1, 11 y 12), porque por el sentimiento de nuestra flaqueza nos compadecemos para remediar a los indigentes, socorriéndoles de la manera que nosotros querríamos ser socorridos si de igual modo lo necesitásemos; y esto no solamente en cosas fáciles, que son como la hierba con su semilla, sino también con la protección de un socorro fuerte y robusto, que es como un árbol fructífero, esto es, benéfico para arrebatar de la mano del poderoso al que padece injusticia, ofreciéndole sombra de protección con el roble poderoso del justo juicio.

Capítulo XVIII

Místicos luminares en el firmamento.

22. Así, Señor, así, os ruego, nazca –como Vos lo hacéis, como Vos dais la alegría y la fuerza– nazca de la tierra la verdad, y mire desde el cielo la justicia (Ps., 84, 12), y háganse luminares en el firmamento (Gen., 1, 14). Par-tamos al hambriento nuestro pan, y al necesitado que carece de techo introduzcámosle en nuestra casa; vistamos al desnudo y no despreciemos a los compañeros de nuestro linaje (Isai., 58, 7). Y nacidos en nuestra tierra estos frutos, ved que es bueno (Gen., 1, 12); y rompa temprana nuestra luz (Isai, 58, 8), y tras esta inferior cosecha de acción, exhibiendo para delicias de la contemplación la superior palabra de vida, aparezcamos como luminares en el mundo (Filip., 2, 16 y 15), fijos en el firmamento de vuestra Escritura. Porque allí discutís con nosotros para que hagamos división entre las cosas inteligibles y las sensibles, como entre el día y la noche (Gen., 1, 14), o entre las almas, entregadas unas a las cosas inteligibles y otras a las sensibles; de suerte que ya no solamente Vos en lo recóndito de vuestro discernimiento, como antes de ser hecho el firmamento, hagáis división entre la luz y las tinieblas (Gen., 1, 4), sino también vuestros espirituales, colocados en el mismo firmamento y distintos en méritos, manifestada ya por el orbe vuestra gracia, luzcan sobre la tierra, y hagan división entre el día y la noche y señalen los tiempos (Gen., 1, 14). Porque lo viejo pasó; ved,

se ha hecho nuevo (2 Cor., 5, 17); y porque más cerca está nuestra salud que cuando abrazamos la fe (Rom., 13, 11); y porque la noche está avanzada y el día se avecina (ib., 12); y porque Vos coronáis con vuestras bendiciones el año (Ps., 64, 12), enviando trabajadores a vuestra mies, en cuya siembra otros trabajaron (Jn., 4, 38), y enviándolos también para otra siembra, cuya siega es al fin del mundo. Así cumplís sus votos al deseoso, y bendecís los años del justo. Mas Vos sois siempre el mismo, y en vuestros años, que no fenecen (Ps., 101, 28), preparáis el granero para los años que transcurren.

23. Porque con eterno consejo derramáis a sus propios tiempos bienes celestiales sobre la tierra. Porque a uno le es dado por el Espíritu lenguaje de sabiduría (1 Cor., 12, 8), como a luminar mayor (Gen., 1, 16), por razón de aquellos que se deleitan en la luz de la verdad perspicua, como al principio del día (ib.,); mas a otro, lenguaje de ciencia, según el mismo Espíritu (1 Cor., 12, 8), como a luminar menor (Gen., 1, 16); a otro, fe; a otro, don de curaciones; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, variedades de lenguas (1 Cor., 12, 9-10); y todo esto como estrellas (Gen., 1, 10). Porque todas estas cosas obra un mismo y solo Espíritu, repartiendo sus propios dones a cada uno según quiere (1 Cor., 12, 11), en manifestación suya para común utilidad (ib., 7). Mas el lenguaje de la ciencia, en la cual se contienen todos los sacramentos, que varían con los tiempos como la luna, y las demás clases de dones que, como estrellas, quedan mencionados, cuanto distan de aquella claridad de la sabiduría, de que goza el mencionado día, tanto están al comienzo de la noche (Gen., 1, 16). Porque son necesarios a aquellos a quienes aquel prudentísimo siervo vuestro no pudo hablar como a espirituales, sino como a carnales (1 Cor., 3, 1); aquel que habla sabidurías entre los perfectos (ib., 2, 6). Mas el hombre animal, como pequeñuelo en Cristo y que se alimenta de leche, hasta que se robustezca para tomar manjar sólido, y fortalezca la vista para mirar al sol, no tenga por abandonada a las tinieblas su noche, sino conténtese con la luz de la luna y de las estrellas.

Esto es lo que sapientísimamente disputáis con nosotros, Dios nuestro, en vuestro Libro, vuestro firmamento, a fin de que lo discernamos todo en contemplación maravillosa, aunque todavía por las señales, y por los tiempos, y por los días, y por los años (Gen., 1, 14).

Capítulo XIX

Disposiciones para que aparezcan los luminares. Los Apóstoles.

24. Pero antes lavaos, purifícaos, apartad la maldad de vuestras almas y de la vista de mis ojos (Isai., 1, 16), a fin de que aparezca la tierra seca (Gen.,

1, 9); aprended a obrar el bien, haced justicia al huérfano, defended a la viuda (Isai., 1, 17), para que la tierra germine hierba de pasto y árboles frutales (Gen., 1, 11); y venid, discutamos, dice el Señor (Isai., 1, 18), para que se hagan luminares en el firmamento del cielo, que luzcan sobre la tierra (Gen., 1, 14, 15).

Preguntaba aquel rico al Maestro bueno qué haría para alcanzar la vida eterna. Dícele el Maestro bueno –que el rico pensaba era hombre y nada más, pero que es bueno porque es Dios–, dícele que, si quiere llegar a la vida, guarde los mandamientos, aparte de sí la amargura de la malicia y de la iniquidad, no mate, no fornique, no hurte, no diga falso testimonio; para que aparezca la tierra seca y germine, honre a la madre y al padre y el amor al prójimo (Mt., 19, 16-18).

Todo esto, dijo, lo he hecho.

¿De dónde, pues, tantas espinas, si es tierra fructífera? Ve, arranca los salvajes zarzales de la avaricia; vende lo que posees y llénate de frutos dándolo a los pobres, y tendrás un tesoro en los Cielos, y sigue al Señor, si quieres ser perfecto (ib., 21), asociado a aquellos entre los cuales habla sabiduría (1 Cor., 2, 6) aquel que sabe qué ha de distribuir al día y qué a la noche, para que también lo sepas tú, para que también para ti aparezcan luminares en el firmamento del cielo (Gen., 1, 14); y eso no sucederá si no estuviere allí tu corazón; y eso tampoco sucederá si no estuviere allí tu tesoro (Mt., 6, 21), como lo oíste del Maestro bueno.

Pero se entristeció (Lc., 18, 28) la tierra estéril, y las espinas ahogaron la palabra (Mt., 13, 7).

25. Mas vosotros, linaje escogido (1 Pedr., 2, 9), lo débil del mundo (1 Cor., 1, 27), que todo lo dejasteis por seguir al Señor (Lc., 18, 28), id en pos de Él y confundid lo fuerte (1 Cor., 1, 27); id en pos de Él, pies hermosos (Rom., 10, 15), y lucid en el firmamento, para que los cielos narren su gloria (Ps., 18, 2), haciendo división entre la luz de los perfectos –mas no todavía como la de los ángeles– y las tinieblas de los pequeñuelos, aunque no abandonados; resplandeced sobre la tierra (Gen., 1, 14-15); y el día, candente de sol, anuncie al día la palabra de sabiduría; y la noche, luciente de luna, anuncie a la noche la palabra de ciencia (Ps., 18, 3). La luna y las estrellas lucen por la noche; mas la noche no las oscurece, porque ellas la iluminan cuanto ella es capaz.

Ved aquí cómo al decir Dios: Háganse luminares en el firmamento del cielo (Gen., 1, 4), se hizo súbitamente desde el cielo un estruendo como si pasase un viento impetuoso; y aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posó sobre cada uno de ellos (Act., 2, 2-3), e hiciéronse en el firmamento

del cielo luminares que tenían palabra de vida. ¡Discurrid por doquier, fuegos santos, fuegos hermosos; porque vosotros sois la luz del mundo, y no estáis debajo del celemín! (Mt., 5, 14-15). Aquel a quien os juntasteis ha sido exaltado (Jn., 12, 32), y os exaltará a vosotros. Discurrid y daos a conocer a todas las gentes.

Capítulo XX

Mística producción de las aguas.

26. Conciba también el mar y dé a luz obras vuestras, y las aguas produzcan reptiles de almas vivientes (Gen., 1, 20). Porque separando lo precioso de lo vil, os habéis hecho boca de Dios (Jer., 15, 19), por la cual dijese Él: Produzcan las aguas –no el alma viviente, que la tierra producirá (Gen., 1, 24), sino– reptiles de alma viviente y volátiles que vuelen sobre la tierra. Porque es así que vuestros sacramentos, oh Dios, por obra de vuestros santos [Apóstoles] se deslizaron como reptiles en medio de las olas de las tentaciones del siglo, para imbuir a las gentes en vuestro nombre con vuestro bautismo. Y con esto se obraron grandiosidades maravillosas, como grandes cetáceos, y las voces de vuestros mensajeros, aleteando sobre la tierra junto al firmamento de vuestro Libro, que tenían delante como autoridad bajo el cual volasen a donde quiera que fuesen. Porque no son lenguajes ni palabras cuya voz no se entienda, cuando a toda la tierra llegó su sonido, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Ps., 18, 4), porque Vos, Señor, bendiciéndolas, las multiplicasteis.

27. ¿Acaso miento, o confundo y mezclo y no distingo el lúcido conocimiento de estas cosas en el firmamento del cielo, y las obras corporales en el proceloso mar y bajo el firmamento del cielo? Porque aquellas cosas cuyo conocimiento es firme y acabado, sin que reciba aumento en las generaciones, como son las lumbreras de la sabiduría y de la ciencia; estas mismas cosas tienen operaciones corporales muchas y variadas; y procediendo las unas de las otras, se multiplican por vuestra bendición, oh Dios, que habéis consolado el fastidio de los sentidos mortales, de suerte que una cosa única en el conocimiento del alma, sea por los movimientos del cuerpo de muchas maneras figurada y expresada. Las aguas produjeron estas cosas, pero por vuestra palabra; las necesidades de los pueblos produjeron estos efectos, pero por vuestro Evangelio: porque las echaron de sí las mismas aguas, cuya amarga languidez fue causa de que con vuestra palabra tuviesen efecto.

28. Hermosas son todas las cosas, como hechas por Vos; mas he aquí que Vos, que todas las hicisteis, sois inenarrablemente más hermoso. Si de Vos

no se apartara Adán con su caída, no se difundiera de su vientre el salitre del mar, esto es, el linaje humano, profundamente curioso, tempestuosamente hinchado e inestablemente movedizo; y así no fuera menester que vuestros ministros obrasen corporal y sensiblemente en las muchas aguas místicas acciones y palabras –que así se me representan ahora los reptiles y volátiles–, con las cuales acciones y palabras imbuidos e iniciados los hombres sometidos a los sacramentos corporales, no avanzarían más allá, si el alma no se esforzase a otro grado de vida espiritual, y si después de la palabra de iniciación no pusiese los ojos en la consumación (Heb., 6, 1).

Capítulo XXI

Mística producción de la tierra.

29. Y por eso, en vuestra palabra, no la profundidad del mar, sino la tierra separada de la amargura de las aguas, produce, no reptiles de almas vivientes y volátiles, sino el alma viviente. Porque ya no tiene necesidad del bautismo, que es necesario para los gentiles, como la tenía cuando estaba cubierta por las aguas; puesto que no de otra suerte se entra en el reino de los Cielos, desde que Vos instituisteis que se entre de esta manera (Jn., 35). Ni busca grandiosas maravillas de donde nazca su fe, pues no es de aquellos que si no ven señales y prodigios no creen (Jn., 4, 48); porque es ya tierra fiel, separada de las aguas del mar, amargas por la infidelidad; y las lenguas como señal, no para los fieles, sino para los infieles (1 Cor., 14, 22).

Esta tierra que Vos fundasteis sobre las aguas (Ps., 135, 6) tampoco tiene necesidad de este género de volátiles que las aguas, por vuestra palabra, produjeron. Arrojad sobre ella vuestra palabra por medio de vuestros mensajeros –puesto que sus obras narramos, pero sois Vos el que en ellos obráis– para que ellos produzcan el alma viviente. La tierra es quien la produce pero la tierra es la causa de que vuestros mensajeros produzcan estos efectos en ella; como el mar fue la causa de que ellos produjesen los reptiles de alma viviente y los volátiles bajo el firmamento del Cielo; de quienes la tierra ya no necesita, por más que coma el Pez extraído del profundo, en aquella mesa que preparasteis delante de los creyentes (Ps., 22, 5); pues para esto fue extraído del profundo, para que alimente a la tierra [a la Iglesia].

También las aves son hijas del mar (Gen., 1, 20); pero, no obstante, se multiplican sobre la tierra. Porque la infidelidad de los hombres fue la causa de las primeras voces evangelizadoras; pero con ellas también son cada día exhortados los fieles, y de muchas maneras bendecidos.

Mas el alma viviente toma su origen de la tierra; porque no aprovecha sino a los que ya son fieles contenerse del amor de este siglo, a fin de que viva para Vos el alma de ellos, que estaba muerta viviendo en delicias (1 Tim., 5, 6), en delicias mortíferas, Señor, porque las delicias vitales del corazón puro sois Vos.

30. Obren ya, pues, en la tierra vuestros ministros, no como en las aguas de la infidelidad, predicando y hablando por medio de milagros y sacramentos y de místicas palabras, con que atraen la atención de la ignorancia, madre de la admiración, por el temor de los prodigios misteriosos –porque tal es la entrada a la fe para los hijos de Adán, olvidados de Vos, mientras se esconden de vuestro rostro (Gen., 3, 8) y se tornan abismo–, sino obren también como en la tierra seca, separada de las profundidades del abismo; y sean dechado para los fieles (1 Tes., 1, 7), viviendo delante de ellos y excitándolos a la imitación. Porque de este modo, no sólo para oírlo, sino también para obrarlo, oyen los fieles: Buscad a Dios y vivirá vuestra alma (Ps., 68, 38), para que la tierra produzca el alma viviente (Gen., 1, 24). No os conforméis con este siglo (Rom., 12, 2): absteneos de él. Vive el alma evitando aquellas cosas por cuya apetencia muere. Absteneos de la cruel fiereza de la soberbia, de la indolente voluptuosidad de la lujuria y de la falsamente llamada ciencia (1 Tim., 6, 20), a fin de que las fieras se amansen y las bestias se domen y las serpientes sean inofensivas; porque eso son, en alegoría, los movimientos del alma. Pero la fastuosidad y el deleite de la libídine y el veneno de la curiosidad son movimientos del alma muerta; que no muere ella de suerte que carezca de todo movimiento; porque separándose de la fuente de la vida es como muere (Jer., 2, 13) y es arrebatada por la corriente del siglo, que pasa, y a él se conforma.

31. Pero vuestra palabra, ¡oh Dios!, es la fuente de la vida eterna y no pasa; y por eso, con vuestra palabra se cohíbe nuestro apartamiento de Vos cuando se nos dice: No os conforméis con este siglo; para que La tierra produzca, en la fuente de la vida, el alma viviente: con vuestra palabra, por medio de vuestros evangelistas, el alma continente, imitando a los imitadores de vuestro Cristo (1 Cor., 11, 1). Porque eso quiere decir según su género (Gen., 1, 24), puesto que el hombre se estimula a imitar al amigo: Sed, dice, como yo, pues también yo me hice como vosotros (Gal., 4, 12).

De esta suerte, en el alma viviente habrá fieras buenas por la mansedumbre de sus acciones; porque Vos así lo mandasteis, diciendo: Perfecciona tu obra con la mansedumbre, y amado serás de todo hombre (Eccl., 3, 19). Y habrá bestias buenas, que no abundarán si comen, ni escasearán si no comen (1 Cor., 8, 8), y serpientes buenas, no perniciosas para dañar, sino astutas para cautelar, y exploradoras de la naturaleza temporal, tanto cuanto basta

para que por el conocimiento de las cosas creadas se vislumbre la eternidad (Rom., 1, 20). Porque sirven a la razón estos animales cuando, refrenados en sus avances mortíferos, viven y son buenos (Gen., 1, 25).

Capítulo XXII

A imagen y semejanza de Dios.

32. Porque he aquí, Señor Dios nuestro, Creador nuestro, que cuando estuvieren cohibidas del amor del siglo las afecciones con que, viviendo malamente, morimos, y comenzáremos a ser el alma viviente, viviendo bien, y se cumpliere vuestra palabra que por vuestro Apóstol dijisteis: No os conformáis con este siglo, se seguirá lo que a continuación añadisteis, diciendo: Mas reformaos con la renovación de vuestra mente (Rom., 12, 2), no ya según su género, como imitando al prójimo que va delante, ni viviendo según la autoridad de un hombre mejor. Porque no dijisteis Vos: Hágase el hombre según su género, sino: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gen., 1, 26), para que sepamos cuál sea vuestra voluntad. Pues por eso aquel ministro vuestro que por medio del Evangelio engendraba los hijos (1 Cor., 4, 5), para no tenerlos siempre pequeños y haber de alimentarlos con leche (Ibid., 3, 2) y, como la madre que cría, calentarlos en su regazo (1. Tes., 2, 7), dijo: Reformaos con la renovación de vuestra mente, para que sepáis discernir cuál sea la voluntad de Dios, lo que es bueno y agradable y perfecto. Y por eso no dijisteis Vos: Hágase el hombre, sino: Hagamos al hombre. Ni dijisteis: según su género, sino: a nuestra imagen y semejanza. Porque es así que, renovado en la mente y contemplando vuestra verdad conocida, no necesita que otro hombre se la muestre para imitar a su linaje, sino que mostrándoselo Vos, él mismo discierne cuál sea vuestra voluntad, lo bueno y agradable y perfecto; y, ya capaz, le enseñáis a ver la Trinidad de la Unidad y la Unidad de la Trinidad. Y por eso, habiéndose dicho en plural: Hagamos al hombre, se dice a continuación en singular: E hizo Dios al hombre; y habiéndose dicho en plural: A nuestra imagen, se añade en singular: A imagen de Dios. Así se renueva el hombre para el conocimiento de Dios, conforme a la imagen de Aquel que lo creó (Colos., 3, 10); y trocado en espiritual, juzga todas las cosas, es, a saber, las que deben ser juzgadas; mas él de nadie es juzgado (1 Cor., 2, 15).

Capítulo XXIII

De qué juzga y de qué no el hombre espiritual.

33. Y que juzga de todas las cosas quiere decir que tiene poder sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre todos los ganados y las fieras, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que repta sobre la tierra (Gen., 1, 26); pues lo ejerce por el entendimiento del alma, con que percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Cor., 2, 14). Por lo demás, el hombre constituido en honor, no tuvo discernimiento; se asemejó a los jumentos irracionales, y se hizo como uno de ellos (Ps., 48, 13). En vuestra Iglesia, pues, Dios nuestro, según la gracia que les disteis (puesto que hechura vuestra somos creados para buenas obras), no sólo aquellos que espiritualmente presiden, sino también aquellos que espiritualmente se someten a los que presiden –porque varón y hembra hicisteis al hombre (Gen., 1, 27) de esta manera según vuestra gracia espiritual, donde según el sexo del cuerpo no hay varón ni hembra, pues tampoco hay judío ni gentil, esclavo ni libre (Gal., 3, 28)–, los espirituales, pues, tanto los que presiden como los que obedecen, juzgan espiritualmente: no de los conocimientos espirituales que resplandecen en el firmamento, pues no conviene juzgar de tan sublime autoridad; ni tampoco de vuestro mismo Libro, aunque haya en él algo que no resplandezca; porque sometemos a él nuestro entendimiento, y tenemos por cierto que aun lo que está cerrado a nuestras miradas está dicho con rectitud y veracidad. Porque así es como el hombre, bien que ya espiritual y renovado para el conocimiento de Dios conforme a la imagen de Aquél que lo creó (Colos., 3, 10), ha de ser, sin embargo, cumplidor de la Ley, no juez.

Ni tampoco juzga de aquella distinción entre hombres espirituales y carnales (1 Cor., 1, 6) que a vuestros ojos, Dios nuestro, son manifiestos, y que todavía no se han manifestado a nosotros por sus obras para que por sus frutos los conozcamos (Mt., 7, 20); pero Vos, Señor, ya los conocéis y en secreto los separasteis y nombrasteis antes que fuese hecho el firmamento.

Ni tampoco el hombre, aunque espiritual, juzga de los pueblos turbulentos de este siglo; pues ¿qué le va a él en juzgar a los que están fuera (1 Cor., 5, 12), ignorando cuál de ellos habrá de venir a la dulzura de vuestra gracia, y cuál habrá de permanecer perpetuamente en la amargura de la impiedad?

34. Y por esto el hombre que Vos hicisteis a vuestra imagen, no recibió poder sobre las lumbreras del cielo, ni sobre el mismo cielo oculto, ni sobre el día y la noche, que Vos llamasteis al ser antes de la formación del cielo, ni sobre la aglomeración de las aguas, que es el mar; sino recibió poder sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los ganados y sobre toda la tierra. Porque él juzga: y aprueba lo que encuentra recto, y reprueba lo que encuentra vicioso; ora en la solemnidad de los sacramentos con que son iniciados los que vuestra misericordia va buscando entre las muchas aguas; ora en las ceremonias con que se exhibe aquel Pez extraído

del profundo, de que la tierra piadosa se alimenta; ora en los signos y voces de palabras sujetas a la autoridad de vuestro Libro, cual aves que vuelan bajo el firmamento, interpretando, exponiendo, disertando, disputando, bendiciéndoos e invocándoos a Vos con los signos que brotan de la boca y suenan para que él pueda responder: «Amén».

La causa de que todas estas cosas sean corporalmente pronunciadas es el abismo del siglo y la ceguera de la carne, por la cual los pensamientos no pueden ser vistos, y es necesario hablar recio a sus oídos: y así aunque las aves se multiplican sobre la tierra, traen, sin embargo, origen de las aguas.

Juzga también el espiritual, aprobando lo que encuentra recto y reprobando lo que encuentra vicioso en las obras y en las costumbres de los fieles; de las limosnas como tierra fructífera, y del alma viviente, amansadas ya las afecciones por la castidad, por los ayunos, por las piadosas meditaciones: finalmente, de las cosas que se perciben por el sentido del cuerpo. Pues ahora decimos que juzga de aquellas cosas en las cuales tiene también poder para corregir.

Capítulo XXIV

«Creced y multiplicaos». Por qué se dijo esto solamente al hombre y a los peces y volátiles.

35. Pero ¿qué es esto, y qué misterio hay en ello? He aquí que bendecís, oh Señor, a los hombres, para que crezcan y se multipliquen y llenen la tierra (Gen., 1, 28). ¿Nada nos indicasteis en esto, para que algo entendamos por qué no bendijisteis del mismo modo a la luz, que llamasteis día, ni al firmamento del cielo, ni a sus lumbreras, ni a las estrellas ni a la tierra ni al mar?

Yo diría, Señor Dios nuestro, que nos criasteis a vuestra imagen; yo diría que Vos quisisteis otorgar particularmente al hombre este don de la bendición, si no hubieseis de esta manera bendecido a los peces, y cetáceos para que creciesen y se multiplicasen, e hinchasen las aguas del mar, y las aves se multiplicasen sobre la tierra (Gen., 1, 22).

Asimismo diría yo que esta bendición pertenece a los géneros de los seres que se propagan engendrando de sí mismos, si la hallase en los arbustos y frutales y en las bestias de la tierra. Ahora bien: ni a las hierbas y árboles se dijo, ni a las bestias ni a las serpientes: Creced y multiplicaos, siendo así que todos estos seres, lo mismo que los peces y las aves y los hombres, por generación se aumentan y conservan su especie.

36. ¿Qué diré, pues, oh Luz mía, oh Verdad? ¿Que huelgan estas palabras, porque fueron dichas sin objeto? ¡De ninguna manera, oh Padre de piedad!

Lejos esté de decir esto el siervo de vuestra palabra. Y si yo no entiendo lo que con esta expresión significáis, usen mejor de ella otros mejores, esto es, mas inteligentes que yo, según el tanto de saber que a cada cual disteis.

Pero sea agradable a vuestros ojos mi confesión con que os confieso que creo que Vos no en vano hablasteis así; y no callaré lo que la ocasión de esta lectura me sugiere.

Porque ello es verdad y nada veo que me impida entender así las expresiones figuradas de vuestros Libros. Porque sé que de muchas maneras se expresa por signos corporales lo que de un solo modo se entiende por la mente; y, al contrario, de muchas maneras entiende la mente lo que de un solo modo expresan los signos corporales. Ved la simple dilección de Dios y del prójimo con cuánta multiplicidad de símbolos, y en innumerables lenguas, y en cada lengua con innumerables maneras de locuciones es corporalmente enunciada. ¡Así crecen y se multiplican las generaciones de las aguas! Atiende de nuevo, quienquiera que esto lees: repara lo que de un solo modo expresa la Escritura y la voz pronuncia: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, ¿acaso no se entiende de muchas maneras (Lib. XII, §§ 24-29), no por falacia de los errores, sino por diversidad de interpretaciones verdaderas? ¡Así crecen y se multiplican las generaciones de los hombres!

37. Ahora, pues, si consideramos, no alegóricamente, sino en su sentido propio, la naturaleza de las cosas, a todas las que por simientes son engendradas conviene la palabra: Creced y multiplicaos. Pero si consideramos estas cosas tomándolas en sentido figurado –y éste pienso más bien que fue el intento de la Escritura, que no en vano, sin duda, atribuyó esta bendición a las generaciones de los acuáticos y de los hombres–, hallamos, ciertamente, multitudes en las criaturas espirituales, y en las corporales, como en el cielo y la tierra y en las almas justas y en las inicuas, como en la luz y en las tinieblas; y en los santos autores por los cuales nos fue comunicada la Ley, como en el firmamento que entre las aguas fue afirmado; y en la sociedad de los pueblos amargantes, como en el mar; y en el deseo de las almas piadosas, como en la tierra seca; y en las obras de misericordia según la vida presente, como en las hierbas de sementera y en los árboles frutales; y en los dones del Espíritu, manifestados para utilidad, como en las lumbreras del cielo; y en las pasiones reguladas por la templanza, como en el alma viviente. En todas estas cosas hallamos multitudes y fecundidad e incrementos; pero algo que crezca y se multiplique de suerte que una misma cosa sea enunciada de muchas maneras, y una sola enunciación sea da muchas maneras entendida, eso no lo hallamos sino en los signos corporalmente expresados y en los conceptos inteligiblemente excogitados. Por las generaciones de las aguas entendemos los signos corporalmente expresados, necesarios por

causa de nuestra profunda carnalidad; y por las generaciones humanas entendemos los conceptos inteligiblemente excogitados por la fecundidad de la razón.

Y por eso hemos creído que a uno y a otro de estos géneros dijisteis Vos, Señor: Creced y multiplicaos; pues en esta bendición recibo la facultad y poder que por Vos se nos concede, ya para enunciar de muchas maneras lo que de una sola tenemos entendido, ya para entender de muchas maneras lo que leemos oscuramente enunciado de una sola. Así es como se hinchen de peces las aguas del mar, que no son movidas sino por los diversos signos corporales. Así también se hinche de seres humanos la tierra, cuya avidez se manifiesta en el afán da saber, dominado empero por la razón.

Capítulo XXV

Los frutos de la tierra, debidos a los ministros del Evangelio.

38. Deseo también decir, Señor Dios mío, lo que a continuación me amonesta vuestra Escritura; y lo diré y no temeré, porque diré la verdad, inspirándome Vos lo que sobre aquellas palabras habéis querido que yo diga. Porque inspirándome otro que Vos, no creo que dice la verdad, pues Vos sois la verdad (Jn., 14, 6), y todo hombre es mentiroso (Rom., 3. 4). Y por eso, quien habla mentira habla de su cosecha (Jn., 8, 44). Para decir, pues, verdad, hablo por cuenta vuestra.

He aquí que nos disteis para mantenimiento toda hierba de siembra que produce semilla que existe sobre la tierra, y todo árbol que lleva en sí fruto de semilla para sembrar. Y no para nosotros solos, sino también para todas las aves del cielo, y para las bestias de la tierra, y para los reptiles (Gen., 1, 29-30); pero a los peces y grandes cetáceos no les disteis este alimento.

Decíamos, pues, que estos frutos de la tierra significaban y figuraban en alegoría las obras de misericordia que en las necesidades de la vida nos ofrece la tierra fructífera (Vid. § 21). Una tierra así era el piadoso Onesíforo, con cuya casa hicisteis misericordia, porque é1 frecuentemente ofreció alivio a vuestro Pablo y no se avergonzó de su cadena (2 Tim., 1, 16). Esto hicieron también, y con igual fruto fructificaron, los hermanos que, viniendo de Macedonia, suplieron lo que a Pablo le faltaba (2 Cor., 11, 3). ¡Cómo se duele él, en cambio, de ciertos árboles que no le dieron el fruto que le debían, donde dice: En mi primera defensa nadie me patrocinó, antes todos me desampararon: que no se les tome en cuenta (2 Tim., 4, 16). Porque estos frutos son debidos a los que ministran la doctrina racional mediante las inteligencias de los divinos misterios: y así les son debidos como a hombres

(Vid. § 37). Además, les son debidos como a alma viviente, por cuanto se nos ofrecen para ser imitados en toda continencia (§ 32). Asimismo les son debidos como a volátiles por sus bendiciones, que se multiplican sobre la tierra (§ 36); porque a toda la tierra llegó el sonido de su palabra (Ps., 18, 5).

Capítulo XXVI

No el don, sino la voluntad.

39. Aliméntanse con estos manjares los que en ellos se gozan. Mas no se gozan en ellos aquellos cuyo dios es el vientre (Fil., 3, 19). Porque tampoco en aquellos que los ofrecen son el fruto los dones que ofrecen, sino el espíritu con que los ofrecen. Y así, aquel Apóstol que servía a Dios, no a su vientre (Rom., 16, 18), veo claramente de qué se goza; lo veo, y con él me congratulo en extremo. Porque había recibido de los filipenses lo que por Epafrodito le habían enviado; pero con todo, veo de qué se goza; y aquello de que se goza es lo mismo de que se alimenta; porque hablando en verdad, dice: Magníficamente me gocé en el Señor de que ya por fin ha retoñado el interés que por mi sentís, como ya lo sentíais, pero habíais tomado hastío (Fil., 4, 10). Los filipenses, pues, por el largo hastío se habían marchitado y casi secado, sin dar este fruto de la buena obra; y Pablo se goza por ellos, porque han rebrotado, no por sí mismo, porque socorrieran su indigencia. Por eso añade a continuación: No lo digo porque algo me falte, pues yo aprendí a bastarme con lo que tengo. Sé tener menos y sé también tener abundancia; en todo caso y en todas las cosas he aprendido a estar harto y a estar hambriento, a estar sobrado y a padecer penuria. Todo lo puedo en Aquel que me conforta (Fil., 4, 11-13).

40. ¿De qué, pues, te alegras, oh gran Pablo? ¿De qué te alegras y de qué te alimentas, oh hombre renovado para el conocimiento de Dios conforme a la imagen del que te creó (Col., 3, 10), y alma viviente con tan gran continencia, y lengua alada que habla misterios? (1 Cor., 14, 2). Porque a tales vivientes tal manjar se les debe. ¿Qué es lo que te alimenta? La alegría. Oiré lo que sigue: Sin embargo, hicisteis bien tomando parte en mi tribulación (Fil., 4, 141) De esto se goza, de esto se alimenta: porque ellos hicieron bien, no porque fue aliviada la angustia de aquel que os dice: En la tribulación me ensanchasteis (Ps., 4, 2); porque no sólo abundar, sino padecer penuria sabe en Vos que le confortáis. Porque sabéis también vosotros, filipenses –dice–, que en los comienzos del Evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna Iglesia abrió conmigo cuentas de Haber y Debe, sino vosotros solos; pues ya en Tesalónica una vez y otra vez me enviasteis con qué atender a mis necesidades (Fil., 4, 15-16). Gózase, pues, de que ahora hayan vuelto a

estas buenas obras, y se alegra de que hayan retoñado, como barbecho que renueva su fertilidad.

41. ¿No será por causa de su propia utilidad, puesto que dice: Me enviasteis para mis necesidades? ¿No será acaso por esto por lo que se alegra?

–No es por esto.

–Y ¿cómo lo sabemos?

–Porque él mismo continúa diciendo: No porque yo busco el don, sino porque deseo el fruto. He aprendido de Vos, Dios mío, a distinguir entre el don y el fruto. Don es la cosa misma que da el que comunica estas cosas necesarias, como es dinero, comida, bebida, vestido, techo, socorro; fruto, empero, es la buena y recta voluntad del donante. Porque no dice solamente el Maestro bueno (Mt., 10, 41-42): El que recibe a un profeta; sino añadió: a título de profeta. Ni dice solamente: El que recibe a un justo; sino añadió: a título de justo: puesto que así es como aquél recibirá recompensa de profeta, y éste recompensa de justo. Ni solamente dice: Quien diere de beber un vaso de agua fría a uno de mis pequeñuelos; sino añadió: sólo que sea a título de discípulo; y así agrega: En verdad os digo que no perderá su recompensa.

El don es recibir a un profeta, recibir a un justo, ofrecer un vaso de agua fría a un discípulo; el fruto es hacerlo a título de profeta, a título de justo, a titulo de discípulo.

Con el fruto es alimentado Elías por la viuda, sabedora de que alimentaba a un varón de Dios; pero con el don era alimentado por el cuervo (1 Reyes, 17, 6-16); y no el Elías interior, sino el exterior, que también era el que, por falta de tal manjar, podría fenecer.

Capítulo XXVII

Por qué los peces no se alimentan de los frutos de la tierra.

42. Y por eso diré una cosa que es verdadera en vuestra presencia, Señor. Cuando hombres idiotas e infieles (1 Cor., 14, 23) –que para ser iniciados y ganados tienen necesidad de los sacramentos iniciadores y de grandiosos milagros que yo creo designados con el nombre de peces y grandes cetáceos– reciben a vuestros siervos para alimentarlos corporalmente o para ayudarles en alguna necesidad de la vida presente, comoquiera que ignoran por qué motivo se ha de hacer y a qué fin se ordena, ni aquéllos les ofrecen, ni éstos reciben mantenimiento; porque ni aquéllos lo hacen con santa y recta intención, ni éstos se gozan en sus dones, don-de todavía

no ven fruto. Porque es así que el alma se mantiene de aquello en que se goza.

Y por eso los peces y cetáceos no comen los alimentos que solamente produce la tierra, ya separada y apartada de la amargura de las ondas marinas.

Capítulo XXVIII

Todas las cosas que hizo Dios eran muy buenas.

43. Y visteis, oh Dios, todas las cosas que hicisteis, y he aquí que eran muy buenas (Gen., 1, 31); porque también nosotros las vemos, y hallamos que todas son muy buenas. En cada uno de los géneros de vuestras obras, cuando hubisteis dicho que se hiciesen, y fueron hechas, esto y aquello visteis que era bueno. He contado que siete veces está escrito que Vos visteis ser bueno lo que habíais hecho; y esta octava es que visteis las obras todas que hicisteis, y hallasteis que no sólo eran buenas, sino muy buenas, como el conjunto de todas. Porque una por una eran solamente buenas; pero todas juntas son buenas y muy buenas.

Esto dicen también todos los cuerpos hermosos: porque incomparablemente más hermoso es el cuerpo que se compone de miembros todos hermosos, que no cada uno de esos miembros de cuyo ordenadísimo conjunto se completa el todo, por más que singularmente cada uno de ellos sea también hermoso.

Capítulo XXIX

Dios ve las criaturas en su eternidad.

44. Y puse atención para hallar si siete u ocho veces visteis que eran buenas vuestras obras cuando os agradaron; y en vuestra visión no hallé tiempos por los que entendiese que tantas veces visteis lo que hicisteis; y dije: ¡Oh Señor!, ¿acaso no es verdadera esta vuestra Escritura, siendo así que Vos, veraz y verdad (Jn., 3, 33; 14, 6), la habéis dictado? ¿Por qué, pues, me decís Vos que en vuestra visión no hay tiempos, y esta Escritura vuestra me dice que día por día visteis que las cosas que hicisteis eran buenas; y yo, habiéndolas contado, he hallado cuántas veces?

A esto me decís Vos, porque Vos sois mi Dios (Ps., 49, 7), y lo decís con voz recia al oído interior de vuestro siervo, rompiendo mi sordera y clamando: ¡Oh hombre!, sin duda lo que mi escritura dice, lo digo Yo; sino que ella

habla temporalmente, pero a mi Verbo no tiene acceso el tiempo, porque subsiste en la misma eternidad que Yo. De esta suerte, las cosas que por mi Espíritu veis vosotros, Yo las veo; así como aquellas que por mi Espíritu decís vosotros, Yo las digo. De modo que viéndolas temporalmente vosotros, Yo no las veo temporalmente, así como diciéndolas temporalmente vosotros, Yo no las digo temporalmente.

Capítulo XXX

Origen del mundo, según los maniqueos.

45. Y oí, Señor Dios mío, y gusté una gota de la dulzura de vuestra verdad. Y entendí que hay algunos a quienes desagradan vuestras obras; y muchas de ellas afirman que las hicisteis Vos compelido por la necesidad, como la fábrica de los cielos y el ordenamiento de los astros; y eso no de materia creada por Vos, sino que ya habían sido creados en otro lugar y de otro origen; y que Vos los redujisteis y los ajustasteis y coordinasteis cuando de los enemigos vencidos construisteis las murallas de este mundo, para que, aprisionados en esta construcción, no pudiesen rebelarse de nuevo contra Vos. Y que las otras cosas, como son todos los compuestos de carne, y todos los animales diminutos, y todo lo que echa raíces en la tierra, ni lo hicisteis Vos, ni de ninguna manera lo organizasteis, sino una inteligencia enemiga, de naturaleza diversa, no creada por Vos y contraria a Vos, engendró y formó estas cosas en las partes inferiores del mundo. Insensatos, dicen esto porque no por vuestro Espíritu ven vuestras obras ni os conocen en ellas.

Capítulo XXXI

Las obras de Dios se han de ver con el Espíritu de Dios.

46. Mas aquellos que por vuestro Espíritu las ven, Vos las veis en ellos. Por consiguiente, cuando ellos ven que son buenas, Vos veis que son buenas; y cualesquiera de ellas que por Vos les agradan, Vos os agradáis en ellas; y las que por el Espíritu vuestro nos agradan, a Vos agradan en nosotros. Porque ¿quién de los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Mas nosotros, dice, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios graciosamente nos dio (1 Cor., 2, 10-12). Y soy amonestado a decir: Ciertamente, ninguno sabe las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios; ¿cómo, pues, sabemos también nosotros las cosas que Dios graciosamente

nos dio? Se me responde que las cosas que por su Espíritu sabemos, aun así ninguno las sabe sino el Espíritu de Dios. Porque así como a los que habían de hablar por el Espíritu de Dios se dijo rectamente: No sois vosotros los que habláis (Mt., 10, 20), así también a los que conocen las cosas por el Espíritu de Dios, rectamente se dice: No sois vosotros los que sabéis. Y, por tanto, a los que ven en el Espíritu de Dios, no menos rectamente se dice: No sois vosotros los que veis; así, todo cuanto en el Espíritu de Dios ven que es bueno, no ellos, sino Dios ve que es bueno.

Una cosa, pues, es que uno piense que es malo lo que es bueno, como los maniqueos mencionados arriba; otra, que lo que es bueno vea el hombre que es bueno, como a muchos agrada vuestra creación porque es buena; a los cuales, sin embargo, no agradáis Vos en ella, por lo cual quieren gozar más de ella que de Vos; y otra, que cuando el hombre ve que una cosa es buena, Dios vea en él que es buena, a fin de que Él sea amado en su obra; y no fuera amado sino por el Espíritu Santo que Él dio; porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom., 5, 5); por el cual vemos que es bueno lo que de alguna manera es; porque proviene de Aquel que es, no de alguna manera, sino que es, es.

Capítulo XXXII

Recapitulación de la obra de la creación.

47. ¡Gracias a Vos, Señor!

Vemos el cielo y la tierra: ya entendamos las dos partes de la creación corpórea, la superior y la inferior, ya sea la creación espiritual y la corporal.

Y en el adorno de estas partes de que se compone, o bien toda la fábrica del mundo, o bien absolutamente toda la creación, vemos creada la luz y separada de las tinieblas.

Vemos el firmamento del cielo: sea que esté entre las aguas espirituales superiores y las corporales inferiores (n. 7), el primer cuerpo del mundo; sea este espacio del aire –porque también éste se llama cielo–, por el cual vagan las aves del cielo, entre las aguas que en forma de vapor flotan sobre ellas y en las noches serenas se condensan en rocío, y estas otras que corren pesadamente sobre la tierra.

Vemos por las llanuras del mar la hermosura de las aguas reunidas; y la tierra seca, primero informe, y luego formada, de suerte que fuera visible y compuesta, y madre de hierbas y de árboles.

Vemos resplandecer desde lo alto las lumbreras: que al día le basta el sol; que la luna y las estrellas consuelan la noche, y que todas ellas marcan y señalan los tiempos (Gen., 1, 14-18).

Vemos el húmedo elemento por todas partes fecundo de peces, de monstruos y de aves; porque el espesor del aire que sostiene el vuelo de las aves se forma con la vaporación de las aguas.

Vemos que la faz de la tierra se hermosea con los animales terrestres; y que el hombre, hecho a imagen y semejanza vuestra, por esta misma imagen y semejanza vuestra, esto es, por la fuerza de la razón y de la inteligencia, ejerce señorío sobre todos los animales irracionales; y que así como en su alma una cosa es lo que domina por el consejo, y otra lo que está sujeto para que obedezca, así aun corporalmente ha sido hecha para el varón la mujer, que tuviera, sí, cuanto al alma, igual naturaleza de inteligencia racional; pero cuanto al sexo del cuerpo, de tal modo estuviera sometida al sexo masculino, como el apetito de la acción (la pasión) está sometido a la razón de la mente para concebir de ella destreza en rectamente obrar.

Vemos estas cosas, y cada una de ellas es buena, y todas juntas en gran manera buenas.

Capítulo XXXIII

Todas las obras de Dios tienen mañana y tarde.

48. Os alaban vuestras obras para que nosotros os amemos; y nosotros os amamos para que vuestras obras os alaben. Tienen ellas principio y fin en el tiempo, nacimiento y ocaso, crecimiento y mengua, belleza y privación. Tienen, pues, consecutivamente mañana y tarde (Gen., 1), en parte ocultas, en parte manifiestas. Porque de la nada fueron formadas por Vos; no de Vos ni de alguna sustancia no vuestra o que antes existiese, sino de la materia concreada, esto es, simultáneamente creada por Vos, que, sin ningún intervalo de tiempo, disteis forma a su informidad. Porque siendo una cosa la materia del cielo y la tierra, y otra la forma del cielo y la tierra, Vos hicisteis de la pura nada la materia, y de la materia informe la forma del mundo, de suerte que a la materia siguiese la forma sin intervalo alguno de demora.

Capítulo XXXIV

Exposición alegórica de la obra de la creación.

49. También hemos examinado qué pretendisteis figurar cuando quisisteis que estas cosas fueran hechas en tal orden, o en tal orden fuesen escritas; y echamos de ver que una por una son buenas, y todas juntas muy buenas en vuestro Verbo, en vuestro Unigénito: el cielo y la tierra, la cabeza y el cuerpo de vuestra Iglesia en la predestinación antes de todos los tiempos, sin mañana y tarde.

Mas cuando comenzasteis a poner por obra en el tiempo lo que teníais predestinado, para manifestar lo oculto, y componer lo que en nosotros estaba descompuesto –porque sobre nosotros estaban nuestros pecados, y alejándonos de Vos, habíamos llegado a un abismo tenebroso, sobre el cual se cernía vuestro Espíritu (§ 8) para socorrernos en tiempo oportuno–, justificasteis a los impíos y los separasteis de los inicuos (§ 13); consolidasteis la autoridad de vuestro Libro (§ 16) entre los superiores que serían enseñados por Vos, y los inferiores que les serían sometidos.

Y congregasteis la sociedad de los infieles en una misma conspiración (§ 20), para que apareciese el celo de los fieles, para que te ofreciesen obras de misericordia, distribuyendo también entre los pobres las riquezas terrenas para adquirir las celestiales (§ 21).

Luego encendisteis algunas lumbreras en el firmamento, vuestros santos, que tienen la palabra de vida y resplandecen por sus espirituales carismas, representando sublime autoridad (§ 25).

Y después para instruir a las gentes infieles, produjisteis de la materia corpórea sacramentos y milagros visibles, y voces de palabras conforme al firmamento de vuestro Libro, de donde también vuestros fieles fuesen bendecidos (§ 26 y 35).

Y después formasteis el alma viviente de los fieles por los afectos ordenados con el rigor de la continencia (§ 29).

Y en seguida renovasteis a vuestra imagen y semejanza el alma sometida exclusivamente a Vos, y no necesitada de ejemplo humano alguno para imitarlo (§ 32). Y subordinasteis a la prestancia del entendimiento la actividad racional como al varón la mujer (§ 33 y 47).

Y quisisteis que todos vuestros ministerios, necesarios para perfeccionar a los fieles en esta vida, fuesen socorridos por los mismos fieles, cuanto a las necesidades temporales, con obras fructuosas para el futuro (§ 39 y 41).

Todas estas cosas vemos, y son en gran manera buenas; porque en nosotros las veis Vos, que nos disteis el Espíritu con que las viésemos y en ellas os amásemos (§ 46).

Capítulo XXXV

Dadnos, Señor, la paz del sábado.

50. Señor Dios, dadnos la paz –puesto que todas las cosas nos habéis dado–, la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin tarde. Pues ello es así que todo este orden hermosísimo de las cosas en extremo buenas, cumplidas sus medidas, ha de pasar: ha de tener, pues, mañana y tarde.

Capítulo XXXVI

Reposaremos en Dios.

51. Mas el día séptimo es sin tarde y no tiene ocaso, porque Vos lo santificasteis para sempiterna permanencia; para que, lo mismo que Vos, después de vuestras obras sobre manera buenas, con todo y haberlas hecho en reposo, descansasteis el día séptimo, nos amoneste por adelantado vuestro Libro, que también nosotros, después de nuestras obras, por eso sobre manera buenas, porque Vos nos las otorgasteis, el sábado de la vida eterna descansaremos en Vos.

Capítulo XXXVII

Dios reposará en nosotros.

52. Porque también Vos reposaréis entonces en nosotros, así como ahora trabajáis en nosotros; y de tal manera aquel descanso será vuestro por nosotros, como ahora estas obras son vuestras por nosotros.

Mas Vos, Señor, siempre obráis y siempre reposáis. Ni veis por un tiempo, ni os movéis por un tiempo, ni reposáis por un tiempo; y, sin embargo, Vos hacéis que veamos en el tiempo, y el tiempo mismo, y el descanso después del tiempo.

Capítulo XXXVIII

Esperamos el sábado del eterno descanso.

53. Nosotros, pues, vemos estas criaturas que Vos hicisteis porque son; mas, porque Vos las veis, ellas son.

Y nosotros por fuera vemos que son, y por dentro que son buenas; mas Vos, después de hechas, las veis en Vos mismo, donde visteis que habían de ser hechas.

Y nosotros posteriormente nos sentimos movidos a hacer bien, después que nuestro corazón concibió del Espíritu vuestro; pero anteriormente nos movíamos a obrar mal abandonándoos a Vos. Mas Vos, Dios solo bueno, nunca cesasteis de hacer el bien.

Y alguna de nuestras obras, justamente por dádiva vuestra, son buenas, paro no son eternas; después de ellas esperamos reposar en el gran día santificado por Vos (véase Gen., 2, 3). Mas Vos, Bien, que no necesitáis de otro bien, siempre estáis en reposo, porque Vos mismo sois vuestro reposo.

Y esto, ¿cuál de los hombres lo dará a entender a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? ¿Qué ángel al hombre? A Vos se ha de pedir, en Vos se ha de buscar, a vuestra puerta se ha de llamar. Así, así se recibirá, así se hallará, así se nos abrirá (Mt., 7, 8).

Acerca del autor

San Agustín

San Agustín (354-430) es uno de los filósofos más importantes de la Edad Media. Contribuyó notablemente al encuentro del cristianismo con el pensamiento griego: en su búsqueda de la verdad, luego de pasar por varias corrientes filosóficas, se convirtió al cristianismo con la lectura de Plotino y desarrolló sus ideas neoplatónicas. No es casual esta diversidad de influencias en su pensamiento, ya que vivió en la época de la caída del Imperio Romano y el surgimiento de la Edad Media, lo que redobla el interés que tiene su obra.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.